

LA VIDA COTIDIANA

entre

LOS CÁTAROS

René Nelli



ARGOS VERGARA

LA VIDA COTIDIANA
entre
LOS CÁTAROS

René Nelli

LA VIDA COTIDIANA
entre
LOS CÁTAROS

EDITORIAL ARGOS VERGARA, S. A.

Título de la edición original:
**«LA VIE QUOTIDIENNE DES CATHARES
DU LANGUEDOC AU XIII^e SIECLE »**

Traducción:
Carmen Alcalde

Cubierta:
Peer & Isabel

Ilustración: © Vladimir de Semir

Primera edición: mayo de 1984

Copyright © Librairie Hachette, 1969
Edición en lengua castellana
Copyright © Editorial Argos Vergara, S.A.
Aragón, 390. Barcelona-13 (España)
ISBN: 84-7178-823-3
Depósito Legal: B. 17.967-1984
Impreso en España - Printed in Spain
Impreso por Talleres Gráficos DUPLEX, S.A.
Ciudad de la Asunción 26-D. Barcelona-30

Introducción

Hubo cátaros en Francia, en Cataluña, en Italia, en Alemania e incluso, según parece, en Inglaterra. Pero sobre todo en el Mediodía francés, desde finales del siglo XII hasta el año 1209, momento en que se desencadenó la Cruzada, el catarismo pudo organizarse en forma de Iglesia y, mediante los grandes señores ganados a su causa, ejercer una influencia social y política sobre el conjunto del país. Al mismo tiempo, gracias a las prédicas de sus ministros el catarismo consiguió modificar levemente el espíritu general de los habitantes del Languedoc y, por lo tanto, su vida cotidiana. Las costumbres morales que había impuesto durante la época en que triunfó se mantuvieron en cierta medida aun después de convertirse en clandestino en las ciudades y en las zonas rurales y, hasta comienzos del siglo XIV, en casi todos los sectores de la sociedad.

En este libro se encontrará una especie de película de la vida de los cátaros en el Languedoc, tal y como se desarrolló, desde los albores del siglo XIII hasta 1350, en los condados de Tolosa y de Foix y en los cuatro vizcondados de los Trencavel: Carcasona, Béziers, Albi y Nimes. En estas regiones que fueron, junto a algunas ciudades periféricas de Provenza o de *Bigorre* —de las que sólo hablaremos incidentalmente— el teatro principal de la “cruzada contra los albigenses”, lo más representativo, dentro de su continuidad histórica, es la existencia y la trágica supervivencia del catarismo. No sería posible dar una imagen fiel de los “perfectos” y de los “creyentes” sin seguirles a veces en Cataluña y en Lombardía, donde debieron exiliarse en diferentes épocas y, sobre todo, después de la caída de Montségur (1244).

El catarismo se inscribe dentro del movimiento general de renovación evangélica que se manifestó en toda la Cristiandad en los siglos

XII y XIII. Los perfectos se erigieron en los sucesores auténticos de los Apóstoles, creían que su cristianismo era el único verdadero y que el de Roma no era sino una desviación diabólica: se pretendían cristianos.

Pero los católicos romanos se negaban a considerarlos como simples reformadores, análogos, por ejemplo a los *valdenses*: no sin razón denunciaban en el catarismo un resurgimiento evidente del antiguo maniqueísmo. Ya sea porque procediese, en efecto, de la doctrina de Manes por filiación directa o mediante los paulicianos deportados a Tracia en el siglo X por los emperadores bizantinos y luego de los bogomilos búlgaros de los siglos X y XI; ya sea porque se hubieran encontrado simplemente los datos fundamentales a partir del examen crítico de los textos de las Escrituras (Antiguo Testamento, Evangelio de Juan), el catarismo profesa la existencia de dos principios antagonistas, desiguales en valor pero *igualmente eternos*. El Mal es una realidad con la cual el Dios verdadero debe contar.

Sin duda no todos los cátaros creían en la eternidad del principio del mal. Existían los dualistas “mitigados” que al igual que los católicos enseñaban que el mal había comenzado: un ángel originalmente bueno, creado por Dios, lo había inventado cometiendo por libre albedrío el pecado de orgullo. Pero los dualistas absolutos y los dualistas mitigados se habían puesto de acuerdo para atribuir la creación de este mundo a un demiurgo malvado, Satán o ángel rebelde. Dicha creencia asustaba principalmente a la Cristiandad (pues para las otras proposiciones, que el lector puede relegar como secundarias, no existe una sola que no haya sido igualmente sustentada, en diversas épocas, por algún doctor de la Iglesia y tomada por ortodoxa). La idea de que *el mundo es del Diablo* es lo que ha especificado más diáfana y mentalidad de los occitanos del siglo XIII en relación a otros cristianos.

No hemos hecho distinciones en esta obra entre dualistas absolutos y dualistas mitigados. Los cátaros del Languedoc, teniendo en cuenta que las fronteras ideológicas pecan de precisión sobre este punto, *fueron casi todos dualistas absolutos*. Unos y otros tenían poco más o menos los mismos ritos y las mismas obligaciones religiosas. La moral cátara se deduce de la naturaleza maligna de la Manifestación: el Bien, la Virtud, la Salvación, consisten en desligarse absolutamente de la Materia creada por el Demonio, tomando por modelo la vida de Jesucristo bajado a la tierra en *cuerpo espiritual*, no tanto para “sacrificarse” sino para mostrar al hombre la Vía de la Redención. Por lo demás, lo que era pecado para los católicos lo era también para los cátaros. No obstante, nuestros heréticos escandalizaron en su época al condenar el

juramento, el homicidio bajo todas sus formas, la guerra, la justicia humana (la de los reyes, de los señores, de los obispos) e incluso la muerte de los animales. Los principios de esta moral que se podría creer exclusiva de los santos no dejaron de ejercer cierta influencia en el comportamiento cotidiano de los occitanos.

La preocupación por situar claramente la vida cotidiana en el marco preciso de la época nos ha obligado a iniciar este libro con un rápido estudio de la sociedad meridional de los siglos XII y XIII, precedido de una especie de examen del alma y de las mentes. Hemos preferido hacer constar en este primer capítulo todo cuanto debe saberse para comprender la vida de los cátaros, con el fin de agilizar el "film" y no tener que volver al tema continuamente. Tampoco era cuestión, por otra parte, de comentar la metafísica culta de los cátaros, sino simplemente de examinar lo que destaca de las conductas intintivas y la manera de tomar la vida y la muerte: todas las reacciones espontáneas, tanto más coercitivas por ser más inconscientes y "vitales".

Tampoco relataremos aquí la historia de los acontecimientos políticos y militares que tuvieron lugar en Languedoc desde 1209 a 1226-1229 (tratado de Meaux) y después de esta fecha: alzamiento de Trencavel en 1240, coalición tramada en 1242 contra el rey de Francia por el conde de Tolosa, el conde de Foix, el vizconde Trencavel, el rey de Inglaterra y el conde de la Marche. Pero para que el lector no se pierda en las numerosas peripecias de este drama, que se extiende a lo largo de un siglo y medio, recordaremos sucintamente su curso y su incidencia sobre la vida cotidiana del pueblo de Oc.

Por otra parte, es un hecho que la vida cotidiana del cátaro está lejos de coincidir con la de "cualquier hombre" de la Edad Media en la misma época. Si los "buenos hombres", los perfectos, adornaban con misticismo toda su existencia, los creyentes sólo consagraban una débil parcela de sí mismos a las preocupaciones religiosas. En la mayoría de sus ocupaciones cotidianas, apenas se distinguían de los católicos y de los ateos (pues ya los había en el siglo XIII). No hablaremos pues de la vivienda más que en el caso, bastante raro, en que, convenientemente habilitada, facilitara en caso necesario la huida de un perfecto; no describiremos las vestimentas, las de los ordenados, por ejemplo, sino en el caso de que sean conformes a una regla o cuando, por demasiado lujosas, hacen caer sobre quienes las llevan, damas y caballeros, el golpe de las leyes suntuarias de la Inquisición. Por último, la alimentación no nos interesa más que en la medida en que, para los perfectos, era especial y vegetariana.

El común de los creyentes no presenta ninguna homogeneidad, si hacemos abstracción de la atmósfera general que el catarismo desplegó sobre toda la época. A riesgo de darle a este ensayo un giro demasiado analítico, hemos tenido que estudiar por separado a los nobles, los burgueses, los campesinos, los artesanos e incluso el mundo femenino, pues las mujeres demostraron en todas las clases de la sociedad un comportamiento religioso muy distinto del de los hombres. El interés que las diversas clases manifestaron por la herejía no se explica siempre por las mismas causas y se expresa, en definitiva, por las evoluciones objetivas y los sacrificios distintos en esencia, que hay que presentar bajo su aspecto particular.

Hemos intentado, pues, reconstruir la vida religiosa de algunos arquetipos. Hubiéramos querido hacerlo dentro de una imagen completa y continua, pero no ha sido posible. Los *Registros de la Inquisición* han podido suministrarnos numerosos hechos significativos y anécdotas reveladoras, aunque no permiten componer la imagen "genérica" absolutamente exacta del perfecto y del creyente. El retrato es forzosa-mente aproximado.

Hemos escogido, sin embargo, las imágenes que nos ha parecido que presentaban un significado ejemplar o "clarificador", es decir, que simbolizaban o resumían un buen número de comportamientos análogos. La trama que los reunió se ha urdido para llenar las lagunas y explicar aquello que no pudo ser visualizado.

Naturalmente, no hemos inventado estos hechos. Los hemos tomado de donde estaban, y figuran ya en numerosos libros, antiguos y modernos. Muchos, sin embargo, son inéditos y han sido traducidos directamente del original latino o provenzal. Damos, a modo de bibliografía, la lista de textos que nos han resultado útiles y también, para los lectores que quieran seguir el estudio del catarismo, los títulos de las principales obras que tratan de su metafísica y de sus dogmas. Un índice de nombres sitúa a los principales personajes en su época.

Primera parte

EL CATARISMO TRIUNFANTE

CAPÍTULO PRIMERO

ASPECTO RELIGIOSO Y SOCIAL DEL LANGUEDOC A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIII

El alma, el cuerpo y el espíritu

Bajo la forma de comportamientos instintivos, de reacciones irracionales, de hábitos morales, las concepciones religiosas se marcan en las mentalidades y las modifican tanto más profundamente cuanto que son vividas más dolorosamente. El hombre del siglo XIII no se parecía del todo al hombre de hoy ni en su sensibilidad ni, sobre todo, en la forma en que se situaba, como un fantasma entre el mundo del pecado y el de la salvación. Hacia el año 1200, una metafísica que no llegaban a entender, pero que se imponía en su corazón, convencía a los hombres y a las mujeres de que el ser humano no había sido creado como una unidad y que, entre las tres partes de las que estaba compuesto: alma, cuerpo y espíritu, no existía ningún vínculo substancial. El cuerpo era un extraño que pertenecía a la creación diabólica. Era a la vez una nada y una máquina. Uno se sentía instalado en él como hoy un viajero en su coche. Algunos, angustiados por el hecho de sentirse aprisionados dentro de él — *¡Tened piedad, dice el "Ritual cátaro", del alma que está en prisión!* —, otros se acomodaban en su carne como dentro de una "túnica" despreciable y mezquina. Los pecados que necesariamente le hacía cometer, no le concernían.

Por encima de este nudo material de determinismos, planeaba el espíritu, desconocido e impecable, residiendo en Dios como una esencia eterna y tan poco unido al alma que ésta podía degradarse por completo sin resultar alterado. Tan sólo él aseguraba la salvación del hombre; y para salvarse, a su vez, el alma debía volverse hacia él, unirse a él. A

veces se concebía como algo impersonal, e idéntico para todas las conciencias.

El individuo era el alma. Un alma suspendida entre dos abismos: el del Espíritu divino y el de la nada satánica; privada de sus más elevadas facultades — la inteligencia formaba entonces parte del espíritu — y reducida prácticamente a la sensibilidad y a la afectividad, sometida a todos los caprichos del cuerpo, el alma no era sino deseos. De ahí provenía una versatilidad, una emotividad, que todos los historiadores han subrayado en el hombre de la Edad Media, siempre sometido a sentimientos excesivos, capaz de pasar de la cólera a la clemencia, de la crueldad a la piedad, en un instante; tan pronto exaltándose en su alma y sólo aspirando a encontrar en Dios la muerte liberadora, como hundiéndose en su cuerpo y abandonándose a todas sus voluptuosidades. Era caos (los elementos materiales estaban en desacuerdo) y “mezcla”, siendo el cuerpo capaz de confundir el alma. Habrá que esperar hasta santo Tomás y la noción de compuesto substancial, que por otra parte no tiene otro mérito que el de dar nombre a la evolución o mutación sufrida por la especie humana, para que llegue a su fin esta trágica dislocación, este desgarramiento de la esencia. En tiempos del catarismo, el creyente sincero sólo se preocupaba de su alma feminizada, una especie de ángel caído, siempre en peligro, siempre angustiada, siempre necesitando ser salvada; la oveja perdida de la que habla el Evangelio.

¿Era más pesimista o más optimista que nosotros? ¿Tiene algún sentido esta pregunta? Caeríamos en un mal romanticismo si nos limitáramos a representar al hombre del siglo XIII como un ser siempre tenebroso y desesperado. El catarismo es más “optimista” que ninguna otra religión en lo concerniente al porvenir del espíritu, e incluso en cuanto a la suerte definitiva del alma, ya que también ella debe ser salvada algún día. Es pesimista sólo en lo temporal y en lo que concierne a este mundo material hundido en el Mal, donde los cuerpos son obra del diablo y donde la jerarquía feudal, de por sí de esencia maligna, se compone sólo de almas perdidas. Esta tierra es el infierno: incluso la justicia es injusta.

Añadamos que antes el hombre vivía una media de treinta años (1). Su vida aún se encontraba amenazada por el hambre, la guerra, los salteadores de caminos, la Inquisición, las enfermedades incurables. Al primer síntoma de un mal desconocido el ser humano se metía en la cama, se resignaba y esperaba la muerte como hacen los animales. Esto explica la práctica de la *endura* que, en algunos casos, podía ser casi instintiva como lo es en la actualidad entre los primitivos. Pues desde el mo-

mento en que el hombre envejecía, o se encontraba en peligro de muerte, entraba ya en la otra vida y sólo pensaba en salvar su alma. Mientras creyó que el catolicismo era el camino de la verdad que conducía a la salvación, le fue fiel. A partir del momento en que se convenció de que los únicos cristianos verdaderos eran los perfectos: que sólo ellos, como buenos médicos, pueden curar de verdad las almas, depositó en sus manos toda su confianza y todas sus esperanzas. “¡Dios os lleva a buen fin!” le decían los buenos hombres. Dicha preocupación por llegar a un buen fin, la angustia de tener que enfrentarse con la reencarnación sin estar preparado para renacer mejor obsesionaron a la mayor parte de hombres y mujeres del siglo XIII.

La creencia en la reencarnación

Nunca se insistirá lo suficiente sobre la importancia de la creencia en la reencarnación que marcó, más que cualquier otra, las mentalidades y el comportamiento de la época. Anterior quizás a la difusión del catarismo y al que por otra parte sobrevivió, se traicionaba constantemente, en la vida cotidiana, respondiendo a una llamada profunda, a unas reacciones incontroladas. Dicha creencia contribuyó a que fueran menos familiares el alma y el cuerpo: habría incluso, tal vez, debilitado los tabús del incesto si éstos no hubieran estado tan arraigados en las conciencias y entre los lazos familiares, si los buenos hombres no hubieran mantenido su relativa legitimidad. Aunque, con seguridad, neutralizaba las diferencias intersexuales; habiendo sido el hombre una mujer y la mujer un hombre, les acercaba más el uno al otro, anulando las desigualdades postuladas por la misoginia masculina. Descartaba, por otra parte, cualquier superioridad de nacimiento del varón que pudo ser un villano en otra vida, desacreditándolo moralmente: un alma que habita en el cuerpo de un señor, o de un inquisidor, no puede haber emprendido el camino de la salvación.

Hacia finales del siglo XIII, la creencia en la eternidad del mundo se extiende cada vez más, incluso entre el pueblo llano. Formaba parte de la sabiduría popular. Ahí está, una vez más, una de esas proposiciones metafísicas relativa mucho más a la caracterología de la época que a la reflexión filosófica individual y que sorprende verla instalada en los espíritus como otras evidencias. La certeza de que los dos órdenes, las

dos naturalezas coexistían, corresponde a una visión de los encadenamientos cósmicos compatible, por otra parte, con las reencarnaciones, que tranquiliza a unos y aterra a otros. El mundo de la voluptuosidad, de las ilusiones carnales y materiales nunca tendrá fin: el universo satánico siempre estará abierto, siempre tentador. Y el mundo espiritual permanecerá siempre ahí, dispuesto siempre a acoger el alma... "Hay que elegir, ciertamente, pero queda tiempo." A medida que el catarismo acentúa su decadencia, el abismo que separa al "puro" del simple creyente se hace más profundo. Se escucha declarar a los apasionados: "¡Si no obtengo de Dios lo que quiero, lo conseguiré del Diablo!" De ahí surge algunas veces la tentación de apostar por Satán y de entregarse a la brujería. De ahí también el materialismo vulgar, tan extendido a finales del siglo XIII; el reino de la eternidad y del espíritu puro nos es inaccesible y la materia, con sus leyes y su fatalidad, se basta a sí misma. Un clérigo de los primeros años del siglo XIV, Bernard Franca, se hizo eco de este "espinozismo" prematuro e ingenuo que se había hecho proverbio en el Sabarthés (2): *Aquello que nos llega, bueno o malo, llega necesariamente. Las cosas no pueden ser otra cosa de lo que son.* Esto es, las cosas irán como irán: *Aquo ira com ira!* Uno de los últimos herejes quemados en el condado de Foix era un materialista decidido que no creía más que en la supervivencia individual. Se cree cada vez menos en la libertad humana. Todo se remite a la gracia de Dios, a su suprema bondad. De forma que la eternidad del mundo, la negación del libre albedrío, la confianza en el Ser Supremo, en la gracia, constituyen ahora los tres fundamentos ideológicos tanto del catarismo de los simples como del de los burgueses.

Es probable que muchos creyentes vivieran felices y liberados, depositando a la vez sus esperanzas en la eternidad del mundo, que debía asegurar su purificación de una manera mecánica y necesaria, y en la omnipotencia de Dios. Habiéndose debilitado la noción de pecado, se sentían libres de culpa. Otros, más sumergidos en el mundo invisible, tomaban más rápidamente conciencia del desarrollo de su alma, temían la aventura sobrenatural, aspiraban con todas sus fuerzas a alcanzar la salvación y la liberación. Entre los creyentes estos últimos eran los más numerosos.

A despecho del carácter retrasado de su agricultura, de los estragos que los salteadores causaban en los campos, los *leudes* y los peajes demasiado numerosos y pesados que, como en todas partes en la Edad Media entorpecían el comercio; a pesar de la inseguridad y del mal estado de los caminos, el condado de Toulouse se encontraba, a principios del siglo XIII, económicamente próspero y hasta en fase de expansión. El catarismo se había yuxtapuesto sin dificultad a aquella sociedad feudal y burguesa que apenas había podido modificar. Pero como respondía a las nuevas aspiraciones de una parte de los pequeños nobles arruinados, de los artesanos y de los mercaderes, parecía adelantarse a una evolución social que se limitaba, de hecho, a traducir en términos míticos.

Los clérigos pretendían repartir a todos los miembros de la sociedad en tres órdenes: los *oratores* (los que rezan), los *bellatores* (los que luchan), los *laboratores* (los que trabajan). Esta división tripartita no es que sea absurda, pero sí demasiado general para que corresponda a la verdadera situación sociológica: bajo la presión de los hechos y de las circunstancias, estallaba por todos lados. El catarismo y, de forma más general, el pensamiento heterodoxo, contribuyeron a sacar a plena luz la realidad de este estallido transponiéndolo en crisis moral, sin permitir, sin embargo, a las dos grandes clases presentes, la de los señores feudales y la de los mercaderes, comprender de entrada cuán opuestos eran sus intereses, ni, aún menos, la naturaleza de su antagonismo. Los hombres de aquella época, muy individualistas, y que transferían por añadidura a los grupos pequeños su estrecho egoísmo, limitaban a menudo su horizonte social a las comunidades de vecindad, se absorbían en pequeñas querellas oponiendo el burgo a la ciudad, el barrio al barrio, la corporación a la corporación. Al no tener la noción moderna de clase, se asociaban en nombre de valores sentimentales, tradicionales y casi folklóricos, mientras que todo les dividía; y combatían furiosos entre sí, cuando todo les recomendaba conjugar sus esfuerzos.

Sin embargo, a partir de una visión pesimista, y crítica, del mundo físico y social, el catarismo fue llevado a precisar, a dilatar los antagonismos fundamentales.

Que el catarismo por su naturaleza haya sido opuesto al feudalismo, se desprende de sus mitos y de sus teorías morales. Enseñaba, por ejemplo, que para seducir a los ángeles, el Diablo les había propuesto

hacerlos descender a este mundo, donde cada uno se emborracharía de orgullo por mandar sobre el otro: el emperador al rey, el rey al conde, el conde al barón, el marido a su mujer, y en donde estaría permitido “con una bestia capturar a otra”. El verdadero jefe de la jerarquía feudal era el mismo Satanás, príncipe de este mundo.

La teoría cátara de las reencarnaciones acabó con la noción de herencia según la cual el padre transmitía a su hijo, no sólo sus virtudes, sino también el derecho “natural” de esclavizar a otros hombres y poseer él solo la tierra. El “buen hombre” que reveló a la condesa de Tolosa que en otra existencia había sido una pobre aldeana, debilitó la confianza que había depositado hasta entonces en la excelencia y en la continuidad de su raza.

Los feudales eran guerreros, *bellatores*. Su *ordo* formaba una jerarquía de barones y de caballeros subordinados los unos a los otros que, sobre todo al principio, no tenía otro sentido que en su relación con la guerra y la organización de la mutua defensa: el señor debía protección a su vasallo; el vasallo debía “servicio” a su señor. Si, al condenar rotundamente la guerra, el catarismo no logró suprimirla — hoy está todavía en pleno auge —, al menos consiguió desacreditar su mitología que, con la ayuda de múltiples poetizaciones, asociando, por ejemplo, el valor con la generosidad, la Gracia o el Amor, la había valorizado en exceso como un juego y como una prueba de virilidad. Añadamos a ello que la dignidad de los *bellatores* se basaba en que estaban unidos, al menos en derecho, a “los que ruegan”, siendo su suprema razón de existir la de consagrarse a la más noble de las causas, la de Dios, y la de combatir por ella participando en las cruzadas. Pero para los cátaros la guerra no era hermosa, justa, ni buena, y hacia 1250 tuvieron la audacia de decirlo. El más profundo, quizá, de los pensadores occitanos, Peire Cardenal, anticipa la revolucionaria idea de que la cruzada no es más que un medio para que los clérigos puedan explotar a los guerreros. *¡Con tal de que un clérigo se lo ordene, exclama irónicamente, los caballeros irán a saquear a Tudela, el Puy o Montferrant! En realidad los clérigos les lanzan en plena matanza: después de haberles dado el pan y el queso, los envían a la refriega, donde acaban acribillados por los dardos. ¿Y qué queda, después, de la fábula de la guerra y de la muerte heroica? ¿Y de la legitimidad de los derechos feudales, cuando ni la herencia, que es sólo la de los cuerpos, ni la gracia de Dios, puesto que el verdadero Dios no es el autor de esta sociedad injusta, la fundamentan? Al rechazar toda justicia humana por inicua, tanto la de los tribunales señoriales como eclesiásticos; al sugerir substituirlos por*

un arbitraje pacífico ejercido por los perfectos —arbitraje que, en las ciudades y bajo la autoridad de los cónsules, empezaba a ser norma en los conflictos entre artesanos y los mercaderes, así como entre los diversos sectores de oficios— el catarismo tendía, idealmente, a suprimir una de las prerrogativas esenciales del gran y pequeño feudalismo que, al amparo de la justicia, multiplicaban las exacciones y se creaban unas rentas abusivas. Salvo a principios del siglo, hacia 1200, en que sólo el castigo que los perfectos infligieron un día a un barón homicida y que consistió en obligarle a entrar en sus Órdenes, es decir, a ser santo; salvo quizás en Montségur, en los años 1240-1244, los cátaros nunca tuvieron el poder de aplicar esta nueva forma de justicia, pero sus teorías eran conocidas por una élite, que los juzgaba más cristianos y se inspiraba en ellas donde tenía posibilidad de hacerlo.

En fin, al prohibirse el juramento los perfectos lo desvalorizaron incluso a los ojos de los simples creyentes. No es que atacaran, como se repite desconsiderablemente, los cimientos de la sociedad civil —la promesa sobre la fe, sobre el honor y la lealtad, el respeto a la palabra dada, acompañados de sanciones contra el falso testimonio, reemplazan muy bien al juramento (la Revolución francesa, dicho sea de paso, lo suprimió durante algunos años)— sino, simplemente, los de la sociedad feudal de sus tiempos. Ya que, ésta, poco fundamentada en la razón, tenía necesidad de establecer entre los contratantes, especialmente en el homenaje vasálico, unos lazos sagrados tan ritualizados como aquellos que, mediante un juramento sobre el Evangelio, unían a los “hermanos de sangre”, o por “intercambio de corazones”, a los amantes.

Los grandes señores feudales

Los grandes señores occitanos nunca tuvieron conciencia de que el catarismo amenazara inmediatamente —o a largo plazo— los fundamentos reales de su sociedad. Nunca adoptaron a este respecto (como, por ejemplo, los barones búlgaros respecto a los bogomilos) una actitud francamente hostil. Al contrario, el catarismo encontró en seguida entre el anticlericalismo de aquellos guerreros, desde antiguo en rebelión moral contra la Iglesia, un clima favorable a su difusión. No habían esperado, en efecto, que el catarismo se lo sugiriera, para confiscar el producto de los diezmos y apropiarse de los bienes de las abadías.

Gozaban, en el Mediodía, de una reputación bien establecida de incrédulos y libertinos, y se sabe que Guillermo IX de Aquitania, el primer trovador, había sido excomulgado varias veces en el siglo anterior, por sus repetidas usurpaciones de los privilegios eclesiásticos.

Más tarde, las circunstancias políticas les obligaron a apoyarse en los cátaros, quienes les eran adictos devotos, para defender sus derechos y sus usurpaciones. Incluso los de entre ellos que eran buenos católicos se alinearon en el bando de los enemigos de la Iglesia.

Rebeldes al orden romano, los señores occitanos lo eran ya en lo concerniente al matrimonio, al que consideraban como una formalidad sin importancia. Al capricho de sus intereses políticos, o abandonándose a su humor voluble, repudiaban a su mujer y tomaban otras nuevas, con mejor renta o con mejor parentela. La Iglesia los castigaba con excomuniones, sin conseguir nunca devolverles el respeto a la fe jurada. La doctrina del amor, exaltada por los poetas, ejercía entonces en los ambientes aristocráticos, más influencia aún que el maniqueísmo. Como parecía hacer depender los más altos valores humanos de una especie de instinto generoso, innato en el corazón de los nobles, la Iglesia vio rápidamente, no sin razón, un resurgimiento del naturalismo pagano, e hizo cuanto pudo por erradicar su progreso. Dicha "herejía" no debe nada al catarismo, pero forma parte de la misma corriente de pensamiento audaz y reformista: incitaba a las mujeres de la aristocracia a volverse más independientes de la potestad marital y desacreditaba el matrimonio romano. Descrédito del cual, por otra parte, se aprovecharon más los maridos que las mujeres.

En otro aspecto, no menos importante, su espíritu de independencia contravenía, más gravemente aún, las prescripciones de la Iglesia. Ésta les prohibía tomar a los judíos a su servicio, y sobre todo confiarles funciones que les confirieran una autoridad sobre los cristianos. Pero, hasta la cruzada, continuaron empleándolos en todas partes donde tenían necesidad de su competencia en asuntos financieros. En 1203, el vizconde de Carcasona tenía como baile al judío Simón. Y lo mismo sucedía en Tolosa y también en Cataluña y Aragón, país sin embargo muy católico. A pesar de que tuviera como tarea principal la de destruir el catarismo y no el judaísmo, que gozaba de un estatus reconocido, la cruzada de 1209, al imponer el respeto de las prescripciones de los legados a este propósito, tomó un carácter antisemita innegable. Los judíos de Béziers no se dejaron engañar y se apresuraron dejar la ciudad al mismo tiempo que a su vizconde. Más tarde, so pretexto de combatir la usura, se organizaron persecuciones, con pillaje y destruc-

ción de casas, en Tolosa por la muy católica "Cofradía blanca". Los judíos fueron sus principales víctimas. Es un hecho muy significativo que judíos, lombardos y cátaros fueran envueltos en la misma reprobación odiosa. Sin duda, muchos desgraciados tolosanos habían sido arruinados por los sórdidos usureros, pero también ¡cuántos deudores de mala fe debieron aprovechar la ocasión para hacer desaparecer, sin reembolsar intereses ni capital, los contratos de préstamos comerciales honestamente conseguidos! Es evidente que el objetivo propuesto por aquellos espíritus demasiado tradicionalistas era el de abolir, bajo las especies de la usura condenable, las condiciones legítimas del capitalismo naciente, al cual la Iglesia siempre se había mostrado desfavorable. (La monarquía francesa acabará, en el siglo XIV, por expulsar a judíos y lombardos, y el comercio de Narbona resultará semiarruinado.)

Pero los feudales, en el Mediodía francés, ¿sabían con claridad qué debían combatir, qué debían defender? Mucho menos clarividentes que los barones del Norte, en lo que concierne a los principios rígidos de la economía feudal, inmersos en unas circunstancias difíciles, atrapados entre los peligros del momento y las preocupaciones del porvenir, tan pronto parecían aceptar el surgimiento del comercio y aprovecharse de él, incluso en el interior del sistema aristocrático, oponiéndose a la política anticapitalista de la Iglesia; tan pronto, al contrario, les ponían obstáculos, multiplicando los peajes y dejando sobre todo a sus bandas, mal pagadas, correr los caminos y desvalijar a los mercaderes; y aún aquí tropezaban con la Iglesia. Pero, sobre este punto, con sus conceptos caritativos de la Paz, de la "Tregua de Dios", era la Iglesia quien tenía razón. Todo ello demuestra cómo los feudales estaban lejos de formar una clase homogénea; los pequeños caballeros no se sentían en absoluto solidarios de los grandes señores, y los grandes no se avenían entre sí.

Pequeños nobles y burgueses

Las instituciones urbanas habían debilitado considerablemente la pujanza de los grandes señores. En las ciudades marítimas sobre todo, aunque también en las ciudades comerciales del interior, la burguesía mercantil, representada por sus cónsules, había adquirido una especie de independencia, por lo menos en el terreno económico y financiero,

que dirigía a su gusto. Esta conquista de las libertades municipales había asociado en el mismo esfuerzo a la burguesía y a la pequeña nobleza.

No se encuentra rastro en ninguna parte, escribe Yves Dossat, del antagonismo que existía entre ellas en el Norte de Francia. Los nobles ocupaban su sitio en el colegio consular en Tolosa, Castelsarrasin, Moissac, Montauban; en Nimes, cuatro cónsules sobre ocho eran escogidos por los caballeros. Estos pequeños nobles no disponían ni del poder militar que permitía a los condes y a los vizcondes mantener en pie lo esencial del aparato feudal ni, sobre todo, de sus recursos considerables: a menudo se encontraban necesitados. Dado que los pequeños feudos se repartían igualmente entre todos los herederos, las sucesiones terminaron en un desmenuzamiento tal que un gran número de copropietarios vivían en las mismas tierras, a veces en el mismo castillo, donde percibían en dinero una pequeña parte de sus rentas, ya poco considerables. Pasaban todas las penas del mundo por indemnizar a sus hijas, por “dotarlas”. Jamás explotaban directamente sus tierras, y sólo vivían de los censos y de los derechos señoriales, muy reducidos por el parcelamiento; a menudo eran más pobres que sus campesinos. Entre 1200 y 1250 no era raro, en efecto, ver a un aldeano llegar a percibir algunas rentas sobre las tierras de sus vecinos, comprar tierras nobles y acceder al ocio. *Muchos de estos nuevos ricos se casaban con hijas de hidalgos. Algunos conseguían hacerse reconocer como tales* (E. Perroy). La distancia que separaba al campesino rico del caballero, y sobre todo al burgués rural del burgués urbano, tendía pues a disminuir, en la medida en que el dinero compensaba la falta de nobleza, en gran detrimento de la cohesión aristocrática y de la orden de los *bellatores*.

Seguían siendo guerreros. Se arruinaban en pequeñas expediciones guerreras que pagaban poniendo su castillo en prenda. Pero hacia 1240-1250, ya no tendrán ni siquiera el poder: se encontrarán desprovistos a la vez de las rentas burguesas y de las feudales. Algunos, despojados completamente por la Inquisición, se verán reducidos a llevar en el campo una vida de caballero errante. No es de extrañar, entonces, que muchos de ellos se sintieran atraídos, más por las circunstancias que por un verdadero interés de clase, por la burguesía urbana y, sobre todo, por el catarismo que les ayudaba financieramente a cambio de un apoyo militar y que, empleándoles a su servicio, fomentaba su gusto por el riesgo y por la aventura.

Labradores, artesanos, comerciantes y banqueros

El concepto de *laboratores* o, si se prefiere, el “trabajo”, no resistía mejor la prueba de los hechos, ni la crítica, implícita, a la que el catarismo burgués lo sometía. Para el sistema teológico-feudal en el que se asienta la distinción tradicional de las tres órdenes, el trabajo es, sobre todo, el trabajo de la tierra. Con todo, sin rechazar el trabajo agrícola, el catarismo siempre demostró gran aversión por la propiedad de tipo feudal. Sin duda, consideraba la tierra como “satánica” ya que es el Dios malo quien la hace “crecer y florecer”, y el agricultor es su coadjutor, pero sobre todo porque es el apoyo de la organización feudal, más satánica aún. Por ello prefería al trabajo del labrador el del artesano, quien se limita a transformar la materia, e incluso la del mercader o la del banquero, que hacen fructificar el dinero por una especie de actividad abstracta. Mientras el señor, único propietario de la tierra, pero que no la cultiva, vive sobre las espaldas de los que la trabajan sin poseerla, el mercader sólo subsiste con su propia actividad, sólo “explota” a los que quieren serlo, y sólo consigue el servicio de otro retribuyéndolo. Esto equivale a decir que en el siglo XIII, donde, entiéndase, no se trataba aún de levantarse contra la noción misma del “provecho”, la ecuación trabajo-dinero aparecía más humana y más justa en el precapitalismo burgués que en el sistema feudal.

El catarismo deseaba que cada cual viviera de su trabajo y, que, en último extremo, no hubiera más pobres, si no eran “voluntarios”: los perfectos estaban obligados a ganarse su pan, eran pues *oratores* ya que rezaban y *laboratores* ya que trabajaban; por otra parte, tenían registro de los depósitos que se les confiaban y que hacían “fructificar”. Se adivina que por este motivo eran doblemente herejes para la Iglesia, como religiosos reformadores y como clérigos mercaderes. (Hubo clérigos mercaderes católicos, pero sin funciones sagradas.) Ésto fue suficiente para que los burgueses y los mercaderes vislumbraran entonces en el catarismo, al menos en el catarismo político, una religión que, al asociar el trabajo con la oración, ennoblecía sus actividades en el plano metafísico. No puede hablarse sin anacronismo de lucha de clases en el siglo XIII, pero debe constatar que frente al poder feudal, irracional y además demasiado injusto, hacía aparición un nuevo poder: el dinero, considerado como la recompensa del trabajo libre. Poder en el cual participaban o aspiraban a participar todos los que vivían, por estado o por el efecto de las circunstancias, al margen del feudalismo y

de la Iglesia. El dinero pertenecía a menudo a los herejes o a los no cristianos: gran parte estaba en manos de los judíos, a quienes estaba prohibida cualquier actividad al margen del comercio del dinero (salvo en Narbona) y de los lombardos, que hacían de banqueros con gran pericia; se acumulaba en las casas de los burgueses, los mercaderes y los artesanos urbanos a quienes la Inquisición molestaba o perseguía como creyentes, y que, por esta misma razón, ingresaban en las filas de los cátaros clandestinos, se convertían en “anticlericales”. En el mismo tiempo en que la Iglesia, por su desconfianza ante toda operación comercial, quedaba comprometida, ideológicamente y de hecho, con el orden feudal, y aparecía como el enemigo irreductible de la nueva economía burguesa, la única que en aquella época, y dentro de esta coyuntura, fue progresista y liberadora, el catarismo, revisando la noción católica de la usura y apoyándose en indiscutibles autoridades escriturarias al mismo tiempo que en las necesidades de expansión del gran comercio, legitimaba el préstamo con interés.

El Honor y el Dinero

La oposición entre las dos “potencias”, el Honor y el Dinero, no queda marcada en ninguna parte netamente más que en la diferencia que se hacía, en la Edad Media, entre el feudo y la *censual*. El feudo es la tierra que pertenece al señor y de la que da poder a su vasallo, a cambio no de compensaciones económicas, sino de algunas obligaciones de carácter militar y honorífico: el servicio armado a caballo. Es una posición noble. Por el contrario la censual es una posición en la que el beneficiario, villano, paga el disfrute con una aportación en especies o en dinero. Sin embargo, en la época en que el catarismo se establece en Languedoc, y sin que pueda verse entre ambos fenómenos una relación directa de causa a efecto, las dos formas de posesión, la noble y la villana, tienen tendencia a confundirse.

La palabra *honor*, tan característica de la mitología feudal, designa tanto el feudo como un censo. Ya a finales del siglo XI, precisa Y. Dos-sat, se daba un viñedo en “feudo” bajo un censo anual de tres dineros. El mismo autor hace observar que las cargas a las que los villanos estaban sometidos en principio, recaían a veces también sobre los nobles y que, por el contrario, burgueses y campesinos quedaban sometidos a

obligaciones militares reservadas a los caballeros. Esta confusión, que tendía en cierta forma, a “deshonrar el honor”, y a honrar al villano, se traducían hasta en el traje y el equipamiento. Campesinos ricos y burgueses no se habían atrevido aún a cortejar a las damas como los caballeros, pero ya llevaban, como ellos, el tahalí. Una transformación más completa de las formas —que de nobles, militares, honoríficas pasaron a ser burguesas y venales— se efectuó en el curso del siglo XIII cuando los burgueses hubieron adquirido tierras nobles que daban a su vez en censo. Preferían, en su conjunto, los pagos en dinero que en especies, ya que eran más fácilmente negociables, como “valores”. Cuando la seguridad de los mercados les permitía vender con mayor regularidad los productos de sus campos, y podían resarcirse sin demasiado esfuerzo, los arrendatarios preferían también el pago en dinero. Y es que el pago en especies es casi siempre signo de una economía precaria. Cuando la cosecha ha sido mala, o los salteadores la han estropeado, la paga al propietario del fruto de su trabajo, aparte de que a veces les reducía al hambre, les parecía a los villanos aún más injusta.

Paralelamente a este aburguesamiento —relativo— de la parte noble, se veía cómo se distendía un poco el vínculo de vasallaje. *En el Mediodía, más que en otras partes, los vasallos tenían varios señores que aceptaban o dejaban según sus intereses* (Dossat). Lo que era cierto para los grandes feudos lo era también para las posiciones modestas. El homenaje se desacralizó lentamente, como el juramento que lo implicaba, cuando los feudos y los censos no se diferenciaron mucho entre ellos. Si los nobles no creían apenas en el juramento y no los respetaban, los villanos aún creían menos, y como si hubieran aprovechado en este punto lecciones del catarismo, sólo depositaban su confianza en la palabra escrita: *los villanos, escribía el trovador Peire Cardenal hacia 1250, antes de comprometerse mediante juramento, reclaman un contrato.*

Los *alodios* —es decir, las tierras sin señor, pertenecientes por entero a hombres libres que no deben ni homenajes, ni réditos— constituían, se ha dicho a menudo, una especie de anomalía en el sistema feudal: en el Norte de Francia no existían. El espíritu del feudalismo exige, en efecto, que la tierra sea de un señor, el cual es su propietario nato, y que el acceso a la propiedad resulte prohibido o muy difícil a los villanos. Pues como lo ha hecho notar Paul Dognon, *a finales del siglo XII, cierta cantidad de tierras, acaso la mitad, eran libres.* La confiscación de estas tierras a causa de la herejía muestra naturalmente que sus propietarios eran herejes, pero también que la represión de la here-

jía, que por las *confiscaciones* enriquecía a los señores, tenían una voluntad más o menos deliberada de disminuir el número de los *propietarios del alodio*. Alfonso de Poitiers intentó hacer lo mismo que Raimundo VII: transformar los *alodios* en *feudos*, o acrecentar los *feudos* anexionándoles los *alodios*. Sin embargo, los *alodios* subsistieron, y es cierto que esta forma de propiedad campesina, bastante parecida de hecho a la que es hoy en día, y la práctica del derecho escrito, supervivencia deformada del derecho romano, contribuyeron en el siglo XIII a promover una clase de propietarios acomodados, a los que daban un vivo sentimiento de libertad, seguridad y dignidad. Muchos de ellos fueron cátaros clandestinos.

La independencia y la riqueza de las ciudades

La sociedad occitana, desde principios del siglo XII, marcó una tendencia hacia el urbanismo. La toma de posesión del suelo había terminado hacía tiempo; en algunas regiones, los campos estaban incluso superpoblados, ya que se veía a los campesinos emigrar, unos hacia España, otros hacia las ciudades donde se instalaban en barrios (C.-M. Higounet). Al ser las ciudades más seguras, fueron los campos suburbanos los que se cultivaron más. Cuando los campesinos se agrupan en *salvetats*, donde gozan de algunas franquicias judiciales, están exentos de cargas sobre los mercados (*leudes*) y pueden ejercer todos los trabajos sin autorización previa, encuentran, en suma, una atmósfera urbana: algunos se convierten en artesanos. Algunos nobles, que viven de las pobres rentas de sus *feudos*, vienen a instalarse igualmente en las ciudades. Viven en casas adornadas por una torre o una atalaya situadas en el centro de la ciudad, a veces en una calle que les está reservada, y constituyen una especie de caballería urbana, a la que la burguesía tiende a aproximarse.

La población de las ciudades aumenta considerablemente. Se estima la de Tolosa, hacia 1250, en unos veinte mil habitantes, la de Montpellier en unos quince mil, la de Carcasona en unos seis mil. Estas cifras son, naturalmente, muy aproximadas. Pero es seguro que el Languedoc, aun conservando una densidad rural suficientemente densa, tenía, en el siglo XIII, una población urbana superior a la que había en toda Francia, salvo en Flandes (C.-M. Higounet).

La actividad comercial constituía el recurso esencial de la economía urbana: otorgaba el poder. En el curso del siglo XII, de 1125 a 1180 más o menos, burgueses y mercaderes habían sabido arrancar a los señores privilegios, “libertades” y costumbres; y sobre todo imponerles los consulados, a veces después de pequeñas revoluciones, la mayor parte de ellas de forma pacífica. Estas oligarquías burguesas cobraban impuestos, disponían de una milicia, e incluso, en las ciudades marítimas, como en Narbona, firmaban con toda independencia tratados de comercio con los grandes puertos mediterráneos. A veces, las ciudades del interior, especialmente Tolosa, no dudaban en recurrir a la fuerza para incluir a las ciudades y los castillos vecinos en su órbita comercial. Les obligaban a suprimir los leudes y los peajes molestos. Este individualismo de las comunidades era tan anárquico como el de los señores, pero estaba al servicio de intereses menos mezquinos.

Hacia 1250-1280 los campesinos suburbanos, los artesanos del burgo, los burgueses y los nobles de la ciudad sufrieron de forma mucho menos sensible las imposiciones del régimen feudal, que compensaba, efectivamente, la institución consular. En este ambiente a menudo activo y trabajador, en el cual las libertades y la del comercio se confundían con “la” libertad, reclutó el catarismo a sus más encarnizados defensores. En Tolosa, los cónsules se sometieron en la medida en que ellos creían que al apoyarlo hacían fracasar el poder de la Inquisición que amenazaba su seguridad. Igual ocurriría en Carcasona, en Albi, en Cordes.

No es extraño ver a estos burgueses dar muestras de un anticlericalismo que el contacto con la herejía no bastaría para explicar: temían en realidad que la Iglesia, que pactaba con los ocupantes franceses, propugnara una disminución de sus libertades tan penosamente conquistadas, e incluso fuera un obstáculo para las facilidades de préstamos de los que tenían necesidad para extender sus empresas. El complot de los burgueses de Carcasona y de Limoux, en 1304, no tiene otras causas: no dudaron en ofrecer el vizcondado al infante de Mallorca, esperando de este príncipe lo que ellos no habían podido obtener del rey de Francia: la supresión de la Inquisición dominicana y el restablecimiento de la Inquisición episcopal, que siempre se había mostrado más liberal. No solamente, en efecto, la Inquisición atacaba sus bienes y sus vidas, sino que con su rigor también provocaba —lo que les alarmaba casi tanto— la huida de la mano de obra y de la del dinero.

El fenómeno es más característico en Narbona, ciudad católica donde el catarismo no se había implantado nunca. Los cónsules se

mostraron tan anticlericales como en el resto de las ciudades, y no dejaron nunca de manifestar su mal humor, y su oposición, a la autoridad eclesiástica. Otras herejías además del catarismo se habían manifestado y desarrollado por las mismas razones: movimientos espirituales, evangélicos, tan reformistas en lo que respecta a la defensa de las libertades. Existía, sobre todo en la ciudad, una floreciente comunidad judía y establecimientos de banqueros lombardos que, mejor aún que el catarismo, y sin agobiarse con la metafísica, simbolizaban, frente a la potencia feudal del arzobispo y del vizconde, la de los banqueros y ofrecían a la burguesía una reserva de capitales en la que podían apoyarse para las necesidades del comercio marítimo y del tráfico local.

El catarismo frente al feudalismo

De este examen rápido de la situación social del Languedoc en el siglo XIII hay que concluir que si el catarismo no pensaba suprimir el régimen feudal — la cuestión no estaba en su poder y era absolutamente imposible en esa época —, se sentía, al menos, afín con todos los que intentaban hacerlo evolucionar. No tuvo ninguna dificultad en insertarse en la sociedad tal como estaba constituida, pero parecía adelantarse sobre todo a la que ya empezaba a funcionar en las ciudades y que ponía en tela de juicio a la Iglesia y a la dominación francesa.

En nombre de los numerosos burgueses ganados a su doctrina, el catarismo deseaba desarrollar los mercados, fomentar el artesanado textil, activar la circulación del dinero, instaurar la cooperación del prestamista y del deudor (solvente), dándole a la palabra “usura” su sentido primitivo de uso o de goce de un bien y, por ello mismo, disminuir entre los contactos humanos la importancia de los privilegios de nacimiento a beneficio de las ventajas logradas por el trabajo o el “uso” del dinero.

Pero esto no significa que se redujera a la aplicación que la burguesía hacía de él en su interés. Lo propio de las religiones — incluso las más puras — cuando son portadoras de una esperanza de liberación válida para todos los hombres, es poder, también, ser utilizadas por aquellos de sus creyentes que viendo sólo lo temporal, las fuerzan, por decirlo así, a reflejar sólo eso. Está claro que el catarismo sobrepasa infinitamente el plano de las reivindicaciones capitalistas y comercia-

les. El mundo del Mal es para él el feudalismo, aunque también lo es el mal físico del hombre y la trágica aventura metafísica a la cual se le ha lanzado. El mundo del Bien es la sociedad justa —la Ciudad de Dios— por otra parte irrealizable bajo el reino satánico, pero también es, y sobre todo, el reino celestial que se abre ante el alma salvada. Por la fuerza de las cosas, o mejor de las ideas, sería necesario que las reivindicaciones y las emancipaciones legítimas tomaran una forma religiosa como referencia al antagonismo entre las dos “naturalezas”. Al mismo tiempo que “suprimían algunos pecados del mundo”, el pecado de amor para las mujeres, el pecado de usura para los comerciantes, los perfectos vivían en la castidad absoluta, y sólo reconocían el Evangelio de San Juan.

CAPÍTULO II

LOS PERFECTOS

La vocación y las ceremonias de iniciación

Al igual que el antiguo maniqueísmo, que establecía una gran diferencia entre los iniciados y los simples adeptos, el catarismo no imponía los mismos deberes a los buenos hombres, o perfectos, que eran los ministros de la secta, que a los creyentes. Desde el momento en que no se sentían con fuerzas ni con voluntad para entrar en la vida ascética, los creyentes sabían que estaban condenados a proseguir su evolución en otros cuerpos, antes de poder salvarse. Al contrario, los que mostraban la firme voluntad de llegar a ser buenos hombres, manifestaban menos su libre albedrío que el resultado en ellos de una larga serie de efectos purificadores: se encontraban con que habían adquirido ciertos méritos, cuya prueba la constituía el hecho de desear la ordenación.

Por lo tanto, no es posible determinar bajo qué circunstancias particulares se llegaba a perfecto. Las vocaciones se podían manifestar en cualquier edad, en función del desarrollo espiritual de cada cual. Las predicaciones, la atmósfera rigorista que los perfectos hacían reinar a su alrededor contribuían sin duda a suscitarlas. Muchas mujeres nobles habían sido educadas por las perfectas, muchos señores jóvenes habían tenido a los perfectos como preceptores. Quizá los miembros de la iglesia cátara pensaban vislumbrar, mediante una especie de intuición sobrenatural, los adeptos que hubieran alcanzado el grado de purificación necesario.

La entrada en las órdenes cátaras estaba señalada por la recepción del *consolamentum*. En occitano, *consolament* significa consolación. Es

la fuerza (*Paraclesis*) que el Espíritu Santo o *Paráclito* (intercesor) llevó a los Apóstoles el día de Pentecostés, como se lo había prometido Jesucristo. Este bautismo espiritual y de adultos, *baptisme esperital*, que suponía la fe y la reflexión, era muy parecido a los ritos correspondientes de la liturgia cristiana primitiva, pero los elementos materiales, el agua, la unción de aceite, habían sido eliminados, ya que la materia es obra de Satán. Se opone al bautismo de agua de Juan (*ya que, es cierto, Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo*) (*Actos, I, 5*).

El *consolamentum*, “por el cual se recibía al Espíritu Santo”, hacía del creyente un ministro de la secta y le confería el poder de transmitir a su vez el Espíritu Santo por imposición de manos. Por lo tanto, no hay que confundir el *consolament* de los perfectos con el *consolament* de los moribundos, a pesar de que casi sean idénticos en el ceremonial. El último situaba simplemente al moribundo en las mejores condiciones espirituales para obtener el perdón de Dios por sus faltas, mediante la intercesión de los fieles, y la salvación.

El postulante se preparaba mucho tiempo antes — durante un año, algunas veces hasta tres — para recibir el bautismo espiritual, imponiéndose la abstinencia: ayunaba tres veces a la semana, y observaba rigurosamente las tres cuaresmas de Navidad, Pascua y Pentecostés. Bajo la vigilancia moral de la Iglesia, se habituaba de esta forma a las mortificaciones: a no comer carne, a practicar la justicia, a decir siempre la verdad, a seguir en continencia, a mostrarse fuerte ante las pruebas. Acaso estaba obligado, como piensa J. Duvernoy, a meditar y a conocer de memoria el Evangelio de Juan, quizá también a aprender un oficio. Todo eso constituye una preparación necesaria a la abstinencia que el ordenado, luego, deberá respetar toda su vida.

La oración dominical

Ha llegado el momento para el neófito de entrar en la Iglesia cántara, no como un simple creyente, sino como pastor. En principio debe recibir la oración dominical —o sea, el permiso de decirla—, primer grado de una especie de iniciación que le incorpora, por el rito litúrgico, a la Iglesia y que es una supervivencia, como lo señala el reverendo padre Dondaine, de la iniciación de los catecúmenos en la

antigua Iglesia: *Los discursos preparatorios a los ritos; la imposición de las manos, también pertenecen a la misma tradición cristiana.*

El ordenado (obispo, diácono o simplemente un cristiano probado), los perfectos y las perfectas, los simples creyentes se reunían en casa de uno de ellos, si disponía de un local bastante amplio, o en la sala del castillo, si el señor también era creyente, o en la comunidad de los perfectos, si había alguna en la vecindad. No había ningún lujo decorativo, ninguna iluminación ritual, salvo dos cirios colocados sobre la mesa. La asamblea de los fieles, a los que el neófito ha sido presentado por un padrino, ha dado su consentimiento a esta recepción dentro de la orden: está entonces, como hemos dicho, en estado de abstinencia.

Aparece, acompañado por su padrino y por el decano en edad de la comunidad, llamado a veces el anciano. El primer acto ritual es una purificación general. Todo el mundo se lava las manos, incluidos los creyentes, que pueden asistir a la ceremonia. El decano, el primero de los buenos hombres, después de haber hecho tres reverencias ante el ordenado, instala ante sí una mesita de forma circular, una especie de velador de mimbre (la palabra *desc* evoca la idea de un disco, pero también la de una canasta o cesta). Sobre este disco coloca un mantel blanco y efectúa tres reverencias más. Deposita sobre el mantel el libro de los Evangelios diciendo: "*Benedicite, Parcite nobis, Amen.* (Bendícenos, perdónanos, amén.)" Las exhortaciones se hacían en lengua de oc, las fórmulas litúrgicas a menudo se recitaban en latín.

El neófito efectúa también su *melhorier* (o *melioramentum*) (3) ante el ordenado que le entrega entonces el libro de los Evangelios. La "Tradición del Libro", como en la Iglesia primitiva, precedía siempre a la de la oración. El postulante escucha de rodillas una larga amonestación, de un alto nivel moral y religioso, que se dejaba a la libre elección del ordenado. Pero los *Rituales* le suministraban el modelo. Siempre hacía un llamamiento a la conciencia del creyente, o más bien lo invitaba a reflexionar sobre el significado espiritual de los ritos que estaba cumpliendo. Citaba textos de la Escritura que confirmaban la verdad de la doctrina cátera.

El ordenado: *Debéis comprender, si queréis recibir esta oración, que tenéis que arrepentiros de todos vuestros pecados y perdonar a todos los hombres. Si no perdonáis a los hombres sus pecados, nuestro Padre celestial no os perdonará los vuestros* (4). El ordenado procede entonces a un verdadero comentario del *Pater*, destinado a esclarecer al iniciado su sentido oculto y espiritual (5). *Padre nuestro que estás en los cielos* significa: Dios, a quien debemos distinguir del Padre del

Diablo, que es mentiroso y padre de los malos, es decir, de los que no pueden beneficiarse absolutamente de la compasión divina... *Nuestro pan consubstancial*: por pan consubstancial se entiende la ley de Cristo que ha sido dada a todos los pueblos.

El ordenado termina diciendo: *Por esto rogamos al buen Dios que ha dado a los discípulos de Jesucristo el poder de recibir esta santa oración, que os dé también a vosotros la gracia de recibirla con firmeza y en honor a él y a vuestra salvación. ¡Parcite nobis!*

Seguidamente toma el Libro de nuevo. *¿Tenéis la firme voluntad, pregunta al neófito, de recibir la santa oración y conservarla toda vuestra vida con castidad, veracidad y humildad? — Sí, tengo la voluntad. ¡Rogad al Padre que me dé fuerzas!* El anciano se arrodilla ante el ordenado y el postulante lo imita pidiendo el perdón de sus faltas y la ayuda de Dios. El ordenado recita el *Pater* en voz alta y lentamente; el neófito, arrodillado, lo repite palabra por palabra; tiene a partir de ahora el derecho de rogar al “Padre”. Se levanta.

El ordenado pronuncia la fórmula ritual que determina los deberes del nuevo iniciado: *Por Dios, por nosotros, por la Iglesia, por su Santa Orden, sus preceptos y sus santos discípulos, tened el poder de pronunciar esta oración antes de comer y beber, de día y de noche, sólo o en compañía de otras personas, tal como es costumbre en la Iglesia de Jesucristo. No debéis comer ni beber sin haber pronunciado esta plegaria. Si no lo hacéis, lo haréis saber al ordenado de la Iglesia tan pronto como podáis, asumiréis la penitencia que él os imponga. Que el Señor verdadero Dios os dé la gracia de observar la práctica de la oración en su honor y por vuestra salvación.*

El neófito hace tres reverencias y da las gracias al ordenado y a los fieles: *Benedicite, Benedicite, Benedicite, Parcite nobis. Dominus Deus tribuat vobis bonam mercedem de illo bono quod fascistis mihi amore Dei* (Que el Señor Dios os de buena recompensa por este bien que me habéis hecho para el amor de Dios).

La ceremonia ha terminado. Antes de separarse, los cristianos recitan los “dobles” (serie de ocho *Pater*) y hacen las prosternaciones rituales (*veniae*). El iniciado los imita. Si no debe ser consolado ese mismo día, asiste al servicio (confesión general) y toma parte en el “beso de la paz”.

El “*consolamentum*” de ordenación

Es posible que en el siglo XII el *consolamentum* no haya seguido inmediatamente a la tradición de la oración y que un nuevo período de pruebas se haya intercalado entre las dos ceremonias. Sin embargo, el *ritual* admite perfectamente que el *consolamentum* se dé inmediatamente después. Y esto debía ocurrir frecuentemente.

El neófito se presenta de nuevo con el anciano de su entorno, decano de los buenos hombres, y su padrino (que también podía ser el propio anciano).

Los tres —o los dos— realizan el *melhorier* delante del ordenado. Luego, con todos los cristianos y cristianas empiezan las oraciones —siete oraciones dominicales— para que Dios escuche favorablemente al ordenado y para que éste sea purificado de sus pecados. (Para los cátaros, el bautismo conferido por un ministro en estado de pecado no tenía efecto.) El ordenado, por lo tanto, se confiesa. El anciano que se encuentra a su lado, lo absuelve (6).

Es ahora cuando les corresponde a los cristianos y a las cristianas pedir al ordenado el perdón de sus faltas: *¡Benedicite, parcite nobis!* Los absuelve diciendo: *Que el Padre santo, justo, veraz y misericordioso, que tiene el poder en el Cielo y en la tierra para perdonar todos los pecados, olvide y os perdone todos vuestros pecados en este mundo y os conceda misericordia en el mundo futuro.*

Cuando todos los bautizados han realizado el *mea culpa* y han recibido la absolución, el ordenado coloca ante él la mesilla en forma de disco, que ya ha servido para la tradición de la oración, y coloca el libro de los Evangelios sobre el mantel blanco.

El neófito está de rodillas. Antes de recibir el libro, hace tres reverencias, al igual que en la ceremonia precedente.

El ordenado le pregunta entonces si tiene la firme voluntad de recibir el *bautismo espiritual* y si está dispuesto a practicar todas las virtudes por las cuales se llega a ser un buen cristiano. Y cuando ha recibido este compromiso, le amonesta, como en la ceremonia de iniciación, al *Pater*, dirigiéndose a su razón y a su fe. *Señor Pedro*, le dice, llamándole por su nombre, *tenéis que tener claro en vuestro espíritu que en este momento comparecéis por segunda vez ante Dios, ante Cristo y ante el Espíritu Santo, ya que estáis en presencia de la Iglesia de Dios... tenéis que comprender que estáis aquí para recibir el perdón de vuestros pecados, gracias a los ruegos de los buenos cristianos y a la*

imposición de las manos (El ordenado cita muchas lecturas de textos escriturarios en apoyo de la doctrina cátara; los ejemplos aportados por los dos *rituales* evidentemente son diferentes, pero en el fondo concuerdan). Si el ordenado se inspira en el *ritual* occitano, dice a Pedro: *Por estos testimonios y por muchos otros, es conveniente que observéis los mandamientos de Dios y que odiéis este mundo. Y si actuáis así hasta el fin, tenemos la esperanza de que vuestra alma obtendrá la vida eterna.*

Se puede añadir, si sigue el *ritual* latino, un breve comentario sobre el bautismo de agua: *Que nadie vaya a creer que porque aceptáis recibir este bautismo, tengáis que despreciar el otro* (el de los católicos). No obstante, algunos documentos dan fe de una renuncia (*abrenuntiatio*) a este sacramento, que los cátaros habrían exigido antes de dar el *consolamentum*. Es probable que consideraran el bautismo de agua como ineficaz, pero no siempre creían necesario obligar al neófito a renunciar a él.

El postulante recibirá ahora el perdón de sus pecados. Después de haber hecho él mismo su *melhorier* ante el ordenado, el anciano se dirige a la asamblea de cristianos: *Buenos cristianos, os rogamos por el amor de Dios que otorguéis a nuestro amigo aquí presente este bien que Dios os ha dado.*

Pedro también hace su *melhorier*: *Parcite nobis! Por todos los pecados que yo he podido hacer o decir, o pensar u obrar pido perdón a Dios, a la Iglesia y a todos vosotros.*

Los cristianos y cristianas dicen conjuntamente: *¡Por Dios y por nosotros y por la Iglesia, que os sean perdonados. Rogamos a Dios para que El os perdone!*

El anciano, situado cerca del ordenado, toma entonces la palabra en nombre de Pedro, que está de rodillas: *He venido ante vosotros y ante la Iglesia y ante vuestra santa orden para recibir perdón y misericordia por todos mis pecados, por todos los que han sido cometidos y perpetrados en mí, desde...* (precisará la fecha exacta sólo en el caso en que el nuevo *consolamentum* confirme el que haya podido recibir, a título provisional, en el curso de una grave enfermedad, en la que haya podido perder el beneficio espiritual volviendo a caer en el pecado). *Rogad a Dios por mí, a fin de que El me perdone. Benedicite. Parcite nobis.*

Pedro se levanta, hace una reverencia al ordenado y repite exactamente lo que el anciano ha dicho en su nombre. Entonces recibe perdón y misericordia, en nombre de Dios, del ordenado, de la Iglesia, de su

santa orden, de sus santos preceptos y de sus discípulos, por todos los pecados que ha cometido y perpetrado desde aquella fecha hasta hoy. *¡Que el Señor Dios, le dice el ordenado, os perdone y os conduzca a buen fin!* Y él responde: *¡Amén! ¡Qué sea así, Señor, según tu palabra!*

En ese momento tiene lugar la emocionante ceremonia de la transmisión del Espíritu. Pedro se arrodilla y pone sus manos sobre la mesa, ante el ordenado que le apoya sobre la cabeza el Evangelio de Juan; y los otros cristianos y cristianas presentes, miembros de la orden, imponen sobre él su mano derecha.

El ordenado: *Benedicite. Parcite nobis. Amen. Fiat nobis, domine secundum verbum tuum. Pater et Filius et Spiritus sanctus dimittat vobis et parcat omnia peccata vestra. Adoremus Patrem et Filium et Spiritum sanctum. ¡Adoremus Patrem et Filium et Spiritum sanctum! Padre Santo, acoge a tu servidor (o a la servidora, si se trata de una mujer) en tu justicia y pon tu gracia y tu Espíritu Santo sobre él!*

El ordenado, después de haber pronunciado esta fórmula, la más importante de todas, ya que se invoca al Espíritu sobre el creyente, recita el *Pater*, después otros cinco *Pater* en voz alta; tres *Adoremus*, otro *Pater* más y otros tres *Adoremus* (El orden de estas plegarias no estaba fijado rigurosamente: el *ritual* occitano prescribía el *Pater*, una decena en voz baja dicha por el anciano, tres *Adoremus* pronunciados por todos los cristianos y cristianas, y al final el *Pater* en voz alta).

Para terminar se procede a la lectura del Evangelio de Juan, desde *In principio* hasta *Gratia et veritas per Jesum Christum facta est*.

Y continúan las plegarias: tres *Adoremus*, el *Pater*, la *Gratia* (*Gratia domini nostri Jesu Christi sit cum omnibus nobis: Que la Gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos nosotros*). Algunos *Parcias* (*Benedicite, parcite nobis*), tres *Adoremus*, una *Gratia*, en voz alta.

Pedro baja el libro, hace tres reverencias, diciendo: *Benedicite, benedicite, benedicite. Parcite nobis*. Luego da las gracias al ordenado y a los fieles: *Que el Señor Dios os de buena recompensa por este bien que me habéis hecho por el amor de Dios*.

La ceremonia ha terminado. Cristianos y cristianas reciben el *servicium* (penitencias consistentes en "dobles" y *veniae*, ruegos y genuflexiones) y se dan la paz, los hombres se besan entre ellos, las creyentes entre ellas, después de que la primera haya besado el Libro sobre el cual el perfecto ha puesto anteriormente los labios.

La indumentaria

Antes de 1209, y acaso hasta alrededores de 1230, los perfectos llevaban el pelo largo y barba. Algunos creyentes siguieron llamándoles *barbas* a pesar de que ya no la llevaban: es el nombre que los valdenses daban a sus pastores. Nunca se atribuyeron a sí mismos el soberbio apelativo de perfectos: los creyentes les llamaban simplemente buenos cristianos, buenos hombres, amigos de Dios. Las perfectas eran las buenas cristianas o las buenas mujeres.

Los buenos hombres iban vestidos de negro y se cubrían con una especie de toca, o de bonete redondo. Las perfectas vestían también de negro pero su vestimenta se parecía a la de las demás mujeres, salvo que ellas siempre ocultaban su pelo. Se dice que los perfectos iban ceñidos, bajo las axilas, sobre la piel, por un delicado hilo de lino que simbolizaba la ordenación, aunque no se sabe con seguridad. En la cintura llevaban colgando una bolsa de cuero, con el Evangelio de San Juan; algunas veces también una olla personal, ya que no querían utilizar recipientes que hubieran servido para preparar alimentos con grasa.

Siempre iban de dos en dos, vigilándose mutuamente y ayudándose. Ciertos indicios dejan suponer que el perfecto y su *socius* estaban unidos por una especie de pacto de hermandad. Si este pacto ha existido, es cierto que no comportaba ni intercambio de sangres (la sangre era satánica) ni juramento sobre el Evangelio (el juramento les estaba prohibido). No había necesidad de un pacto semejante para unir sus destinos: a menudo eran arrestados el mismo día, juzgados, condenados y quemados juntos.

Cuando llegó la persecución, se vistieron como todo el mundo, pero con preferencia de azul oscuro; se afeitaron, llevaban el pelo más corto, para no ser reconocidos. Les complacía llevar hacia 1300, el manto con capucha, además de estar de moda en aquella época, sobre todo en el campo, que cubría su túnica azul y si era necesario su rostro. Evitaban viajar juntos, y sólo se encontraban por la noche, en las casas amigas.

La vida en comunidad

Los perfectos y las perfectas permanecían, en principio, dentro de comunidades, donde, bajo la vigilancia moral de los obispos, diáconos e incluso de los ancianos, especie de decanos de edad, no ordenados, les resultaba relativamente fácil seguir las ceremonias comunes y librarse a sus meditaciones piadosas. Perfectos y perfectas tenían los mismos deberes. Debían decir el *Pater* por la mañana al levantarse, por la noche al acostarse, antes de beber y de comer, antes de toda acción importante o peligrosa, por ejemplo, antes de pasar un puente —en la Edad Media, los puentes, muy alzados y a menudo sin baranda, eran peligrosos— o antes de subir a un barco. Las preces correspondían a ritos de comienzo, de transición, de finalización. Durante la noche, debían levantarse para rezar, seis veces por término medio.

Mientras que fortificaban su espíritu con la plegaria, debilitaban voluntariamente sus cuerpos —obra del Maligno— con frecuentes sangrías y ayunos rigurosos. Había tres cuaresmas en el año, Navidad, Pascua y Pentecostés, durante las cuales ayunaban tres veces a la semana, a pan y agua, al igual que la primera y la última semana completa de cada una de estas cuaresmas. A la menor falta que cometían contra la regla, se infligían días de ayuno suplementarios. Se cita el ejemplo de perfectos que no absorbían más que agua caliente en la que habían hervido una nuez. Mientras, cuando ejercían un trabajo pesado o su apostolado requería un esfuerzo físico excepcional, podían tomar un alimento más sustancioso. Normalmente los perfectos y perfectas comían pan, aceite, verduras, frutas, pescado y bebían, moderadamente, vino muy aguado. Cuando eran recibidos en casa de los creyentes no desdeñaban los platos bien preparados con tal de que respetaran la Regla. En estas comidas se mostraban de buen humor y como excelentes comensales.

Ejercían sobre sus palabras, sus gestos, sus actos, un control que nunca cesaba. Si había que dar una opinión, lo pensaban largamente, escogiendo sus palabras, sin equivocarse jamás, utilizando reticencias estereotipadas para no exponerse a faltar voluntariamente a la verdad o a mentir por distracción: *Es posible, es probable, si Dios lo quiere, que Dios me ayude*. Estas fórmulas de las que se abusaba en la Edad Media, se repetían constantemente en sus conversaciones. En la medida en que podían evitarlo no mentían nunca y nunca se encolerizaban. El juramento les estaba absolutamente prohibido.

Los perfectos y las perfectas estaban obligados a mantener absoluta continencia. Las perfectas en sus “casas”, de las que raramente salían, estaban quizá menos expuestas a las tentaciones que los hombres; cuidaban a los enfermos en los hospicios de la secta y no se dedicaban a la predicación ni al oficio de consolar. Pero los buenos hombres, a menudo de viaje, estaban expuestos a encontrarse con muchas mujeres; debían tener cuidado en no rozar sus faldas y no sentarse nunca en el mismo banco que ellas.

Incluso en el *consolamentum* de los moribundos, cuando imponían las manos, no tocaban la cabeza de la enferma. Y sabemos que el beso de la paz se transmitía a las mujeres —que luego se abrazaban entre ellas— por el intermedio del libro sobre el cual el ordenado había depositado su beso. En la época de expansión del catarismo, los fallos morales parecen haber sido raros y casi inexistentes en los perfectos. La homosexualidad parece haber estado poco extendida entre ellos: nunca se hace mención de ello en los textos.

Algunos perfectos cuyas faltas nos son conocidas, sólo cayeron en el pecado heterosexual. Con la persecución, las ocasiones de ceder a la tentación diabólica se multiplican: uno mentía, quizá por cobardía, otro juraba para evitar la hoguera. Resultaba más difícil evitar la compañía de las mujeres.

Uno de los últimos perfectos, Bélibaste, tenía a una sirvienta en su casa. *A pesar de que los buenos hombres, cuenta Guillemette Mauri, vivían a veces con mujeres, nunca tenían contacto con ellas. Si acontecía solamente el hecho de extender la mano hacia ellas, de tocar a una, dejaban de comer y beber durante tres días y tres noches. La que habita con monseñor (Bélibaste) le prepara su comida y su cama, y para que los vecinos crean que son marido y mujer, monseñor compra el domingo y el jueves carne que lleva a su casa. Ya que está obligado a tocar la carne con las manos, se las lava tres veces antes de comer o de beber. Los otros días esta mujer come lo mismo que él. Cuando el herético —añade— reside permanentemente en una localidad, se acuestan en camas separadas y muy lejos el uno de la otra. Pero cuando van de viaje, se hacen pasar por esposos en las posadas. Se meten en la misma cama, pero completamente vestidos, de forma que uno al otro no pueda tocar su carne desnuda...*

Todo esto era perfectamente natural, ya que se trataba de engañar al inquisidor. E incluso el hecho de acostarse en el mismo lecho podría constituir para el hombre y para la mujer, como lo pensaban los beguinos de San Francisco, una prueba heroica y santa. Pero llena de peligros

también. Aquello acababa siempre mal. Una muchacha, al entrar un día por azar en la habitación de Bélibaste, lo sorprendió besándose con su concubina... No hay que juzgar la virtud de los perfectos por la de Bélibaste: tales caídas y los falsos matrimonios que los favorecían so pretexto de engañar a la Inquisición, fueron poco frecuentes.

Los perfectos tenían que resolver muchos casos de conciencia. Unos fútiles y otros más graves. Si se encontraban por el camino una suma de dinero, un objeto perdido, ¿debían dejarlo en su lugar o bien llevárselo e ir en busca de su propietario? ¿O remitirlos a la orden? De todas formas no debían apropiarse de ello. Si por casualidad tropezaban con un animal caído en una trampa, tenían que liberarlo, pero con ello causaban un perjuicio al cazador... Entonces, a pesar de que el *Ritual* no se lo obligaba, dejaban en libertad a la liebre y en su lugar depositaban una moneda.

Si un criminal peligroso los atacaba, podían defenderse, así como matar a la víbora o al lobo. Pero en la época de esplendor del catarismo un perfecto no lo habría hecho, ya que era tan grave matar a un animal con sangre que a un ser humano. ¿Y si un ladrón se precipitaba sobre ellos? La doctrina enseñaba que matar para defenderse era tan grave como matar por malicia. El homicidio estaba prohibido bajo todas sus formas, y no había circunstancias atenuantes.

De manera general, el perfecto y el *socius* cuidaban de no hallarse nunca en el caso de tener que defenderse hasta la muerte.

Confesión y penitencia

Cuando un perfecto cometía una pequeña infracción a la Regla, se penaba a sí mismo recitando *Paters*, haciendo cierto número de genuflexiones, ayunando uno o varios días. Como, en principio, había recibido al mismo tiempo que el *consolamentum*, no la impecabilidad absoluta, incompatible con la vida terrestre, aunque sí la verdadera libertad, es decir el poder de no pecar, la menor falta era para él grave en consecuencias (ya que cometida “libremente”). En cuanto a los pecados mortales, perpetrados contra el Espíritu que habitaba en él, eran difícilmente perdonables.

Cada mes debía asistir al *servicium*, especie de confesión general hecha en público. Esta confesión de los pecados veniales tenía lugar

en presencia del obispo o del diácono; y el diácono administraba las penitencias, las mismas para todos, que consistían, por ejemplo, en cien genuflexiones o treinta *Pater*. Pero cuando se trataba de pecados cometidos contra el Espíritu, y no solamente contra la regla, el diácono escuchaba al perfecto a solas, o bien exigía que hiciera ante la asamblea de los perfectos y creyentes — pues estos últimos podían y debían asistir a los *servicium*— la confesión personal de sus pecados. La penitencia impuesta era muy larga y severa.

Mientras que la jerarquía cátara estuvo en su lugar, y los obispos y los diáconos a la cabeza de sus diócesis y de sus comunidades, el pecado carnal —el más grave de todos— conllevaba para los perfectos la pérdida del beneficio espiritual del *consolamentum*: debían recomenzar toda su iniciación, imponerse penosas mortificaciones y esperar que la asamblea de creyentes los reintegrara en sus derechos. Si había falta inexpiable, se hacía esperar el perdón —que nunca se les negaba— hasta el momento de la muerte. En ese caso, sólo eran consolados de nuevo por el *consolamentum* de los moribundos.

El caso de Bélibaste, quien, después de haber caído una primera vez en el pecado de la carne, se hizo reconsolar por su amigo Raimon de Castelnau, es un caso excepcional. Los dos perfectos se tomaron con el dogma y el *ritual* unas libertades excesivas. Hacia el año 1300, el perfecto que se hallaba en “pecado contra el Espíritu” estaba obligado a ir a confesarse al diácono mayor, llamado Raimon Izarn y residente en Sicilia. Casi no había ningún diácono en el Languedoc y Raimon Izarn estaba autorizado para reemplazarlos a todos. De ahí su título, poco usado hasta entonces. La obligación de realizar tal viaje, tan largo y costoso, hacía ya de por sí difícil la reintegración, máximo si se añadía una penitencia tan duradera y tan penosa.

En el tiempo de la persecución, y bajo la presión de las circunstancias, se consideraba el pecado de delación menos perdonable aún que el *peccatum carnale*. Denunciar a un perfecto a la Inquisición, si uno mismo era perfecto, era pecar mortalmente contra el Espíritu del que había sido revestido: era renegar de la Iglesia y renunciar a su salvación (Para los simples creyentes, el crimen era menos grave, ya que no siendo aún “libres” no pecaban en nada contra el Espíritu). La delación cometida por un perfecto no podía ser perdonada por la Iglesia, la cual no intercedía por él, ni recomendaba su alma a Dios. Hubo perfectos, ciertamente, que abandonaron el catarismo: Guilhem de Solier, por ejemplo, que participó en el primer intento de Inquisición organizado por los legados; y algunos otros menos notorios. Pero hay que señalar que se

convirtieron libremente al catolicismo, nunca bajo la amenaza de la hoguera. Cambiaban de convicciones, pero no traicionaban sin duda su conciencia, ni la idea que se hacían de la Verdad. Y los católicos nunca los trataron como renegados vulgares... Esas conversiones no fueron, de hecho, muy numerosas. En conjunto, perfectos y perfectas permanecieron inquebrantables en su fe, dieron prueba de sus sólidas virtudes y del mayor valor ante los verdugos. La mayoría fueron seres excepcionales y santos.

La vida en el mundo

La vida activa importaba tanto casi a los perfectos como la vida mística y contemplativa; consistía sobre todo en el apostolado y el oficio de la consolación. Mientras pudieron hacerlo libremente, predicaron todos los domingos y los días de fiesta, en Navidad, Pascua y Pentecostés, sobre temas del Evangelio o de la Tradición. En las reuniones contradictorias que oponían a menudo valdenses a cátaros, y cátaros a católicos, intervenían apoyando a sus oradores. Cuando el movimiento tuvo que hacerse clandestino, predicaron en secreto en los castillos amigos, en las cabañas, en los bosques, en los campos. Una noche, en 1303, Jacques Authier dio un sermón en Tolosa en la iglesia de los Hermanos de la Santa Cruz donde se reunían, bajo la cobertura de una aparente ortodoxia, varios beguinos de San Francisco, reformadores valerosos y cátaros.

En las casas donde eran recibidos —y donde se reunía siempre un auditorio de ciudadanos fieles— pronunciaban breves sermones familiares. Bélibaste habló un día sobre el tráfico de las indulgencias: *“Un clérigo va a ver al Papa (un Papa está hecho para ‘palpar’); a cambio de diez o veinte libras, recibe una gran carta sellada en donde se dice que quien dé un denario o un óbolo tendrá cuarenta días de indulgencia. Se va por el mundo con su carta, abusando y engañando a la gente... Si estas indulgencias existían, y si los días fueran pequeñas piedras, un hombre que en su bolsa tuviera diez denarios y los diera óbolo por óbolo a este clérigo, tendría más indulgencias de las que podría meter en un enorme saco...”* Y entonces, mofándose de las indulgencias, añade: *“¡Por Dios, por Dios, dadme un óbolo y yo os daré mil perdones!”* Terminado el sermón, uno de los creyentes le dice, bajándose su capu-

cha: “¡Monseñor, que Dios os conserve!” Le responde: “¡Dios haga de ti un buen hombre!”.

Hacia 1230-1240, las perfectas habían sido casi tan numerosas como los hombres. Tenían los mismos derechos que los perfectos, salvo que no podían llegar ni a obispos ni a diáconos. Pero tenían un rango equivalente al de las “prioras” católicas cuando dirigían comunidades, y análogo al de los ancianos, decanos de edad, de las Iglesias locales o directores de grupos de predicadores itinerantes.

Viviendo en sus conventos, dedicadas a la paz y a las actividades de caridad, se mantuvieron al abrigo durante mucho tiempo de todas las tormentas del siglo. Pero, a partir de 1250, fueron mucho más desgraciadas que los hombres. J. Duvernoy ha evocado en un artículo reciente el triste destino de la hermana de Arnaud de la Mothe, quien se escondió con sus compañeras en un refugio subterráneo, cerca de Lanta, y murió de frío y de privaciones excesivas en 1234. Muchas otras fueron condenadas a la hoguera. A fines de siglo casi no quedaba ninguna...

Los trabajos manuales y el comercio

Contrariamente a lo que pensaban los valdenses, que querían que sus pastores llevaran una vida contemplativa, los cátaros trabajaban para vivir: no querían estar a cargo de nadie. En las casas de los heréticos había muchos tejedores. Otros se ocupaban en trabajos de cestería. Algunos fabricaban bolsas, zapatos o guantes. Otros perfectos eran médicos. Casi todos — como también las perfectas — se mostraban capaces de dar los primeros auxilios a un enfermo y de curar a un herido. Pero sobre todo se sentían atraídos por el comercio, que les permitía visitar los mercados haciendo sus jornadas apostólicas: revendían artículos de mercadería, pieles, agujas de coser, en fin, todas las mercancías o pequeños objetos que pueden venderse fácilmente en las ferias. Entre 1280 y 1350 se vio a los perfectos practicar sucesivamente los trabajos más diversos, desde el de obrero agrícola al de sastre o cambista. Colectaban fondos para la Iglesia y, con una honestidad escrupulosa, llevaban la cuenta de los depósitos que se les remitían. Pierre Mauri habla de un hereje refugiado en España que administraba así el tesoro de la secta, o más bien el de la iglesia del lugar: había

quince mil piezas de oro, o más, lo que representa, en la época, una cantidad enorme... La confió a su sobrino que se la llevó a Sicilia o a Lombardía. No volvió a ver más a su sobrino y murió solo y pobre en el exilio.

Entre 1250 y 1300, habiendo emigrado a Lombardía y otras partes la mayoría de los obispos y de los diáconos, ya no quedaban en el Languedoc más que algunos perfectos, encargados de administrar el *consolamentum* a los moribundos. Por tanto ya no existían los *consolamenta* de ordenación (que conferían sólo los obispos y los diáconos). En su ausencia, los perfectos se dedicaron con devoción admirable a “salvar las almas”. Pero no les era posible llegar a obispos o a diáconos si no iban a Lombardía a recibir la ordenación de manos de la jerarquía en el exilio.

Aquellos obispos —a menudo de origen noble— habían llevado en Occitania, hasta 1240, exactamente la misma vida que los perfectos, sobre los cuales no tenían ninguna influencia moral. Sin duda problemas administrativos y políticos, en Montsegur, principalmente en 1243, se unieron a las obligaciones de sus cargos. Sin duda, también, ejercían una actividad más especializada. Los obispos procedían a las ordenaciones, visitaban las comunidades de su diócesis; y los diáconos, lo dijimos antes, eran los encargados, sobre todo de presidir el *servicium* o el *apparellamentum*, y de distribuir las penitencias. Su preeminencia era puramente honorífica y no comportaba sino un acrecentamiento de deberes.

Cada obispo tenía, en principio, un “hijo mayor” y un “hijo menor” —de institución bastante reciente— que le servían de coadjutores y un diácono. Es confuso de qué manera se nombraban los diáconos. Hubo en Occitania hasta cinco diócesis cátaras: Tolosa, Carcasona, Albi, Agen, y el obispado del Razès (creado en 1226 en el Concilio de Pieusse). Sus obispos eran elegidos por los perfectos. Quizás en varios grados. A la muerte de un obispo, su hijo menor ordena obispo al hijo mayor; el hijo menor se convierte en hijo mayor y la Asamblea de los fieles elige al nuevo hijo menor. Pero no parece ser que esta forma de elección fuera muy aceptada en Occitania.

Los cátaros no tuvieron nunca papa. Quizá debido a los lazos que existían entre las Iglesias de Hungría (Dalmacia y Croacia) y las Iglesias de Lombardía y de Languedoc, reconocieron en determinadas épocas a un obispo residente en Hungría como maestro espiritual.

comportamientos cotidianos que les eran comunes a todos.

Los simples creyentes no tenían derecho de decir el *Pater*. No siendo aún buenos cristianos, no podían llamar a Dios: *Nuestro Padre*. Pero disponían de ruegos sustitutorios. “¿Cómo vamos a rezar?” preguntaba uno de ellos a un buen hombre. Rezarás esta plegaria, le respondió él: *Que el Señor Dios que ha guiado a los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar, cuando fueron a adorarle a Oriente, me guíe como les guió*. Igualmente podían decir el *Benedicite* (Bendícenos, perdónanos. Amén), y una gran cantidad de rezos; algunos que se han conservado en la tradición popular constituían pequeños resúmenes dogmáticos, suficientes para esclarecer su fe. No nombraban a Nuestro Padre y sólo le pedían el “conocimiento del Bien”: *Padre santo de los buenos espíritus, verdadero Dios... danos a conocer lo que tú conoces y a amar lo que tú amas*. Contrariamente a lo que se ha dicho a veces, los creyentes rezaban tan a menudo como los católicos, si no más que ellos; por la mañana al levantarse, por la noche al acostarse, en todas las circunstancias penosas o peligrosas de la vida, en especial para “la buena muerte”, y a veces de una forma tan supersticiosa como la de los campesinos del Ariège, a finales del último siglo.

Retenían sobre todo de la enseñanza de los buenos hombres reglas de moral práctica, mitos, apólogos. Para convencerse mejor de que el alma era independiente del cuerpo, se repetían, en las veladas, la historia edificante del viajero que se había dormido, mientras que su compañero le observaba. De la boca del dormido salió un lagarto que cruzó el arroyo sobre una pequeña rama, se hundió en una cabeza del asno que se encontraba allí, dio algunas vueltas y regresó de nuevo a la boca del viajero, el cual, despertándose en seguida, explicó su sueño al otro: había atravesado el agua por un puente, visitado un palacio... “Yo he visto tu espíritu en forma de lagarto, le dijo su compañero. Ha atravesado el río, ha dado vueltas sobre la cabeza del asno..., ha regresado a ti por la boca.” El cuento del “hierro perdido” ilustraba la teoría de la metempsicosis: un buen hombre que había sido caballo en otra existencia, perdió una noche una herradura en un terreno rocoso. Trasformado en hombre y pasando por allí con su *socius*, le dijo: “Ahí es donde perdí una de mis herraduras, siendo yo caballo.” La buscaron y la encontraron. A estos cuentos, considerados hoy día folklóricos, se añadían naturalmente supersticiones, que los cátaros no siempre aprobaban.

Además, entre los creyentes menos cultivados, el anticlericalismo adoptaba una forma imaginativa y estereotipada, donde un racionalismo pueril tomaba curso libre, sobre todo en lo que concernía a la

Eucaristía: “Aunque el cuerpo de Jesucristo fuera más enorme que el Bugarach —o cualquier otra montaña— desde que los curas comen de él no debería quedar nada”, o bien se compara la hostia a una rodaja de rábano (que los brujos utilizaban en efecto como hostia). Se va a misa para reírse de las palabras, de los gestos del cura. Al paso del Santo Sacramento, no se arrodillan y se ríen. Y si pasa una procesión de clérigos, se les compara a una fila de orugas... En fin, antes de 1209, las villas occitanas también eran tan anticlericales como lo fueron en diferentes épocas de la historia moderna.

Pero sin embargo no se puede minimizar la piedad sincera de los creyentes ni lo serio de sus preocupaciones morales. Los humildes, al igual que los ricos, se apasionaban por las charlas metafísicas. No era raro ver a un simple pastor, a un pobre bracero, hacer preguntas que hubieran confundido a muchos teólogos. Ante las catástrofes naturales, las injusticias sociales, la persecución, sus desgracias personales, pensaban y meditaban. Un buen hombre vio como un lobo devoraba a su madre y no podía creer que el buen Dios hubiera creado a los lobos. Otro se mantiene en el racionalismo estricto: rechaza admitir que Jesucristo esté en la hostia ya que es “imposible”. Piensa que el alma no existe, ya que nunca la ha visto salir del cuerpo. Para convencer a estos incrédulos los perfectos explicaban el apólogo de la cabeza de asno u otros del mismo género.

Por la noche, en todas las villas, en las aldeas perdidas y a la luz de una vela o, en invierno, de las llamas del hogar, se organizaban coloquios, en que las mujeres tenían su participación. Mientras que durante el día todo el mundo trabajaba, afanándose en los campos o en el taller, por la noche la vida espiritual, y el otro mundo, recuperaban la influencia sobre sus almas. Se criticaba el pregón del cura. Se comentaba sobre todo lo que habían dicho los últimos buenos hombres que iban de paso, y se les esperaba hasta su próxima vuelta. Una mujer del pueblo ha aprendido de ellos que el mundo no es más que una “nada”; y otra, joven aún, ha retenido de sus lecciones que los placeres de la tierra no son más que una ilusión satánica, y que engendran la muerte... En estas soledades, durante los largos ocios que les concedía el verano, los pastores, bajo las estrellas, formaban pequeños grupos, fervorosos y fanáticos; los perfectos iban a veces a sentarse junto a su fuego.

Los deberes de un creyente

Los creyentes tan sólo estaban obligados a unos signos exteriores de respeto hacia el perfecto. Cuando aparecía lo “adoraban” (en el sentido litúrgico, no en el teológico): ante él hacían el *melioramentum*. Se ponían de rodillas, se inclinaban profundamente tres veces, hasta besar el suelo, diciendo, a cada reverencia, el *Benedicite*, en latín o en romance, y esta frase ritual: *Buenos cristianos, dadnos la bendición de Dios y la vuestra. Rogad a Dios por nosotros con el fin que El nos guarde de una mala muerte y que nos conduzca a buen fin, entre las manos de los fieles cristianos*. Y el hombre respondía a cada una de las tres inclinaciones: *Recibid la bendición de Dios y la nuestra. Que Dios os bendiga, arranque a vuestra alma de la mala muerte y os conduzca a buen fin*.

Para muchos de los creyentes, esta adoración era tan sólo el equivalente de un saludo respetuoso. Sin embargo, ninguno de ellos podía olvidar que se dirigía al Espíritu Santo del que el perfecto estaba revestido. Ninguno de ellos podía tratar a la ligera el compromiso que adquiría así para lograr un buen final. Y cuando los perfectos eran numerosos y a menudo en giras de predicación, casi diariamente los creyentes renovaban esta promesa, contenida en el *melioramentum*.

Hay que representarse en los campos esas escenas emotivas que se repetían en las circunstancias más imprevistas. En la fuente de Gaja, Helis de Mazerolles encuentra al perfecto Raimon de Montoti y a su *socius*. Inmediatamente se pone de rodillas y lo “adora”. En el umbral de la puerta, toda una familia campesina cae de rodillas (*¡Danos la bendición!*) ante los dos buenos hombres, que piden hospitalidad. Cuadro emotivo que hubiera sin duda tentado el pincel de Greuze.

Había grandes damas tan convencidas de la importancia del *melioramentum* que no podían pasar un día sin “adorar” al Espíritu en la persona del perfecto. Fizas, madre del caballero Bernard de Saint-Michel, tuvo que seguir a Roma a la condesa Eléonore, mujer de Raimundo VI, de la que era dama de honor. Se llevó con ella a unos heréticos que le proporcionó P. de Castlar, su escudero. Cada vez que iba a la capilla del palacio apostólico, para asistir a la misa del papa, se hacía acompañar por un diácono cátaro, disfrazado de peregrino y, en el curso de la ceremonia —quizás en el momento más solemne, dice Jean Guiraud—, Fizas adoraba al herético, renovando así, ante el mismo jefe del catolicismo, su reniego de la Iglesia romana y su profesión de fe cátara.

Se comprueba aquí que la influencia de la Iglesia romana sobre los creyentes era más fuerte de lo que se ha dicho. A pesar de estar fuera de ella, era una constante en todas las circunstancias.

Todas las ceremonias cátaras, el *servicium*, el *consolamentum*, eran públicas (para los miembros de la secta). Siempre terminaban con el beso de la paz: el perfecto besaba a uno de los creyentes o, alguna vez a todos ellos, después los hombres se besaban uno a otro. Era un beso sobre las dos mejillas y luego en la boca. Las creyentes hacían lo mismo entre ellas, pero tal como hemos dicho más arriba, después que el beso del perfecto les hubiera sido transmitido a través del libro. Este beso de paz —transmisión del soplo— era el símbolo de los lazos “anímicos” que unían a los creyentes a la orden de los perfectos, y de la cohesión, totalmente espiritual, de la comunidad cristiana. La bendición del pan tenía una valoración y un significado análogos.

Cuando los perfectos asistían a una comida de los creyentes, procedían, antes de comer, a la bendición o consagración del pan, que difería de la ceremonia eucarística de los primeros tiempos del Cristianismo en que se bendecía solamente el pan y no el vino. Para los cátaros, esta parte ritual del banquete no iba separada de la otra, como lo ha sido, por cierto bastante tardíamente, dentro del Cristianismo primitivo.

El anciano —o el de más edad de los perfectos si es que había varios— cogía una servilleta de la que colocaba una esquina sobre su hombro izquierdo, y sostenía el pan con su mano izquierda envuelto con dicha servilleta. Recitaba el Pater, luego decía otro Pater en voz baja. Después de lo cual cortaba el pan en rodajas, con la mano derecha colocaba la primera ante él y servía a continuación las otras dentro de un orden de ancianidad. Este pan bendecido se consumía; el que no se comía se conservaba con respeto religioso (según J. Duvernoy). Después de esta bendición ritual del pan, asociada, como puede verse, a la oración dominical, los comensales continuaban la comida.

La vida cotidiana de los creyentes estaba también jalonada de pequeñas ceremonias que los ponían en contacto casi permanente con sus pastores. Los creyentes aprovechaban estas reuniones, que seguían a las comidas, para consultar a los buenos hombres sobre todos los asuntos importantes: el matrimonio de una hija, o una disputa con un vecino. Los perfectos eran a menudo tomados como árbitros para la solución de toda clase de diferencias, que los creyentes no tenían que llevar ante el tribunal señorial: sus decisiones eran aceptadas generalmente. Se ha podido exagerar el número de buenos hombres médicos. Pero todos vigilaban la salud de sus fieles, aunque sólo fuera para estar

alerta del momento exacto, conveniente para darles el *consolamentum*. Los creyentes veían igualmente a los perfectos en las prédicas dominicales, a las que no podían faltar sin razón válida, o a las reuniones contradictorias que, antes de 1209, opusieron a menudo a cátaros y católicos. Estas conferencias organizadas por el señor, en el castillo o en un local que le pertenecía, estaban, en principio, reservadas a los teólogos, a los nobles y a los burgueses. Pero algunas veces el pueblo asistía. Los resultados, proclamados por los árbitros, eran esperados impacientemente y comentados con pasión.

El “*consolamentum*” de los moribundos

Durante toda su vida, la Iglesia mantenía al creyente en la preocupación de un eterno futuro. Cuando se acercaba su muerte, cuidaba de cumplir todas las promesas que había hecho. Hemos visto que, por el *melioramentum*, había formulado el deseo de ser conducido a buen fin, es decir de poder recibir la consolación. Pero cuando estaba todavía más angustiado por el estado de pecado en que había vivido, quería tener la seguridad, que, sucediera lo que sucediera, le sería dado el *consolamentum* en el último momento. Entonces, hacía la *convenensa*: se llamaba así a una “convención”, a una especie de pacto, por el cual se comprometía a pedir el *consolamentum*, y la Iglesia a no rehusárselo, incluso si no estaba en situación de hablar y, por consiguiente, de decir el *Pater*. Hasta la hora de su muerte la *convenensa* no imponía otros deberes al creyente que los de venerar a los buenos hombres y de renovar a la vez el *melioramentum*, su promesa y la validez del pacto. La *convenensa* cobró importancia sobre todo en los tiempos de la guerra y de la persecución —principalmente durante el sitio de Montsegur— donde sucedía a menudo que el creyente, gravemente herido, no tuviera uso de la palabra, ni conocimiento; incluso era consolado *in extremis*, ejecutando la “convención”. Durante mucho tiempo, los perfectos no se comprometieron, salvo en casos excepcionales, a entrar en la *convenensa*, que contravenía la Regla. Pero, a partir de 1240, concedieron fácilmente, a los creyentes esta preciosa garantía. Así fue como Raimon de Saint-Martin hizo promesa a Jourdain de Pereille de consolarle, fuera cual fuese su estado físico.

El *consolamentum* de los moribundos —o de los “clínicos”— no difería en mucho, en cuanto a los ritos, del *consolamentum* de los

perfectos. No procuraba la salud automática, mágicamente, pero se le atribuía el “buen fin”, el perdón de los pecados y la reunión del alma y el espíritu...

Los perfectos están obligados a acudir a la cabecera del creyente enfermo que les manda llamar. Ante todo le pregunta si está en regla con la Iglesia, si ha cumplido sus deudas para con ella, reparado todos los entuertos de los que la Iglesia le podría acusar. Debe pagar sus deudas y reparar sus daños. Pero cuando se da el caso de que no puede pagar, no se le tiene en cuenta y no es rechazado.

Antes de 1209, cuando los perfectos, en sus comunidades, tenían mucho tiempo, procedían a la instrucción religiosa del enfermo, si, naturalmente, su estado lo permitía: le enseñaban la “abstinencia” y las costumbres de la Iglesia. “¿Prometéis —le preguntaban— *mantener vuestro corazón y vuestros bienes, tal como los tenéis y tendréis en el porvenir, según la voluntad de la Iglesia y de Dios, y siempre, a partir de ahora, y mientras que esté en vuestro poder, al servicio de los cristianos y cristianas?*” “Lo prometo” —respondía el creyente. Se le imponía entonces la abstinencia (obligación de no mentir nunca, de no jurar nunca, etc.)—. “Os imponemos esta abstinencia para que la recibáis de Dios, de nosotros y de la Iglesia, y para que la observéis mientras viváis. Si la observáis como debéis, con las otras prescripciones que tenéis que seguir, tenemos la esperanza de que vuestra alma obtendrá la vida eterna.” “La recibo” —decía el creyente— “de Dios, de vos y de la Iglesia.”

A menudo se abreviaba esta primera parte de la ceremonia si el enfermo estaba demasiado débil y se pasaba directamente a la tradición de la oración: se le ponía una camisa y unas calzas, ya que en principio debía estar vestido para recibir el *consolamentum*, y si era posible se le sentaba. Se lavaba —o se les lavaban— las manos.

Se extiende una sábana blanca ante él, sobre la cama; y sobre esta sábana se deposita el libro de los Evangelios. Cuando el ordenado ha dicho una vez el *Benedicite* y tres veces: *Adoremus Patrem, Filium et Spiritum sanctum*, el enfermo recibe el libro (tradición del libro) y escucha la amonestación mucho menos larga que en el bautismo de los perfectos, a veces reducida incluso a algunas palabras, que se le dirigen, según la Regla. Su consentimiento, formulado, siempre es requerido: el perfecto le pide si tiene para siempre la firme intención de mantener la promesa que ha hecho en la *convenensa* o, simplemente, en el *melioramentum*, y de observarlo, tal como está convenido. Él, dice “sí”. Los cristianos le hacen confirmar su compromiso.

Entonces le leen la oración, y él la sigue (en voz alta, si puede): *Esta es la oración que Jesucristo ha traído a este mundo. No comáis ni bebáis sin haberla pronunciado antes...* El creyente responde: *La recibo de Dios, de vos y de la Iglesia.* A estas palabras los buenos hombres le saludan como *se saluda a una mujer*.

Este último rito es muy misterioso. Dado que la salutación es la misma, tanto si el moribundo es hombre o mujer, no tiene relación con el sexo físico: es al alma a quien se saluda. Pero, ¿por qué la saludan como a “una mujer” después de la tradición de la oración y como a un “hombre” después de recibir el *consolamentum*? Quizá los perfectos asimilaban a una mujer, y saludaban con una reverencia profunda, al alma que aún no estaba “casada” con su espíritu pero que iba a estarlo; y, al contrario, con una inclinación menos acusada — como se saluda a un igual — al nuevo ser que formaba uniéndose a su espíritu.

Los buenos hombres se sumergen en sus oraciones: dobles y *veniae*. Luego depositan el libro ante el enfermo. Éste pronuncia tres *Adoremus*, toma el libro de nuevo, escucha aún una breve amonestación en la que se le pregunta si quiere recibir el *consolamentum*, si está decidido a observar la Regla. Los cristianos, por su parte, exigen la confirmación de su promesa. El ordenado ha vuelto a coger el libro. El enfermo se inclina y dice: *Por todos los pecados que he cometido, dichos o pensados, pido perdón a Dios, a la Iglesia y a todos vosotros.* Todo transcurre, desde ese momento, como en el bautismo de los perfectos. Los cristianos le dan la absolución. *Por Dios, por nosotros y por la Iglesia, que vuestros pecados os sean perdonados. Rogamos a Dios para que os los perdone.*

El perfecto apoya el libro sobre su cabeza y todos le imponen las manos. Y después de los *Benedicites*, los *Adoremus*, los *Parcite* de costumbre, viene la invocación al Espíritu de Dios, tan noble y tan bella. *Padre Santo, acoge a tu servidor, o servidora, en tu Justicia y envía sobre él tu Gracia y tu Espíritu Santo.*

El creyente da gracias. Todos se inclinan entonces ante él, *como se saluda a un hombre*.

Este *consolamentum* de los moribundos duraba mucho tiempo. Los creyentes generalmente deseaban que fuera administrado según el ritual exacto. Pero, en ciertos casos de urgencia, los ritos debían ser simplificados. Se reducían a la tradición rápida de la oración — indispensable ya que el enfermo tenía que decir el *Pater* antes de comer y beber —, a la imposición de las manos y a la fórmula de invocación al Espíritu Divino. Salvo en el *consolamentum* previsto por la *convenensa*,

donde el enfermo —o el herido— quedaba dispensado de todas las formalidades rituales, los cristianos exigían siempre del creyente —es un rasgo específico del catarismo —la renovación de su promesa y de su deseo expreso de recibir la consolación.

Dado que los buenos hombres por regla general tan sólo daban el *consolamentum* a los que iban a morir, la mayoría de los consolados no sobrevivía. Iban al otro mundo con la esperanza de ser salvados “por las plegarias y la intercesión de los cristianos”. La muerte, era para ellos, una especie de gracia, ya que, en el poco tiempo que les quedaba para vivir, ya *no podían pecar gravemente*.

Si vivían aún algunos días, quedaban bajo la dependencia moral del perfecto que vigilaba que no tomase ninguna comida o bebida sin haber dicho el *Pater*. Puede ser que algunos cátaros, en la imposibilidad de decir esta plegaria antes de comer o beber, hubieran preferido dejarse morir de inanición antes que pecar. Pero, como hemos expuesto en otra parte, los perfectos nunca les animaron a “suicidarse”. Y no vemos qué puede reprochárseles a estos fervientes cristianos quienes, según testimonio de R. Sacconi, *no pudiendo ya rezar, pedían a los que los servían que les dejaran de alimentar*. Dado que este ayuno total, llamado *endura*, se practicó sobre todo a finales del siglo XIII deberemos hablar largamente de ello a propósito del “catarismo perseguido”.

Si el enfermo, contra todo pronóstico, curaba, el *consolamentum* que había recibido, caducaba. Tan sólo correspondía, en efecto, a un “estado de perfección” debido a las circunstancias, y no a un estado de santidad adquirida, durable y puesto a prueba de las tentaciones. El creyente debía, pues, si lo deseaba —ya que no se forzaba de ninguna manera, su voluntad— presentarse de nuevo delante de la Orden, hacerse admitir por ella, someterse de nuevo una larga abstinencia y recibir, si se mostraba digno, el *consolamentum* ordinario.

Era usual que el consolado legara una suma de dinero a la Iglesia o, si era pobre, su cama, sus ropas. Los herederos estaban obligados a adquirir estos legados, so pena de no poder ser consolados ellos mismos a la hora de su muerte.

Después de la muerte

La mayoría de las religiones fijan en tres o cuatro días el tiempo que precisa el alma para deshacerse del cuerpo. Durante estos cuatro días, los perfectos no abandonaban al difunto y rogaban por él, al estilo de los sacerdotes tibetanos a los que se atribuye, debido a un don visionario, el ver el viaje del alma y guiarla.

Una superstición que se ha mantenido hasta el siglo XVII, ordenaba quitar una teja del tejado para que el alma pudiera escaparse más deprisa; esta costumbre data acaso de la época cántara. Los perfectos no aprobaban de ninguna forma esas prácticas pero, desde que su religión entró en decadencia, muchas de las tradiciones mágicas vinieron a sumarse a los usos propiamente cántaros: las lechuzas gritan sobre la casa para anunciar que la muerte está próxima, una luz sobrenatural baña la cámara del moribundo a quien acaba de dársele el *consolamentum*.

Estaba en el espíritu del catarismo el no conceder mucha importancia al despojo mortal. No se le honraba mucho: los cuerpos creados por el Diabolo están abocados a la nada y no resucitarán. Sin embargo, la tradición que quiere que se les proteja de ser mancillados y del alcance de los animales, siempre ha sido más fuerte que los dogmas. Los cántaros tuvieron, antes de la Cruzada, cementerios para ellos, distintos de los cementerios católicos, en Montesquieu, en Puylaurens y sin duda en otros lugares. Mientras fueron libres de depositar sus muertos donde ellos querían —al no tener siempre derecho los curas a negarles la sepultura “en tierra cristiana”— escogían más bien los cementerios de “heréticos”.

En Puylaurens, antes de la llegada de los cruzados, *Peitavi de Sorèze* fue enterrado en el cementerio cántaro, en presencia de casi todos los caballeros y damas del castillo (Y. Dossat). Ningún ceremonial religioso acompañaba al entierro. Los perfectos no asistían, pues no se creía en la eficacia de las oraciones para los muertos. Esto no impedía que los parientes y amigos del difunto, manifestaran su dolor, incluso si les parecía injustificado desde el punto de vista dogmático; pero evitaban los desesperos espectaculares —el arrancarse los cabellos— de lo que la edad Media nos da muchos ejemplos.

Después de la conquista del Languedoc por Simón de Montfort parece que los cántaros prefirieron enterrar a sus muertos en tierra consagrada (católicamente) y por consiguiente fingieron en este senti-

do ser buenos católicos. Pero si el difunto era conocido como herético o fautor de herejía, el capellán prohibía que se le inhumara. Fue lo que le sucedió en 1210 al caballero Raimon Cot, de la diócesis de Carcasona, cuyo entierro tuvo lugar de noche, clandestinamente, a la luz de las antorchas, en el cementerio de los heréticos. Naturalmente, estos cementerios que habían sido considerados preferibles a los otros, antes de 1209, ahora tenían un carácter infamante. Se quería que el muerto fuera enterrado como todo el mundo. Lo que explica que en una época más tardía, en el condado de Foix y en otros sitios, se haya visto cátaros, que no se habían mantenido en la clandestinidad, hasta la tumba, hacer lo imposible para que sus muertos fueran enterrados en cementerios católicos. Como lo demuestra el número de procesos póstumos, seguidos de exhumaciones, incoados por la Inquisición. Las familias intentaban, por todos los medios, evitar estas exhumaciones intolerables a los difuntos incluso a través de la corrupción de los bailes. Tanto más que el descubrimiento de un hereje póstumo conllevaba sanciones penales y económicas contra su familia y sus herederos.

Los perfectos, más lógicos, recomendaban a sus fieles no ocuparse de su cuerpo. Yves Dossat cita el caso de un perfecto cuyos despojos, en 1234, fueron remitidos a un pescador, para que los tirase al Tarn. Muchos de ellos fueron enterrados, como los protestantes de los siglos XVII y XVIII, en un lugar secreto, en un jardín, en los sótanos de la casa. Iban envueltos en un lienzo, que los creyentes tenían el honor de ofrecer. En Montségur, se les depositaba en las grutas, como en la época prehistórica, o en las simas. F. Niel ha destacado algunos ejemplos de inhumaciones en féretros de madera.

Antes de 1209, las tumbas de los creyentes estaban adornadas con símbolos propios del Catarismo, tanto en los cementerios católicos como en los heréticos. Pero estos emblemas debieron de haber sido retirados muy pronto por las mismas familias, o por los cuidados de la Inquisición. En la época en que la Iglesia romana hacía exhumar a los heréticos, es evidente que los fieles no tenían ningún interés en señalar sus tumbas con huellas de carácter heterodoxo. Sobre las sepulturas aisladas no había ni ornamentos ni nombre, y como los cementerios cátaros de los que conocemos aproximadamente su emplazamiento, en Montesquieu (en Lauragais), en Puylaurens, en Lordat, en Labarthe (Cerca de Belflou, Aude) no han sido nunca explorados, estamos mal informados acerca de las costumbres funerarias de los creyentes: se tendría que poder hacer un repertorio de los enseres de sus tumbas, si alguna vez existieron.

De todas formas, las estelas discoidales, de cruz griega o de cruz de Tolosa, que se descubren en bastante número en los viejos cementerios del Aude y de los departamentos vecinos, no pueden, salvo excepciones, ser atribuidas al catarismo. Corresponden a un tipo de monumento funerario, muy conocido en numerosas regiones de Europa, que ha sido utilizado en Occitania, tanto por católicos como por herejes. Sólo algunas cruces antropomórficas representando a Cristo, con brazos y piernas separados, como un hombre vivo, descubiertas en el emplazamiento de cementerios heréticos, o católicos, abandonados mucho antes de la cruzada, pueden pasar por cátaros.

La rareza de los descubrimientos de osamentas en los lugares que sin embargo los cátaros frecuentaron mucho, proviene sin duda de que los muertos eran enterrados desnudos o con un lienzo: ningún cofre de madera o de piedra les protegía de los animales y los golpes de azada de los campesinos los dispersaron. Por esto también sería temerario atribuir a los cátaros los pequeños objetos: pentagramas de plomo o de arcilla, tejos (igualmente en plomo) adornados con una cruz griega, que se encuentran a menudo en Montségur.

La presencia de estos objetos piadosos (?) no es exigida en absoluto por el catarismo, religión más bien abstracta y enemiga de la superstición. Pero el culto a los muertos sobrevive a todas las prohibiciones. Y es probable que los últimos cátaros, quizás incluso los de la gran época, cedieran a la tentación muy comprensible de colocar, junto al cadáver, una medalla o una cruz griega. Los tejos de plomo designaban quizá los cuerpos de los que habían recibido el *consolamentum* de los moribundos.

CAPÍTULO IV

LAS MUJERES

Grandes damas y ricas burguesas

La burguesa del siglo XIII, en su casa urbana, sana y aireada, vivía con mayor comodidad que la mujer del señor en la gran torre cuadrada de su castillo de la aldea. La sala abovedada de la planta baja donde se encontraba el taller, el primer piso, donde estaban las habitaciones, la gran sala guarnecida de frescos, iluminada por ventanales geminados, separados por pequeñas columnas, o, más adelante por grandes ventanas, separadas por travesaños de piedra, tienen aún hoy mucho encanto. Por el contrario, es difícil imaginar cómo el castillo de Cabaret podía albergar dignamente, hacia 1209, la existencia mundana de Loba de Pennautier, y las brillantes fiestas de Navidad y Pascua, de las que los trovadores nos han dejado el relato. El verdadero lujo era, entonces, burgués. Esas elegantes que Matfre Ermengau veía pasar, *arrastrando tras ellas las largas colas de sus ricas capas*, y que, dice, *nunca tenían suficientes capas, garnachas (7), gonelas (8), hermosas pieles de marta y ardilla, y cendales (9); nunca suficientes camisas finas o zapatos*, las conocemos bien: son las mujeres de los mercaderes de Béziers, de Tolosa, de Montpellier. Las damas nobles no podían rivalizar en fasto con ellas, y muchas en la monotonía, orgullosas de su vida cortesana, suspiraban siempre por el espectáculo siempre diverso que ofrecía la calle donde nunca tenían el placer de andar libremente al igual que aquellas burguesas, que *mostraban sus senos para aumentar el número de sus admiradores*.

Ellas nunca se consideraban suficientemente lavadas, ni pintadas, ni maquilladas; ni que su cabellera estuviera arreglada con bastante

arte, ni bastante rubia ni rizada. Se ha ensalzado mucho la limpieza de las mujeres de la Edad Media y, sin embargo, pensamos que las castellanas no tomaban ni duchas ni baños, salvo en verano en los ríos. El mes de mayo era el mes del amor, de los juegos al aire libre en los vergeles de aguas vivas. Pero, de ordinario, no disponían en sus fortalezas más que de una pequeña cisterna, que pronto se agotaba. Dado que sus pesados vestidos les ocultaban todo el cuerpo, se lavaban la cara, los brazos y el cuello: era suficiente. *No llevéis las uñas tan largas que puedan ocultar suciedad,* les enseñaba Amanieu de Sescas. *Cuidad vuestro rostro con más esmero que el resto, ya que es lo que más se mira.*

Se blanqueaban los dientes todas las mañanas. Y se maquillaban excesivamente. Y ello sin duda en presencia de sus maridos o de sus pretendientes, ya que no existe un solo castillo meridional del siglo XIII, donde pueda situarse con la imaginación un tocador femenino, y, en la cámara conyugal, que era una especie de sala común donde el marido recibía a sus escuderos y a sus amigos, ellas no estaban solas durante mucho rato. Por tanto, los trovadores les recomendaban en vano, siguiendo a Ovidio, que no se dejaran ver cómo se acicalaban. El monje de Montaudon pretende, con su malevolencia habitual, que utilizaban tanta pintura que no quedaba para colorear las estatuas de los santos. Se ponían colorete en las mejillas, azul bajo los ojos, azafrán o blanco en las mejillas. Azafrán, narciso, sarcocola, borrajas, leche de asna, leche de habas, polvo de plata: mezclaban todo esto y hacían sus maquillajes. ¡Dios sabe a qué otros ingredientes recurrían para embellecer y disimular sus arrugas! Estos maquillajes o leches de belleza eran también astringentes que tensaban la piel, contraían los tejidos. Y provocaban —lo que siempre nos ha parecido bastante contradictorio— un poco de incontinencia de orina y mucha lascividad. Pero el monje de Montaudon, que explica estos detalles, quiso sin duda calumniar a los perfumistas.

La verdad es que eran muy bonitas, cuando no iban demasiado maquilladas. Los trovadores nunca dejan de elogiar a aquellas que mantenían su cutis personal y natural y se consideraban demasiado jóvenes para afearse. Sus maridos y sus amantes, es cierto, nos las rebajan un poco: tenían piojos y los cultivaban porque “era un síntoma de buena salud”. Por la noche, en las altas terrazas, sus “damas” los despiojaban tiernamente platicando de amor: es lo que se lee al menos por las plumas de los escribanos de la Inquisición. No es posible que no pasara de una cabellera a otra algún piojo. Démosle gracias a la poesía

por habernos mostrado siempre a las mujeres del tiempo pasado en su pureza de jóvenes flores.

La vida en el castillo

En el castillo, todo el mundo se apelotonaba en las habitaciones de muros muy gruesos, pero relativamente pequeñas y mal iluminadas. La noble dama dormía con su marido en una de las salas superiores del torreón. Muy cerca, en el mismo aposento algunas veces, y separadas de la pareja por una simple cortina, las doncellas dormían de dos en dos o de tres en tres en la misma cama, sobre todo en invierno en que hacía mucho frío en la torre. Dado que sólo una escalera de caracol comunicaba los pisos —al ser el torreón una especie de casa en altura— durante todo el día se producía un vaivén de hombres por el estrecho corredor. Todo estaba abierto, entraba quien quería. Cuando el marido estaba de caza, o de viaje o en la guerra, la seguridad de la dama estaba sólo asegurada con la presencia a su lado de sus sirvientas. En su castillo, en donde a menudo era la única mujer deseable en medio de tantos guerreros, se convertía en objeto de codicia ya brutal ya respetuosa. En todo momento podía surgir el intendente osado, el capellán taimado, o el trovador astuto. Por todos lados había lechos donde poder caer. Una mujer noble cuenta a los inquisidores cómo fue tomada por la fuerza por un invitado en su propio castillo: su marido había ido a dar una vuelta por sus cuadras. No dijo nada, ya que los maridos de aquella época imaginaban que a las mujeres les causaba placer ser violadas, y el suyo la hubiera culpado de serlo. Otra vez, es el caballero que baja con sigilo de su piso, encuentra la puerta abierta, se acuesta debajo del lecho de la dama y entra en él en cuanto ella apaga la candela: “¿Qué pasa?” “¡Callaos, por Dios, os adoro!” “¡Cómo voy a callarme, rufián!” Y la dama empieza a gritar, a despertar a sus doncellas: “¡Hay un hombre en mi lecho!”

El abigarramiento de aquellas salas abovedadas, la increíble promiscuidad que reinaba en los torreones, explican que hayan sido posibles, y muy frecuentes, las encantadoras escenas eróticas que los trovadores consiguieron hacer creer a todo el mundo que eran rituales y “cortesés”. Peire Vidal encuentra un día a su dama dormida y le roba

un beso; ella ni tan sólo se despierta, creyendo que es su marido. Otro trovador se esconde y espía durante largo rato a la dueña del castillo en camisa jugando a ser caballero con una espada que había quedado sobre el lecho y que blandía gentilmente.

Cuando la dama quería otorgar a un pretendiente la recompensa suprema —y platónica— de dos o tres años de paciencia, y desvelarle, en fin, su belleza desnuda, nada era más fácil: le invitaba a asistir al momento de acostarse. Él la ayudaba a desnudarse, a descalzarse. ¿Quería concederle ella más, la “prueba” de amor, por ejemplo? Había que esperar a que hubiera menos gente en el castillo y encontrar algún lugar algo retirado. A ella le gustaba jugar con el fuego, pero a la primera falta de respeto, alertaba a las doncellas. Si el juego le complacía, todo pasaba de noche, a la escucha de las sirvientas.

Trovadores, amantes y maridos

Las reglas de cortesía muy ideales, difundidas por los trovadores, para complacerlas, no respondían de ninguna manera a la exigencia virtuosa de estas damas, sino a una reivindicación muy legítima de su sexo: no querían ser forzadas ni por sus maridos ni por unos amantes apresurados y brutales. Su orgullo lo consentía todo mientras fuera con delicadeza. Los poemas están llenos de besos robados que irritan a la dama cuando el ladrón es de baja estofa. Les recuerda, entonces, a despecho de las reglas corteses, que sólo es un patán; que si su marido fuera menos tonto, iría a explicárselo todo. “¡Os mandaré echar —le dice ella— al foso!” ¡Pero, cómo podría impedir al noble barón que la pellizcara en la estrecha escalera, ya que la primera vez que el rey de Francia vio a Flamenca, le acarició el seno ante todo el mundo, y ante el marido! A decir verdad, las castellanicas no les negaban nada a los grandes señores, y era admitido, entre los medios cortesanos, que frecuentando barones más poderosos que sus maridos, eran deshonoradas. Deshonoradas muchas lo estaban hacia 1209: les era difícil resistir a la audacia de aquellos osados caballeros, a su *parage* (10), a su *ricor* (11) y sobre todo a sus suntuosos regalos.

Al principio del siglo XIII, poco antes de la cruzada, una de las más célebres damas de la región de Carcasona, Loba de Pennautier, mujer de Jourdain de Cabaret —que se había separado de ella pero la

había retomado bajo la presión de la Iglesia — era probablemente creyente cátara, a juzgar por las opiniones que profesaban su marido, los amigos de su marido y los trovadores que recibía en su casa. Había dividido su corazón en tres partes y el marido tan sólo tenía derecho a su cuerpo: el tiempo que no pasaba en cumplir con sus deberes de esposa, de madre y de señora de su casa, los nobles barones, los trovadores y los perfectos lo compartían.

Los nobles barones, eran Pierre-Roger de Mirepoix, Bertran de Saissac, Aimeric de Montréal y muchos otros, todos cátaros. Se abandonaba a ellos con la pasión más realista, con tal de que ellos guardaran las formas y se mostraran “generosos”. Ya que la generosidad caballeresca tenía entonces dos sentidos para el hombre, pero uno solo para la mujer. El conde de Foix —el “conde Pelirrojo”— que era el más rico, pasaba también por ser el más amado. Se dice que tuvo de ella un bastardo: Loup de Foix.

Los trovadores se contentaban con celebrar las gracias de sus damas y se exaltaban platónicamente contemplándolas. Estaban encargados de procurarles en lo posible amantes principescos: eran alcahuetes de altos vuelos. Raimon de Miraval pasa de esta forma su vida celebrando la belleza de las nobles damas del vizcondado: Loba, Azelaïs de Boissezon, para atraer hacia ellas al joven vizconde de Béziers, al conde de Tolosa, al rey de Aragón.

Ellas recompensaban a los trovadores dándoles parsimoniosamente —entonces eran ellas las que daban los dones a los poetas— algunos de los regalos que habían recibido; haciéndoles beneficiarios también de algunos pequeños favores eróticos, con ocasión de los cuales se satisfacían libremente en su necesidad de delectación, de atenciones y de caricias; se daban el gusto de conducir el juego, de humillar, en fin, a través de la persona de estos chichisbeos tímidos y devotos ya que eran de baja extracción, a los otros hombres: sus amigos y sus amantes caballeros que, bajo la máscara de la cortesía, las trataban poco más o menos que como hacían con sus caballos.

Pero si el trovador amenazaba con abandonar a la dama para “servir” a otra, si se metía entre ceja y ceja “hacer valer” a una rival odiada, entonces el tono cambiaba: era necesario retenerlo a cualquier precio. Se le concedía un beso, y más si él lo exigía. Un día Loba llama a Miraval a su cámara: *Miraval, —le dijo a través de sus lágrimas— si he sido considerada lejos de aquí o aquí mismo, si he tenido reputación de belleza y de cortesía, es a vos a quien os lo debo. Lo sé: no os he concedido cuanto queráis. No creáis que otra pasión me lo ha impedido*

(miente descaradamente). *Esperaba circunstancias más favorables, el momento de pareceros más amada, para que vuestro placer fuera máspreciado. Hace más de dos años y cinco meses* (las damas tenían registradas las esperas que imponían al amor) *que os contengo dándoos un beso. Pero ahora veo que no pensáis en abandonarme y que no creéis una sola palabra de las calumnias de las que soy objeto por parte de hombres y mujeres que me odian. Ya que me defendéis tan bien contra todos ellos, renuncio por vos a todo otro amor* (aquí miente aún más descaradamente). *Me entrego enteramente a vuestra discreción* (era la fórmula consagrada). *Os doy mi cuerpo y mi corazón, para que dispongáis a vuestro gusto. Os lo ruego: ¡continudad defendiéndome al máximo!* Miraval, muy feliz, añade el cronista, recibió el don y obtuvo de Loba lo que quiso.

Sin embargo no exageremos respecto a la libertad amorosa de estas castellanas; no las juzguemos tan sólo por el ejemplo de Loba. Incluso en el tiempo de Raimon de Miraval, y a despecho de la mala reputación que se ganaban los celosos, había maridos feroces que no temían el ridículo y hacían cortar la cabeza a los amantes. Las más temerosas, pues, se conformaban con recibir, según el rito, los homenajes líricos de sus trovadores, y no cedían tan fácilmente como Loba a los avances de los barones demasiado pródigos. Los mismos trovadores los llamaban a veces —en términos cortantes— al respeto del amor “puro”, que excluía la venalidad. *Entrará primero quien dé más*, escribe malévolamente Raimon de Miraval a propósito de Azelaïs de Boissezon... *¡Ah, falsa moneda, os dejáis rajar tan fácilmente que uno no se atreve esperar el golpe detrás!* Ellas debían mostrarse sensibles a estas críticas de los poetas. Por otra parte, las pequeñas cortes señoriales, a menudo bastante alejadas unas de otras, no reunían una asistencia numerosa mundana, excepto en las calendas de cada mes, ciertas épocas del año, por Navidad, Pascua, en abril y en mayo. Los trovadores no se quedaban mucho tiempo en los castillos, ya que su tarea consistía en hacer conocer a lo lejos la belleza que querían honrar. De hecho, las damas nobles tenían menos ocasiones para pecar que las burguesas. La mayor parte del tiempo, se aburrían hilando lana o cuidando de sus hijos. Quizás entonces su corazón y su espíritu se abrirían a los sermones de los buenos hombres que iban a visitarlas cuando los trovadores se habían ido.

El amor cortés y el catarismo

Lo que extraña, a decir verdad, en la vida cotidiana de las castellanas del siglo XIII, al igual que las de la burguesía de Tolosa o de Albi, que vivían casi tan noblemente, es que el amor, más o menos idealizado, y el catarismo se hayan conjugado tan fácilmente. Las mujeres sólo pensaban en el amor y en las cosas mundanas. Para ellas era una obligación el ser "cortesas". ¿Cómo, ya que eran creyentes, conciliaban las locuras que los poetas les metían en la cabeza con los graves sermones de los buenos hombres, la *entendensa d'amor* con la *entendensa del Ben*? Los trovadores les repetían, para halagar su "narcisismo", que Dios se había complacido en moldear él mismo sus bellos cuerpos; pero los cátaros les decían que habían compartido la belleza del diablo, que sólo era corrupción, y no la de Dios que purifica el deseo.

Mientras eran jóvenes y, en aquella época, no lo eran durante mucho tiempo, se interesaban tan poco por el catarismo como por el catolicismo. Casi todas habían sido casadas por un padre católico y, según la costumbre de los hidalgos, oían misa los domingos. Para ellas, la ceremonia romana, celebrada por un rector a menudo ganado al catarismo y el sermón dominical del perfecto, era lo mismo. Los romanceros nos han descrito muchas veces la salida de la iglesia, los días de fiesta; el pintoresco desfile de damas y de señores platicando de amor o de gestas, antes de ir a la fiesta. Con motivo del sermón cátaro, había la misma animación mundana. Los perfectos, las perfectas, las viudas, las mujeres de edad, ponían, desde luego, una nota austera, pero apartados de los grupos alegres de los jóvenes señores y de las bellas damas, que se intercambiaban en voz baja palabras tiernas y fútiles. Después de un *consolamentum* o un *servicium* —a los que habían asistido con aburrimiento—, más de una debía decirse a sí misma que el momento de tomar el hábito llegaría demasiado pronto.

En el presente, la afiliación a la secta les eliminaba los últimos escrúpulos que hubieran podido tener respecto al amor. Los buenos hombres no les ponían, a este respecto, objeciones severas. Vivían en el pecado ya que estaban casadas. ¿Podían abandonar a sus maridos para convertirse en perfectas, puesto que no sentían la vocación mística? ¿Qué hacer entonces sino abandonarse a los encantos del amor cortés? Todo acto carnal es un adulterio, decían los cátaros, pero es mejor el concubinato que el matrimonio y el amor espiritual mejor que el amor físico. Dado que no eran muy filósofas, asimilaban con gusto el descré-

dito lanzado por los trovadores sobre el matrimonio, incompatible con el amor cortés, al que los buenos hombres atribuían todo acto carnal, incompatible con la salvación.

En principio, el amor cortés sólo unía a los corazones, pero en la vida real servía de pretexto para la pasión más libertina. Si es incontestable que el siglo XIII ha creado la noción de amor "cordial", y si es probable que haya suscitado amantes excepcionales, es evidente que la mayoría se contentaba con amar como podía. Considerando además que amar se convertía en una especie de obligación moral: si no se amaba no se era "virtuoso". El monje de Montaudon cuenta que en los tiempos *en que vivía el conde de Tolosa, uno de sus caballeros, el noble Ugonet, fue sorprendido con la mujer de otro en la ciudad de Montpellier y conducido a presencia del conde por los burgueses; interrogado a este respecto, lo confesó todo. Entonces, el conde le dijo: "¿Cómo has podido comprometer de esta forma mi honor y el tuyo?" El caballero respondió: "Señor, lo que yo he hecho lo hacen todos vuestros caballeros, todos vuestros escuderos."*

La emancipación de la mujer

Son estas unas constantes de la naturaleza humana que casi no han variado con las épocas. El nuevo fenómeno social es el de que, por primera vez, dos doctrinas —el "amor" y el catarismo— tendían a liberar a la mujer neutralizando la noción de pecado carnal. Amor no es pecado, sino virtud, decían los trovadores. Siempre es pecado, decían los cátaros, pero no para los simples creyentes. Las mujeres van a aprovecharse de esta doble enseñanza para reivindicar el derecho a amar a su gusto. *Toda dama, incluso la más honesta*, afirma la condesa de Dia, *puede amar si ella ama*. Y ellas a partir de entonces ven el amor comprendido así como el medio de afirmar su independencia frente a la *potestas* masculina. Juegan al amor libre "para actuar como los hombres" y para vengarse amablemente con unos de la celosa tiranía de otros.

Los *Registros de la Inquisición* nos muestran a mujeres poco mojigatas y bien decididas, después de haber sido sometidas a las brutalidades de los granujas, a no seguir a partir de entonces más que su propio

interés y su fantasía. Béatrice de Planissoles ya no se resiste a los hombres que le placen. Otra joven mujer, Grazida, a quien el cura de su pueblo había desflorado cuando tenía trece años, y que la casó luego con un buen hombre llamado Pierre Lisier, no tiene la menor noción del pecado de amor. Sus palabras hacen eco a las de la condesa de Dia, al igual que el pensamiento de una pastora responde a la de una mujer de letras. *“Entregándoos a un sacerdote antes de estar casada”*, le pregunta el Inquisidor, *“y después ya estándolo ¿creíais pecar?”* *“Dado que en este momento me complacía, y le complacía a este cura, respondió, no creía, y no creo aún, que fuera un pecado. Pero hoy, como esto no me complace, si tuviese relaciones sexuales con él creería pecar.”* Y añade: *“A pesar de que la unión carnal del hombre y la mujer no complazca a Dios, no creo sin embargo haber cometido pecado, si esto es agradable para el uno y para el otro.”*

Uno de los méritos del libro de G. Koch (*Frauenfrage und Ketzer-tum*) está en haber demostrado que el libertinaje constituyó para las mujeres del siglo XIII, a mismo título que el ascetismo, pero en sentido inverso, una protesta inconsciente contra el orden social, que las vejaba, y sobre todo contra el matrimonio desigual, a favor del hombre. No tenían donde escoger, si querían afirmar su autonomía, más que entre el camino abierto por los trovadores: valorización total de la libertad amorosa, combinada con la idea de que el amor no es un pecado, y el camino aconsejado por los buenos hombres: ascetismo y perfección.

La desgracia de la condición femenina se debía en gran parte al carácter injusto y autoritario del matrimonio romano (tal como existía de hecho, y que teóricamente, si rechazaba la igualdad de los sexos, también requería el amor recíproco) y a la inseguridad a la que estaban condenadas las mujeres en el matrimonio (por cierto, contra la voluntad de Roma) y también fuera de él. Las más grandes damas no se salvaban de ello. Raimundo V (1148-1194) mantenía un verdadero harén y la fidelidad no era su fuerte. Trataba a su mujer, Constanza de Francia, como a la última de sus criadas. Un día ella escribió al rey su hermano (Luis VII): *He huido del palacete y me he refugiado en casa de un caballero. Ya no tenía de qué comer ni cómo pagar a mis sirvientes. El conde no me tiene ningún respeto y no me da nada de su peculio para mi subsistencia.*

Cuando por cualquier razón, lo más a menudo política, los señores querían desembarazarse de sus damas, las perseguían, las maltrataban, les hacían la vida imposible hasta que se iban. Bertrand de Comminges había repudiado ya a dos esposas al casarse con María de

Montpellier. La quiso expulsar a su vez. El papa le amenazó con la excomunión; fingió ceder, pero poco tiempo después obligó a la desgraciada a volver a su casa, y nunca la tomó de nuevo. Raimundo VI (1194-1222) se casó sucesivamente con cinco mujeres. Forzó, seguramente, a la segunda: Beatriz, hermana de Roger II, vizconde de Béziers, para que pidiera el *consolamentum*. Se llega a sospechar que estos príncipes se servían del catarismo para resolver sus problemas matrimoniales. Raimon-Roger de Foix "autorizó" a su mujer Philippa a que se separara de él para tomar la investidura: se refugió en Dun, donde se rodeó de una pequeña corte de perfectos y perfectas. ¿Fue su decisión totalmente libre? Visto que el conde iba a menudo a verla a Dun, y que, por otro lado, había asistido al *consolamentum* de su hermana Esclarmunda, y además su otra hermana era valdense, no lo calumniemos en exceso. Otros barones fingían, por el contrario, ser buenos católicos para separarse con indignación de sus heréticas mujeres. El resultado era el mismo: eran repudiadas. Admitimos además sin esfuerzo que muchas de estas damas veían con agrado alejarse a sus maridos infieles y violentos.

Para las mujeres solas, nobles, burguesas o villanas, un solo refugio: el convento

Sobre todo, las viudas buscaban en los conventos cátaros un refugio, la seguridad y las atenciones a las que tenían derecho. Las guerras tal vez habían contribuido (según piensa G. Koch) a acrecentar el número, ya que la mayoría por el hecho de disponer de débiles recursos, estaban expuestas a muchos peligros. Lo mismo sucedía con las hijas de nobles que sólo recibían de la sucesión paterna, cuando tenían muchos hermanos, una parte insignificante y enfermas a veces, o inválidas, únicamente encontraban el medio social correspondiente a su rango en las comunidades, donde a veces llegaban a ser prioras. El mismo fenómeno se produjo en el siglo XIV en Provenza, donde la vida era igualmente dura para las mujeres aisladas y sin apoyo. Viudas, jóvenes resueltas a guardar el celibato, burguesas, damas de alto rango, entraban en los "beaterios" afiliados a la orden de San Francisco, para huir de la servidumbre social.

La suerte de las mujeres del pueblo era aún más desgraciada. Las

obreras estaban muy mal pagadas: las hilanderas, por ejemplo, empleadas en empresas del tejido, estaban sometidas a condiciones de vida tan desagradables y tan humillantes que preferían, si se encontraban sin marido y sin otros recursos, entrar en los talleres cátaros anexos a los conventos, donde eran tratadas con humanidad, con la igualdad requerida por la verdadera caridad cristiana, y donde vivían del trabajo de sus manos, sin ser explotadas por nadie.

Ciertamente, había algunos conventos católicos donde hubieran podido encontrar casi las mismas ventajas. Santo Domingo, que fundó precisamente el convento de Prouille para dar asilo equivalente a las cátaras arrepentidas lo sabía bien. Pero las mujeres escogieron la Orden cátara, durante el tiempo en que se mantuvo, ya que aseguraba la igualdad de los sexos y atenuaba el carácter injusto de la supremacía patriarcal. Sin duda, la misoginia no había desaparecido por completo del catarismo: algunos cátaros sostenían que, para la mujer, la última reencarnación del alma debía hacerse en cuerpo de hombre; otros, que el ángel de Adán era de un cielo superior al del ángel de Eva. Pero estas creencias estaban muy lejos de ser generales y el dogma enseñaba no sólo que las almas, asexuadas, eran iguales, sino incluso que las reencarnaciones cambiaban tanto a los hombres en mujeres como a las mujeres en hombres.

En el plano de la actividad social las mujeres tenían sobre todo el sentimiento de no ser tratadas como inferiores o menores de edad. Es a lo que aspiraban todas, sin tener mucha conciencia de ello, incluso en la Francia del Norte (¡la condesa de Montfort asistía a veces a los consejos de guerra sostenidos por su marido!). Sus comunidades estaban sometidas a la autoridad de los obispos y los diáconos, pero esta autoridad era sólo moral, sin obligaciones ni disciplinas impuestas, y se ejercía igualmente en los hombres. Las perfectas no podían ascender al grado supremo de la jerarquía, el obispado y el diaconado, pero tenían los mismos derechos que los perfectos y podían conferir el *consolamentum*. Los creyentes se inclinaban ante ellas y las “adoraban”; estaban habitadas por el Espíritu, al igual que los buenos hombres. Incluso tuvieron derecho a predicar, hasta mediados del siglo XIII, pero nunca lo utilizaron mucho, ya que su papel consistía más bien en la educación de las jóvenes de buena familia, en cuidar a los enfermos y en hacer crecer sus pequeños artesanados.

De la corte de Amor al martirio

La doctrina erótica de los trovadores sólo había liberado a la Dama y no a la feminidad. El "Amor" seguía prohibido para los villanos y los mercaderes. Y tan sólo fue un sueño para la campesina y para la mujer del tejedor.

Por el contrario, el catarismo acercó efectivamente a la noble dama, a la burguesa, a la pastora, a la mujer del artesano, en el seno de sus comunidades, donde proseguían conjuntamente, en la esperanza de reprimir el mal metafísico, la lucha contra la miseria, la enfermedad, los males físicos y sociales. No solamente se sentían iguales ante los hombres sino que también se consideraban iguales entre sí. Por tanto, fue más el catarismo que el Amor provenzal el que les enseñó que tenían en común intereses de "sexo", que la herejía traducía todavía en términos de dualismo religioso. Lo que tenían que combatir, las desigualdades y los sufrimientos, todo eso era el "*Mal-sobre-la-tierra*". Pero el principio del Mal sólo podía ser vencido por la ascesis y el sacrificio personal: las reivindicaciones femeninas no tenían pues, en el siglo XIII, más que un aspecto religioso y místico.

No recordaremos las virtudes admirables de las que las mujeres, las perfectas y las creyente, hicieron prueba, entre 1209 y 1250. ¿Quién reconocería en estas mártires a las sonrientes castellanas del tiempo del *Joi*? Que su misticismo haya tenido o no por base reivindicaciones de clase o sexo, importa poco. Demostraron con su sacrificio que el Espíritu trasciende a todos sus condicionamientos materiales.

En 1300, dos castellanas del condado de Foix, Alesta de Châteaueverdun, y Serena, viuda de Arnaud de Châteaueverdun, fueron citadas a comparecer ante el inquisidor: se sabían herejes y condenadas a la hoguera. Decidieron no comparecer y huir. Después de haber pasado largo rato ante sus potes de maquillaje, pintándose con azafrán, y con azul bajo sus ojos, para darse un aspecto de moriscas, decidieron abandonar el castillo. Una de ellas tenía un niño al que quería besar antes de partir. El niño le sonríe desde su camita. Vuelve hacia él. El niño ríe y le tiende los brazos: tiene los ojos llenos de lágrimas y vuelve de nuevo... Por fin, ordena a la nodriza que se lo lleve. Y se une a su compañera sin mirar atrás.

La historia no dice cómo hicieron el viaje. ¿Habían alquilado caballos o mulas? ¿Habían cogido el carro de un campesino o de un mercader? Lo cierto es que llegaron a Tolosa y se alojaron en una posada. La

patrona sospechó inmediatamente que se trataba de heréticas: el incentivo de la prima ofrecida a los delatores agudizaba su clarividencia. “Tengo que ir al pueblo para unos recados —les dijo—. He aquí dos pollos vivos. Si queréis prepararlos, me haréis un favor y comeréis antes.” Cuando la patrona regresó los pollos estaban todavía vivos. “Si los mata, nosotras los prepararemos, dijeron las dos damas, pero no tenemos el valor de matarlos nosotras mismas.” La patrona no dijo una palabra: salió y volvió con dos agentes de la Inquisición a los que ya había avisado. Las dos mujeres le dijeron simplemente: “Denos, si le place, algo de agua, para poder lavarnos el rostro; no queremos llegar ante Dios pintadas de esta forma”.

¡Admirables damas de Châteaueverdun! ¡No conocemos en toda la Antigüedad un rasgo de heroísmo femenino tan franco y tan “natural”!

“Yo hubiese matado a los pollos—, dice Béatrice de Planissoles a quien le contaban aquella historia—. La libertad—, respondió el perfecto— está en la imposibilidad de hacer el mal: hubieran podido querer matar a los pollos, pero no podían.”

CAPÍTULO V

GRANDES SEÑORES Y PEQUEÑOS CABALLEROS

Despreocupación, lujo y poesía

Era preciso, en la Edad Media, que un señor fuera siempre alegre y despreocupado: la tristeza era para los villanos, las preocupaciones para los mercaderes. “Sé siempre complaciente y amable”, le aconsejaban los poetas. En el momento de su muerte (1127), el duque de Aquitania, Guillermo IX, se vanagloriaba de haber conocido siempre “Alegría y alborozo”. Esta noción del *Joi* (¿Alegría o Juego?) que correspondía, para los trovadores, a una exaltación amorosa y mística, se reducía, en los barones, a una afectación de despreocupación. Como así lo dice la reina de Francia, en la novela de *Flamenca: Conviene que la mayor pena sea de Amor*. Con la ayuda del buen humor meridional, tomaban un aspecto juguetón, ante las damas, y bromeaban cuando estaban entre hombres: a esto se le llamaba el *gab*. Al ir a Aviñón, en plena guerra de reconquista, Raimundo VII (1222-1229), el “Joven Conde” cabalga con el trovador Guide Cavaillon y algunos otros caballeros. ¿De qué hablan?: “De *parage*, de armas, de amor y de dones”. Este mismo Raimundo, convocado un día en Carcasona, deja a sus gentes a las puertas de la ciudad, luego vuelve a ellos, con aire aterrorizado y les explica que el obispo le ha puesto en estado de arresto. Todo el mundo se escapa. *Volved, les grita, volved, jera una broma!*

Su padre, Raimundo VI, tenía la costumbre de reírse de todo, de sí mismo y de los demás. Una vez, esperaba a unos caballeros que, quizá con la misma despreocupación, habían olvidado la hora de la cita. “Bien se ve que es el Diabolo quien ha hecho este mundo —murmuró—, nada llega cuando es necesario.” A su capellán, con el cual jugaba al

ajedrez, le dijo una noche: “El Dios de Moisés en el que tú crees, no te hará ganar. Respecto a mí, prefiero que no me favorezca.” Al igual que cuando el obispo de Tolosa entró en su palacio: “¿Queréis, le propuso, que vayamos juntos al sermón del buen hombre?”.

Tal vez aquellos señores feudales se aburrían mucho. La mayoría de sus juegos eran excesivos, al igual que su voluntad de distraerse “a cualquier precio”: la prodigalidad era su pasión. En 1174 en Beaucaire, Raimundo V, conde de Tolosa, dio cien mil sueldos a Raimon de Agout, para que se encargara de distribuirlos entre diez mil caballeros. Un rico señor quiso hacerlo mejor: hizo quemar a veinte de sus caballos ante sus invitados. Dado que la cera era entonces muy cara, el gran lujo era el de cocinar la carne a la llama. Hacia fines del siglo XII la generosidad se convirtió, ciertamente, en menos estéril: los trovadores, los juglares y las mujeres se aprovecharon con amplitud de ello. Raimundo VI pretendía demostrar que un gran señor nunca puede arruinarse. A Raimon de Maraval, con quien estaba fuertemente unido —se llamaban mutuamente con un nombre de mujer: Audiart— le dio, como antes a otros trovadores, caballos, trajes y todo aquello que necesitaba. La mayoría de los barones hacían lo mismo, según sus medios. Hubiera sido de mal tono no ofrecerle nada a un trovador, aunque fuera un mal caballo, una capa usada. De peor tono aún hubiera sido no ofrecerles nada a las damas que eran hermosas, orgullosas, pero a menudo pobres.

El amor, poetizado, era su principal preocupación. Un conde de Tolosa, un conde de Foix, eran capaces de rimar una *cobla* (canción). La música y la poesía comunicaban a los más ignorantes cierta finura de espíritu, y apreciaban como buenos entendidos las veladas trovadorescas, que constituían, entonces, los únicos espectáculos que se podían ver.

A veces, se reunían, sin las mujeres, para hablar de ellas con más tranquilidad, al igual que en sus cenas de cazadores. Pero de ordinario, y sobre todo después del final del siglo XII, las damas asistían a las comidas y a las charlas que las seguían. Tomaban parte activa en la conversación, que casi siempre trataba de asuntos amorosos, convirtiéndose por ello en más convencional y más cortés. Después de la comida, que duraba largo rato, si los hombres no jugaban a los dados o al ajedrez en la sala grande, conversaban con ellas, por parejas o por grupos, de una forma más libre en cuanto al fondo, pero también ceremoniosa en cuanto a la forma. Se cortejaba menos a las jóvenes que a las damas. Todo el mundo se expresaba muy bien, de una forma afectada y preciosista. Los trovadores cantaban a continuación sus poemas y se

comentaban sus enigmas: *Del cuerpo femenino, ¿qué parte es mejor? ¿La inferior o la superior? ¿Cuál escogeríais?* O bien: *Una dama mira a un hombre con amor, estrecha un poco la mano de otro, aprieta, riendo, el pie de un tercero: ¿cuál es el amado?* Algunas veces los trovadores imaginaban intermedios que provocaban imprevistos en las bellas noches de verano. Peire Vidal se atrevió, un día, a vestirse con una piel de lobo en honor de Loba de Pennautier, y se hizo cazar por los perros en la montaña de Cabaret. Los campesinos y los perros entraron tan a fondo en el juego que el desgraciado poeta no salió muy bien parado. Lo llevaron al castillo cubierto de heridas y Loba le cuidó afectuosamente. Todo el mundo celebró aquella locura, e incluso el marido, Jourdain de Cabaret. Entre los invitados había, aquella noche, Pierre Roger de Mirepoix, que debía recibir el *consolamentum* en Fanjeaux, y Aimeric de Montréal que sería colgado años más tarde por Simón de Montfort...

La vida en estos castillos alejados no dejaba de tener encanto para los señores y los poetas que tan sólo pasaban por allí. Se llegaba cuando caía la noche y se partía al alba. A los condes —e incluso a los reyes— no les importaba subir hasta esos nidos de águilas, donde hermosas jóvenes mujeres que sólo conocían por el elogio que les habían hecho los trovadores, parecían esperarles siempre...

La guerra y el amor

El ocio hace nacer el amor. Los caballeros habían conseguido complicarlo tanto que daba color a toda su vida. Amaban de espíritu y amaban de cuerpo. Para jugar, se prestaban, pero sólo hasta cierto punto, a las sutilidades de la "cortesía", persuadiéndose de que eran capaces de amar más "finamente" que el vulgo. El amor sólo era platónico para aquella dama a quien se lo imponía su rango social. Pero un conde de Tolosa o de Foix disponía a menudo de las mujeres de sus vasallos, un poco como de un feudo, menos abusivamente, sin embargo, que el duque de Aquitania quien, en el siglo anterior, casaba a sus amantes con sus caballeros, guardándose el usufructo: contra esto protestaban los trovadores en nombre de la moral cortés y de los humildes amantes. Sólo una mitología podía tener un sentido: la que idealizaba la guerra por el amor y el amor por la valentía. El joven escudero que se batía por "el amor de su dama" acababa siendo realmente más osado.

Todos, grandes y pequeños, adoraban la guerra o su imagen: la caza y los torneos, menos sin embargo que los barones del Norte de Francia. Antes de 1209, los caballeros dejaban en prenda sus castillos para jugar a la pequeña guerra. Después de 1209, la verdadera guerra acabó de arruinarlos. No cesaron nunca, después como aventureros necesitados, de tomar parte en todas las sublevaciones de los príncipes contra el rey y la Iglesia, ni de organizar por sí mismos expediciones armadas a partir de Montségur.

Entre los grandes señores feudales —en cuyos ejércitos se enrolaban— los más valerosos, los más brillantes, fueron sin duda los condes de Foix: Raimon-Roger (1188-1223) y Roger-Bernard II (1223-1241) y, en su juventud, Raimundo VII de Tolosa. A veces se mostraron crueles, Raimon-Roger de Foix sobre todo, cuando los tiempos no estaban ya para blanduras. Cuando Raimundo VI, después de haber capturado a su hermano Balduino, que lo había traicionado, ordenó su muerte, el conde de Foix y Bernard de Portella se ofrecieron para ahorcarlo con sus propias manos.

Los grandes señores y el catarismo

No parece que el catarismo interesa mucho a estos barones: los vizcondes de Carcasona, el vizconde de Bearn, el conde de Armagnac, el conde de Comminges y, naturalmente, los condes de Tolosa y de Foix, lucharon todos, más o menos, contra Simón de Montfort, y más tarde contra la monarquía francesa y la Iglesia, pero sin adherirse a la herejía: solamente defendían sus derechos. Quizá Raimundo VI, excomulgado muy pronto a causa de las violencias que ejercía contra las iglesias y los monasterios, luego relevado de la excomunió, por primera vez, por Inocencio III, en 1198, se mantuvo creyente. Pero, como casi todos los feudales, que al final se veían, yacentes en sus lechos fúnebres, revestidos del hábito de cualquier orden monástica, se hizo recibir, poco antes de su muerte, como hermano de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén. Dado que estaba excomulgado, el comendador hizo tirar su cuerpo a un jardín abandonado donde, al ser dispersados luego sus huesos, no se encontró más que su cráneo. Su hijo, mejor católico o peor cátaro, se había convencido muy pronto que *nadie era suficientemente poderoso, salvo la Iglesia, para abatir a Tolosa*. Se le verá proseguir

durante toda su vida, al mismo tiempo que la lucha contra la dominación francesa, el piadoso proyecto de hacer enterrar a su padre en tierra sagrada. Igual ambigüedad, el mismo doble juego, la misma prudencia se encuentra en los condes de Foix. En el Concilio de Letrán (1215), Raimon-Roger protesta su afecto a la Iglesia romana: “Fui, me di y me ofrecí a la abadía de Boulbonne, donde me acogieron muy bien, donde todos mis antepasados fueron donados y enterrados.” Es posible, sin embargo, que Roger-Bernard II, su hijo, hubiera sido iniciado secretamente en la Orden cátara. Tuvo, siendo vizconde de Castelbon, ciertas diferencias con la Iglesia. Pero ésta, al proseguir también fines políticos, nunca creyó demasiado en la herejía de los grandes señores. Siempre se mostró menos temible frente a los grandes que frente a los pequeños caballeros desarmados. En 1241, Roger-Bernard fue declarado “reconciliado”.

Escépticos, epicúreos, algo paganos acaso al igual que sus más viejos antepasados, los condes no creían sino en la guerra y la política. De ahí que no dudaran al capricho de sus intereses y de las circunstancias, en hacer matar al mensajero del Papa, o a los inquisidores de Avignonet, así como en apoderarse, en Montségur o en otra parte, de inocentes perfectos a los que hicieron quemar sin remordimientos, simplemente para probar su obediencia a la Iglesia. Estos príncipes pertenecían realmente al Príncipe de este mundo.

Los caballeros

No sucedía lo mismo con los pequeños caballeros —incluso a veces bastardos de grandes señores— que mostraron siempre un sincero afecto al catarismo. Loup de Foix era creyente: un día declaró al caballero de Orsans que “los perfectos eran buenos y que no había que ir a buscar la salvación fuera de ellos”. Los lazos que a menudo les unían a la herejía eran de orden familiar. Uno de ellos dijo una vez a Foulque, obispo de Tolosa: “Vemos que tenéis buenas razones para oponeros a los perfectos, pero no podemos expulsarlos: hemos sido educados con ellos, contamos entre ellos con parientes y vemos que viven honestamente.” La madre de Aimeric de Montréal, Blanche de Laurac, una vez viuda, dirigía en Laurac una “casa de perfectas”. Arnaud de Mazerolles, hermano de Aimeric, tenía por mujer a una herética notoria, Hélix, nieta

de Guillem de Durfort, señor de Fanjeaux, poeta y creyente. Toda la pequeña nobleza del Cabardés, del Lauragais, del Carcassés, estaba también, en vísperas de la cruzada, implicada en la herejía.

Las reuniones presididas por los hombres buenos, a menudo también nobles, eran para los caballeros otras tantas ocasiones de tomar contacto con sus vecinos o con sus señores. Hacia 1200, el diácono Raimon Bertrand predicaba todos los días en el convento de mujeres donde estaba Mabelle, hija de Blanche de Laurac; hacia 1204, Bernard-Othon de Niort, nieto de Blanche, vivía en casa de su abuela: asistía a las ceremonias y se encontraba con Aimeric de Montréal, su tío, Bertrand de Saissac, e incluso con el conde de Foix. En Montréal, en 1206, Arnaud Guiraud y Bernard Coldefi predicaban en las “casas de los herejes” de la ciudad. Una de estas casas la llevaba Fabrisse de Mazeroles, mujer de Bernard de Villeneuve, y cuñada de Héris. Allí recibía a toda la caballería local, los Durfort y los Montréal.

Guilhem de Durfort, en un *sirventés* en que hizo elogio de su amigo Gui Cap-de-Porc, nos dejó un retrato, idealizado, del caballero cátaro de aquel tiempo. No difiere mucho del caballero católico: tiene, al igual que él, el culto a los valores del *parage* —sin tener, por otro lado, los medios para mostrarse generoso y pródigo— y el del amor, fuente de todas las virtudes. A lo más podría destacarse en este poema un elogio de la pobreza o más bien un desprecio de las riquezas, que se resienten un poco de la influencia cátara. Acaso también cierta racionalización del amor: *Que el fuego de amor, dice el poeta, no oprima o no consuma a este hombre amable y sincero, sino en una medida razonable*. Pero se encuentra el mismo concepto del amor “puro” que perfecciona al hombre de pro, si lo controla.

Indudablemente, la realidad era muy distinta. El caballero era tan inconsciente como el barón de alto rango, también llevado a repudiar a su mujer y a cambiar de amante. Raimon de Miraval se separa de la suya, Gaudairenca, bajo el pretexto de que “era suficiente con un poeta en casa”: ella escribía “danzas”. La Iglesia, que años atrás había impuesto a Jourdain de Cabaret el volver a tomar a su esposa Loba, no tenía ahora los medios para oponerse a estos repudios. Cuando Gaudairenca conoció la voluntad de su marido, hizo venir a Guillaume Brémon, que era su amante, y Raimon de Miraval se la entregó. “Él se la llevó y la tomó por mujer.” No solamente el clero católico no aparece en este asunto, sino que es probable que fuera un ministro cátaro, quien casara a Brémon y a Gaudairenca, por simple consentimiento mutuo.

Estos nobles no actuaban siempre con mucha lógica en su vida.

Hasta 1209, cuando el doble juego no les obligaba a ello, hacían donaciones y legados a las iglesias católicas, al mismo tiempo que se inclinaban ante los buenos hombres y confiscaban los diezmos. Algunos iban por la mañana a la misa católica y por la noche al sermón cátaro. El dogma no les interesaba mucho. Sólo conocemos un ejemplo de arbitraje señorial en materia de religión: a principios de siglo, unos perfectos preguntaron a Bertran de Saissac si debían dar el *consolamentum* a un enfermo que no podía hablar. Respondió que, por esta vez, había que dárselo, pero que en adelante nadie lo recibiría si no podía rezar el *Pater* (La *convenensa* aún no se utilizaba).

Los hidalgos eran a menudo anticlericales. Si había un cura en el pueblo, le vigilaban de cerca, sobre todo si era de costumbres relajadas. Raimon y Pierre de Rouvenac mataron un día al párroco del lugar, porque había llevado por mal camino a su madre. Fueron en penitencia a ver al papa, pero toda la familia no dejó de ser menos antirromana: se encuentra a caballeros de Rouvenac entre los defensores de Montsegur. Uno de ellos, Bernard de Rouvenac, fue incluso poeta y de 1240 y 1280 no cesó en sus *sirventés* inflamados de llamar a los señores meridionales al combate y a la venganza. Los pequeños nobles sólo sirvieron al catarismo con las armas, o cuando eran trovadores, con la llamada a las armas.

No se acordaban de Dios ni de su salvación más que cuando se encontraban ante los perfectos y hacían ante ellos el *melioramentum*. Al igual que la mayoría de los creyentes, sólo eran verdaderamente religiosos a la hora de su muerte, cuando recibían el *consolamentum*.

El período de tolerancia: católicos, cátaros y valdenses

Hasta 1209 sin embargo, pusieron todos su mayor empeño en organizar conferencias contradictorias entre cátaros y *valdenses*, cátaros y católicos. La única razón de esta actitud era poner algo de variedad en su vida cotidiana y buscar más novedades que los recitales de los trovadores. Estamos mal informados sobre las conferencias de este género que existieron a principios de siglo. Pedro II, rey de Aragón, presidió una, en 1204, en Carcasona, que puso en litigio al obispo cátaro Bernard de Simorre y a los perfectos, con los legados Pierre de Castelnaud y fray Raoul. Parece ser que había trece católicos contra trece

cátaros. No se conoce la decisión de los árbitros que, probablemente, dado el momento y lugar, dieron la razón a los cátaros.

Estas reuniones contradictorias hablan en favor del espíritu de tolerancia de los meridionales. Ya fuera la mayoría católica o herética, todo se desarrollaba en el orden más estricto, sin obstrucción. Los árbitros eran designados por la asamblea, y eran quienes daban la razón a una parte o a la otra.

En 1206, santo Domingo encontró en Servian al perfecto Thierry, de Nevers, antiguo canónigo convertido al catarismo. La conferencia había sido decidida por el señor de la villa, ganado por la herejía. El debate debió ser apasionante, dada la extraordinaria personalidad de ambos adversarios. Pierre des Vaux-de-Cernay explica que los oyentes, convencidos por la elocuencia de santo Domingo, habrían expulsado con placer a los heréticos, pero que el señor se lo impidió. No tenemos, cierto es, la versión cátera del incidente.

Una conferencia más célebre fue la que tuvo lugar en 1207, en Pamiers, en el salón del castillo que el conde de Foix había puesto a disposición de los oradores. Allí estaban santo Domingo, Foulque, obispo de Tolosa, el obispo de Osma, Navarre, obispo de Saint-Liziers, algunos *valdenses* y varios cátaros. La hermana del conde de Foix, Esclarmonde, asistía a los debates. Cuando quiso intervenir y decir algo atrajo la reprimenda misógina de fray Esteban de la Misericordia, quien la amonestó: “Señora, id a hilar con vuestra rueca; no os corresponde tomar la palabra en una asamblea como ésta.” La conferencia de Pamiers fue un éxito para los católicos, ya que el árbitro, Arnaud de Crampagnac, clérigo secular, más bien favorable a los *valdenses*, negó la razón a sus correligionarios e incluso se convirtió al catolicismo, al mismo tiempo que lo hizo Durand de Osca y un grupo bastante importante de “Pobres de Lyon”.

La conferencia contradictoria de Fanjeaux llegó a entrar en la leyenda. Imaginémonos el salón del castillo de Guillem de Durfort — hoy es un convento de dominicas — lleno de numerosos de barones y de damas. Guillem, rodeado de los conseñores de Fanjeaux, preside la sesión. Los adversarios, según la costumbre, han resumido sus argumentos en unos libretos o *libelli*. Guilhabert de Castres y santo Domingo defienden su fe, cada uno a su estilo, uno más dialéctico, el otro más vehemente. Los árbitros imponen silencio en cuanto se eleva el menor murmullo en la sala; pero los oyentes son corteses. Y dado que se ha llegado a la casuística del amor, escuchan a estos dos místicos hablar de otro Amor que es el mismo para todos, y que sin embargo les divide. Juzgan como

entendidos, menos interesados sin embargo por las ideas que por la forma en que se exponen.

Ninguno de los dos consigue convencer al otro. Los árbitros son incapaces de designar al vencedor. Deciden remitirse al juicio de Dios y lanzar al fuego, que resplandece en la chimenea, el libelo cátaro y el libelo católico. Dios impedirá que el Libro de la Verdad se quemé. Entonces, ante santo Domingo rezando, ante los perfectos consternados, Dios cumple el milagro que Fra Angélico ha hecho célebre en toda la cristiandad: el libro cátaro se consume rápidamente, el libro católico surge intacto de las llamas por tres veces, y en la última va a chocar contra una viga del techo que se quema por un fuego sin duda inmaterial (aún se la puede ver en la iglesia de Fanjeaux).

Es probable que la conferencia fuera más favorable a los cátaros que lo que la tradición católica explica. El recurso, imaginario o real, a la ordalía del fuego, esconde si no un fracaso de santo Domingo, al menos una especie de empate... Pero el informe cátaro no se ha conservado.

Los señores y las damas que, en 1207, habían asistido a este encuentro memorable debían acordarse, no sin melancolía, algunos años más tarde, de los días felices donde, en sus castillos, los enfrentamientos de este género tomaban un aire tan pacífico que tenían la apariencia de relatos sacados de la *Leyenda dorada*... Santo Domingo recorriendo incansablemente las campiñas de Carcasona y de Fanjeaux, levantaba el polvo de los caminos. Era el tiempo en que se veía a los "ensandalés" valdenses convertidos, yendo de dos en dos, penetrar a la caída de la noche en las aldeas y predicar ante los campesinos que acudían bajo el olmo. Pero la cruzada espiritual había fracasado: los cátaros colocaban en todas partes a su propio clero y respondían a estas predicaciones con una propaganda más eficaz.

CAPÍTULO VI

LOS BURGUESES

Riqueza y poderío de las ciudades

La burguesía del Languedoc, rica y poderosa, había conseguido en el siglo anterior conquistar libertades y privilegios —en Moissac, por ejemplo, desde 1130— y sobre todo imponer a sus señores, lo más a menudo pacíficamente, instituciones consulares: en Béziers en 1131, en Tolosa en 1144-1173. Estos consulados emanaban de la burguesía y no del “pueblo”, y tenían por tarea la de disminuir las dificultades de toda clase que las exigencias de los señores oponían al comercio. Era la época en que los agentes señoriales arrestaban a su paso a los mercaderes y abrían sus fardos hasta tres veces en la misma ciudad para hacerles pagar el leude. Si la libertad se reducía, en aquel tiempo, a la libertad de traficar, tomaba, sin embargo, por la fuerza de las cosas, un carácter político: los cónsules, defendiendo a los burgueses de la arbitrariedad de los señores, garantizaban a todos los ciudadanos algunos derechos esenciales y, por regla general, su seguridad personal. Animaban la creación de ligas —o *amistansas*— cuya acción iba más allá del marco de los intereses puramente comerciales y conseguía hacer reinar más justicia en las relaciones sociales. Así fue como en Narbona se constituyó en el siglo XIII una *amistansa* de este estilo, especie de sindicato, cuyos miembros se prometían auxilio unos a otros y juraban defender los derechos de la ciudad y del burgo, *de forma que la justicia sea hecha por igual tanto al rico como al pobre*. Se constata pues cierto progreso de la conciencia moral, que se extiende a todos los dominios: Narbona, por ejemplo, fue la primera ciudad marítima que proclamó el principio de la protección a los náufragos.

Los "burgueses gentileshombres"

Los burgueses del siglo XIII son, o bien mercaderes que se están enriqueciendo o bien capitalistas que, hecha ya la fortuna, hacen trabajar a otros mercaderes a sus órdenes.

Dado que la Iglesia les prohíbe el préstamo con interés, muchos tratan de convertirse en señores: cambian el oro de sus cofres por bienes raíces, nobles o plebeyos; poseen casas en la ciudad y propiedades en la zona suburbana. Cuando no pueden comprar la tierra *compran el beneficio y se interponen entre el arrendatario y el señor* (H. Richardot). Así se convierten en *domini* proporcionándose unos intereses bajos pero seguros. Durante todo el principio del siglo, también hicieron servir sus riquezas, ganadas con el comercio, para darse el mismo tipo de vida que los pequeños señores que, al no explotar directamente sus tierras, no tenían otros ingresos que los censos y los derechos señoriales. La única innovación del capitalismo naciente es que los beneficios "feudales" comenzaban a negociarse y a circular como nuestros valores mobiliarios.

A menudo estos burgueses ceden a la tentación de vivir exactamente como los nobles, de los que, antes de la cruzada de 1209, prácticamente no se distinguían. Portadores de espada o de daga, vestidos tan suntuosamente como los caballeros, pasaban su tiempo en la caza o en las reuniones mundanas. Según el trovador Arnaut de Mareuil, *conocen el domney*, es decir, el arte de cortejar a las damas según las leyes de amor. Tuvieron, en efecto, la oportunidad de hacerles la corte en verso —ya que algunas veces eran poetas— y los medios de arruinarse por ellas al igual que los barones pródigos. Pero estos "burgueses gentileshombres" que abandonaron el mercantilismo y cuyos recursos eran de débil constitución, devoraron rápidamente su capital. Matfre Ermengau describe de esta forma, hacia 1280, a los supervivientes de esta primera burguesía occitana a la que la cruzada había castigado tan duramente como a la nobleza, y que parecían ahora en plena decadencia: *Estos burgueses desocupados*, se trata de los de Béziers, enriquecidos por el comercio de vinos, *orgullosos de sus grandes propiedades que les permiten vivir de sus rentas sin hacer otra cosa, pasan todo el día sentados o bien se van a cazar al campo... Sólo son capaces de arruinarse: la ociosidad les lleva al pecado y al precipicio, tanto más rápido cuanto más aficionados son a las mujeres* (el domney se había convertido para ellos en algo muy realista); *están en camino de descen-*

der por la pendiente. Y rabian de envidia cuando ven a los mercaderes hacer su camino...

Prestamistas y usureros

Matfre Ermengau tiene razón: en 1250, los verdaderos burgueses son los mercaderes en activo. Raimon de Cornet, a principios del siglo XIV sólo conocía, como los burgueses, a estos hombres de negocios que sacan dinero de todo e incluso del propio dinero, y se guardan muy bien de contar con los flacos beneficios de la tierra y de los *feudos*. Si los adquieren es por un resto de vanidad o porque la prudencia les aconseja “no colocar todos los huevos en el mismo cesto”. No tienen ganas de jugar al gran señor; dejan a los poetas que desprecien su mercantilismo y que las damas se rían de ellos: “Es ridículo, ¿verdad? hablar de amor en domingo, cuando se ha llevado la tienda toda la semana.” Más humildes y más economizadores que sus antepasados, acumulan riquezas (hermosos vestidos, pieles, muebles, cofres, vajillas) pero las esconden, o sólo las muestran en el interior de sus suntuosos palacios; aceptan incluso que los cónsules — que ellos eligen — limiten mediante leyes suntuarias la lujosa vestimenta de sus mujeres: “Sería una torpeza — dicen — indisponer a los nobles poco afortunados que piden prestado para ser nuestros clientes.” Estos mercaderes que hacen el beneficio del cien por cien — es cierto que el comercio comportaba entonces enormes riesgos —, que *venden un huevo por el doble*, como dice Raimon de Cornet, también practican la usura: *se beben al pobre. Cada día le toman un poco de sus bienes, hasta el momento en que le dicen: todo es mío, el tronco y la rama*. Son los que después de haber hecho un préstamo (*manleu*) a los hidalgos arruinados y que aún tienen ganas de ir a la guerra, terminan por aceptar su castillo en hipoteca. ¿Cómo podrían acrecentar su fortuna si no fuera por la usura que la Iglesia condena pero de la que se aprovechan los canónigos? (*Canorgue... per prestar a renou*) (12), dice Peire Cardenal.

Sin embargo, se constata, desde 1250 a 1280, en el seno de la burguesía de las grandes ciudades comerciales y sobre todo en las portuarias, una especie de evolución hacia la generosidad. Más instruidos, más morales quizá, muchos de estos grandes especuladores sue-

ñan en conciliar de nuevo su actividad mercantil con una existencia más liberal. El gusto de la libertad les ennoblece. Apoderarse de la cabaña de un pobre labriego, después de haberle reducido a la miseria por la usura, ya no les apetece demasiado, les parece indigno de ellos. Lo que quieren es poder invertir sus beneficios en honestos préstamos comerciales o “náuticos” y en último caso, si tienen necesidad de un aumento de capital para realizar un gran negocio, poder también prestar a una tasa normal sin ser molestados por las leyes que reprimen la usura. Sin embargo, la Iglesia no hacía ninguna diferencia entre el *prest* al veinte por ciento y el *renou* al ciento por ciento, entre el préstamo de comercio (13), que es una forma de cooperación, y la usura, que es una forma de robo: ¿cómo no se convertirían, en el momento en que los mismos nobles tomaban las armas contra la Iglesia, en feroces anticlericales, cátaros, sin saberlo? Bien querían renunciar —al menos los que eran buenos cristianos— al *renou*, pero nunca al *prest*, que era la condición misma de lo que empezaba a ser el gran comercio; siendo lo más claro de su actividad tomar préstamos y prestar.

Armadores y negociantes

El burgués del que hablamos vive noblemente en su palacete. Hace viajar para él a los mercaderes a los que presta dinero o paga. Mientras que estos mercaderes están siempre a caballo por los caminos, exponiéndose a las molestias de los señores y a las vejaciones de los *salteadores*, o, sobre sus navíos, al peligro del mar, el burgués no deja la ciudad sino en determinadas épocas del año para ir a visitar los principales centros comerciales, los mercados de Barcelona, las ferias de Champaña, de Beaucaire o de Saint-Gilles, entrando en contacto con negociantes extranjeros. El resto del tiempo, dirige, sin moverse de su despacho, a sus nuncios y sus dependientes, recibe los pedidos, vigila las expediciones, espera a los visitantes...

En los puertos: Narbona, Saint-Gilles, Montpellier, se amasan las fortunas más considerables y los consulados tienen más poder y libertad. Los burgueses de Narbona trafican en todo: compran en Alejandría lino, algodón, telas de lujo, sedas, añil; allí venden cera, azafrán de Cataluña, vinos y lienzos. Se ve acumular en los diques de los puertos todos los productos del país y del interior: miel, aceite, vino, trigo, que

se exportan lejos; en Narbona, los lienzos locales, muy reputados, y los de las fábricas del interior, que se envían a Italia. Se puede hacer acopio de cualquier especia: azafrán, canela, pimienta, girasol, sena, jengibre confitado. El abad de Saint-Gilles envió un día al rey un surtido de especias muy raras en aquel tiempo: zumaque, tres libras de canela, de cardamomo, una libra de girasol, de nuez moscada, de nardo céltico y de cubeba. También en estos puertos en Narbona, en Montpellier, se consigue incienso, azúcar en polvo y azúcar de pilos; cueros, pieles — las que se importan y las que se exportan: cordero, conejo, ardilla, marta, comadreja, gato, zorro—; la seda y cendal; metales, oro, cobre, estaño, latón; maderas, mástiles de navíos, vigas; animales: caballos, mulas del Rosellón, cabras... Se encontraban incluso esclavos y esclavas sarracenos que no costaban muy caros: quince libras; la cuarta parte de un caballo, la mitad de una mula.

Naturalmente, las ciudades del interior, Carcasona, Béziers, Albi, Nimes, Tolosa, se benefician del aporte marítimo; los revendedores allí prosperan; y la industria textil, el comercio de vinos hacen la fortuna de los burgueses y los mercaderes. Tal movimiento de negocios da a algunas familias “patricias” una influencia a la que nada se opone: dominan la ciudad. En 1244, un tal Ramon Seraller, de Narbona, se dedica al comercio de granos en la plaza de Génova. Sus herederos acabarán por tener bancas y despachos abiertos. Los Doria de Génova eran, al parecer, originarios de Narbona, mientras que Foulque, obispo de Tolosa, es hijo de ricos comerciantes genoveses establecidos en Marsella. Determinados pactos unían entre sí a los puertos occitanos. Tratados de amistad los ligaban a los puertos italianos: Génova, Pisa. En Narbona, los burgueses son suficientemente poderosos para imponer su política y concluir con Génova, en 1166, un tratado comercial. Saint-Gilles había establecido parecidas relaciones del mismo género con Génova, Pisa y Sicilia. En Narbona, frente al palacio de los vizcondes, se levantaba como un símbolo de la dominación burguesa, el vasto y orgulloso pórtico de la “Plaza dels Borzés”, donde los ricos especuladores se reunían para tratar de sus asuntos o para instruirse sobre el curso de sus mercaderías. Era la “bolsa” de Narbona. En casi todas las ciudades comerciales había también una “bolsa”, donde los burgueses pasaban largas horas discutiendo, en compañía, a veces, de heréticos, que les traían noticias frescas de Lombardía...

La influencia del catarismo

Las relaciones entre el comercio y la herejía no eran solamente teóricas. Cátaros y burgueses frecuentaban los mismos mercados, las mismas ferias. Por gusto o para escapar de las persecuciones de la Inquisición, los creyentes se dedicaban también al comercio y estaban en contacto frecuente con los mercaderes. Los perfectos se hacían ocasionalmente transportistas, merceros ambulantes, revendedores... Incluso cuando no eran permeables a su propaganda, los burgueses se sentían halagados de ver cómo su actividad mercantil recibía el beneplácito del cristianismo más depurado. La honestidad comercial de los cátaros les admiraba, al igual que sus conocimientos contables. Pero sobre todo, a las ideas nuevas que estaban en el ambiente, en lo concerniente al libre uso del dinero, los cátaros, al azar de conversaciones mantenidas en la plaza, aportaban la confirmación de autoridades escriturarias. Por ello, quizá, los burgueses de Tolosa, Marsella y Aviñón nunca pudieron considerar a los mercaderes cátaros como enemigos; aún menos, cuando la guerra les obligó a permanecer fieles a su conde legítimo. Y se sabe con qué valentía, con qué abnegación, con qué ferocidad a veces, lucharon por Raimundo VII. Siempre fue así, incluso en las ciudades muy católicas como Narbona donde, en 1212, Simón de Montfort sólo había conseguido reclutar trescientos hombres, que además se negaron a luchar y volvieron a sus casas. Así será hasta el final: en 1275, el vizconde de Narbona, empujado por los burgueses, intentará colocar a la ciudad bajo el protectorado del rey de Castilla; en 1304, los burgueses de Carcasona ofrecerán el vizcondado a Fernando, hijo del rey de Mallorca.

Y es que los burgueses de Carcasona, de Narbona, de Tolosa, tanto en 1230 como en 1280, no aceptaban ni la tiranía de la Inquisición ni la doctrina oficial de la Iglesia en materia de *prest* y de *renou*. No creían pecar al vender dinero. El catarismo había contribuido a hacerles comprender que hay una diferencia "moral" entre la usura, tal y como la practicaban ciertos judíos, ciertos lombardos y ciertos católicos y el préstamo de comercio que "*no causa víctimas*" y aprovecha igualmente a las dos partes. La propaganda cátara recordaba textos escriturarios que tranquilizaban la conciencia de los burgueses: "*Dad a aquel que os pida y no rechacéis a aquel que os pide prestado*"; y sobre todo los versículos del Evangelio de Mateo, en donde el padre de familia reprocha a su servidor el *no haber depositado su dinero en manos de los*

banqueros para obtener al menos su interés, ya que no tiene la habilidad de emplearlo en el comercio (Mateo XXV, 27). Quizás en Narbona, los burgueses habían oído también hablar de la ley de los judíos que les prohibía prestar a interés a sus conciudadanos sin fortuna, pero no así a aquellos que tenían riquezas. Los cátaros debieron al menos ponerles ante la vista un texto célebre donde San Juan Crisóstomo hace la misma distinción que ellos respecto a las dos "usuras": Si has colocado una suma de dinero con interés a manos de un hombre solvente, sin duda preferirás dejar a tu hijo una buena renta, tan bien asegurada, que no dejarle el dinero en un cofre con el problema de colocarlo él mismo.

Los creyentes daban el buen ejemplo: un cátaro occitano, Pierre de Bauville, presta en Italia, para ayudarle, cien libras imperiales a otro cátaro en el exilio, quien muy pronto gana doscientas, devuelve cincuenta libras de interés y se encuentra con cincuenta libras disponibles para nuevas compras. Nadie creía en esta época que fuera más deshonesto ceder dinero al que sabía hacerlo fructificar, que el revender una mercancía con un beneficio del 100 por 100 ("el huevo vendido al doble", del que habla Raimon de Cornet). Incluso si se encuentra la tasa de interés excesiva, se debe reconocer que está en relación con el beneficio y que, de todas formas, teniendo en cuenta los riesgos que corrían los mercaderes, sobre todo en el mar, sólo habría ganadores en esta operación. Un joven mercader emprendedor, si no tenía muy mala suerte, podía reembolsar fácilmente la suma prestada y los intereses.

Un rico burgués de Narbona adicto desde tiempo, si no al catarismo, al menos al nuevo sistema económico, confía a un marinero o a un mercader listo un fondo en dinero o en mercancías y le encarga que lo convierta, por cambio o por venta, en otras mercancías y hacer lo mismo sobre el producto, mediante sucesivas negociaciones, en cada una de las etapas que el navío va a recorrer y con una parte de interés y a menudo con un provecho común. Excelente ejemplo de una cooperación fructuosa en la que, si el navío no era prendido por los piratas o engullido por una tormenta, enriquecía al mercader mercenario. *Resultaba, como lo nota C. Port, un fondo corriente, desconocido por el mismo mercader, que le llegaba a menudo a la hora de su ruina.*

La Iglesia, cuya doctrina iba contra la noción misma del provecho, aparte del "profit" feudal, y que era hostil a las operaciones financieras de este género, no pudo nunca impedir a los mercaderes que las practicasen, sobre todo dentro del comercio marítimo, pero entorpecía, sin duda alguna, las inversiones legítimas del pequeño comercio y de la gente sencilla. Un artesano de Tolosa había ahorrado trescientas libras. Quiso alquilar una casa modesta. El propietario de la casa, que era creyente, le dijo: "Amigo mío, os dejaría con gusto esta casa, pero sé que tenéis trescientas libras que no os sirven para nada. Las tomaré, si os parece, a título de préstamo, y vos retiraréis un interés que pagará vuestro alquiler. De esta forma, estaréis bien alojado sin desembolsar nada. Pensadlo y dadme respuesta lo más pronto posible." El artesano, que era católico, fue a consultar al cura de su pueblo, quien le expuso que el proyectado contrato contenía clara usura y que debía negarse a firmarlo.

En la época en que la Inquisición confiscaba sus inmuebles, los cátaros no tenían ninguna necesidad de castillos, de casas ni de tierras: sólo querían dinero líquido que les permitiera hacer frente a los gastos de su Iglesia, al sustento de los perfectos, y a distribuir socorro entre los pobres, los enfermos, los prisioneros, los exiliados: resumiendo, dinero directamente utilizable y exportable. Si hacían fructificar sus "depósitos" no era nunca para sí mismos. En un artículo reciente, un historiador del catarismo aún habla de la "usura" y de sus "víctimas". Por ningún lado se ve que la "usura" cátara haya producido víctimas. Los doctores católicos del siglo XIII no reprochan a los perfectos el que arruinen a sus creyentes; les reprocharían más bien el enriquecerlos, el suprimir a los "pobres", tan necesarios para la gloria de Dios. En la *Nouvelle de l'Hérétique* (panfleto católico), el perfecto Sicard de Figueiras, inventado por las necesidades de la causa, declara: *Tengo muchos amigos ricos, colmados de todo. Ninguno de ellos ha parado hasta confiarme todo el dinero que posee. De sus haberes, de estos depósitos (comandas) estoy ampliamente provisto. Y soy de la opinión que todos nuestros creyentes tienen un buen capital.* Con esto se quería hacer creer que el catarismo les había enriquecido a todos.

Los perfectos que volvían de Lombardía disfrazados de comerciantes traían mercancías. He aquí uno que llega a Pexiora con sus fardos. Propone a un tal Jean Pagés que le venda treinta mil agujas por seis

libras de Melgueil (14). Pagés las compra pero no puede pagar esta suma de golpe. Importa poco. Le pide al diácono cátaro que le sirva de aval. Nuevo ejemplo de trato económico, de carácter religioso aquí, donde los nuevos tiempos iban a normalizar y a regularizar el uso.

No es imposible que la burguesía — más bien poco delicada a principios de siglo: los acreedores olvidaban pagar los intereses o guardaban en su poder las pruebas de las deudas pagadas — hubiera aprendido del catarismo que el sistema no podía funcionar sin una honestidad escrupulosa. Se sabe que los perfectos tenían registradas las cantidades dadas en depósito y las que prestaban. Un herético ve un día a un tal Raimon sacar de su bolsa algunas libras y dárselas a un tal Didier. Era dinero que le había sido confiado en depósito por el padre de Didier, y del que nadie se acordaba. Se encuentran en los *Registros de la Inquisición*, numerosos ejemplos de esta probidad, que además se explica muy bien, ya que los prestamistas eran unos “espirituales” temerosos del pecado. Pero la novedad es precisamente esta alianza concluida entre el comercio y la herejía, del que el comercio salía *absuelto*. Añadamos — y es suficiente para librar a los cátaros de toda acusación de usura — que perdonaban los intereses a los que no podían pagarlos, pidiéndoles sólo que fueran fieles a la secta. El único recurso que usaban, en todo caso, contra los deudores de mala fe era el de negarles el *consolamentum*. Y nunca se lo rechazaban a los creyentes realmente desprovistos de todo recurso.

Los burgueses de los años 1260-1280 se encontraban exacta y objetivamente en las mismas condiciones que los cátaros. Cuando los jueces de la Inquisición, el obispo, el rey, no se habían enriquecido con sus despojos, no sabían dónde guardar el poco dinero que les quedaba, y aún menos cómo convertirlo en rentas. Ya no era cuestión para ellos de apoderarse a bajo precio de la tierra del campesino, ni de practicar la *usura trueque* como en los tiempos en que los usureros de Cahors, los Salvahic, prestaban a Simón de Montfort el dinero necesario para la financiación de la cruzada, debiendo él darles el fruto del pillaje: telas, vino, trigo, todo el botín arrebatado en Lavour. Lo que reivindicaban era simplemente la supresión de todas las cortapisas contra la libertad comercial por parte de los señores, y contra el comercio del dinero por la Iglesia romana. No es extraño que ingresaran, en gran número, en el partido cátaro clandestino, y que conspiraran contra la Inquisición y contra el rey, hasta que el mismo rey les hubiera dado, en parte, satisfacción. Es muy significativo que la ordenanza de Felipe el Hermoso de 1311 autorice al acreedor a exigir, además del capital que se le debe, un

interés compensatorio del préstamo. Con ello el rey legalizaba los préstamos de comercio. El interés era de cuatro dineros por mes o cuatro sueldos por año, por una libra. Venía a ser el veinte por ciento anual, que se reducía, es cierto, al quince por ciento en el período de las ferias de Champaña, para permitir precisamente a los comerciantes hacer grandes compras.

Sin duda, mientras subsista el feudalismo, los burgueses se verán tentados a colocar *también* su dinero en los señoríos. Esto durará hasta 1789. Pero, cada vez más, se servirán del dinero como de un poder independiente y no sólo como de un pretexto para jugar a los "burgueses gentileshombres". Lo que tendrá por efecto, naturalmente, el acentuar el antagonismo de hecho que opone en esencia los valores burgueses a los valores feudales.

La libertad de comercio

Condenando la sórdida usura, la Iglesia se mostró caritativa; y prohibiendo y desaconsejando los préstamos de comercio, iba en sentido contrario al del movimiento económico. El catarismo interviene justamente en el momento en que aparecen las primeras manifestaciones del capitalismo: la primera letra de cambio (15 de febrero de 1200, librada en Marsella) las primeras sociedades por acciones (15), los primeros intentos de transformación de los "beneficios" feudales en valores negociables... Las circunstancias quisieron que el mismo hiciese la prueba, por sus propias necesidades, de la nueva economía que se anunciaba.

Por tanto, es inútil preguntarse, como hacen ciertos neomarxistas, si los usureros explotadores eran burgueses católicos y sus "víctimas" cátaros... si los accionistas de los molinos del Bazacle (Tolosa) eran católicos, explotadores, y los consumidores, cátaros explotados. Esto no tiene ningún sentido. Los sórdidos usureros, ya fueran judíos, lombardos o católicos, eran malas personas, pero no se trataba seguro de estos burgueses. La caridad cristiana, la moral cátera, los intereses de la burguesía mercantil y la evolución de la economía general, postulaban ahora un nuevo orden en el que la libertad comercial debía aparecer como el *testimonio de todas las libertades*. Los prestamistas eran cátaros o burgueses afiliados al catarismo, los accionistas del Bazacle debían de haberlo sido, y tal vez lo eran. Pero no por esto eran explotado-

res: por el contrario, era la orden feudal en aquel tiempo la que oprimía. Y, naturalmente, muchos buenos católicos se mostraban, en este sentido, tan cátaros como los cátaros. Los derechos feudales aparecían ya como inicuos o *injustificados*, y sobre todo los diezmos, puesto que decían los cátaros “no es Dios quien los ha instituido, ni quien ha ordenado excomulgar a los que se niegan a pagarlos”. En el siglo XIV, los campesinos se las arreglan siempre para defraudar al perceptor: “Cada uno roba cada año poco o mucho del diezmo: con ello recupera su simiente.” Pero nadie se alza contra el principio del provecho comercial.

En cuanto a la burguesía, se encontraba liberada de su complejo de culpabilidad. Quizá gracias al catarismo.

CAPÍTULO VII

LOS ARTESANOS

Diversidad de las industrias del Languedoc a principios del siglo XIII

A menudo es difícil, en la Edad Media, distinguir a los artesanos de los obreros libres y de los mercaderes. El artesano trabaja con sus manos y, en principio, vende directamente lo que ha fabricado. Tiene tienda en su casa, en la planta baja; pero algunas veces también, aun trabajando en su domicilio, entrega su producto a un mercader; y en este caso no es más que un asalariado.

Las Cruzadas de Oriente y el desarrollo del comercio marítimo habían multiplicado en los puertos y en las ciudades del interior el número de artesanos. El comercio de los vinos alimentaba una floreciente industria de tonelería; y en los puertos, los armadores, organizados en corporación, al igual que los fabricantes de mástiles de navíos, de remos y de velas, se ganaban fácilmente la vida. En la región de Tolosa la molinería utilizaba molinos flotantes, más tarde molinos edificados sobre presas y ocupaba a un personal asalariado, al igual que los molinos de la ciudad, que no pertenecían al señor en su totalidad. Los artesanos del cuero, guanteros, fabricantes de bolsas, cinturones y correas, generalmente trabajaban por su cuenta al igual que los sastres y los sombrereros. Las costureras no siempre eran simples obreras al servicio de su patrón. Algunas esperaban en su casa a sus clientes. Muchas damas cátaras perseguidas tuvieron que seguir el ejemplo de Berthe, la heroína de la novela de *Girart de Roussillon*, que el poeta nos muestra cortando el traje de un soldado con la tela que le ha traído, mientras que su marido, el conde, hace de carbonero y gana siete dineros al día.

Estamos en la época donde se ven desarrollarse las empresas dirigidas por burgueses, pero son las tiendas de los artesanos, zapateros, boticarios, peluqueros, carpinteros y albañiles —estos últimos siendo más bien lo que hoy se llamaría pequeños empresarios— las que, al ser más numerosas, dan a determinadas calles de la ciudad su animación comercial.

La gran industria fue la pañera: la lana del Languedoc se consideraba excelente, y se fabricaban con ella telas en muchos lugares, en Narbona, en Béziers, en Nimes, en Uzés, en Beaucaire. Sólo en la comarca de Carcasona había en el siglo XIII nueve ciudades y cincuenta y dos pueblos dedicados a la fabricación de estas telas. Se vendían en las ferias, en los mercados. Narbona los exportaba. Paralelamente existía un número importante de tintoreros. Estos obreros, de uñas rojas, de los cuales parece que las mujeres no querían oír hablar, utilizaban el vermellón (o kermes) y el pastel (índigo), productos del país, pero también la agalla de Alepo o de Alejandría (negro); el brasil (rosa), el alumbre y el gualda (amarillo) que se importaban de Génova, de Pisa, de Cataluña. Si uno se imagina la multitud de estos talleres de tejidos y tintorería —los tintoreros trabajaban a veces en sus propias casas— puede admitirse que la mayoría de los artesanos del Languedoc estaban ocupados en la industria textil, en la tintorería o en las industrias de lujo que les eran anejas: confección de vestidos para hombres y para mujeres en seda o en paño de púrpura, adornados de tafetán y pieles, camisería fina, encajes y peletería. Cuando el saqueo de Béziers, en 1209, los *asaltantes* pillaron sobre todo, en los “palacios” de los burgueses, estas magníficas vestimentas, que eran el principal lujo de la época.

El oficio de san Pablo

En el momento de la cruzada, el tejer parecía haber sido un trabajo individual, sea porque los artesanos trabajasen para un mercader o porque fueran mercaderes ellos mismos. El artesano compraba la materia prima, la lana del país, y tejía a domicilio, al igual que hacen aún los andorranos, con sus bastidores manuales bastante primitivos, con la ayuda de toda su familia. Nada le impedía ser un nómada si quería serlo, y viajar de país en país. Tal tejedor, perseguido por la Inquisición, vende sus mercancías y llega a Cataluña, donde fabrica otras. Es

probable que el catarismo se introdujera en Andorra, donde los condes de Foix favorecían la instalación de estos artesanos u obreros proscritos. En efecto, siempre hubo una especie de afinidad entre el tejer y la herejía. No sólo en el Languedoc sino también en Champaña y en Alemania en la que “tejedor” terminó por ser sinónimo de cátaro y de herético. Acaso los cátares recordaban que san Pablo se había ganado la vida confeccionando lonas. Acaso se sentían atraídos, simplemente, por la tranquilidad meditativa atribuida a esta ocupación puesto que existen aún místicos modernos que hilan la lana. De hecho muchos tejedores eran creyentes, y algunos perfectos.

Donde estuvieran establecidos, los creyentes ayudaban a los heréticos proporcionándoles la materia prima. Los de Fanjeaux les llevaban lana, cáñamo e incluso lino de Alejandría (algodón), que los mercaderes vendían entonces a alto precio. Guillelma Lombard, antes de dejarse convertir al catolicismo por Santo Domingo, aprovisionó a los tejedores cátares de la comunidad de Fanjeaux. Mientras que en los otros trabajos no es seguro que los dueños hubieran tenido las mismas creencias que sus obreros, todo hace creer que, por el contrario, los propietarios de los talleres de tejidos eran generalmente cátares o simpatizantes del catarismo. Muchos *domus hereticorum* se habían convertido en una especie de talleres comunitarios, donde los creyentes se sentían en su casa, ya sea porque el patrón fuera creyente, o incluso perfecto, ya sea porque cediera su empresa a la comunidad para proporcionarle la renta necesaria para la subsistencia de sus miembros; ya sea, en fin, que los perfectos hubiesen montado ellos mismos, un taller. En 1233, cinco perfectos se agruparon en Hautpoul para ejercer este oficio: un informador declara que les había construido agramaderas para machacar el cáñamo, en un bosque donde se escondían. Pero en la misma época se ve funcionar tranquilamente, en Cordes, un taller de tejido que resulta una verdadera “Casa de heréticos” bajo la dirección cátera y sacando todos sus recursos del trabajo de los hermanos. Se instruía a los artesanos en la práctica de este oficio, pero también en las verdades de su fe. La “Casa” recibía a aprendices, que podían llegar también a perfectos. Por eso la lanzadera del tejedor, que figura en ciertos monumentos funerarios, representa acaso la fe cátera, estando la iniciación a la secta simbolizada, como en la masonería, por una herramienta de trabajo.

Dado que los cátares eran muy escrupulosos en materia de retribución, sobre todo respecto a sus creyentes, puede pensarse que los obreros pobres estaban menos explotados por ellos que por el resto.

Los talleres de mujeres, dirigidas por una perfecta o una creyente

probada, atraían a muchas obreras. Alimentadas y alojadas en el convento, trabajaban libremente, se sentían seguramente más felices que las pobres hilanderas de Champaña que, casi en la misma época, se lamentaban de su miseria. Estamos mal informados sobre la forma en que estaba organizado el trabajo en los conventos femeninos, pero es seguro que la industria textil estaba favorecida. Vemos a un creyente rico, Bertrand de la Mothe, de Montauban, dejar libre un día a sus obreros para que construyan bastidores para tejer en una casa de perfectos.

Para vivir, los perfectos no se dedicaban totalmente a tejer, sino también a la confección de instrumentos para tejer. Bélibaste, que en el curso de su vida errante había practicado muchos oficios —había sido pastor, cestero—, fabricaba al fin peines para tejedor. Es probable que cuando un perfecto se dedicaba a un trabajo de este estilo, encontraba fácilmente en los tejedores amigos de la secta una salida para su producción. Al mismo tiempo tenía ocasión de difundir sus doctrinas entre ellos y de reafirmar su fe. Estos tejedores, estos obreros de las industrias anejas o colaterales han representado en el Languedoc, en el siglo XII, un ambiente cerrado y secreto, en el que la herejía ha podido proliferar libremente; una sociedad en miniatura en la que el ideal del catarismo —cada cual viviendo de su trabajo y cada cual trabajando y rezando— se encontraba realizado con bastante exactitud.

En estos primeros años del siglo XIII, cuando el catarismo era a la vez aristócrata y popular, estos artesanos tuvieron en su desarrollo un papel preponderante, pero seguidamente, más bien son los pañeros quienes, a medida que los burgueses de 1260-1280 se sentían más atraídos hacia el catarismo político, lo reafirmaron por la influencia que tenían en las ciudades y por las relaciones que establecían con los cátaros exiliados.

Papel social y económico de los artesanos

En la segunda mitad del siglo, los artesanos se habían organizado en corporaciones, de forma que les permitiese defender sus derechos, respecto a los conflictos que estallaban entre gremios. Agrupándose ejercían cierta presión sobre los consulados. Con todo estaban débilmente representados en ellos. Tan sólo a partir del 1272, en Narbona, los

cónsules salientes extraen al azar doce nombres de una lista de dieciocho entre los cuales hay doce burgueses y *seis hombres de oficios*. Los elegidos, junto con los cónsules salientes, eligen a los nuevos cónsules. La norma era que hubiera entre los cónsules dos hombres de oficio. En Niza, de sesenta y ocho cónsules, doce son campesinos o artesanos: en Marsella, seis jefes de gremios. Pero en Tolosa, el consulado siempre fue reclutado entre la alta burguesía y, en conjunto, la influencia de los artesanos no estuvo nunca en relación con su número, ni con la importancia de su papel social y económico.

Sin embargo, algunos de ellos ganaban mucho dinero y aparentaban ser pequeños burgueses. No debe tomarse al pie de la letra lo que escribe Raimon de Cornet sobre ellos a finales del siglo XIII: *Son tan avispados para las ganancias que son capaces de falsificar sus obras; venden con destreza y elevan tan alto el precio que obtienen pingües beneficios* (largas sobras). Debe tenerse en cuenta que la mayoría vendían directamente el producto de su trabajo y eran en el fondo mercaderes.

Los aprestadores de paños, agrupados en una poderosa cofradía, fueron en Carcasona, Albi, Cordes y en muchas otras ciudades partidarias del catarismo. Hacia 1280, determinados actos de herejía tenían lugar en los mercados de los pañeros en Carcasona. Sin duda no todos los artesanos eran cátaros. Las corporaciones entraban a menudo en conflicto, y bastaba que los tejedores fueran más bien cátaros para que los curtidores, por ejemplo, fueran más bien católicos. ¿Y cómo determinar exactamente las creencias de toda una categoría de artesanos-mercaderes que, teniendo por clientes a los ricos burgueses y a los nobles —enamorados, como ya hemos dicho, del lujo del vestuario—, reflejaban sin duda alguna las ideas del momento? ¿Cómo saber hasta qué punto eran herejes los artesanos que preparaban en Tolosa las hermosas pieles señoriales: nutria, marta cibelina, armiño, que confeccionaban abrigos? Lo eran, al igual que los guanteros, los sastres y los orfebres cuando la propia burguesía lo era. Se puede suponer que cuando la Inquisición se propuso, hacia 1238, luchar contra la afición por “el hermoso vestuario” todos los artesanos que vivían del lujo burgués y señorial se unieron a los enemigos de la Iglesia romana.

Debido a la falta de documentación precisa, no podemos fijar la proporción religiosa del artesanado. Si bien los tejedores, los aprestadores de telas, los tintureros (?) parecen haber sido en conjunto favorables al catarismo, para el resto de los oficios nos vemos limitados a hipótesis y a casos aislados no susceptibles de generalización. ¿Qué

sabemos de los albañiles, los herreros o los carpinteros? No cabe duda que los perfectos visitaron a todos los artesanos y que hubo creyentes en cada corporación y oficio: esto es cuanto podemos decir.

En 1245, poco tiempo después de la caída de Montségur, los habitantes de Limoux, deseosos de beneficiarse de las medidas de pacificación tomadas por Inocencio III en favor de los herejes que confesasen sus culpas, pero por otra parte, confiando poco en la generosidad de los inquisidores, dirigieron su confesión al papa, haciendo que fuese transmitida por el prior de Prouille y dos notables. La procuración fue firmada por ciento cincuenta y seis hombres, ciento seis del mismo Limoux y cincuenta de los pueblos circundantes... Entre ellos figuran veintiséis artesanos, un transportista de madera (por agua), cinco tejedores, un curtidor, cinco herreros, un fabricante de bolsas de cuero, un curtidor en blanco, un peluquero, dos sastres, un carnicero, dos aprestadores de tela, un cedacero.

Nos guardaremos mucho de interpretar los resultados de este "sondeo". Fijémonos más bien, y una vez más, en lo difícil que resulta establecer un auténtico rango social de estos personajes. El transportador de madera —que conducía la madera flotando hasta Narbona o descendiendo el Aude— a pesar de ser un trabajador manual podría tratarse de un pequeño burgués en el caso de que la madera le perteneciese (Narbona compraba muy caro estos maderos que convertía en mástiles de navío y en remos). El fabricante de bolsas de cuero es un mercader; de la misma forma que lo es un zapatero si no se limita a reparar los zapatos sino a fabricarlos y a venderlos. Lo mismo ocurre con el fabricante de cedazos...

Se puede adelantar la hipótesis de que, hacia 1209, los artesanos —sobre todo los tejedores— seducidos por el catarismo son más bien pobres, mientras que hacia el 1260, son más bien ricos que se diferencian poco de los mercaderes y de los pequeños burgueses. A partir de 1280, por el contrario, se encuentra una predominancia de artesanos rurales, mezclados con campesinos. De todos, son los menos conocidos. Estos artesanos, aislados, y sufriendo más la influencia de la comunidad ciudadana que la de su gremio, reflejaban sin duda el espíritu del campesinado. El herrero que construía aperos agrícolas era un cátaro cuando toda su aldea lo era. Al igual que el carpintero o el fabricante de quesos —campesino apenas especializado que vendía su producción tanto al villano como al señor— eran agricultores al mismo tiempo que artesanos.

CAPÍTULO VIII

LOS CAMPESINOS

La vida en el campo

El campesino del siglo XIII en el Languedoc es un arrendatario a quien el amo ha concedido disfrutar de una tierra de la que conserva la propiedad, a cambio de censos en especies o en dinero, más el pago de los derechos feudales; o bien es un propietario, es decir un hombre libre, que no tiene dueño a quien rendir homenaje y al que puede considerarse, por tanto, como un burgués terrateniente. A finales del siglo no existían prácticamente siervos, hombres *de corps et de caselage* ligados al señor a título hereditario. Salvo cuando la guerra assolaba el país, ni unos ni otros eran demasiado miserables. Las casas de los campesinos construidas en adobe o en madera, según la región, tienen generalmente un solo piso, el *solier*; ahí es donde se refugiarán los perfectos cuando llegue la persecución. Numerosas edificaciones anexas: el establo, las caballerizas, la granja, los corrales, los palomares, enmarcan un patio bastante grande y desde donde es posible pasar al campo sin ser visto. La cocina (*foganha*), casi siempre en los bajos, es el centro de la vida familiar; un pasillo la separa del establo. Con menos frecuencia está situada en el primer piso y comunica con una sala dividida en habitaciones mediante mamparas de madera. Las débiles separaciones y los suelos mal ajustados permitían oír cuanto se decía en las habitaciones vecinas. Ello obligaba a los campesinos a hablar en voz baja cuando tenían razones para desconfiar.

Había naturalmente muchos villanos pobres que no poseían más que una cabaña de madera. Como no podían dejar el señorío sin abandonar todos sus bienes se veían obligados a “escabullirse” llevándose sus

casas desmontadas, vigas, cabrios y puertas en una carreta. Pero desde 1260 a 1280 ya son numerosos los arrendatarios acomodados que disponen de unos muebles cómodos, camas, mesas, armarios, cofres y bancos y que se visten y se alimentan más o menos como los pequeños burgueses de las ciudades. Las legumbres constituyen casi siempre la base de su alimentación, pero los domingos comen carne fresca o salada y pescado de río. Los días de fiesta matan un gallo o un cordero. Muchos de estos campesinos han acumulado un pequeño capital. Algunos son incluso ricos y gozan de un auténtico bienestar más real que el de un señor necesitado.

Superstición y magia

En el período que va de 1200 a 1250 aproximadamente, el catarismo parece que no atrajo a muchos campesinos. Eran poco instruidos y dedicaban poco tiempo a la meditación. Los contemporáneos no ven en ellos sino defectos. Se les considera poco escrupulosos, mentirosos, ladrones y estafadores. Son los que desplazan los límites de la propiedad —los *que delimitan los cotos de forma deshonesta* dice Peire Cardenal. *Declaran con falsedad las tierras censadas* (¿hacen pasar por censos lo que son alodios?). Los católicos e incluso Peire Cardenal, cristiano reformista, están molestos de verles trabajar los domingos y días festivos. Santo Domingo tuvo que hacer un milagro para confundir a los segadores de Montréal que ataban tranquilamente sus gavillas el día de San Juan: las espigas se cubrieron de sangre... Estos campesinos sin duda no amaban a San Juan Bautista, al que los cátaros tenían por un demonio; pero el mismo ardor en el trabajo, el mismo desprecio a los días festivos, quedan constatados en otros países donde no había heréticos. Pasan, en cambio, por más supersticiosos de lo que era habitual en la Edad Media. *¡Creen en los sortilegios!*, exclama Peire Cardenal: *¡crezon faitilhas!*

En efecto, se entregaban a las supersticiones más arcaicas. Observaban los días prohibidos, guardándose bien de trabajar en tal día nefasto, o también si los augurios habían sido desfavorables; volviendo sobre sus pasos si una comadreja había atravesado su camino. No se casaban, no sembraban, no cortaban la madera más que en luna nueva. Cuando alguien moría, conservaban algunos de sus pelos y sus uñas

“para mantener la fortuna en la casa”. En el marco de su vida doméstica, practicaban con fines egoístas operaciones de magia imitativa y contagiosa: las mujeres hacían absorber a sus maridos su sangre menstrual para que les fueran fieles; las madres encantaban a sus yernos para que obedecieran a sus hijas. Todos temían a los brujos, los maleficios, los presagios de desgracia o de muerte: el gato que grita, la lechuga que ulula... Sabemos bien que estas creencias eran compartidas, entonces, por muchos nobles, burgueses e incluso clérigos. Pero los perfectos las rechazaban, al igual que los pensadores avanzados de la época y la mayoría de los trovadores. Por otra parte, cuando eran creyentes, los campesinos tendían a esta misma credulidad, a transformar en ritos mágicos las ceremonias, sin embargo tan puras y tan abstractas, del catarismo. Por esta razón, quizá, los buenos hombres prefirieron siempre la ciudad al campo. Cuando se verán obligados a refugiarse en los bosques, los perfectos se harán médicos, abrirán pequeños talleres, los perfectos extraerán y tallarán el mármol, cumplirán tareas penosas, antes que trabajar en el campo. Sin embargo, dado que los trabajos agrícolas eran más bien ejecutados por las mujeres, se ve a perfectos emplearse excepcionalmente para la siega o para arrancar las malas hierbas. Hacia 1220, en Villepinte, un tal Barnard Authier emplea a muchos perfectos para secar el trigo: les hacen dormir en la era.

La penetración del catarismo en el campo

En conjunto, los cátaros no deseaban poseer tierras, porque eran fácilmente confiscables y porque se veían obligados a cambiar frecuentemente de lugar para ejercer su apostolado y sustraerse a las búsquedas de la Inquisición. Las granjas eran localizables.

Sin embargo, frecuentaban a los campesinos, les adoctrinaban e intentaban modificar su mentalidad. Les recomendaban, por ejemplo, que trataran a los animales con suavidad. Los languedocianos son incluso ahora bastante crueles con los animales. ¿Lo eran menos en el siglo XIII? Las mujeres se mostraban sin duda más sensibles que sus maridos: Guillemette, viendo a un creyente, que hacía la misión de perfecto, pegar con maldad a su asna, no pudo contener su indignación: “¡Se llama *receptor* de almas, y martiriza a los animales!” No es imposible que el ejemplo dado por los perfectos les haya enternecido un poco.

Un herético a quien se lleva a prisión, a través de las calles de Limoux, echa a llorar viendo cómo los matarifes sacrifican a las terneras cerca del matadero de la ciudad. Lloraba por el destino de toda aquella gente que pecaba mortalmente —y se perdía— matando a seres vivos, animales.

Hasta donde se pueda juzgar eran, lo que es esencial, muy caritativos con los hombres; y rodeaban de cuidados a los perfectos perseguidos. Les daban cobijo, los escondían, los alimentaban, los hacían escapar, guiándoles por el bosque, no sin correr ellos mismos mil peligros. Se ve a los más pobres darles legumbres, aceite, vino, pescados fritos con harina, o bien vestidos, materias primas para ejercer su actividad artesana. Los donativos en dinero no son extraños y sorprenden por su importancia. Acaso aplican ellos más estrictamente que los otros creyentes el principio cátaro de que “si hay que hacer bien a todo el mundo, es necesario sobre todo hacerlo a los miembros de la secta”. Principio muy natural en tiempos de la desgracia y al que la mentalidad campesina se acomoda muy bien. Una mujer que fue luego encarcelada en Carcasona con un tal Raimon vende trigo en el mercado de Tarascon. Reconoce en uno de sus compradores a Arnaud, el hijo de Raimon. Rápidamente le mide su trigo, pero tiene buen cuidado de adjuntarle un cuartillo. Otro campesino que se encuentra allí le dice: “¿Por qué no me haces buena medida a mí también?” La buena mujer le responde: “*A totes gens fai lo ben, majoramen a n'aquels de la fe*”. (16) “¿Es que mi fe no es tan buena como la de Arnaud?” “Ya nos comprendemos”, le responde ella. Y Arnaud precisa: “No, tu fe no es tan buena como la nuestra.”

A pesar de que se les haya acusado de grosería, algunos de estos campesinos se muestran de una delicadeza refinada. Uno de ellos, a cuya casa quieren ir a cenar los perfectos, les dice que hay demasiados niños en la casa, y les lleva a casa de uno de sus amigos, donde su presencia quedará en secreto, y en donde no serán importunados por los gritos y los llantos.

Estos pequeños propietarios, estos burgueses agricultores, estos arrendatarios eran, en su mayoría, trabajadores y virtuosos. El catarismo que, dígame lo que se diga, nunca quiso disolver la familia, encontraba en sus hogares un clima de pureza que no reinaba en el mismo grado entre los nobles y los burgueses. Al no tener medios para mantener concubinas, eran generalmente fieles a sus mujeres, las cuales, más finas, a menudo, y más inteligentes que ellos, se ocupaban de la casa y del trabajo agrícola, con la entrega incansable de verdaderas cristianas.

En la segunda mitad del siglo XIII, los campesinos se volvieron

más acomodados, más instruidos. De esta evolución se dieron cuenta sus contemporáneos. *Los villanos*, escribe Peire Cardenal, *que no tenían costumbre de tener sentido, salvo para trabajar la tierra, hoy se han convertido en hábiles, sabios y espabilados; antes de comprometerse por juramento, reclaman un contrato...* Por un legítimo sentimiento de autodefensa, se convierten en desconfiados y picapleitos y, en lo sucesivo, cierto espíritu crítico les guiará en la defensa de sus intereses.

Los diezmos y el anticlericalismo campesino

Cuando el campesino había pagado los recibos que debía de los censos, los derechos feudales, cumplido las jornadas de prestación, pagado el derecho de albergue (17), los derechos sobre el horno, el lagar, el molino señorial, ciertamente no estaba arruinado: le quedaba una determinada cantidad. Pero los diezmos que ya se había habituado a no pagar —o a pagar al señor, lo que, cosa curiosa, le indignaba menos—, constituían para él una sobrecarga que consideraba intolerable. El anticlericalismo era tal que los diezmos ciertamente eran más impopulares que las tallas. Verdad es que los obispos se habían aprovechado de la victoria de la Iglesia para aumentarlos o para crear otros nuevos. Es lo que hizo, por ejemplo, el obispo Fournier de Pamiers, instalando los *carnalages* (diezmos sobre los animales de carne). Estos diezmos provocaban la exasperación de los campesinos. Los de Sabarthés fueron excomulgados, a principios del siglo XIV, por haber rechazado pagarlos. Entre la Asunción y la Natividad de la Virgen, en el momento en que se recogen los diezmos de la Iglesia, los campesinos se provocan mutuamente, unos tomando el asunto por el lado bueno y bromeando, como a menudo hacen los meridionales, otros abandonándose a comentarios que harán que al día siguiente sean citados por el obispo. Un cura de pueblo, poco ortodoxo, dijo un día a uno de sus feligreses: “¡Después de todo, amigo mío, la excomunión no nos desuella vivos!” y había añadido: “No se encuentra en las Escrituras que Dios haya excomulgado nunca a nadie. Son los clérigos los que han inventado estas historias para dominar mejor al pueblo.” El campesino guardó bien este consejo, y algún tiempo después, saliendo de su casa, ve al cura de Quié, Raimon Frézat, lo alcanza, da algunos pasos con él por el camino de Tarascon y le pregunta: “¿Puede decirme, señor párroco, dónde se

ha encontrado en las Escrituras que Dios en persona haya excomulgado a alguien o haya ordenado su excomunión?" El cura, embarazado, no respondió nada.

Otro campesino, excomulgado igualmente por causa de los *carنالages* —que, decididamente, nadie pagaba a gusto—, encuentra un domingo la puerta de la iglesia cerrada. Le dicen que está cerrada porque los excomulgados no pueden entrar. Se va melancólicamente hacia el cementerio anejo a la iglesia, se sienta sobre la piedra donde se bendicen las ramas de laurel, el día de Ramos, y se encuentra con otros excomulgados, tan alicaídos como él: "¡Nosotros hacemos las iglesias —les dice—, compramos todo lo que es necesario para adornarlas! ¡Las iglesias son nuestras, y nos expulsan de ellas!"

No siempre eran los cátaros los que hablaban así, sino también cristianos reformistas o gentes honestas que lamentaban simplemente el pasado... y la libertad. "Vamos a la iglesia", dice un campesino. Raimon de Laburat le responde: "¿Para qué? No nos dejarán entrar... ¡Ah! quisiera que la iglesia fuera demolida, que las misas se celebraran al aire libre, sobre una piedra y que todos nosotros, los cristianos, pudiéramos asistir al Servicio de Dios tal como lo instituyó... No nos impedirían oírlo... Si sólo los clérigos combatieran tan encarnizadamente contra los sarracenos y por vengar la muerte de Cristo, con el mismo empeño que nos exigen los diezmos y a las primicias de los *carنالages*... nos dejarían en paz y no nos reclamarían nada."

El pueblo tomaba partido por los campesinos. Un zapatero, Pierre Guilhem, sube de tono el debate o lo "politiliza": es un patriota. "Nunca, dice, ni nuestros abuelos, ni nuestros padres, en el Sabarthés, pagaron diezmos. Si el buen conde Raimon viviera aún, no toleraría este abuso; nos protegería de los clérigos." Y dado que se le objeta que los clérigos siempre son útiles para algo, dando los sacramentos, por ejemplo, responde: "Si no hubiera ni bautismo, ni penitencia, ni confesión de los pecados, habría mucha más gente salvada. Diez mil almas se pierden en Sabarthés por culpa de los clérigos."

Evolución de la mentalidad de los campesinos

Algunas veces se encuentra, en estos pobres campesinos, tal firmeza de pensamiento, que uno llega a preguntarse si no obedecían a una

consigna cántara, si no repetían las fórmula de los *libelos*. Peire Cardenal se leía mucho en el condado de Foix. Fue el primero en comparar a los inquisidores con grandes lobos (*lobasses*) y difundió mil sátiras que circulaban entre el pueblo contra ellos. Había escrito en uno de sus *sirventés*: “Si tú excomulgas sin razón — se dirigía al obispo— creo que te castigas a ti mismo. No es conveniente que la gente se te enfade, salvo en la medida en que la razón lo permite (*mas tan com rason consen*).” Y en otro lado: “*Tú que estableces contribuciones forzadas (toltas)* y tallas, y que arruinas y atormentas a tu pueblo, ¿no piensas que estás en pecado?” Todo hace creer que gentes instruidas se encargaban de explicar a Peire Cardenal a los ignorantes.

Uno se extraña de la nitidez con la que los campesinos toman conciencia, hacia 1300, del carácter injusto de las cargas que pesaban sobre ellos. El catarismo es la expresión de su revolución. Sin duda el catarismo de las chozas está, además, desnaturalizado. Cuando no se inclina a la búsqueda mágica de la salvación, se transforma en un satanismo desesperado. Los *sabats* tienen sus fieles. Pero también corresponde a un progreso evidente del espíritu crítico; a la primera forma, accesible al pueblo, del libre examen.

El último catarismo será el de los campesinos. La misma resistencia que en principio habían opuesto a los perfectos, por tradicionalismo, lo oponen ahora a la Iglesia romana. Estos pastores místicos, que, llegado el invierno, abandonan los pastos del Razès para ganar las altas mesetas catalanas no son indignos de los últimos perfectos y perfectas que aquí o allí huyen todavía de la Inquisición. Siempre esperan de ellos la salvación de sus almas, y del Espíritu, la liberación definitiva.

La repartición del catarismo en la sociedad languedociana

A falta de datos suficientemente exactos y numerosos, no se pueden establecer muy bien estadísticas precisas sobre el reparto de creyentes por clases sociales, reparto que ha debido variar mucho según los países o las épocas. Charles Molinier ha escrito, no sin razón que “de 1200 a 1250 todas las clases habían contribuido al reclutamiento de la secta”, lo cual es cierto, y convierte en caducas, dicho sea de paso, las interpretaciones materialistas de tipo simplificador, tan a la moda hoy. Los cátaros son burgueses, nobles, artesanos y campesinos. La distribu-

ción por clases sólo corresponde, según los “sondeos” que constituyen las encuestas históricas, a las mismas leyes del azar. En el segundo período, que va de 1250 a 1300, comprende siempre a nobles, burgueses, artesanos y campesinos. En el tercero (1300-1350) el empobrecimiento del catarismo en hombres no permite arriesgarse a un reparto, ni siquiera aproximado. Los fenómenos de supervivencia obedecen a leyes sociológicas particulares, que han de tener en cuenta el aislamiento de las comunidades, el carácter atrasado de su economía, la psicología, a menudo muy conservadora y retrógrada, de sus miembros. En este último período se encuentran aún nobles, burgueses, artesanos y campesinos, pero son individuos aislados, casos en los cuales no hacen mella las generalizaciones sociológicas. Parece, sin embargo, que, en los años 1209-1250 haya habido predominio de nobles; en los años 1250-1300, predominio de los burgueses ricos, banqueros, industriales, hombres de leyes, pequeños hacendados, asimilables a los burgueses; en el último período (1300-1350), una mayoría de obreros de las ciudades y de trabajadores del campo. Pero, repitémoslo, en ninguna de estas épocas faltan nunca representantes de las otras clases.

Además, no es inútil hacer resaltar, y esto complica aún más las cosas, que el catarismo fue “politizado”, de formas muy diferentes según los períodos que se enfoquen: sirvió a los intereses de la nobleza, grande y pequeña, de 1209 a 1250, sin alienar sin embargo, las simpatías de la burguesía, ni las del “pueblo”. De 1250 a 1300, sus ideales coinciden en parte con los de la burguesía, y entonces la nobleza tiene tendencia a separarse de él. De 1300 a 1350, años en que está en plena decadencia, no tiene más significación política ni social, salvo en la medida en que, al desarrollar los progresos del materialismo ingenuo el espíritu crítico de las clases más pobres, y al dar la brujería una forma mágica a la liberación bruta o imaginaria de los instintos, continúa traduciendo en términos religiosos el deseo de los humildes de mejorar algo sus condiciones de vida y de romper la sociedad que les oprime, levantando la orden del Bien contra el orden del Mal.

Todos estos puntos de vista, necesarios para la comprensión del espíritu cátao, están evidentemente sujetos a revisión. Aún habría que distinguir a los hombres de las mujeres en el interior de las clases. En el primer período, las mujeres nobles seguramente son más afectas al catarismo que sus maridos y, sin duda alguna, de una forma más auténticamente religiosa. En el segundo, las burguesas juegan un papel mucho más oscuro. Los hombres conspiran, urden complots políticos, pero no juzgan muy prudente hacer partícipes a sus mujeres del secre-

to. "No es asunto suyo" dicen. En fin, en la última fase del catarismo, las campesinas parecen más adictas a los buenos hombres, más caritativas y más directamente comprometidas quizás en la religión clandestina que los campesinos.

En definitiva, estamos casi de acuerdo con J. Duvernoy quien, después de largas y minuciosas investigaciones llega a la conclusión de que el catarismo es más aristócrata y burgués que "popular" (sin embargo, sólo hay un dieciocho por ciento de perfectos entre los nobles), y más urbano que rural. La cifra de creyentes había alcanzado en la región de Tolosa y en el Lauragais, de un treinta a un cuarenta por cien de la población. La cifra de creyentes entre 1209 y 1244 en ciertas localidades rurales habría sido "anormalmente baja".

Segunda parte

EL CATARISMO PERSEGUIDO

CAPÍTULO PRIMERO

LA INQUISICIÓN

El inicio de la cruzada contra los "albigenses"

En el curso de las operaciones militares dirigidas por Simón de Montfort, muchos cátaros fueron sacrificados, sin que se tomara siquiera la consideración de juzgarlos. Eran sin embargo los legados del papa quienes los escogían, en la medida en que no se dejaba totalmente a Dios la tarea de "escoger a los suyos": entregaban al poder temporal, o sea a Simón de Montfort y a sus lugartenientes, a los herejes que se negaban a abjurar. En 1210, después de la toma de Minerva, el legado Arnaud Amaury declaró a Simón de Montfort: "Aunque deseo la muerte de los enemigos de Cristo, no me atrevo, siendo monje y sacerdote, a condenarlos a muerte." Esperaba que los caballeros se encargarían de ello: pero Simón no quiso nunca actuar sin su opinión. Los cruzados se indignaban al ver que se dejaba escoger a los buenos hombres entre la abjuración o la hoguera. "¡Su conversión no será sincera —decían—, en el momento en que se les deje en libertad, volverán a la herejía!" "Tranquilizaos, —contestaba el legado—, muy pocos serán los que se conviertan!" En efecto, aquellos perfectos, en número de ciento cuarenta, ni tan sólo se dignaron escuchar la prédica que se les dedicó, dirigiéndose por voluntad propia hacia la hoguera: *Nuestros hombres ni siquiera tuvieron que empujarles*, escribe Pierre des Vaux-de-Cernay, *se arrojaron voluntariamente a las llamas*. Las perfectas, agrupadas en el convento, acataron también, sin una sola queja, la exhortación romana, negándose a abjurar y haciendo prueba del mismo valor que los hombres, excepto tres de ellas quienes, según parece, obtuvieron el perdón.

Simón de Montfort, como la mayoría de los hombres de su época, cambiaba a menudo de humor. Fue a Minerva, a presentarse en persona para pedir su conversión a los perfectos; en Termes se comportó con una galantería trovadoresca: no quitó a las damas, que habían huido en la noche oscura, y que sus soldados apresaron en pleno campo, ni una *pougeoise* (moneda de la región del Puy), ni un dinero (*Canción de la Cruzada*). Aunque normalmente daba libre curso a su temperamento violento y cruel. En los Cassés, en 1211, hizo quemar vivos a los sesenta perfectos que encontró en el castillo y que no quisieron abjurar. Este suplicio sorprendió en gran manera las mentalidades aunque no fue ni más ni menos detestable que otros crímenes del fanatismo: en el siglo XVI, Montaigne lo cita aún con verdadera indignación. En Lavaur, Dama Guiraude, tan bien educada, como reza la *Canción de la Cruzada*, que *jamás nadie partió de su casa sin que ella no se cuidara de haberlo alimentado hasta la saciedad*, fue arrojada a un pozo donde la aplastaron bajo las piedras. *Fue una desgracia, — clamó el poeta —, ¡una desgracia y un crimen! Otras damas fueron salvadas — nos dice Pierre Belperron —, por un francés amable y cortés.* Hecho meritorio, pues la desnudez de las mujeres en la hoguera excitaba en alto grado la lascivia y los instintos sádicos de la soldadesca: algunas de aquellas herejes eran jóvenes y bellas: *E mota bela eretja ins lo foc jitada (18)...*, como dice melancólicamente el poeta.

Todos los perfectos de Lavaur —cuatrocientos, según la *Canción de la Cruzada*— fueron quemados. Se precipitaron en las llamas exhortándose mutuamente. Podemos preguntarnos junto con Pierre Belperron de quien tomamos estas reflexiones— *cómo los cruzados reconocían a los herejes. Una capitulación podía hacer prever que los perfectos serían entregados. Pero Lavaur fue tomada por asalto. Cabe suponer que toda la población se encontraba detenida y que, bajo la amenaza de represalias, se la inducía a descubrir a los herejes, o bien que los obispos presentes procedían junto con el clero local a un sumario escrutinio.* Los delatores y los traidores no debían sin duda faltar. Pero lo más sencillo, puesto que todos los creyentes eran sospechosos y casi toda la población era creyente, era considerar como cátaros a todos aquellos que quisieran serlo, es decir a todos aquellos que no abjuraban. En tales circunstancias, por otra parte, un error judicial no debía preocupar demasiado la conciencia de cruzados y legados. Estas ejecuciones sumarias iban unidas al horror de la guerra, pero es de justicia atribuir las responsabilidades a los legados y a los obispos más que a los caballeros y a los soldados. Era la Inquisición de los legados quien

señalaba al furor de los cruzados a los desdichados herejes, que se habían quizá salvado en los asaltos y en los combates.

La acción de Santo Domingo

Santo Domingo, en el tiempo en que predicaba contra los cátaros en la región de Fanjeaux, actuaba también en calidad de delegado o representante de los legados. En calidad de tal, entre 1205 y 1215, reconcilió a varios herejes del Mas-Saintes-Puelles, de Fanjeaux, de Villeneuve-la-Comptal, de Bram, de Saissac, que de él recibieron penitencias canónicas y absoluciones. A partir de aquella época los penitentes, antes de recibir las cartas de reconciliación o los certificados de buena catolicidad, se veían obligados a efectuar largas peregrinaciones, a soportar la flagelación delante de la iglesia, durante la misa, y a exhibir durante varios años dos cruces cosidas sobre sus vestimentas, una en el pecho y la otra en la espalda. Un cátaro convertido debía de abstenerse durante toda su vida de comer carne, huevos o productos derivados de la leche, a excepción del día de Navidad, de Pascua o de Pentecostés, en los que se le recomendaba comer tales alimentos *como prueba de que había renunciado a sus errores pasados y para que la penitencia no se confundiera con la abstinencia que había mantenido en la época en que estaba todavía en herejía. ¿Acaso no era necesario mantener tenazmente una diferencia entre el ascetismo romano y el ascetismo cátaro? De la misma manera, le ordenaban guardar una castidad absoluta: reconozcamos que un cátaro sincero hubiera podido acatar fácilmente tales obligaciones, si éstas no hubiesen ido acompañadas de muchas otras más inhumanas y menos compatibles con la verdadera espiritualidad...*

No se trata de achacar a santo Domingo todos los excesos que la Inquisición pudo cometer en los siglos XIII y XIV: murió en 1221, y hasta 1232 no se confió a los dominicos su organización. Es un hecho incuestionable que durante todo el período en que el Languedoc permaneció prácticamente sometido a los señores cátaros o protectores de la herejía, la tarea de los dominicos era únicamente de predicación y no comportó otra cosa que riesgos y peligros. Sin embargo, más tarde, cuando la cruzada triunfó y Simón de Montfort fue el amo de Fanjeaux, no cabría negar tampoco que, rechazando a un hereje, santo Domingo

lo abocaba a la atención del poder temporal comprometiendo así su vida y sus bienes.

La Inquisición episcopal

A partir del tratado de Meaux (19) de 12 de abril 1229, por el cual el conde de Tolosa se comprometía a tomar por su cuenta a los herejes declarados, a hacerlos buscar por sus bailes e incluso a dar una recompensa (dos marcos de plata durante dos años, luego, un marco) a aquellos que los denunciaran, las búsquedas inquisitorias representarían una grave amenaza en la vida cotidiana de los habitantes del Languedoc, sobre todo en los condados de Tolosa y de Foix y en los antiguos vizcondados de Trencavel (sometidos al poder real). La Inquisición fue al principio confiada a los obispos. Dos concilios, el de Narbona en 1227 y el de Tolosa en 1229, habían ordenado a los arzobispos, obispos y clérigos proceder al establecimiento de comisiones inquisitoriales, compuestas de un sacerdote y varios laicos. Dichas comisiones poseían amplios poderes y naturalmente el derecho de registros: podían visitar a cualquier hora del día o de la noche las casas, las granjas, los sótanos, y pedir a los señores que explorasen los bosques y lugares salvajes, donde se escondían los proscritos. Fue así como Raimundo VII tuvo que acompañar al obispo de Tolosa, Raymond de Fauga, en una cacería nocturna de herejes, en el bosque de Antioche, cerca de Castelnaudary. Fueron diecisiete los que se encontraron, hombres y mujeres entre los cuales figuraba Pacan, antiguo señor de Labécède, convertido en *faidit*. El conde, que quería demostrar que respetaba los acuerdos tomados en el tratado de Meaux, los hizo quemar vivos en Tolosa. Por regla general, los herejes detenidos por la comisión eran entregados al obispo, que los remitía al brazo secular —el señor del lugar—, el cual ejecutaba la sentencia.

La Inquisición episcopal parece haber sido relativamente moderada, o negligente, en el momento de la represión. Todavía no disponía del aparato policial perfeccionado que los dominicos pusieron en marcha más tarde. A menudo los obispos, de origen occitano, se sentían más inclinados a proteger a sus compatriotas que a perseguirlos. El primer obispo de Pamiers, Bernard Saisset, que se decía emparentado con el

conde de Tolosa, favorecía secretamente a los herejes. Bertrand de Taix, viejo enemigo de la Iglesia y de la dominación francesa, contaba un día a Guillaume-Bernard de Luzeonac una de las entrevistas que sostuvo con este obispo: “Me preguntó a quien odiaba más si a los franceses o a los clérigos.” Le contesté: “A los clérigos, porque son ellos quienes llamaron a los franceses a nuestro país. Sin ellos nunca hubieran llegado aquí.” El obispo, por su parte, detestaba más a los franceses que a los clérigos, y conspiraba contra el poder real. Al final fue depuesto y encarcelado.

Obispos y dominicos

En 1232, Gregorio IX confió a los “Hermanos predicadores” —o dominicos— todo el oficio de la Inquisición. Los dominicos tenían fama de ser los únicos capacitados para dar la máxima eficacia a la acción inquisitorial. Sin embargo, a causa de su drasticidad, el papa les adjuntó, en 1237, algunos frailes franciscanos *con el fin de que* —como dice la *Historia de Languedoc*— *el rigor de unos fuese templado por la mansedumbre de otros*. Los obispos, tan orgullosos de su autoridad, se sentían ofendidos en sus derechos. Por otra parte, tenían también razones para temer a aquellos inquisidores implacables que les reprochaban el ser demasiado accesibles, a causa de sus lazos con la aristocracia occitana, a los intereses de familia o de casta. Sin embargo, se establecieron normas que consideraban su susceptibilidad: los inquisidores no ejercían en principio su deber sin el consentimiento de los obispos. De hecho, como dice J. Duvernoy, *los inquisidores sólo se juntaban con los obispos o sus representantes en el momento de pronunciar la sentencia o el sermón general*. Esto no ocurría así cuando el obispo —Jacques Fournier, por ejemplo, en Pamiers— era activo e incorruptible por completo. Este obispo jugó en la represión de la herejía en su diócesis un papel mucho más importante que su adjunto, el dominico Gaillard de Pomiès, que representaba a la Inquisición de Carcasona. En alguna ocasión, el obispo era dominico, como Raymond de Fauga, antiguo prior provincial de los dominicos de Tolosa.

Muy pronto liberados de cualquier jurisdicción episcopal, los inquisidores disfrutaron de una absoluta independencia: mientras estaban en funciones no podían ser excomulgados o suspendidos sin un manda-

to especial del papa. En caso de conflicto con el obispo, eran ellos quienes decidían siempre en última instancia. Por otra parte, el derecho de dar la absolución a los herejes que abjuraban les pertenecía por completo.

Pusieron rápidamente en marcha una máquina policial en nada parecida a lo conocido hasta entonces. Tenían derecho de inspección en todo, en los palacetes burgueses como en los castillos, y hasta en las iglesias donde algunos herejes habrían podido gozar de algún antiguo derecho de asilo. Eran resarcidos de sus gastos por el tesoro señorial o real, por los bienes embargados a los herejes y por el producto de las multas. En 1323, en Carcasona, con ocasión de un pleito de herejía que condujo a los culpables al suplicio de la hoguera, los obispos de Castres y de Mirepoix, los abades de Villelongue, Montolieu, Saint-Polycarpe, convocados por el inquisidor, y el inquisidor en persona, fueron pagados con cincuenta libras y cinco sueldos; y los jueces y el consejero de oficio en el sermón, con nueve libras y diez sueldos (“para la comida y la bebida”), sumas todas ellas entregadas por el tesorero real. Los inquisidores retribuían a los trabajadores, los sargentos que empleaban a su servicio: los sargentos, delegados entre el pueblo y la ciudad, “para ir, asistir y volver”, cobraron un sueldo de doce dineros cada uno: eran dieciséis. Los sepultureros encargados de exhumar tres cadáveres condenados a título póstumo, y enterrados en el claustro de los franciscanos, recibieron quince sueldos y cinco dineros, y los picapedreros que abrieron sepultura en obra dura: dos sueldos y tres dineros.

Añadiremos también que los obispos y los párrocos estaban obligados a asistirlos en cualquier circunstancia e incluso, alguna vez, en ayudarlos financieramente. Los magistrados, los bailes, los prevostes y, en general, todos los funcionarios civiles, debían prestarles ayuda si la requerían. En fin, los inquisidores disponían a menudo de una guardia personal y de numerosos agentes especiales encargados de protegerles y descubrir a los herejes.

El inquisidor y su poder

El inquisidor, ya residiera en la ciudad o estuviera allí de visita, se alojaba en una sala del palacio episcopal, como el obispo Fournier, en Pamiers, o en la casa de los hermanos predicadores, o en la vivienda

especial concedida por el rey o por un señor: por ejemplo, en Carcasona, en el palacio de Mirepoix, que comunicaba con una de las torres de la muralla. En principio, el inquisidor llevaba a cabo personalmente la investigación y los interrogatorios, y dictaba solo la sentencia; pero era asistido por uno o varios dominicos que eran sus consejeros y testigos de la regularidad de las diligencias judiciales. En Pamiers, el dominico Gaillard de Pomiès era a la vez representante de la Inquisición de Carcasona y “lugarteniente” del señor obispo.

Los inquisidores se desplazaban a menudo junto con su tribunal. Vemos así a fray Pierre Sellan y fray Guillaume Arnaud, de Tolosa, trasladarse a Cahors, a Moissac; fray Arnaud Catalan y fray Guillaume Pelhisson a Albi, etc.

La llegada de la Inquisición a una ciudad era un acontecimiento que interrumpía sin duda alguna la monotonía de la vida cotidiana, recordando a todos sus habitantes cuán duros eran los tiempos y cuán precaria resultaba ser su seguridad. Todos temblaban —católicos y herejes, la buena gente y los cobardes— ya que estaba en juego su libertad, sus bienes y su vida, a través de una denuncia bien documentada. En cuanto se instalaba en la ciudad, el inquisidor pedía a los sacerdotes que reunieran a los católicos —¡lo eran todos!— para hacerles un sermón. Entonces concedía a los herejes una “semana de gracia”, o más, para descubrirse. Muchos de ellos, aterrorizados por la amenaza de la hoguera, confesaban espontáneamente. Se les aplicaba castigos relativamente leves, o bien eran absueltos en el mismo momento, si el inquisidor había anteriormente prometido absolverlos sin más. Pero debían comprometerse a denunciar a otros cátaros, creyentes y perfectos. Lo que deseaban con más ahínco los inquisidores, era dar con el primer eslabón de la cadena. Dos testimonios de este tipo eran suficientes, en principio, para la inculpación de un sospechoso. En realidad, la denuncia de uno sólo ponía en entredicho su libertad y su existencia. El interrogatorio de los testigos era llevado a cabo en su única presencia y podía tratarse de personas indeseables. Los nombres de los delatores se guardaban en secreto (con el fin de evitar represalias por parte de sus víctimas).

Un sistema policiaco

Además, la Inquisición disponía de una verdadera policía secreta a su cargo, los *exploradores*, especialistas en espiar, sorprender conversaciones, buscar fugitivos en los bosques y las cuevas, con ayuda de perros adiestrados para este tipo de caza. En una *Nouvelle* —obra de un propagandista católico y, por esta razón, algo sospechosa—, un hereje, Sicard de Figueiras, convertido por el dominico Izarn, aparece como deseoso de entrar al servicio de la Inquisición, ya sea por fervor de neófito o por propio interés: *Los haré colgar a todos* —decía (refiriéndose a sus antiguos correligionarios)—, *por mis escuderos, que conocerán al dedillo los caminos y los atajos, los despeñaderos y las cuevas, los pasajes y los senderos al igual que los escondrijos donde ocultan su dinero*. Los delatores ocasionales, que recibían una recompensa importante, fueron numerosos: pronto se transformaban en profesionales. La más temible especie era la de los cátaros expoliados, o la de los herederos despojados de su herencia por herejía, que entraban al servicio de la Inquisición con la esperanza y también la seguridad que se les daba, de recuperar sus bienes y ser al fin definitivamente absueltos.

La captura del último perfecto, Bélibaste, por el traidor Arnaud Sicre nos sirve de ejemplo válido de una de estas operaciones de gran envergadura organizada por la Inquisición de Pamiers a principios del siglo XIV. Arnaud Sicre pertenecía a una familia cátara que había sido perseguida y expoliada. Deseando ardientemente recuperar su fortuna, había asegurado al obispo Jacques Fournier que encontraría a Bélibaste, que se hallaba refugiado en San Mateo (diócesis de Tortosa), se ganaría su confianza y lo llevaría bajo cualquier pretexto, a la diócesis de Pamiers o a alguna de las ciudades de Cataluña perteneciente al conde de Foix, vizconde de Castelbon y señor de Tirvia (en la provincia de Lérida), y en consecuencia sometida a la jurisdicción inquisitorial. El obispo entregó a Arnaud Sicre todo el dinero que éste quiso, dándole el permiso para comportarse en todo lugar como un hereje, sin, no obstante, comulgar con sus errores ya fueran de cuerpo o de espíritu.

La historia del arresto de Bélibaste

El relato de Arnaud Sicre es una verdadera novela policíaca en la que no faltan ni los episodios picarescos ni las peripecias dramáticas. El traidor organizó el asunto con habilidad diabólica, haciendo prodigios de hipocresía y de bajeza. Pierre Mauri y Bélibaste, al igual que sus compañeros, no se fiaban del todo de él porque fingía ignorarlo todo acerca del catarismo; una tarde decidieron administrarle el suero de la verdad: le incitaron a beber. Mas no cayó en la trampa.

Había observado —decía— que Pierre Mauri mezclaba a escondidas dos clases de vino para embriagarme. Aparenté pues estar ebrio, y, al final de la cena, me desplomé junto a la mesa. Pierre Mauri me condujo hasta mi lecho; entonces hice como si quisiera orinar sobre la almohada. Me sacó de la cama y me arrastró hasta la calle. Allí estábamos solos y me susurró: “Arnaud, ¿quieres que conduzcamos al hereje hasta Sabarthés? Ganaríamos cincuenta o cien libras tornesas, con las cuales podríamos vivir honorablemente; ese malvado no dice más que barbaridades.” Le contesté: “¡Oh, Pierre, queréis traicionar a monseñor! No os hubiera nunca creído capaz de una cosa igual: ¿queréis pues venderle? ¡No os dejaré!” Acto seguido volví refunfuñando hacia mi cama, fingiendo estar ebrio perdido. Entonces Pierre Mauri me quitó los zapatos, me desnudó, y me cubrió con la manta; seguía fingiendo que dormía. Creyéndome dormido, Pierre Mauri y Bélibaste hablaron con libertad: Pierre Mauri contó lo que le había dicho, de qué forma le había contestado, aun estando ebrio; y añadió: “Podemos tener confianza en él, no nos traicionará.”

A la mañana siguiente, Pierre Mauri me preguntó: “¿Cómo habéis pasado la noche? “Bien —le contesté—, pues bebimos buen vino.” ¿De qué estuvimos hablando?” Le contesté que no lo recordaba. “¿Y quién os acostó, os desnudó y quitó los zapatos? “Yo, pardiez”, le contesté. Y el hereje dijo: “¡Oh! mi buen amigo, no estabais en condiciones para hacerlo.”

Ante tal perfidia —que cuenta al obispo con tanta naturalidad— lamentamos que el Dios de los cátaros no tuviera suficiente poder como para fulminar a Sicre al instante. El pobre Bélibaste, que no inspiraba de costumbre ni admiración ni simpatía, sale finalmente engrandecido de las penurias que le esperaban. No era ciertamente el hijo de Dios, como le gustaba llamarse, pero Arnaud Sicre era incontestablemente Judas...

Andábamos caminando cuando dos urracas se lanzaron una contra otra en duelo, se posaron en un árbol y luego cruzaron el camino. Bélibaste se había sentado, cansado y descorazonado a causa de este mal augurio. Le dije que se levantara y caminara. Me contestó que estaba fatigado. “¡Arnaud, Arnaud, Dios quiera que me conduzcas a buen lugar!” Le dije: “Os conduzco a buen lugar”, y añadí: “Si quisiera denunciaros, podría hacerlo aquí como en cualquier otra parte.” Me contestó: “Si mi Padre me reclama, si quiere de mí, que su voluntad se cumpla”. Se levantó y llegamos a Agramunt. Después, de allí, nos dirigimos a Tragó, de Tragó a Castelbon y de Castelbon hasta Tirvia. Durante el camino, Bélibaste me hablaba sin cesar de sus quimeras heréticas. Llegados a Tirvia le hice detener.

El obispo y los inquisidores de Carcasona dieron la absolución a Arnaud Sicre, restableciéndole en todos sus derechos. Recibió cartas de religiosidad de los mismos señores obispos e inquisidores, sellados por ellos mismos. *Por estas razones, nosotros, obispo e inquisidor susodichos, poniendo por testigos a los presentes, absolvemos enteramente y dispensamos al tal Arnaud de todo lo que ha podido con el tal hereje (Bélibaste) u otros fugitivos por herejía, hacer, decir o realizar por dicha causa, sin creerlo y sin adhesión, y decimos que el tal Arnaud, por la captura de dicho hereje conseguida con su búsqueda, ha merecido, de nosotros y de nuestros sucesores, la gracia y los favores especiales, en testimonio y en apoyo de los cuales le hemos concedido las cartas presentes en donde figuran nuestros sellos. En Carcasona, el 14º día de enero, en el año del Señor 1321.*

El interrogatorio de los sospechosos

El inquisidor manda comparecer ante él, con benevolencia, pues no debe demostrar odio, a aquel o aquella sospechoso de herejía. A veces, le interroga sin antes hacerle prestar juramento. Quiere de esta forma hacerle decir la verdad evitándole jurar en falso. El sospechoso, que no sabe lo que se espera exactamente de él, puede revelar cosas inesperadas. Este juego de azar entra en los planes del inquisidor. Y fue así como Jacques Fournier, investigando sobre la bruja Gaillarde Cuq, fue conducido a examinar el caso de Béatrice de la Gleize, hija de Philippe de Planissoles, quien reveló que el cura de Montailou y su hermano Bernard, antiguo baile del conde de Foix, eran desde hacía

tiempo herejes. El inquisidor envía a su casa al sospechoso, le deja reflexionar algunos días, y le cita de nuevo para declarar, esta vez bajo juramento. Si el citado no se presenta, se difunde inmediatamente una orden de arresto a todos los oficiales de justicia. Béatrice de Planissolles, noble dama del condado de Foix, es interrogada, sin prestar juramento, el 26 de julio de 1320, por el obispo Fournier y citada el 29 de julio para declarar bajo juramento: mientras tanto, estuvo en libertad provisional. Pero no se presentó el día del requerimiento. Fue detenida el 1 de agosto, en el Mas-Saintes-Puelles, por los sargentos de la Inquisición. En cuestión de cinco días, la desdichada había pasado de la posición de sospechosa a la de hereje, agravando así su caso.

Las personas más o menos sospechosas que fueron llamadas a testificar sufrieron el mismo procedimiento. Por el solo hecho de haber estado en contacto con herejes se era considerado, *a priori*, como *fautor de herejía*. Si no acudía, sin una excusa válida, se era considerado presunto culpable.

Puede sorprender que la Inquisición, de todas maneras tan terrible, no utilizara más a menudo la detención preventiva y hubiera dejado al culpable, entre dos citas, el tiempo material para preparar su huida. Huida tanto más fácil cuanto que a menudo la citación se fijaba para una fecha bastante alejada. Excepcionalmente ocurría que personas sospechosas de herejía tuvieran un plazo de un mes para contestar al llamamiento a comparecer. Pero si no comparecían, eran *ipso facto* condenadas como herejes, *aunque no se tuviera prueba alguna contra ellas*. Se trataba de ordinario de ricos o nobles burgueses a los cuales se les hubiese confiscado sus bienes de no haber comparecido. Por lo general, los plazos eran mucho más cortos y el inquisidor tomaba sus precauciones: Prohibía al sospechoso, durante los ocho días de reflexión que le concedía, salir de los límites de la ciudad, o bien lo retenía en su palacio, donde le dejaba la libertad de ir y venir, como en una cárcel. Si tenía suficientes razones para creer que éste tramaba una huida, no dudaba en encarcelarlo,

El sospechoso sufría un largo interrogatorio, en ocasiones varios, bajo juramento. El obispo Fournier interrogaba siempre personalmente. Otros inquisidores mandaban anotar las primeras declaraciones a sus adjuntos, aguardando hasta el fin del interrogatorio y emitir el juicio. Geoffroy d'Ablis, que tenía fama de intratable y que lo era sin duda, era sin embargo fácil de engañar o propenso a enternecerse, cuando estaba de buen humor. No conocía demasiado bien la lengua de oc, y dejaba a sus lugartenientes la tarea de incidir en los detalles

fastidiosos de la instrucción limitándose a absolver o a condenar según un formalismo estricto y harto rígido que redimía a los culpables —o a los listos— provistos de falsos testimonios favorables, y agobiaba a las pobres gentes calumniadas por falsos testimonios imputados. A principios del siglo XIV, los cátaros del entorno de Béliaste, que tenían que temerle todo del fervor y la perspicacia de Jacques Fournier, recordaban alegremente su paso por la Inquisición de Carcasona y el modo con que una de sus amigas había engañado a Geoffroy d'Ablis. Al final de una cena que había reunido al perfecto Béliaste, Arnaud Sicre (el traidor que lo delatará), Pierre Mauri, cátaro empedernido y su mujer Raymonde, Béliaste hizo contar a Condors, hermana de Raymonde, para alegrar la reunión, cómo se había producido su interrogatorio. *“Cuando me encontré en presencia de Geoffroy d'Ablis —dijo ella—, le confesé inmediatamente algunos detalles referentes a la herejía, con mi más cándida expresión, haciéndome la boba. El inquisidor escuchó mi confesión con benevolencia dándome palmaditas en el hombro para que contribuyera. Entonces le cogí las rodillas suplicándole que tuviera piedad de mí. Me pidió que me calmara, que no tuviera miedo, que ningún mal me haría. Sostuvo su palabra y poco después me liberaba. No le había revelado ni la mitad de los hechos en los que había participado, ni de lo que sabía acerca de los demás creyentes. Si se lo hubiera dicho todo, ¡cuánta gente habría conocido el sufrimiento!”* Esta historia, —añade el Registro de la Inquisición—, hizo reír a todos los congregados. Todos ellos serían más tarde detenidos por el obispo Fournier.

El encarcelamiento en el “Muro”

Un inquisidor perspicaz y conocedor de su oficio adivinaba pronto si el acusado había mentido, si no había dicho todo lo que sabía, o bien si había deformado a sabiendas la realidad de los hechos. En este caso lo hacía encarcelar en el *Muro* (cárcel de la Inquisición) para asustarlo y más tarde interrogarlo de nuevo. Mientras tanto, había escuchado, aparte, a los testigos y los delatores, sin confrontarlos jamás con el acusado, pues, como reza la *Enciclopedia*: *No se debe confrontar el acusado con el delator, y no habrá delator que no sea escuchado. El acusado está obligado a ser su propio delator y confesar delitos que se le atribuyen y que a menudo ignora.*

Las gentes que se encontraban “amuralladas” entre dos interrogatorios, no eran tratados, en principio, como aquellos a quienes un juicio definitivo condenaba a perpetuidad. Pero como eran encarcelados precisamente para forzarlos a confesar toda la verdad, nos inclinamos a creer que se les torturaba para llegar a ese fin. Y no se excluye el hecho de que algunos de los interrogatorios en el *Muro*, que no contaban con la presencia del inquisidor, fueran precedidos por la tortura. Por supuesto, ni el obispo ni el inquisidor se olvidaban jamás de preguntar a los prisioneros si habían sido víctimas de malos tratos, si sus confesiones habían sido provocadas por el temor a los suplicios. Pero esto no demuestra nada: si los inquisidores torturaban a sus víctimas, no lo decían, y se sabe que en otros países de Europa donde con toda seguridad se empleaba la tortura, el acusado debía de ratificar de nuevo sus declaraciones “libremente”, o sea bajo la amenaza de ser torturado de nuevo, si daba la impresión de retractarse. Parece, no obstante, que la tortura fuera empleada raramente en Occitania: no se habla nunca de ella en los *Registros de la Inquisición* que se han conservado.

Algunos guardianes de las cárceles podían — sin que lo supiera el inquisidor— dar libre curso a los instintos sádicos que a menudo se desarrollan en los que disponen del poder de aterrorizar a los demás. Pero los inquisidores cuidaban de que estos abusos no se produjeran, sobre todo cuando se trataba de simples sospechosos, internados a título temporal y probatorio. En los *Allemans* —el Muro de la Inquisición en Pamiers— así como en la *Muro* de Carcasona, los hombres y mujeres vivían separados. Los hombres entre ellos y las mujeres entre ellas podían conversar con relativa libertad. Los sospechosos, sometidos simplemente a vigilancia, gozaban de vez en cuando de libertad de movimiento en el interior de la *Muro*, y hombres y mujeres se mezclaban. Juntos urdían planes de fuga, verdaderas conspiraciones. Los guardianes eran los encargados de entregar los alimentos y las ropas que los familiares y amigos de los prisioneros les hacían llegar.

Diálogo de sordos

Los interrogatorios eran llevados según un modelo establecido de antemano y casi invariable, bastante objetivo, en suma, pero demasiado rígido, refiriéndose únicamente a los “hechos” y pasando por alto las

intenciones. Se pregunta al inculpado si ha visto herejes, si les ha hablado, si los ha recibido en su casa, si ha ido a la suya, si ha asistido a sus predicaciones, si los ha “adorado”, si ha comido pan bendecido por ellos, si ha pactado con su Iglesia el pacto de *convenensa*, si ha tomado parte en un *consolamentum*. Al estar obligado a revelar el nombre de todas las personas que ha frecuentado o simplemente visto alguna vez en una ceremonia cátara, la declaración de un solo creyente supone el arresto de muchos otros y, a menudo, incluso de los perfectos.

Los inquisidores no tienen mucho interés en profundizar sobre el significado de las doctrinas a las que se refieren. Se les nota poseídos de su propia infalibilidad dogmática y rebosantes de menosprecio hacia todas las quimeras heterodoxas. En general no poseen ninguna curiosidad filosófica... Algunos, sin embargo, preguntan sobre algo fuera de programa —imprevisible en el formulario— que dan muestra de cierto anhelo metafísico, o bien del deseo de comprender mejor la herejía. Así, Jacques Fournier le pregunta un día a Béatrice de la Gleize si no ha oído contar que el Diablo fue llamado Ylé (*hylé*, materia, en griego). La dama responde que de ningún modo: no comprende el griego, y los buenos hombres que frecuenta tampoco. El hecho no carecía de importancia dado que, según se interprete a Satán como un ser material o un ser espiritual, el diteísmo cátaro cambia radicalmente de significado. En otra ocasión, el obispo descubre en Pierre Mauri una contradicción indiscutible: este pastor poco instruido acaba de declarar que toda obra diabólica es “transitoria”, que los demonios y los espíritus del mal dejarán de existir al final de los tiempos y se confundirán con la nada... Pero acto seguido declara que los demonios permanecerán encerrados en el infierno, su reino, eternamente. ¿Cómo es esto posible? Pierre Mauri contesta ingenuamente que no se lo había preguntado anteriormente. Y Jacques Fournier no insiste. Quizás aquella noche, en su lecho, pensaría en la manera en que los cátaros resuelven la contradicción, llegando a la conclusión de que el principio equivocado puede ser eterno en tanto que factor de corrupción, y sin embargo transitorio en sus manifestaciones indefinidas, las cuales no dejan de ser temporales, distintas, multiformes y siempre renacientes, como la materia caótica sobre la cual se apoyan. Dejando vagabundear la mente, podemos imaginar que un inquisidor hubiera podido vacilar frente a los argumentos profundos de un buen hombre. ¡Qué apasionante tema para una novela histórica! Pero los herejes de finales del siglo XIII fueron pésimos filósofos, y una gran distancia separaba sus conceptos de los de los católicos. Jacques Fournier se encuentra más a sus anchas con los valdenses y los

judíos, con quienes no desdeña nunca la discusión.

Los herejes carecían de abogados, incluso de defensores. Los concilios de Valence (1248) y de Albi (1254) prohibían su presencia en apoyo a los acusados, por considerarlos por naturaleza capaces de “retrasar la marcha del pleito”. Todo “defensor” era considerado como *fautor de herejía*. Cuando, excepcionalmente, aparece un abogado, su papel se limita a aconsejar al sospechoso que declare. Pues lo esencial es que el cátaro declare y abjure. Los inquisidores no diferenciaban a los que no tenían *nada* que declarar y a los que no *querían* declarar. La confesión y la abjuración obligatoria finalizaban el debate. Sin embargo, nada impedía que un hereje sospechoso consultara en secreto, antes de ser citado o bien entre la citación y la comparecencia, a un abogado de su confianza. El doctor en leyes Guillaume Garric, de Carcasona, honorable donde los haya, consideraba que era su deber el dar buenos consejos a los creyentes que lo requerían clandestinamente. Tenía fama de ser amigo del catarismo y de hecho lo era, razón por la cual fue duramente castigado.

Después de haber confrontado declaraciones y testimonios y tomado, si lo juzgaba oportuno, consejo de su lugarteniente, el inquisidor pronunciaba por fin sentencia. La pronunciaba solo y sin posibilidad de apelación de ningún tipo. Un notario anotaba cuidadosamente la sentencia, así como las declaraciones, los testimonios, la abjuración. La lectura de la sentencia era motivo de una solemnidad religiosa: tenía lugar un domingo, en presencia de los magistrados y todo el clero; se convocaba, para esta ocasión, al obispo del lugar en el caso de que el inquisidor no lo fuera, al igual que a los obispos y sacerdotes del vecindario, cuyos gastos de desplazamiento eran deducidos de los bienes embargados de los herejes. Esta solemnidad se llamaba *sermón público o auto de fe*. Siempre atraía a gran concurrencia de gente del pueblo.

El reino del terror

Es difícil valorar de manera imparcial la magnitud de los abusos, de los excesos, de las injusticias indiscutibles cometidas por la Inquisición; pero lo que sí es cierto es que fue odiada por la población en todos los países donde se estableció. En algunas regiones, sin embargo, y en ciertas épocas, se había mostrado relativamente moderada. En el conda-

do de Foix, por ejemplo, antes de la llegada de Jacques Fournier, fueron pocas las hogueras que se encendieron. Bajo el mando de Jacques Fournier, con fama de sensato y equitativo (en el marco, claro está, de la institución que tenemos el deber de reprobar como tal), vemos que las condenas a muerte fueron mucho menos frecuentes que los encarcelamientos o penas más leves. Pero, en otras partes, la represión de la herejía tomó a menudo una forma tan cruel, tan inhumana, que sublevó a las poblaciones contra la Iglesia, cuando no deseaban más que vivir en paz con ella. Al enfrentarse indiferentemente contra todos parecía querer ensañarse con los vencidos. No es de extrañar que los meridionales les juraron un odio tenaz durante dos siglos, igual, por otra parte, que el que sentían por los franceses que habían permitido el establecimiento de sus tribunales allí. Quizá se hubieran resignado, a la larga, al ver a los perfectos subir a la hoguera. Aquellos santos hombres no eran muy numerosos, y menos a finales del siglo XIII, y estaba claro que habían hecho de una vez por todas el sacrificio de sus vidas. Pero el error de la Inquisición fue instaurar un terror general del que nadie —católico o cátaro— tenía la seguridad de poder librarse; imponía terribles amenazas a todas las clases de la sociedad con lo que la gente de bien se sentía mucho más desamparada que los cobardes y los traidores; no dejaba a nadie en paz. Sin duda, la vida cotidiana de un habitante del Languedoc hacia 1230 no transcurría en medio de alarmas continuas, pero puede sostenerse que en aquella época nadie, ni en Tolosa, ni en Pamiers, ni en el más remoto pueblo languedociano, pudo pasar una semana entera sin que, de una u otra manera, la Inquisición no estuviera presente en su mente.

Para restablecer el orden católico, en primer lugar hubo que tomar medidas preventivas, exigiendo de toda la población que se mostrara, exteriormente, respetuosa hacia la Iglesia, forzando a los rebeldes a darse a conocer. La Inquisición no estuvo ausente. La misa empezó a ser obligatoria, tanto para los señores como para el pueblo. Los curas tomaban nota de aquellos que no iban, castigándoles con una multa de doce dineros (seis de los cuales iban a la Iglesia y seis al señor del lugar). Aquel que no comulgaba tres veces al año era sospechoso. En ocasiones se pedía a los niños (a los quince años para los chicos, a los doce para las chicas), que abjuraran de una vez por todas de las herejías y que se comprometieran bajo juramento a ser fieles a la Iglesia, de manera que todo hereje se transformara en una especie de relapso. Este juramento, que Schmidt califica de absurdo, no lo era realmente, ya que según los concilios de Tolosa (1229), Béziers (1246) y Albi (1254), debía

de ser renovado cada año y por consiguiente acababa siendo exigido a los adultos.

Hay que tener en cuenta también entre las medidas preventivas de orden general (Concilio de Tolosa de 1229), la prohibición de discutir sobre puntos de la fe católica so pena de excomunión, y que esta medida molestaba enormemente a los meridionales a quienes complacía hablar de religión y de metafísica. Los libros escritos en lengua de oc, las traducciones de la Biblia en occitano, estaban prohibidas. La desaparición de todas las obras teológicas cátaras —excepto dos tratados de los cuales sólo uno nos ha llegado bajo la forma, incompleta, de citas refutadas— tiene fácil explicación ya que el que las poseía estaba obligado a entregarlas a su obispo en un plazo de ocho días. Los libros fueron quemados. (En distintas ocasiones, se confiscaron incluso los *Talmud*, a pesar de que los judíos gozaban entonces de un estatuto reconocido.) Sólo quedaban en manos de los fieles los *Salmos*, el *Breviario*, los *Libros de horas*...

Todas estas medidas preventivas y generales resultaron inoperantes. Los creyentes y aun, en cierta medida los perfectos, adoptaron el comportamiento externo de católicos. ¡Ya no había herejes! En cuanto a los libros prohibidos, los creyentes continuaban leyéndolos, aunque cuidadosamente escondidos, al igual que los grimorios mágicos (todavía hoy se pueden encontrar en nichos secretos, al derribar viejos muros).

Los castigos

La represión no se ejerció nunca de manera positiva más que en los individuos que se declaraban culpables, o que eran desenmascarados por espías o delatores. Las penas que la Inquisición imponía sobre ellos eran proporcionales al delito o al "crimen" cometido, e impregnadas de una relativa indulgencia cuando el acusado había confesado por voluntad propia. Los culpables de herejía, los sospechosos, los simples creyentes eran generalmente condenados a duras penitencias, largas, pero temporales. Debían llevar los signos de la infamia: dos cruces amarillas cosidas sobre sus vestimentas, una en el pecho, la segunda en la espalda. La doble cruz señalaba un agravamiento de culpabilidad. Quedaban bajo la vigilancia activa de los párrocos, los cuales cada domingo, entre la lectura de la Epístola y del Evangelio, los azotaban con ramas. A

menudo se les imponía peregrinaciones a Santiago de Compostela, una visita anual a las iglesias de Tolosa, o incluso la obligación de ir a combatir a los sarracenos en Tierra Santa. (Esta última penitencia fue suprimida cuando se dieron cuenta que llenaban la Tierra Santa de herejes). Por fin, podían ser encarcelados por varios años: estaban sometidos a un régimen más humano que el que esperaba a los “amurallados” de por vida. En Carcasona, los prisioneros temporales podían recibir la visita de su mujer y, excepcionalmente, obtener permiso de salida. Sus penas, por otra parte, podían ser conmutadas.

Algunos ejemplos, tomados de la realidad, darán una idea de la manera en que eran distribuidas estas penas. Bernard d’Ortel, de Ravat, profesa un grave error: no cree en la resurrección de los cuerpos después del Juicio Final: es condenado a cinco años de prisión. Amurallado el 12 de agosto de 1324, su detención es conmutada a cambio de llevar las cruces el 16 de enero de 1329. Guillemette Benet, d’Ornolac, es culpable de vulgar materialismo: en la época de la vendimia, cae de un muro hiriéndose en la nariz: la sangre mana. Una chica del vecindario acude y la ayuda a levantarse. “El alma, el alma —le dice Guillemette—, ¿qué es sino, la sangre?” En otra ocasión, para mayor desgracia, describe mejor su idea: mientras su hijo, de corta edad, se está muriendo, ella lo observa. No sale de su boca más que un hálito que pronto se apaga. “Si yo viera salir algo de la boca en el momento de la muerte, creería que el alma es algo más, pero como tan sólo sale aire, creo que el alma no es nada, o mejor dicho es, mientras los hombres y animales viven, la sangre.” Guillemette tenía, sobre la existencia del alma, más o menos los mismos conceptos que Claude Bernard, aunque seis siglos antes que él. Aquella materialista poco experimentada fue condenada al *Muro* el 8 de marzo de 1321, pero su pena fue conmutada por el porte de cruces dobles el 16 de enero de 1329.

Estos castigos, dado el espíritu de la época y el de la Inquisición, no son realmente excesivos. Los hay más inicuos. Por haber dicho que “en Lombardía nadie hace ningún daño a los herejes”, Pierre Lafont, de Vaychis, esgrimirá las dobles cruces y hará varias peregrinaciones (5 de julio 1322). Ciertamente Raimon de l’Aire, de Tignac, cree, al igual que Guillemette, que el alma no es más que sangre. Su materialismo es sin embargo más culto: no cree que Cristo sea fruto de un nacimiento sobrenatural, y además profesa un anticlericalismo razonado. Es condenado al *Muro* el 5 de julio 1322. Los incrédulos que se negaban a pagar los diezmos, se consideraban especialmente sospechosos. El obispo llamaba herejes a los malos contribuyentes. Tal como nos muestra J. Duver-

noy, Pierre Lafont era sospechoso de resistirse al pago de los diezmos, cosa que contribuyó más a su condena que sus palabras acerca de Lombardía. Jean Jaufré, de Tignac, fue quizás un creyente, pero su negativa a pagar los diezmos le acarrea una condena al *Muro* (5 de julio 1322); y Arnaud Tesseyre es condenado a reclusión perpetua aunque este último había hecho público además su menosprecio por la excomunión. Todos estos malos pagadores fueron duramente castigados: Raimond de Laburat, de Quié: *Muro* (19 de junio 1323), Pierre Guillaume, el mayor, de Unac: *Muro* (16 de enero 1329).

En suma, el obispo es más bien indulgente hacia el materialismo ingenuo: los pecados de la carne (cuando no los protagoniza un hereje); duro, aunque “justo” (según el espíritu de la Inquisición) hacia los creyentes declarados; muy duro hacia los opositores a los diezmos. Buena demostración de que, aun defendiendo los derechos de la Iglesia, quiere mantener también el orden económico feudal. Se ensaña contra los cátaros, como los bizantinos contra los bogomilos, mucho más enfrentados con el feudalismo que los albigenses.

La herejía, fuente de beneficios para la Iglesia de Roma

El hereje es culpable de anatema y es excomulgado. Una lúgubre atmósfera pesa sobre la aldea cuando repican todas las campanas y se apagan los cirios de la iglesia: es el momento en que se procede a la lectura de la sentencia. Escuchando, en lugar del plácido *Angelus* — tan amado por Millet y por Salvador Dalí —, tañer las campanas al vuelo en el crepúsculo, *a mayor gloria de Dios y en odio de la herejía*, los campesinos se persignan y tiemblan. Uno de los suyos ha sido separado de la comunidad. El cura, quizá para evitar los intentos de corrupción, no puede ya aceptar del hereje limosnas ni ofrendas, ni siquiera en calidad de penitencia; le negará sepultura en los cementerios consagrados.

A las penas religiosas se sumaban las penas civiles, más graves si cabe. Los bienes de los herejes eran confiscados, muebles e inmuebles. En realidad, se apropiaban de las tierras y las casas eran demolidas. No solamente las de los creyentes, sino también la casa colindante, en el caso de que un perfecto hubiera penetrado en ella; también en la que se le había detenido, aunque la buena fe de su propietario hubiera sido llevada a engaño, y se tratara del mejor de los católicos (tenía que pagar

además, una multa de cincuenta libras). Estas medidas, inútilmente vejatorias, sumían en la consternación a las familias. Es admirable el valor y la entrega de aquellos pequeños propietarios del Languedoc o del condado de Foix quienes, amparando en sus casas a los buenos hombres perseguidos, se exponían a perder la libertad y sus escasos bienes. Se comprende también que almas menos generosas hayan reprochado amargamente a Pierre Authier, uno de los últimos ministros cátaros, el haber llevado con sus prédicas la desgracia al país.

En el caso de que el cura de un pueblo fuera secretamente cátaro —alguna vez ocurría— el pueblo podía ser parcialmente destruido si él no lo evitaba, puesto que casi todos sus habitantes se habían contagiado de la herejía. De este modo en el pueblo de Montailou, cerca de Prades, numerosas casas fueron derribadas, después de que sus habitantes fueran citados por el obispo y la mayoría de ellos inculpados. El contenido de las casas era subastado a beneficio de la Iglesia, al igual que los materiales de la demolición. Estaba prohibido reconstruir en el mismo emplazamiento, que no debía ser utilizado más que como vertedero de basuras. *¡Quienquiera que osara infringir esta disposición, construyendo en estos lugares, cultivándolos o cerrándolos, será causa de anatema!*

Se confiscaban también las tierras nobles, los derechos señoriales, los bienes de los caballeros comprometidos profundamente con la herejía. Parte de lo confiscado era utilizado, como hemos visto, para la manutención de los prisioneros, para la construcción de *Muros*, para la retribución del personal de la Inquisición; el resto se entrebaga al obispo, a la iglesia del lugar; en las tierras sometidas a la autoridad del rey, el Tesoro descontaba su parte; en las que no lo eran, lo descontaba el Tesoro señorial. Esto explica que altos barones, favorables inicialmente a la causa cátara, pero que después habían logrado escapar a la excomunión y a la expoliación, no vieran de mala gana multiplicarse las confiscaciones, cuyo producto aumentaba sus rentas. Tales confiscaciones eran llamadas *encours*.

Recordemos por fin que los herejes, incluso levantada la excomunión, no podían ejercer ningún cargo público, ni votar en las elecciones consulares. No podían en ningún caso atestiguar, excepción hecha de si se trataba de hacerlo contra un hereje. Sus testamentos eran considerados nulos; ya nunca estarían capacitados para legar, ni para recibir cualquier herencia. En algunas regiones, se prohibía a los médicos tratarlos. Ni la reconciliación, ni la abjuración, ni aun el cumplimiento de la penitencia impuesta —salvo en algunas regiones en las que el

señor hacía la vista gorda —, pudieron borrar la “infamia” y devolver al hereje el pleno ejercicio de sus derechos civiles.

Las abjuraciones

Algunos perfectos se convirtieron espontáneamente, sin haber sido obligados, al catolicismo. Se les infligía una cruel penitencia pero, algunas veces, se les absolvía a causa del señalado servicio que rendían con este acto a la Iglesia. Guillaume Pelhisson cuenta cómo Raimon Gros, perteneciente a una familia cátara del Lauragais, *se dirigió un día, el 2 de abril de 1237, devota y humildemente, convertido a la verdadera fe de manera espontánea, sin haber sido convocado ni citado, a la casa de los dominicos de Tolosa, para realizar en todo la voluntad de los frailes. Fray Bonsolas, adjunto y sustituto del padre prior Pierre Sellan, que se había desplazado a Montauban para realizar la Inquisición, lo reconcilió inmediatamente y lo recibió converso.*

Los inquisidores eran más indulgentes con estos conversos de última hora, en razón de que les revelaban mejores datos. La confesión del tal Raimon Gros fue tan extensa que los frailes emplearon varios días en redactarla. Provocó otras confesiones, y la tarea inquisitorial tolosana fue enormemente facilitada. *De lo que oyeron, los frailes se llenaron de júbilo, y los partidarios de la herejía se atemorizaron al descubrirse la extensión de sus iniquidades.* Raimon Gros declaró “honestamente” lo que sabía sobre los herejes y sus amigos, enteramente y por orden. *Lo cual no hubiera podido hacerse —añade Guillaume Pelhisson— sin la ayuda de la divina Providencia.*

Ocurría también —pero muy raramente— que algunos perfectos detenidos por la Inquisición renegaban del catarismo. En este caso, se comprometían, bajo juramento, a defender a la Iglesia con todas sus fuerzas, y se les perdonaba la excomunión: estaban reconciliados. Pero la mayoría de las veces eran condenados a perpetuidad y parece ser que no se les torturaba. Es difícil saber si estos herejes reconciliados iban al *Muro estricto (strictus)*: se trataba de un local muy estrecho, falto de aire, donde, con las manos y los pies atados, recibían una alimentación insuficiente; o bien al *Muro muy estricto (strictissimus)* que no era más, como dice P. Belperron, que la antesala de la tumba; o bien al *Muro amplio (largus)*, donde sus movimientos eran más libres.

Parece ser que fueron encerrados en celdas especiales, separados de los otros “criminales”, como los relapsos o los fugitivos, que se entregaban ellos mismos y pedían la reconciliación y que, por este hecho, eran castigados con el *immuratio* de por vida. (Los relapsos hechos prisioneros eran habitualmente quemados, al igual que los perfectos que se negaban a abjurar.)

Los irreductibles

La mayoría de los perfectos —casi todos, para mayor honra del catarismo— no confesaban, no prestaban juramento, no abjuraban. No se podía esperar nada de ellos. Se habían separado de la Iglesia y del cielo. El concilio de Verona (1184) había decretado que los herejes que rehusaran convertirse serían entregados a la justicia secular. Recordemos que la justicia secular no les interrogaba, no les juzgaba: solamente castigaba. Y los perfectos eran castigados con la muerte; el poder secular no hacía más que ejecutar la sentencia. La justicia, real o señorial, no tenía más responsabilidad sobre la muerte de los buenos hombres que la que tenían el verdugo y su ayudante. Los perfectos eran quemados en las hogueras. Este tipo de suplicio turbaba terriblemente los pensamientos, pero no era ni más ni menos cruel que otros. Se decía, en los medios cátaros, que “aquellos no dolía” y que Dios hacía insensible al dolor el cuerpo de quienes se habían ejercitado durante toda su vida en despreciarlo.

Los herejes, de los cuales se había ignorado en vida que lo eran, eran desenterrados y quemados. Algunas veces los herederos a los cuales no se había desposeído de la totalidad de su herencia, sufrían también una penitencia, o bien pagaban una fuerte multa. Cuando se podía probar que alguno de ellos había enterrado a sabiendas a un hereje en el cementerio de la iglesia, era excomulgado. *Para ser absueltos* —dice Schmidt—, *debían exhumar con sus propias manos el cadáver, arrojándolo lejos de la tierra bendita*. No hemos encontrado ningún ejemplo en los textos. Pero es cierto que en Occitania el lugar ocupado anteriormente por un hereje no debía servir nunca más de sepultura: estaba mancillado.

En principio, la condena de un hereje marcaba de incapacidad eclesiástica y civil a sus descendientes, los nietos incluidos. Es decir,

que no podían recibir cargo alguno ni ningún tipo de beneficio eclesiástico, ni ser dignatarios, ni tener funciones en el Estado o en la ciudad (Concilio de Béziers, 1234). En realidad, era difícil llevar a cabo tal prescripción: la memoria de los hombres es corta. Se conocen ejemplos de nietos de herejes que ocuparon cargos importantes en el reino y que quizá, secretamente, al defender los intereses de la monarquía, ejercieron contra el papado represalias *patarinas*.

CAPÍTULO II

LOS CÁTAROS EN LA CLANDESTINIDAD

Las consecuencias del tratado de Meaux

La entrada del catarismo en la clandestinidad debe situarse en 1229, año del tratado de Meaux, momento en que el conde de Tolosa, Raimundo VII, prometía ser fiel en el porvenir al rey y a la Iglesia, y combatir a los herejes, *sin perdonar a sus vasallos, sus familiares, sus amigos*. Por vez primera, los cátaros no pueden ya contar con el apoyo, ni, en principio, con la benevolencia de su señor legítimo. El doble juego marcará en adelante su vida diaria: los herejes están condenados a fingir que son católicos; los católicos, a demostrar que no son cátaros.

En todas las épocas, muchos creyentes sinceros pensaron que podían adherirse al catarismo, sin salir de la Iglesia romana. Un cura de pueblo, secretamente convertido al dualismo moral, podía, de buena fe, celebrar espiritualmente la misa representándose a Cristo, no como realmente presente en la hostia, sino como encarnado y sufriendo en todos los seres de este mundo, al igual que el *Christus patibilis* del maniqueísmo antiguo. Muchos sacerdotes y obispos sólo fueron culpables de un exceso de espiritualidad. Admitamos que algunos de ellos hayan sido unos simoníacos sin dignidad alguna, que habrían tenido que ser eliminados de la cristiandad por el papa, como lo hubiera hecho el mismo catarismo en caso de haber triunfado. El abad de Fos, por ejemplo, sobre quien Inocencio III abrió una investigación, pasaba el tiempo en cacerías como un señor del lugar, era además un apasionado de los juicios, y *cometía actos que vale más callar a fin de no herir la dignidad del clero*. Pero Bernard-Raimon de Roquefort, obispo de Carcasona, depuesto en 1211, había heredado de su madre, cátara convicta,

unas virtudes dignas de los primeros tiempos del cristianismo. Guillaume de Roquessels, obispo de Béziers, depuesto en 1205, se había mostrado como verdadero discípulo de Cristo negándose a perseguir a los herejes de su diócesis. Y sólo se podía reprochar a Bernard de la Barthe, arzobispo de Auch, expulsado también de su sede en 1214, su suavidad y su tolerancia. Era un buen cristiano anticlerical (¡felices tiempos aquellos en que los anticlericales eran clérigos!). Los sentimientos que más tarde expresaría en verso —era también trovador— con ocasión de la firma del tratado de Meaux, son los de un humanista que no separa los valores cristianos de aquellos de la civilización que tanto amaba:

Buena paz me conviene si es duradera;

Mas si ésta es impuesta, ya no me place:

De vergonzosas paces nacen más males que bienes...

Al principio de la cruzada, al igual que en el período final del catarismo, se encuentra poco más o menos el mismo número de abades, de religiosos, de sacerdotes ganados para la herejía. De no haber existido la persecución, se habría visto a muchos más abrazar el esoterismo cátaro, al igual que aquellos clérigos que en el siglo XVIII entraban en la masonería sin abandonar su fe católica. La Iglesia se ha encarnizado mucho más con esta clase de “espirituales” que con los curas indignos. Claro está que los tiempos no eran todavía los de la tolerancia, ni la conciliación.

Una coexistencia pacífica

La confrontación de las ideas heterodoxas con la teología romana, la influencia creciente de la cultura “francesa”, contra la cual reaccionaba el pensamiento occitano, eran cuestiones que favorecían, aunque llenando de confusión los pensamientos, el sincretismo filosófico heredado de la Edad Media. Lo cual no ayudaba a esclarecer la noción del pecado. ¿Cómo podían admitir las gentes honestas y religiosas que Dios reprobaba a los hombres santos del catarismo, y por otra parte acogía en su paraíso a criminales confesados en víspera de su muerte? Jean Guiraud, y más recientemente Yves Dossat, publicaron listas de nombres de eclesiásticos culpables de herejía. Las listas son sumamente elocuentes, e inducen a pensar que hubo tantos católicos en la herejía como herejes en el catolicismo. El abad de Montolieu y muchos de sus

monjes, los párrocos de Villegly, de Ilhes, de Pradelles, de Pennautier, de Villemoustaussou, de Aragón asistían, en 1280-1285, a las ceremonias presididas por el perfecto Pagès; recibían el *consolamentum* o prometían recibirlo a la hora de su muerte. También los diáconos y sacerdotes del cabildo de Carcasona creían atribuirse una posibilidad suplementaria de salvación al recibir la bendición de un buen hombre. No vamos a llamarlos estúpidos o ignorantes ni tan sólo cobardes —su interés por el catarismo prueba por lo menos que estaban deseosos de metafísica— pero hubieran corrido menos peligro siendo tan sólo buenos católicos y dejando de lado la herejía. Su preocupación era sin duda de orden místico. El movimiento de ideas que había tenido lugar en el siglo XIII había borrado los límites entre la ortodoxia y la heterodoxia. La creencia en la eternidad del mundo, por ejemplo, se confundía para aquellos buenos receptores de filosofía con la idea de que el mundo había existido siempre en la Sabiduría divina, como lo hubiera creído Orígenes. Se daban perfecta cuenta que numerosas proposiciones cáta-ras condenadas habían sido sostenidas también por el catolicismo en distintas épocas de su historia: a título de ejemplo, citaremos aquella de “el hombre no puede ser salvado únicamente a través de la fe”. Añadiremos que el ascetismo católico no se diferenciaba del ascetismo cáta-ro: este último podía ser comúnmente representado por un conjunto de mortificaciones suplementarias que el monje se imponía a título personal. Se comprende que algunos abades —y también algunos religiosos— se hayan impuesto penitencias heterodoxas sin que sus hermanos se hayan dado cuenta siquiera.

El reino ideal, donde todas las creencias se conciliaban, era el hermetismo. Los sacerdotes católicos practicaban la magia, la astrología, la geomancia, el “simbolismo”. Que los peores hayan utilizado su ciencia con fines egoístas y recriminables no debe sorprendernos. Cuando una mujer se sentía enamorada, ésta acusaba al cura de haberla endemoniado, feliz de no tener que buscar otra explicación al hecho: ¿Cómo se puede sino resistir al Diablo? Tranquilizaba su conciencia acusando al seductor endiablado. Y fue así como el carmelita Pierre Ricord, ídolo de las damas de Pamiers en el siglo XIV, fue juzgado y encarcelado... Pero los clérigos más dignos coleccionaban secretos de mayor espiritualidad. Cuentan que el capellán de Amaury de Montfort se había iniciado en el catarismo; no lo creemos pero es posible que en su compilación de pensamientos mágicos haya resaltado alguna proposición dualista, tan valiosa a sus ojos por haberle esclarecido lo que hasta entonces no había comprendido con su oscuro catolicismo. Es

indudable que para algunos espíritus de la Edad Media, el *consolamentum* fuera considerado, por su naturaleza — aparte de la opinión que se tenía del catarismo —, como un medio excelente para obtener la salvación. Por lo que se añadía a los sacramentos católicos, dado que dos precauciones valen más que una.

El “doble juego”

Los occitanos de finales del siglo XIII se acostumbraron al doble juego sin tener presente en sus espíritus el sincretismo mágico — o hermetismo — que le dispensaba de toda hipocresía. Se trataba solamente de huir de los espías. Y dada al característico ingenio meridional, sólo se pecaba por inadvertencia. Había que persignarse y se decía llevándose la mano en la frente: *aici lo front*; a la barbilla: *aici la barba*; señalando una oreja y luego la otra: *Aici una aurelha e aici l'autra*. Los propios buenos hombres hacían los gestos romanos necesarios. El perfecto Raimon de Castelnau recibió la extremaunción de un cura católico. Cuando éste le preguntó sobre los artículos de la fe, le contestó: “Creo en todo aquello que creen los buenos cristianos” e hizo una falsa confesión, contando cualquier cosa. En su entierro, Béliaste, provisto de un hisopo, rociaba a todos con agua bendita: “Algunas gotas de lluvia — decía — ; ¡más os mojáis cuando viajáis!” Cuando Arnaud Sicre un buen día le preguntó si creía que la hostia era el cuerpo del Señor, respondió: “¡Claro que no! Pero haría falta estar realmente desganado para rechazar tal pastelito... Voy a la iglesia para hacer creer que soy católico, añadía, y de todas formas, se puede aquí rezar al Padre celestial tan bien como en cualquier otro lugar!”

El cura de Montailou, Pierre Clergue, converso al catarismo, es la imagen perfecta — y absoluta — del cátaro clandestino. (A decir verdad, también lo era del mal cátaro.) Era indudablemente un hombre muy culto, capaz de delicados sentimientos, pero de una lujuria sin límites. Su conducta no era ciertamente peor que la de muchos curas de su época, que consideraban inútil tomar aires de hereje para conquistar a las mujeres, o para convencerlas de asesinar al molesto marido, como lo hizo el capellán de Rieux-en-Val. Pero a su pasión por el amor él le añade el gusto por el sacrilegio: en tiempos de Cuaresma, Béatrice de Planissoles se dirigió a la iglesia de Montailou, donde Pierre Clergue esperaba las

confesiones tras el altar de la Virgen. *En cuanto estuve arrodillada ante él — cuenta Béatrice—, empezó a abrazarme diciéndome que no había mujer en el mundo a la que quisiera tanto como a mí... Sorprendida e indignada, me fui sin confesarme...*

El temor de Béatrice, era porque le habían dicho *que una mujer que se entrega a un cura no ve jamás el rostro de Dios*. Se decía que las concubinas de los curas se transformaban a su muerte en yeguas que el Diablo cabalgaba. Se las llamaba "las yeguas del Diablo". No obstante, esto no impedía a los párrocos encontrar compañeras complacientes e incluso, en los países donde el nicolaísmo (20) era tolerado, asegurarles un estatuto legal que las asemejaba a las esposas legítimas. *Preferiría entregarme a cuatro hombres antes que a un cura*, declaraba Béatrice.

Sin embargo Pierre Clergue supo disuadirla, y poco tiempo después, por Nochebuena, se convirtió en su amante. *¿Cómo podéis cometer un pecado tan grande en una noche tan sagrada?* le preguntó. *¿Qué importa la noche, cuando el pecado es el mismo?*, contestó Pierre Clergue. Y observó a la mañana siguiente que celebraba la misa sin haber sido absuelto, puesto que no había ningún otro cura.

Llevó el sacrilegio al paroxismo cuando le rogó a Béatrice que fuera a su encuentro a la iglesia de San Pedro de Prades, donde había preparado una cama: *¿Cómo podremos hacer esto en la iglesia de san Pedro?*

—*¿Y qué mal le hacemos a san Pedro, señora?*

Todas las incertidumbres, las contradicciones del siglo habían, por así decirlo, trastornado a aquel hombre. ¿Tratábase de un materialista, un epicúreo, un escéptico? Después de tanto meditar sobre la coexistencia de los dos principios, ¿se había quedado con el peor?, ¿había únicamente creído del catarismo aquello que favorecía sus pasiones? De todas formas, pensaba que no se trataba de un libertino vulgar. Era incluso capaz de sentir verdadero amor y ternura. Mucho después de su aventura con Béatrice, fue a visitarla a Varilhes. Se encontraba gravemente enferma. Sentándose al borde de la cama, le tomó suavemente la mano preguntándole cómo estaba. *Hizo salir a mi hija — habla Béatrice— y me pidió si mi alma estaba tranquila. Le respondí que flaqueaba ante la confesión por miedo a tener que revelar todo lo poco católico que juntos habíamos practicado. Me rogó que no tuviera miedo ya que Dios conocía mi pecado y que sólo él tenía el poder de absolverme; y que de todas formas no hacía falta que me confesara ya que muy pronto curaría*. Con estas palabras, Pierre Clergue se despidió de aquella mujer que había amado tanto. No la vio nunca más, y sin embargo poco tiempo

después le mandaba un pan de azúcar —manjar poco común en aquella época— y un vaso grabado...

El cura de Montailhou había conseguido, durante algunos años, que su pueblo abrazara la ley cátara. Dado que hacía el papel de agente de la Inquisición, unas veces contestaba al obispo que en su pueblo no había más que buenos católicos, y otras, si le presionaban demasiado, denunciaba como herejes a los pocos católicos del lugar. Hecho notable que no habría oscurecido demasiado la farsa absurda y el humor negro que a sus ojos se le antojaba aquel mundo satánico, de no haber utilizado su poder romano para deshacerse de sus enemigos personales. Había mandado encarcelar en el *Muro* de Carcasona a un tal Pierre Maurs y su hermano Guillaume. Tan pronto es liberado, Guillaume, loco de ira, va al encuentro del cura y le dice: "*Si no me matas antes, te mato yo: entre nosotros, de ahora en adelante, será la guerra a muerte.*" "*¿Tú crees* —le dice entonces Pons Clergue, padre del cura, tan buen católico o tan mal cátaro como su hijo— *que podrás desafiar a la Iglesia y a nuestro señor el rey de Francia?*" Guillaume y Pierre Maurs intentaron más tarde hacer asesinar al cura por un catalán al que habían sobornado. Pero no lo lograron.

Este personaje singular fue al final víctima de las mujeres. Hicieron fracasar estas obras maestras que eran sus dobles juegos. Una de ellas habló demasiado. Pierre Clergue fue detenido y murió en la cárcel a finales del año 1321. Su hermano Bernard Clergue, antiguo baile del conde de Foix, fue condenado al *Muro estricto*, con grilletes en las manos y pies, a pan y agua, el 13 de agosto de 1324.

La vida en Tolosa a mediados del siglo XIII

Hacia 1240 o 1245, un comerciante que no hubiera visto Tolosa desde muchos años antes, se habría sorprendido de los cambios que en veinte años se habían producido. La ciudad estaba en gran parte renovada. Algunos caballeros, algunos burgueses la habían abandonado; otros caballeros, así como campesinos y artesanos se habían establecido en ella. Como en la mayor parte de las ciudades de Occitania, los nobles habíanse resentido notablemente de la cruzada. Las torres de sus casas habían sido destruidas; ellos, condenados al exilio: fue una de las condiciones impuestas a Raimundo VI en 1209 por el legado Milon.

Unos vagaban por la campiña, otros se escondían en las ciudades donde vivían pobremente. La corte del conde se componía ciertamente de anticlericales notorios: caballeros y trovadores, y hasta 1249 la resistencia popular y burguesa fue estimulada por los sentimientos de venganza que todo el mundo sentía hacia Raimundo VII. La inquietud o el terror que la Inquisición hacía pesar sobre todos ponía mal humor en la vida cotidiana del trovador como en la de la gran dama, en la del creyente como en la del buen católico que había seguido fiel a sus condes.

Los cónsules y los burgueses, sin estar en modo alguno adheridos a la herejía, eran sin embargo, en su gran mayoría, enemigos de la dominación francesa y clerical. Algunos barrios —el del mercado, por ejemplo— donde la población se mezclaba y estaba compuesta en gran parte por inmigrantes, daban la impresión de ser más cátaros que la misma ciudad vieja. En realidad, sólo el tipo de oposición variaba según el barrio: a veces tomaba una forma más popular, más abierta; otras, era más burguesa, más secreta y posiblemente más eficaz. Pero en todas partes clérigos y franceses eran aborrecidos, aun cuando el sistema concreto de la administración francesa no estaba todavía instaurado y no lo sería hasta la muerte de Raimundo VII, en 1249.

Si creemos a Guillaume Pelhisson, inquisidor y cronista, los católicos vivían en la inseguridad *por el hecho de la complicidad existente entre los ricos burgueses, los caballeros y agentes del conde, con la herejía*. Sin embargo, había en Tolosa muchos católicos. Existía incluso una “cofradía blanca” llamada así por la cruz blanca que sus miembros lucían sobre el pecho —creada por el obispo Foulque, en tiempos de Simón de Montfort— y que resultaba un tanto agresiva, sobre todo para los judíos y los banqueros. Naturalmente, pronto se constituyó, en oposición una “cofradía negra”, y ambas sociedades “secretas” llegaban a menudo a la pelea. Las riñas en los barrios envenenaban estas luchas fratricidas. Es difícil averiguar quién tenía la “mayoría”, como diríamos hoy. Quizás eran los católicos. Pero muchos de ellos tenían mala conciencia y aun siendo adversarios del catarismo, temían ser tomados por traidores si no tomaban el partido de su conde. Y también es cierto que otros, que habían sido expulsados por ser partidarios de los franceses, o bien que habían emigrado para evitar las cargas del asedio, y cuyos bienes habían sido embargados por los cónsules, debían pactar con el invasor por deseo de venganza. ¿Eran realmente numerosos? En su conjunto, la alta burguesía y el Consulado se mostraban hostiles a la Inquisición.

En las casonas burguesas, en las tiendas de los barrios populosos, se celebraban reuniones secretas. Se citaban allí para celebrar un *consolamentum*, para escuchar la prédica de un buen hombre o de un diácono errante. En aquel entonces, Tolosa era una ciudad medio campesina, que se abría al campo, rodeada de jardines. Un perfecto podía habitar extramuros y acudir a la ciudad disfrazado. Algunas iglesias estaban prácticamente abandonadas y vacías por la noche: allí se encontraban los beatos de San Francisco, que rechazaban toda suerte de propiedad individual o comunitaria, viviendo como vagabundos. Los cátaros se mezclaban en sus filas y algunas veces predicaban ante esos revolucionarios de Dios.

Profecías alentadoras empezaron a circular sobre el final del papado. Se decía que el emperador “daría de beber a sus caballos en el altar de San Pedro”; las noticias se extendían con una rapidez asombrosa. Se esperaba, como lo anunció un servidor de Uc de Saint-Circ, que hacia 1240-1243 el emperador Federico II viniera a liberar el condado de Tolosa y vengar a Béziers y Carcasona.

Humor y anticlericalismo

Es muy probable que oficinas secretas recopiaran y difundieran los panfletos del partido cátaro. Los trovadores, Peire Cardenal y Montanhagol, jugando el papel de nuestros periodistas actuales, los amplificaron y dieron forma literaria. Católicos y cátaros libraban una batalla de palabras y de terribles calumnias que el trovador —de espíritu superior— ganaba fácilmente. Peire Cardenal hizo célebre en toda Europa —con la ayuda de Boccaccio, sin embargo— la excelente historia de aquel médico de la ciudad que contrajo matrimonio con la sobrina del obispo de Tolosa, y que tuvo la alegría de ser padre dos meses después de la ceremonia; o el escrito compuesto contra las “beatas” de Prouille, de las cuales afirmó, *algunas daban fruto después de largo tiempo de esterilidad*. Sus sátiras contra la Inquisición llegaban hasta las montañas del condado de Foix:

*Los clérigos se las dan de pastores
y no son más que asesinos
bajo sus aires de santidad...*

En las casas burguesas, las jóvenes y los caballeros reían a carcaja-

das —a pesar de la gravedad del momento— leyendo el poema donde ridiculiza la pasión por el buen vino y el buen manjar de los dominicos: *Después de la cena, escribe, no guardan silencio, discuten sobre el vino, cuál es el mejor... Han establecido un tribunal para juzgar los procesos y acusan de valdense a todo aquel que intenta disuadirles... Quieren saber los secretos de todos para mejor inspirar temor. Fue sin duda alguna Peire Cardenal quien inventó los mejores temas del humor anticlerical. Si yo fuera marido, tendría un gran pánico de ver como un hombre sin calzas se sentara al lado de mi mujer, pues él y ellas visten faldas de igual amplitud y la grasa con el fuego vivo arde rápidamente.*

Fue él quien propagó la figura del dominico amante del buen vino, del buen manjar, libertino... y mal cristiano. *Son, dijo, unos ladrones, unos traidores, guardando lo que es suyo y cogiendo lo que es mío, quedándose las limosnas de los pobres... Inquisidores injustos, crueles y mercantiles: si acto deshonesto has cometido, encontrarás la absolución a cambio de "dineros"... Por una moneda cobijarían a los usureros, tan rapaces son, pero nunca cobijarán al pobre trabajador, ni lo visitarán, ni lo acogerán... ¡Pero si fuera poderoso...! Jamás el anticlericalismo tomó tal vehemencia para denunciar la sed de dominio de los predicadores: *El mundo será suyo, ya sea por robo o por don recibido, indulgencia acordada o promesa hipócrita, absolución o excomunión, prédica o asedio en toda regla con máquinas de guerra; de todas maneras, el mundo será suyo con Dios o con el Diablo...**

Las leyes suntuarias de la Inquisición

En 1240, muchos tolosanos pensaron como Peire Cardenal y repitieron sus terribles sátiras, de ello no cabe duda; sobre todo en los medios nobles y burgueses, y en la corte condal, quienes, desprovistos del antiguo "orgullo de casta" sustituido por un escepticismo teñido de libertinaje, sólo por casualidad estaban unidos a la resistencia cántara. Esta gente mundana, tan poco amante de la filosofía, expresaba su epicureísmo a través de la pasión de los bellos ropajes con la que se conjugaba naturalmente en los ricos la generosidad y prodigalidad hacia sí mismos.

Las mujeres andaban espléndidamente ataviadas. Franjas de oro, de perlas, de piedras preciosas —de virtudes mágicas— resplandecían

en sus vestidos de seda guarnecidos de oro; el oro brillaba en todas las piezas de su vestimenta. En sus cabezas, lucían velillos o diademas de oro. En sus talles, cinturones dorados. Las túnicas y faldas de corte abierto aparecían unidos por broches de pedrerías y la almilla, ampliamente escotada según la moda catalana, se entreabría a cada paso dejando aparecer blusas generosamente bordadas de piedras preciosas, de oro y de plata, que apenas escondían sus encantos, pues aunque cargadas como iban de cintas, lazos, cinturones de cordón trenzado y bolsas, y a pesar de sus abrigos y sus túnicas, *encontraban la manera de ir bien escotadas, mostrando sus senos y todo lo que podían de sus carnes* (de sus *carunhadas*, como dice el poco delicado y misógino poeta Matfre Ermengau).

La moda de las pieles suntuosas, ardilla de Siberia, cibelina, se había transmitido de los grandes señores a los burgueses, quienes las conseguían a altos precios. Hacia 1230, vestían prendas blancas, forradas de piel de cordero blanca, guarnecido en los bordes de piel de ardilla negra. Calzaban zapatos de seda ornamentados de rosetones, lucían camisas y calzones de tela de Reims, con sutiles costuras de hilo fino; almillas de seda fruncidas a su justa medida y zapatos de seda bordada de flores, ornamentada de rosetones multicolores.

Luego, hacia 1236 o 1237, la Inquisición se cuidó de proscribir el lujo indumentario apoyándose sin duda en una estipulación de 1209 que imponía a Raimundo VI el deber de no vestirse, ni él ni sus vasallos, con telas caras, sino únicamente con bastas capas pardas (*mas capas grossas brunas*), *que duran más*, añade con humor el poeta. Parece ser que esta cláusula no fue seguida muy estrictamente; mas se podía utilizar para hacer caer en sospecha a gentes demasiado bien vestidas a las que se quisiera difamar.

El resultado de estas medidas fue la sublevación de toda la población comerciante contra los inquisidores. La prodigalidad de los grandes señores, los regalos que hacían a sus amantes, los bellos atuendos que lucían hombres y mujeres daban vida a los sastres, a las costureras y a los joyeros. Además, los usureros también sacaban su provecho, pues estaba de moda endeudarse y arruinarse. Y cuando los trovadores recibían espléndidas recompensas, los juglares recibían su parte, y toda esta gente gastaba alegremente su dinero en las tabernas de Tolosa.

No creemos que los inquisidores obligaran a las damas a vestirse con "capas pardas". Pero los cónsules hicieron cerrar las faldas, abrochar estrechamente los corpiños y levantar los cuellos. En aquel momento el trovador Montanhagol emprendió una verdadera "campaña de

prensa". Fue lo suficientemente hábil como para dar a la crisis económica del momento, de la que los inquisidores eran máximos responsables, las dimensiones de un debate ideológico. Pues había comprendido que la finalidad de la Iglesia al atacar el lujo y la "generosidad", era también la de desacreditar el Amor —esa herejía de los frívolos—, que, sin confundirse con el catarismo, era considerada por los inquisidores causa de disolución de la moralidad y de propagación de la herejía. Encontró en Peire Cardinal un verdadero aliado quien sin embargo no perdía ocasión para reprochar a los dominicos *sus suaves túnicas tejidas con lana inglesa, sus ligeros y anchos hábitos, de ostentosas capas, hechas de camelote en verano y gruesas en invierno, con calzado ligero, de suela francesa aún y haciendo frío, de fino cuero marsellés y sólidamente atadas con maestría, pues atarse el calzado con negligencia, ¿acaso no es una tontería?*

Los argumentos de Montanhagol rebosaban sentido común: *Si una dama no hace nada peor que vestirse con bellos atavíos, no perderá por esta sola razón a Dios y su amor... Y porque ellos vistan negros atavíos, o hábito blanco, no conquistarán el cielo si no hacen nada mejor...*

Las críticas de los cónsules, la animosidad de la población y los panfletos de Montanhagol impidieron que los inquisidores fueran demasiado lejos por esta senda de la virtud. Hacia 1242-1250, nos lo dice el propio Montanhagol, la Inquisición abandonó su rigor y toleró de nuevo los bellos atavíos. *Veo un cierto progreso, dice el poeta, un refinamiento en lo que atañe a las vestiduras, a los adornos, al aspecto externo: una tendencia hacia el buen gusto.*

Esta observación es significativa: es la prueba latente de que del 1237 al 1242 o 1250, la crisis había existido en Tolosa: se iba mal vestido. El comercio se resintió de las guerras de 1240 y de 1242. Las hipotecas y los créditos comerciales no eran frecuentes por la persecución de que eran víctimas los banqueros, considerados usureros. Pero en 1250 la vida renace. Las modas llegan de Francia. La Inquisición no puede continuar regentándolas, pues ¿cómo contener a las mujeres? Es cierto que debieron cerrar sus escotes —*cels que ara son fenduts se clausaran del tot*— y renunciar a las faldas abiertas en los lados que les daba ya el estilo elegante del Directorio. Pero las damas de Tolosa, con la *banda* o baberol que les cubría las orejas (Flamenca tiene que desatar la suya en la misa, para poder escuchar las palabras de amor que el joven clérigo le susurra), con sus vestidos cerrados y demasiado amplios, estaban más encantadoras que nunca, a despecho de los inquisidores quienes sin embargo, según Montanhagol, *sabían apreciar lo*

bello. Evocándolos en este momento, pensamos en la radiante aparición que Guido Cavalcanti contempló en 1300 en la iglesia de La Daurade: creyó ver a una hereje —o al símbolo de la herejía atada— porque lucía ella también el vestido lazado muy apretado, *accordellata estretta*, de nuestras bellas cátaras. *Amor, dice, la llamaba Mandetta*.

La agitación popular

La tiranía de los inquisidores, y no solamente sus leyes suntuarias, resultaba insoportable a todos, y sobre todo muy peligrosa. La relación entre ellos y la población empezaba a deteriorarse. En cualquier ocasión, los cónsules manifestaban su mal humor contra los frailes y los burgueses, humillados por la derrota política, empezaban a desafiarlos. *Los herejes y sus partidarios*, escribe Guillaume Pelhisson, *toman como arma de defensa contra los católicos al esfuerzo y la astucia... Y así esos herejes dañaron más a Tolosa y a toda la región en aquella época que en tiempos de guerra. Lo cual llenaba de desconsuelo a los hermanos predicadores (dominicos) y a los católicos*.

La vida cotidiana estaba en aquel entonces llena de incidentes cómicos y también trágicos que acontecían a cada instante en la calle. Se empezaba a ver llegar algunos franceses a Tolosa: profesores parisienses, encargados de introducir el estudio de la teología, la enseñanza de la fe y de las artes liberales. Los herejes, o simplemente los embravecidos, se les acercaban, confundiéndoles, replicando sus teorías, burlándose de ellos, de su acento, de sus argumentos poco habituales formulados en francés o en mal occitano.

Pero era siempre con los dominicos contra quienes se ensañaban. Un buen día, uno de ellos predicó en público, asegurando “que había herejes en la ciudad, y que organizaban reuniones”. Fue suficiente para que el pueblo se amotinara y se manifestara, dando muestras de sentimientos católicos indignados: “¿Cómo, nosotros, herejes?” Los cónsules convocan inmediatamente el prior a la casa común, ordenándole decir a los frailes que nunca más prediquen de esta forma ya que les puede ocurrir algo malo si dicen de nuevo que hay herejes en Tolosa, puesto que está bien claro que no hay ninguno.

Pero no siempre los cátaros salían airosos de tales asuntos. Una discusión estalló cierto día entre Bernard Poitevin y un fabricante de

broches, Bernard de Soler. La tienda retumbó con sus gritos: "¡Sucio hereje!", dijo Poitevin a Bernard de Soler, que sin duda lo era. El hereje lo denuncia ante los cónsules: insultos, difamación. Llevado ante el consejo, bajo los gritos y amenazas de la población, Poitevin fue condenado a un exilio de tres años, a una multa en beneficio de Bernard de Soler, para reparar la injuria, y otra en beneficio de la comunidad y de los cónsules. Acto seguido, le hacen jurar que ha calumniado a su adversario, reputado por hombre honesto y buen católico.

El pobre Poitevin implora una prórroga a los cónsules y la obtiene. Corre a casa de los frailes que le aconsejan apelar al obispo, declarándole que le defenderán con todas sus fuerzas. Ambas partes comparecen, pues, ante el obispo Raimon. El hereje iba acompañado de una multitud de burgueses, notarios, abogados, que clamaban contra Poitevin. Pero los inquisidores atemorizaban a todos y el apoyo popular y consular no pudo hacer nada a favor de Bernard de Soler. Los hermanos Pierre Sellan y Guillaume Arnaud, inquisidores, defendieron firmemente a Poitevin y el sostén exterior se atemorizó; todos se dispersaron y Bernard de Soler tuvo que huir a Lombardía.

Lo que sorprende en Tolosa es la continua disponibilidad de esos burgueses, de esos tenderos, de esos hombres de leyes, de esos artesanos de la periferia, medio rurales, medio ciudadanos. Se les nota siempre dispuestos a manifestarse, aun a riesgo de desaparecer a la vuelta de la esquina, si la amenaza se agrava. Durante largos años, los cónsules, que disponían de un poder suficientemente fuerte como para contrarrestar o estorbar en cierta medida la acción represora de los inquisidores, fomentaron aquellas sublevaciones populares.

Muchos tolosanos no se resignaban a no ser libres en su ciudad, ni a contener sus palabras ni a llevar el doble juego como los burgueses prudentes, o incluso los cónsules, que se mostraban tan devotos, que asistían con un fervor aparente a todos los actos religiosos y que fundaban casas de caridad.

Jean Tisseyre, de los arrabales, es citado por los inquisidores; no se contiene y arenga a la población: "Señores, escuchadme: no soy un hereje. Estoy casado y hago el amor con mi mujer. Tengo hijos y como carne. Miento, reniego; luego, soy un buen cristiano. No creáis ni una sola palabra de lo que dicen los frailes: que no creo en Dios. También a vosotros os lo reprocharán, no temáis, porque estos malditos inquisidores quieren eliminar a la buena gente y arrebatarse la ciudad a nuestro buen señor, el conde."

La multitud allí reunida se ríe primero a carcajadas (es cierto,

como lo señala Tisseyre con humor, que en aquella época se tenía interés en ser mentiroso, en renegar, en exponer su vida sexual: era preferible pasar por un católico lleno de pecados — que luego se confesaban — que exponerse a ser juzgado demasiado místico por un aspecto macilento); la multitud se indigna, el nombre del conde es aplaudido. No obstante, el proceso sigue su curso, se recogen testimonios, y Tisseyre no evita ser condenado. El pueblo, al ver que el veguer le conduce a la hoguera, se concentra y protesta. Poco después, toda la ciudad se alza contra los religiosos: “¡Acusar de herejes a la gente que tiene mujer y se acuesta con ella!”

Lo más curioso de esta historia es que Tisseyre, siendo de humor jovial y bromista, se hizo sincera y heroicamente cátaro. Le habían encerrado en la misma cárcel que otros herejes llegados de Lavaur. Aquellos herejes reavivan su fe y se proponen convertirlo. Lo consiguen y le dan el *consolamentum*. Entonces, ante el obispo, los cónsules, el veguer y los burgueses del partido hereje, proclama que cree todo aquello en que creen los herejes, y que en adelante seguirá fiel a sus creencias hasta el final. El obispo trata en vano de disuadirlo: Tisseyre se niega y es quemado vivo con los demás.

Incidentes de esta clase ocurrían casi todos los días. Nuevos espectáculos agrupan a los curiosos. Tolosa era una ciudad de peregrinaciones. Muchos portadores de cruces amarillas llegaban de todas las regiones de Occitania a la iglesia de San Saturnino para cumplir su penitencia. Se les rodeaba, se les hacían preguntas, formando grupos ruidosos. A veces, llegaban a la ciudad cruzados obligados. Eran cátaros arrepentidos que iban a ser llevados a Tierra Santa para expiar sus pecados o cumplir la penitencia impuesta. Adoptaban un aspecto inocente pero en su mayoría no pensaban sino en vengarse de aquel que les había denunciado, en conspirar contra la Iglesia y propagar hasta Palestina sus creencias dualistas.

El deseo de liberación

La Inquisición cometía mil excesos que no hacían más que avivar la agitación popular en Tolosa y en las otras grandes ciudades del Languedoc. El alzamiento armado de Trencavel en 1240, la coalición de 1242 contra el rey habían sido comentadas con pasión. La esperanza

había renacido y tardó en desaparecer. En 1242, cuando los aliados han firmado la paz con el rey de Francia, los ingleses han sido ya derrotados, y el rey de Aragón ni tan sólo se ha movido, el tolosano Montanhagol pone aún toda su confianza en el valor del conde Raimundo; y la burguesía tolosana está de acuerdo con él. En 1246, Provenza se ha vuelto francesa: Montanhagol cree firmemente que Jaime I, rey de Aragón, se aliará con Raimundo para expulsar a los franceses. Es evidente que Raimundo VII buscó hasta su muerte la manera de anular las cláusulas del tratado de Meaux, ya fuera a través de un casamiento, o por un último esfuerzo afortunado: había hecho partícipes a sus súbditos de esta esperanza.

Eso explica la amplitud de la resistencia meridional, sobre todo en las grandes ciudades, y también la audacia de algunos panfletos. Los de Montanhagol contra la Inquisición continúan siendo los más mordaces, además de ser muy hábiles. El poeta intenta ahora oponer el catolicismo al catolicismo, tomando la bella frase que san Bernardo había pronunciado en 1144 ante la muchedumbre que llevaba a un hereje al suplicio: *Apruebo el fervor, pero no aconsejo imitar el hecho, pues a través de la persuasión y no de la fuerza hay que llevar a los hombres a la fe. En lugar de matar o desterrar a los herejes, habría que llevarlos a la razón, no con las armas, sino con argumentos apropiados para alejar sus errores y conducirlos a la verdadera fe.*

Montanhagol plagia aquí a San Bernardo: *No es que la Inquisición me disguste, dice: me gusta que se persiga al error y que a través de palabras persuasivas, sin odio, se conduzca hacia la fe a los herejes extraviados...* Pero pronto la sátira toma de nuevo sus derechos: *No desean nada (los predicadores) y sin embargo se van llevándose todo, sin preocuparse de los daños que causan a unos y a otros. Sirventés, corre a decirle al valeroso conde de Tolosa que no olvide lo que le han hecho los clérigos y que, de ahora en adelante, se guarde de ellos.* Este sirventés debe ser fechado en el 1233-1234, época en la que el espíritu del pueblo estaba muy soliviantado en Languedoc y en Tolosa contra la Inquisición.

La rebelión de los cónsules

En 1235, la paciencia de las poblaciones de varias ciudades languedocianas, entre ellas la propia Tolosa, había llegado a su límite al ver que se habían entablado juicios contra personas muertas, seguidos de exhumaciones. Razón por la cual los cónsules pidieron la intervención de Raimundo VII para inducir a los frailes predicadores a que abandonaran tales prácticas. A lo que ellos se negaron. Se les adjuntó un franciscano, Etienne de Saint-Thibery. *Sin duda se suponía*, escribe Jean Guiraud, *que la misericordia de un discípulo de san Francisco moderaría la Inquisición*. No fue así: los juicios póstumos y las sentencias contra los vivos se multiplicaron.

En respuesta, los cónsules hacían todo lo posible para favorecer las evasiones. Muchos sospechosos pudieron huir y llegar a Montségur. Guillaume Arnaud quiso entonces dar el golpe decisivo: citó a burgueses, clérigos, la mayoría de ellos grandes personalidades, acusándoles de herejía y cómplices de estas fugas. Eran doce, entre los que figuraban Morand le Vieux, un antiguo cónsul, Arnaud Gui, antiguo cónsul igualmente, un caballero, un médico, varios notables.

Empieza entonces la extraordinaria rebelión: se niegan todos a comparecer y lanzan amenazas contra el primero que intentara "citarlos". Con la aprobación del conde, los cónsules ordenaron a Guillaume Arnaud, obstinado en querer perseguirlos, acabar con toda inquisición o abandonar la ciudad. *Entonces*, cuenta Guillaume Pelhisson, *los cónsules y sus cómplices provocaron un alzamiento, asaltaron el convento, expulsaron al fraile inquisidor de su convento y de la ciudad, no sin antes maltratarlo*.

La comunidad entera lo siguió en procesión hasta el pie del puente de La Daurade, al otro lado del río Garona. Allí, los cónsules le declararon que si se decidía a abandonar la Inquisición, podía quedarse en la ciudad como los otros frailes. Si no, le ordenaban, en su nombre y en nombre del conde, que abandonara inmediatamente la ciudad y el territorio del condado.

Guillaume Arnaud partió hacia Carcasona, que pertenecía entonces al rey. Desde allí, excomulgó a los cónsules por herejes y culpables de herejía; al mismo tiempo, ordenaba a los curas de Tolosa y al prior de Saint-Etienne que citaran a los cónsules a comparecer ante él para ser interrogados sobre su fe y sus ardides. Los cónsules hicieron detener al momento al cura y al prior que los habían citado, arrestándoles

en el ayuntamiento durante parte de la noche. Más tarde, los expulsaron de Tolosa amenazando de muerte quienquiera osara llevarles una nueva citación.

Estas medidas, extremadamente audaces, tomadas por los cónsules, se aplicaron también al obispo y a los canónigos de San Saturnino. Se prohibió abastecerlos. El obispo tuvo que dejar él también la ciudad.

Sin embargo, los predicadores se quedaron. El prior les reunió al son de la campana, preguntándoles si estaban dispuestos a morir por la fe de Nuestro Señor Jesucristo. Después de haberse confesado y encomendado sus almas a Dios, cuatro hermanos aceptaron la peligrosa misión de llevar las citaciones. Cuando llegaron a casa de Morand, sus hijos les llenaron de injurias, les echaron a patadas, amenazándoles incluso con sus puñales. Les hubieran probablemente herido, de no ser por un burgués buen católico, Pierre de Coursa, que les retuvo.

Los cónsules decidieron entonces expulsar a todos los frailes de la ciudad. "Es preferible —dijeron— expulsarlos a matarlos." Los frailes —unos cuarenta— estaban comiendo cuando los cónsules llegaron acompañados por una multitud de herejes. Sin dejarles acabar su cena, los cónsules les hicieron abrir las puertas y notificaron al prior, de parte del conde y en nombre de la ciudad, que salieran junto con todos los del convento, o bien serían expulsados por la fuerza. El prior, esgrimiendo la cruz y el relicario, así como los frailes, se negaron a evacuar el convento y se sentaron. Entonces, tomaron al prior por la espalda y le expulsaron del claustro. Dos frailes tendidos en el suelo y que se negaban a moverse, tuvieron que ser llevados fuera cogidos por los pies y la cabeza.

El prior y el obispo Raimon du Fauga se trasladaron a Roma para notificar a Gregorio IX la actitud de los cónsules y del conde. El papa, que había recibido por otra parte informes de los obispos del Mediodía y de su legado, el arzobispo de Vienne, mandó a Raimundo VII una carta severa, donde le reprochaba sus actos y los de los cónsules. Al mismo tiempo, y esto era más grave, el papa escribía al rey de Francia Luis IX para que éste instara a Raimundo VII a cumplir el tratado de Meaux que le imponía la obligación de extirpar de sus Estados la herejía.

Mientras en Carcasona el inquisidor llevaba a cabo el juicio de los cónsules y les condenaba sin tan siquiera escucharlos, el 11 de noviembre de 1235, Raimundo VII, como de costumbre, se atemorizó y cedió. Permitió al obispo volver a Tolosa, así como a los frailes predicadores. Sin embargo, mandó una carta a Luis IX, donde hábilmente le rogaba

pedir al papa la anulación de los poderes de los inquisidores, cediéndolos ya fuera a los Menores (franciscanos), ya fuera a los obispos. En consecuencia, el arzobispo de Vienne, legado, pidió a la Inquisición que se mostrara más indulgente, y se aumentaron las prerrogativas de los obispos. Mas, de hecho, nada cambió sino que, a través de una elegante ficción, la Inquisición mantenía sus funciones “con el consentimiento y por voluntad del conde de Tolosa”.

Los juicios póstumos

Las exhumaciones atraían siempre a los curiosos e irritaban a los honestos ciudadanos. Cuando en Tolosa, el año 1237, el perfecto Raimon Gros abjuró de la herejía, sus revelaciones permitieron a los frailes identificar como cátaros numerosos burgueses o nobles —hombres y mujeres— que habían sido enterrados en el cementerio de la ciudad. *Sus cuerpos y sus huesos*, escribe Guillaume Pelhisson, *fueron arrastrados por la ciudad al son de las trompas. Se proclamaron sus nombres, precedidos de la advertencia: Qui atal fara, atal perira: ¡Quien así haga, así morirá! Fueron todos quemados en una esplanada, en honor de Dios, la Santa Virgen, su madre, y santo Domingo.*

Así ocurría en todas las ciudades del Languedoc; estas exhibiciones macabras continuaron hasta que la herejía hubo desaparecido completamente. Ninguna protesta tuvo la fuerza de moderar tal abuso. En Cahors, Pierre Sellan y Guillaume Arnaud condenaron así algunos difuntos, que fueron arrastrados por la ciudad y quemados. En todas partes, escenas enternecedoras tuvieron lugar: aquí, un hijo roba en el cementerio el cuerpo de su padre; allá, el cuerpo de Humbert de Castelnaud desaparece misteriosamente. A veces, el hecho sucedió en Carcasona hacia 1270, no se pudo dar con la osamenta, que había sido dispersada: entonces, se pusieron trozos de leña en unos sacos, paseándolos sobre cañizos a través de la ciudad según el rito habitual, y quemándolos luego.

Naturalmente, ocurría a veces que el personaje cuya tumba se profanaba de esta manera hubiera sido un verdadero hereje. Un tal Galvanne —“gran archimandrita” (?) de los valdenses— murió en Tolosa. Maître Roland se enteró: hizo un sermón, convocó a los frailes, los clérigos y algunos testigos. Se dirigieron hacia la casa donde Galvanne

había muerto, la destruyeron totalmente, la convirtieron en un vertedero de basura, y procedieron luego a la exhumación del cuerpo en el cementerio de la puerta Villeneuve, donde había sido enterrado. Lo condujeron en gran procesión hasta el Pré-Carbonel donde lo quemaron, siempre *en honor de Nuestro Señor Jesucristo, santo Domingo y la Iglesia romana católica, nuestra madre*. Esto ocurría en 1231.

Los cónsules habían intentado en vano, en algunas ciudades, actualizar antiguos documentos de antes de la cruzada que prohibían entablar juicios por herejía contra los muertos. Pero, naturalmente, la Inquisición no lo tenía en cuenta.

No quedaba otra salida a los parientes de los muertos, movidos por un fervor piadoso hacia ellos, que la de ocultar los cuerpos, robarlos del cementerio, o bien de lavar de toda acusación a los difuntos sobornando a los vegueres o simplemente al enterrador. A veces era la multitud, indignada, quien se oponía a la exhumación. En Albi, el año 1234, el inquisidor Arnaud Catalan había ordenado desenterrar el esqueleto de un hereje llamado Jussière. El baile, con mucho valor, se opuso a ello. El monje requirió a varios curas, se personó en el cementerio y allí, recogiendo su hábito y con la ayuda de una pala, se dispuso a abrir la tumba con sus propias manos. El pueblo, furioso, dejó estallar su indignación: expulsaron al inquisidor, golpeándole a los gritos de “¡Muerra el traidor!”, y se disponían a arrojarlo al río Tarn, cuando el baile consiguió rescatarlo. Salió de la ciudad, no sin antes haber excomulgado a sus habitantes...

Un buen día, maese Roland de Cremona, al averiguar que Pierre Donat había recibido sepultura en el claustro de San Saturnino ataviado además de su sobrepelliz, se dirigió allí con los frailes y los clérigos. El cuerpo fue desenterrado y arrojado a las llamas. Es sorprendente el número de curas católicos, quienes más tarde fueron reconocidos herejes, enterrados en los cementerios de los claustros. Esto hace pensar que la relativa fuerza del catarismo provenía en gran parte de que a los ojos de muchos clérigos, el catarismo era considerado como un espiritualismo esotérico, reservado a una élite.

En el condado de Foix, en el siglo XIV, era posible llegar a un acuerdo con el procurador del conde. Pierre d'En Ugol decía haber sentido mucha vergüenza al pensar que el cuerpo de su madre Mabelle hubiera podido ser desenterrado y quemado. El acuerdo que tomó con el procurador le costó una gran cantidad de pimienta: se daban ya especias a los jueces, o el equivalente de estos productos poco comunes, en dinero.

Las nobles damas eran también víctimas de esta fobia de desenterrar a los muertos. En noviembre del 1269, los frailes Pierre de Cadreyta y Guillaume de Colonico, inquisidores de Cataluña, pronunciaron sentencia según la cual la condesa Ermesinda, heredera del vizcondado de Castelbon, y mujer de Roger-Bernard II, conde de Foix —que parece efectivamente haber sido cátara— *había protegido y defendido a los herejes, a quienes había dado asilo... habiendo muerto entre las manos de los perfectos...* Los jueces ordenaron que si sus restos podían ser reconocidos, fueran exhumados y conducidos lejos del cementerio de los fieles.

Y así se continuó quemando cadáveres por todas partes durante casi todo el siglo XIV.

Para los vivos, una precaria y secreta existencia .

Del 1237 al 1244, año en que la caída de Montségur desmanteló los sistemas administrativos de la secta, el catarismo consiguió, en suma, sobrevivir en la clandestinidad. En medio de grandes peligros, los fieles, mientras contaron con la protección intermitente y a menudo poco eficaz de la corte condal y de los cónsules, así como del apoyo moral de una gran parte de la población, lograron vivir diariamente en la atmósfera de su fe. Sin duda todos sospechaban de todos pero, mediante infinitas precauciones, el creyente podía realizar todos sus deberes religiosos y morir entre las manos de los buenos hombres, hecho que revestía para él una vital importancia. Tanto en la ciudad como en el campo, siempre era posible recibir el *consolamentum*. En las ciudades, como Tolosa, Albi, o Carcasona, había que recurrir al “nuncio”, que sabía dónde se ocultaban los perfectos, para que fuera a buscarlos. La clandestinidad complicaba altamente las cosas. Antaño, cuando los perfectos tenían libertad de acción, escogían el momento oportuno: cuando la vida del enfermo llegaba a su fin para así evitar el peligro de recaer en el pecado, pero en un estado sin embargo suficientemente consciente como para poder recitar el *Pater*. Imaginamos que al encontrar los perfectos tantos obstáculos en su camino llegarían siempre demasiado tarde o aún muy temprano.

Yves Dossat cita dos casos muy característicos, el de Roger Isarn, hermano de Héris de Mazerolles, a quien Guilhabert de Castres no pudo

dar el *consolamentum* en Fanjeaux en el año 1223, y el de Dama Brunisende quien, encontrándose enferma en Beateville, hacia el año 1244, no pudo obtener *consuelo*, porque su estado ya no le permitía hablar. El *nuncius* hacía lo que podía. En Tolosa, es muy probable que algunos perfectos vivieran en la ciudad, totalmente ignorados por la Inquisición. Otros se escondían durante el día en el campo y no penetraban en la ciudad hasta la caída de la noche, cuando se les había avisado.

Quizá la práctica de la *convenensa*, conocida ya en 1238, estaba relacionada, como lo cree Y. Dossat, con el hecho de la dificultad existente en aquel entonces para llevar a los perfectos al sitio requerido. Este "pacto" se había hecho para poder recibir el *consolamentum* con la única condición de estar con vida, aunque no se estuviera en estado de recitar el *Pater*.

En algunos casos, el creyente se hacía llevar hasta Montségur o bien llegaba allí por sus propios medios, en el caso de que estuviera dispuesto, para recibir el *consolamentum* y esperar allí la muerte. Pero el viaje era largo y peligroso.

En Tolosa como de hecho en todas partes, se debía temer al espía que advertía al inquisidor con suficiente antelación como para interrumpir la ceremonia. En este caso, perfectos y *nuncius* se daban a la fuga, sin tiempo a veces de avisar al enfermo del peligro que se le avecinaba, suponiendo que éste estuviera en estado de comprender lo que le ocurría.

El 4 de abril 1235, se notifica al obispo (dominico) de Tolosa, Raimon de Fauga, que una noble dama ha recibido el *consolamentum* en una casa situada cerca del convento de los frailes, en la calle del Olmo Seco, hoy calle Romiguières. Esta *magna matrona* era la madre política de un tal Peytavi Borsier, *nuncius* y *questor*, es decir agente financiero de los herejes en Tolosa. El obispo y el prior se disponían a comer: se estaban lavando las manos. Acuden a toda prisa al domicilio de la dama, donde la encuentran enferma con graves fiebres malignas. Le dicen: "Señora, es el señor obispo que viene a veros." Y, sin dejar ni siquiera tiempo para avisarla, el obispo y el prior irrumpen en la habitación. Sentándose al borde de su cama, el obispo empieza a hablarle del desprecio hacia las bajezas de este mundo. Ella esperaba recibir la visita del obispo cátaro por lo que sus palabras no la sorprendieron, y le contestó como lo hubiera hecho a un buen hombre. Con mucho ardid, el obispo le sustrajo confidencias que eran del todo herejes. "En el estado en que os encontráis —le dijo—, me imagino que no os preocupan ya demasiado las miserias de este mundo y que por consiguiente no os atreveréis a mentir. Os exhorto, pues, a ser inflexible en vuestras creen-

cias. No debéis, por temor a la muerte, confesar otra creencia que aquella en que creéis firmemente y de corazón.” “Monseñor —contestó ella—, creo en lo que ya os he dicho, y no voy cambiar mi fe en este momento, cuando tan poca vida me queda.” “¿Sois pues una hereje? Tenéis que saber que es la fe de los herejes la que me habéis confesado. Abandonad en seguida vuestros errores, desdichada, y creed en lo que cree la Iglesia católica y romana. Soy vuestro obispo, el obispo de Tolosa, y en la fe católica quiero, os ordeno que creáis.” Largo tiempo continuó amonestándola, exhortándola ante las personas allí presentes, pero fue en vano. La dama se obstinó en la herejía. Entonces el obispo llamó al veguer y delante de testigos católicos, la condenó. El vicario ordenó que fuera inmediatamente conducida, en su lecho, al Pré-au-Comte, donde los sargentos, cuentan los escritos, *se alegraron de quemarla*.

Luego, los frailes y el obispo retornaron a su refectorio, donde comieron con satisfacción la cena que les esperaba y que este asunto había interrumpido, dando gracias a Dios y a santo Domingo. Esta imprudente confesión de la dama supuso el arresto de Peytavi, su yerno, y la de Bernard Auderic, de Dremil, que era el *socius* de Peytavi. Sus detenciones comprometieron a muchos burgueses tolosanos, aumentando así su alarma.

La delación

Espías y delatores estaban por todas partes, vigilándolo todo. Los tolosanos tenían que medir sus palabras, lo que representaba un gran esfuerzo dado su carácter abierto. A menudo los traidores eran también agentes provocadores: hacían estragos tanto en la ciudad como en el campo. Un artesano, volviendo de su trabajo, asiste en la plaza del pueblo a una discusión muy animada, donde dominan los griteríos de las mujeres: están despellejando a una vecina cuyo marido es cornudo. La mala inspiración del artesano le empuja a intervenir y dado que su pensamiento se expresa únicamente a través de proverbios, aventura éste:

Tostemps es e tostemps sera
Qu'om ab autrui molher jaira (21)

La frase es seguidamente repetida al obispo: “Monseñor, cree en la

eternidad del mundo; ha dicho: 'veremos siempre' .” Es posible que este Arnaud de Savinhan, picapedrero de oficio, hubiera verdaderamente —e ingenuamente— creído en la eternidad del mundo; tenía además una clara reputación de anticlerical. Pero si aquel día se hubiera callado, no hubiera sido condenado al *Muro*.

Hacia 1320 podía ser peligroso tener quimeras en la cabeza, tener fantasmas entre sus amistades y proclamarlo por todas partes. Cuando Arnaud Gelís, llamado Bouteiller, antiguo sacristán de la iglesia catedral de Pamiers, había bebido, se tomaba por el “mensajero de las almas”: los muertos se le aparecían encargándole recados para los vivos. El difunto canónigo reclamaba unas misas, la difunta burguesa pedía el velo nuevo que sus herederos habían cambiado por otro ya muy usado antes de meterla en el ataúd, y otro difunto escrupuloso se preocupaba por una pequeña deuda que no había podido saldar.

El obispo Fournier hace detener a Arnaud Gelis y le interroga con curiosidad. Este charlatán, que cuenta que los muertos cumplen su penitencia en esta tierra corriendo de noche por los campos y entrando en las iglesias, es quizás un hereje sin saberlo. ¿Acaso no profesa, como los cátaros, que Cristo, el día del Juicio final, salvará a todos los cristianos por malos que hayan sido, e incluso a los judíos?

Arnaud Gelis debió su salvación a su reputación de bebedor y quizá también al apodo de Bouteiller, conocido en este mundo y en el otro. “En sus paseos nocturnos, confió al obispo, los muertos tienen la debilidad de introducirse en las moradas de los ricos burgueses: allí se dirigen a las bodegas y escogen las mejores botellas. Algunas veces me hacen el honor de aceptarme a su lado. Como ellos no beben más que en intención, soy yo quien vacía sus vasos.”

No conocemos la sentencia. El obispo debió divertirse y mandar a Bouteiller a reunirse con sus fantasmas ebrios; y sabiendo que la verdad se esconde alguna vez en el vino, pero nunca la herejía, sin duda sólo le ordenó una pequeña peregrinación al santuario más cercano.

Peire Vidal, de Foix, se encuentra un buen día en el camino de Tarascón a Ax a un cura de pueblo y un clérigo, que continúan con él la marcha. El clérigo le pregunta a quemarropa y como para iniciar la conversación: “Amigo mío, ¿creéis que sea pecado mortal conocer a una mujer de la que no se es el marido?” Peire Vidal contesta simplemente: “Si la mujer es una prostituta y han convenido anteriormente el precio de común acuerdo, no creo que el hombre peque con este acto.” “¡Es un mal chico!”, le dice el clérigo al cura. Y los dos corren a denunciarlo al

obispo Fournier, el cual, en tal circunstancia, se mostró casi tan indulgente como lo había sido Peire Vidal con los pecados de la carne: le condenó a las cruces simples, que le absolvió un año después.

La solidaridad de los cátaros y la organización de la resistencia

El “partido” cátaro intentaba defenderse contra los traidores y los espías, a veces de manera espontánea, otras planeando sus actos. Los tenderos, los artesanos, las mujeres del pueblo estaban siempre dispuestos a intervenir para salvar cualquier víctima de los predicadores. También los villanos en las campiñas desiertas. Eran tiempos de delación pero, en contrapartida, se desarrollaba en todas las capas sociales una admirable solidaridad entre los perseguidos y las víctimas. Ocurrió un día en Tolosa que el veguer y el abad de San Saturnino apresaron a un creyente muy bien considerado en su barrio. En el momento de llevarse-lo, se produjo un alboroto y un tal Esquivet, ayudado por los artesanos del barrio, arrancó al desdichado de las manos de los soldados.

El Viernes Santo del año 1235, muchos herejes vinieron a delatarse ellos mismos. Otros fueron forzados a hablar. Arnaud Domenge, amenazado de muerte por el veguer, delató a diez herejes a cambio de prometerle su libertad: se trataba de diez perfectos o creyentes refugiados en el castillo de Cassés, aquel castillo de siniestro recuerdo donde Simón de Montfort ya había hecho quemar a sesenta perfectos en 1211. Siete de los desdichados fueron arrestados. Pero tres de ellos lograron escapar, con la ayuda de los campesinos del entorno que acudieron a rescatarlos.

Las mujeres se mostraban más fervientes y hábiles que nadie. Las de Roquefort (cerca de Sorèze) ven pasar, una tarde, un sargento de la abadía que conducía a Sorèze a dos creyentes que había detenido, Raymonde Autière y su compañera. Al momento, se arman de bastones y bieldos, apalean al sargento y liberan a los dos herejes. El sargento corre a la abadía y cuenta al abad lo que había ocurrido. El abad vuelve a Roquefort con su sargento, reúne a las mujeres y las acosa a preguntas. Y aquí el relato parece surgir de una fábula, como dice Y. Dossat, que tradujo así lo que seguidamente aconteció: *Replicaron que el sargento no había detenido a dos perfectas, sino a dos mujeres casadas del castillo a quien había tomado tontamente por dos herejes. Señalaron a*

dos de ellas como si fueran las que habían sido detenidas. Evidentemente, el sargento no las reconoció y mantuvo su punto de vista. Pero como no pudo aportar ninguna prueba, no se le creyó y fue tomado en burla. Es difícil de creer, añade Dossat, que el abad tragara este engaño. ¿Acaso era él también algo cátaro?

El "partido hereje" había creado una organización clandestina encargada de obtener fondos que serían utilizados para los intereses de la secta; quizás otro de sus objetivos fuera también proteger y ayudar a evadirse a los inculpados, suscitando si era necesario motines liberadores. Esta organización, según parece, sostenida por los perfectos, se beneficiaba sin duda del apoyo y complicidad de los cónsules y de muchos barones de la corte condal. ¿Cómo entender, si no es por la existencia de una verdadera red de contraespionaje, que tantos traidores fueran descubiertos y ejecutados, cuando los inquisidores guardaban celosamente el secreto de las declaraciones y delaciones? Arnaud Domenge, que había delatado cobardemente a los diez herejes de Casés, fue asesinado una noche en su cama, en su casa de Aigrefeuille. Los cátares intentaban por su parte atemorizar a los terroristas. Cierta Guilhem Jean había propuesto a los dominicos de Pamiers hacer caer en sus manos a Pierre Authier. ¿Cómo fueron informados de tal conspiración los amigos del perfecto? Dos de ellos sorprenden al delator en plena noche, lo conducen a las montañas y lo arrojan a un precipicio. Se habla de agentes de la Inquisición que no osaban salir de la casa de los frailes ni de los conventos en donde se habían refugiado. Ni que decir tiene que estos juegos y dobles juegos, estas delaciones y falsas delaciones creadas para entorpecer la gestión de los inquisidores (¡se denunciaba a buenos católicos!), complicaban peligrosamente la vida del creyente. ¡Ay de aquel que tenía una bonita mujer o una tienda tan bien provista que hacía morir de envidia al competidor!

En el caso de que los creyentes fueran poco fervorosos y amigos de la tranquilidad, podían sin duda librarse de la mayor parte de sus obligaciones para con la secta, al contrario de los *nuncii*, hombres de confianza de los perfectos que estaban en continua relación con ellos, visitándoles en secreto y, de no poder hacerlo, encontrando la manera de recordarles sus deberes. Es inimaginable que algunos raptos de perfectos acontecidos oportunamente, siendo arrancados de las manos de los sargentos, ciertas rebeliones "espontáneas", no hayan sido minuciosamente preparadas: gente segura encuadraba a los manifestantes y éstos habían sido sin duda alguna "convocados".

La secta tenía a su disposición a *ductores*, creyentes fieles que

conocían los atajos, y se cuidaban de guiar a los buenos hombres a campo a través. En 1253, estos *ductores* hacen que Pierre Delprat pueda huir de los sargentos del baile de Saint-Rome. *Le hicieron escapar a través de la brecha de un muro de una casa colindante, escondiéndole hasta llegada la noche en un viñedo* (según Y. Dossat). Si estos guías caían en manos de la Inquisición, o bien ellos mismos traicionaban, entonces, era una verdadera catástrofe: la relación de refugios, de postas, de casas amigas debía rehacerse de nuevo. En el caso de Pierre Authier, si consiguió escapar a la Inquisición por tan largo tiempo, fue porque disponía en todas partes en el condado de Foix, de lugares seguros cuyos propietarios, los *receptores*, eran cristianos convencidos. En algunos pueblos todos los campesinos eran también *receptores*.

Al atardecer, se espera la llegada de los buenos hombres. Todos están reunidos en la cocina, la *foganha*; silencio y murmullos. De pronto golpean en la puerta y la mujer va a abrir. Es el *ductor*, que pregunta en voz baja si hay algún indiscreto. Si son todos de confianza, introduce a los perfectos. A menudo éstos se presentan sin anunciarse: conocen bien el país. Han atravesado el pueblo en tinieblas, con paso rápido, la cabeza cubierta con la capucha. La puerta se cierra tras ellos, precipitadamente. Reverencias, *melhorier*, (22) gestos púdicos de mujeres vigilando sus faldas, cubriendo sus cabellos. Los perfectos se quitan la capa, dejando aparecer sus túnicas de tela azul oscuro. Se les hace sentar cerca del fuego, en el banco con respaldo — también armario de la sal — que es el sitio de honor. El coloquio adquiere en seguida un cariz familiar, cada uno pregunta sobre lo que le interesa. (En estas pobres cabañas, el libre examen se practicaba de manera natural y espontánea.) Entonces uno de los buenos hombres predica, comentando escenas del Evangelio, la historia de Marta y María, para las mujeres, o algún mito dualista.

Algunas veces, vecinos y vecinas que poseen *l'entendensa del ben* (23), han sido prevenidos con suficiente antelación para que puedan ir a escuchar el sermón. De nuevo llaman a la puerta. ¿Quién puede ser, dado que todos los amigos están ya allí? Es una vecina que no ha sido invitada, pero que se ha dado cuenta de que “algo está ocurriendo”. Hay que abrirle. Se le da en seguida el fuego que dice viene a buscar. Pero ha sido suficiente para que se diera cuenta de la presencia de los dos buenos hombres, sentados inmóviles en su banco, como estatuas, apenas alumbrados por las llamas de la chimenea. Es inútil intentar mentirle. “Son buenas gentes —le dice la campesina—, buenos cristianos: viven santamente, y jamás tocan a una mujer. Sólo ellos tienen el

poder de salvar las almas." Se le hace prometer que no dirá nada, ni siquiera a su marido. Si se le nota alguna simpatía por la secta, no se duda en pedirle —quizá también para comprometerla y obligarla a callar— ayuda para los buenos hombres "que bien lo merecen, pues son perseguidos y no pueden trabajar." De acuerdo: les traerá aceite, trigo y pastel de pescado...

Los creyentes más prudentes sólo recibían a los perfectos en los lugares anexos de la granja: el pajar o el palomar. A la primera alarma, se escabullían en la noche. Algunos disponían de bodegas o de silos, donde los perfectos podían esconderse mientras duraba la inoportuna visita de un charlatán o un vecino sospechoso de venderse a los inquisidores. Existían trampillas que daban a pasajes subterráneos, armarios disimulando cuartos secretos, enormes cofres donde se podían encerrar. La seguridad de los perfectos era probablemente mayor en el campo que en la ciudad, salvo en Tolosa, en ciertos barrios populosos, en la isla de Tounis, por ejemplo, o en Bazacle, donde podían encontrar fácilmente refugio entre los artesanos y los jardineros. Los palacetes burgueses sólo podían ofrecerles, como refugios temporales, sus grandes bodegas abovedadas, que en ciertas ciudades se comunicaban entre sí y permitían llegar a una casa alejada o a las alcantarillas.

Cuando un creyente pensaba que había llegado el momento de pedir el *consolamentum*, avisaba al perfecto, como hemos dicho, a través del *ductor* o del *nuncius*. La ceremonia se celebraba por la noche, al amparo de miradas indiscretas, en la habitación del enfermo o en un cuarto retirado, alumbrado por una vela. (Una por lo menos se necesitaba al lado del Evangelio de Juan.) En aquella época, los perfectos pasaban menos tiempo consolando a los moribundos y los ritos eran generalmente breves. Si en la ciudad no existía seguridad, el *consolamentum* tenía lugar en cualquier sitio, en pleno campo, tras una cerca, o en una de esas cabañas de piedra, tan numerosas en el Languedoc. Como antes de la persecución, los parientes entregaban a la secta la herencia que para ellos había dejado el difunto, añadiendo su ofrenda personal: dinero, vestidos o víveres.

El antagonismo religioso en las familias

Ocurría a veces que las familias estaban divididas por querellas religiosas. Esto acrecentaba la dificultad de la práctica clandestina del catarismo. Un marido podía sentirse temeroso de una mujer charlatana y fanatizada por los clérigos, o ella de su marido. Una joven de humor cambiante, castigada severamente, podía ser un terrible peligro para sus padres: les amenazaba con convertirse al catolicismo. En los pueblos del condado de Foix, cuando se disponían a recibir a los buenos hombres, la madre tenía sumo cuidado en alejar a la sirvienta y a la propia hija si no eran absolutamente adictas a la secta. Se las mandaba a guardar el rebaño, o a buscar agua a la fuente. Una joven explica que los perfectos se detenían a menudo en casa de su madre Bruna. Un día, bajando del primer piso, vio uno en la sala de la planta baja, de quien no pudo distinguir los rasgos. Su madre le dijo enfurecida: “¿Nos espías, no, tonta? ¡Y nos escuchabas!” La mandó a buscar nabos.

Parecidas escenas debieron ser frecuentes y algunas veces dramáticas. En una ciudad de Cataluña donde algunos creyentes se habían reunido ante un perfecto emigrado, una mujer de nombre Ermesinda tenía una hija, Juana, a la que se creía poseída por el diablo. ¡Y lo estaba, dado que era buena católica! Era imposible hablar de catarismo en su presencia. En cuanto aparecía el buen hombre le gritaba: “¡Voy a partirte la cabeza de un hachazo!” Un día en que su madre se encontraba enferma: “¿Por qué no llama usted a su obispo?” Le dijo con insolencia, “¡él la curará!” Y le repetía que si volvían a Montailou (Ariège), iría a denunciarla al inquisidor, y también a los otros. En la propia casa de su madre, osó decirle a Bélibaste: “Si os tomáis por el hijo de Dios, ¿dónde están vuestros milagros?” El hereje le contestó simplemente: “Hija mía, si yo no os hago ningún daño, ¿por qué me lo hacéis a mí?”

Juana llegó a ser la peste, y la comunidad cátara tuvo que plantearse deshacerse de ella. Los perfectos de la época dorada jamás hubieran aconsejado, ni permitido, un asesinato; pero las circunstancias habían cambiado: no autorizaban a los creyentes a matar, pero los dejaban hacer. “La mala hierba debe ser arrancada del campo”, decía Bélibaste, o bien: “Si las zarzas crecen delante de la puerta de tu casa, debes cortarlas o quemarlas.” Los creyentes interpretaban a medias aquella clase de parábolas. Los perfectos se responsabilizaban de estos pecados.

La madre se dispuso a añadir semillas de eléboro en el enorme

plato de coles cocidas que Juana se disponía a comer. Pero su naturaleza a cal y canto hizo que el veneno no tuviera ningún efecto sobre ella. “Tendremos que matarla con un arma, o precipitarla desde una roca”, dijeron sus dos primos, que se encargaban de la ejecución. Pero Guillemette, la tía de Juana, les disuadió: “Tened cuidado. Tiene más fuerza que los dos juntos, y si se huele algo, os matará.” Finalmente, Pierre Mauri y otro creyente fueron designados para asesinarla: mientras uno le hablaría, el otro la atravesaría de un golpe de lanza. Pero, pensándolo mejor, temieron ser descubiertos y detenidos por asesinato. “Vale más, dijeron, envenenarla con realgar (sulfuro de arsénico).” Es de creer que esta virago, capaz de enfrentarse con dos hombres armados, había sido creada por el diablo —y el diablo la protegía— pues cuando Pierre Mauri quiso adquirir realgar, aduciendo que era para curar a sus asnos, el boticario se negó a dárselo. “Traed aquí a vuestras bestias —le dijo—, yo mismo les aplicaré el remedio.” Uno de los conjurados, incapaz de cometer un pecado, había advertido secretamente al farmacéutico. Y así fue como Juana escapó de la muerte.

Parecidos conflictos existían también —aunque menos frecuentes— entre maridos y esposas. Por esta razón, los buenos hombres se preocupaban de que los mozos tomasen como esposas a miembros de la secta. En caso de desavenencia, los cónyuges se divorciaban. Los perfectos se apresuraban a pronunciar la disolución del matrimonio, antes de que el odio tomara proporciones extremas.

Las “cajas de ayuda”

Aparte de las desavenencias que podían surgir en algunos hogares, la mayoría de las familias cátaras, unidas por la misma fe religiosa, parecen haberse enfrentado de buen grado a las múltiples obligaciones que sobre ellos recaían a veces, de consideración. La secta disponía de *questores*, especie de agentes financieros encargados de recoger las donaciones en víveres y centralizarlas en unos “depósitos de víveres”, regentados por creyentes voluntarios. Los campesinos más pobres encontraban siempre algo que dar y las mujeres, sobre quien pesaba la responsabilidad de dar de comer a todos, no eran las menos generosas. Los *questores* percibían también la suma de las contribuciones voluntarias de dinero: *talhas* y *collectas*. Si la palabra *collecta* evoca donacio-

nes libremente consentidas, la de *talhas* hace pensar en una especie de impuestos. No creemos que los cátaros hayan querido ni tampoco podido percibir un verdadero impuesto por parte de sus fieles. Pero evocando su sentido del deber y el sentimiento de solidaridad que los unía como miembros de la Iglesia "perseguida", lograron el acuerdo de todos para establecer una contribución fija, proporcional a sus recursos, y sin duda sin gran dificultad, ya que los creyentes se beneficiaban también de ello.

Si la mala suerte se ensañaba contra él, el creyente podía efectivamente pedir recurso al organismo financiero de la secta. En el caso en que la Inquisición amenazara de exhumación a la madre de algún perfecto, la primera reacción de un hijo era la de intentar corromper al baile; este último, en algunas regiones, y fundamentalmente en el condado de Foix, era más fácilmente corruptible al ser también enemigo de los franceses; para esto hacía falta una cantidad de dinero que no siempre poseía el creyente: la pedía prestada, si era posible, al tesorero de la comunidad local. Los falsos testimonios, que a menudo servían para acusar a un enemigo, eran también utilizados como medio de defensa, aunque también había que pagarlos. Después de una exhumación establecida por el juicio póstumo, o bien por el solo hecho de haber dado hospitalidad a un perfecto, el creyente temía ver su casa destruida. El procurador del conde de Foix —en 1310— arreglaba pronto las cosas, mediante las especies: quince libras tornesas. Si el creyente no poseía esta suma, podía pedirla prestada al *questor*. En principio, las casas condenadas a ser destruidas no podían ser compradas de nuevo, pero los jueces sobornados consentían ventas ficticias: los vecinos se entendían entre ellos para comprarlas en pública subasta, al menos las tierras si no se podía con las casas. La solidaridad aristocrática resultaba todavía más eficaz: los bienes embargados a los caballeros eran adquiridos por los burgueses del lugar y devueltos más tarde a sus propietarios. Mas en algunos casos era el tesoro cátaro el que ponía fondos a disposición de esos nobles para que compraran sus dominios a través de personas interpuestas.

Llegó un momento en que ni los perfectos ni los creyentes altamente comprometidos estuvieron seguros en ninguna parte, salvo en Montsegur. No se podían ni siquiera esconder en los conventos católicos: un creyente que había tomado los hábitos en la abadía de Bellepêrche fue condenado y, para no ser arrestado, tuvo que huir a Lombardía. La atmósfera se había vuelto tan irrespirable que muchos creyentes se planteaban el expatriarse. Parece ser que la secta ofreció dinero a los

emigrantes exentos de recursos, sobre todo a los perfectos, así como financiaba marchas organizadas.

Sin la ayuda de una organización secreta, capaz de facilitar *ductores*, pasantes, escoltas y prever postas y refugios, ¿cómo los simples campesinos, o incluso los pequeños señores que nunca habían salido de sus pueblos (se dejan coger en la posada o en la calle, cuando van solos de Pamiers a Tolosa), habrían podido emprender tan largos y peligrosos viajes?

Existía en toda Occitania una circulación de fondos sorprendente para la época, aunque el volumen monetario haya tenido tendencia a acrecentarse a finales del siglo XIII, al igual que los precios. *En la época de la emigración*, escribe Dossat, *fue necesario mandar grandes sumas a Lombardía. Trescientos sueldos de oro fueron transportados previamente de Lavaur a Roquevidal en un saco hecho de dos trapos cosidos. La transmisión de sesenta y cinco dineros de oro desde Lavaur hasta Prades, cerca de Saint-Paul-Cap-de-Joux, en un pequeño saco, despertó la curiosidad de Bernard de Montesquieu, pues este hijo de caballero no había nunca visto monedas de oro; tomó incluso una moneda de oro en su mano. ¡Pobreza de la nobleza occitana! ¡Qué contraste con el capitalismo tan orgulloso ya en aquel entonces y tan seguro de sí mismo, de los cátaros y burgueses que no creen más que en el oro, porque emigra con los emigrantes!*

En parte, merced a esta circulación de oro cántaro durante el decenio que transcurre entre el establecimiento de la Inquisición y la caída de Montségur, los creyentes tuvieron la impresión de no estar totalmente desarmados ante la represión. Mientras los perfectos, desde la altura de su montaña inviolada, dirigieron la resistencia occitana, fueron numerosos los que, entre los fieles, a cambio de una lucha cotidiana, barajando las cartas, castigando a los traidores, respondiendo a la violencia con la violencia, corrompiendo a los corruptores, pudieron salvar sus vidas sin perder sus almas.

CAPÍTULO III

LA VIDA EN MONTSEGUR

Los orígenes cátaros de Montségur

A principios del siglo XIII, hacia el año 1202 o 1203 o quizás antes, algunos “cristianos” y “cristianas” se habían establecido en la montaña de Montségur, a mil doscientos siete metros de altitud, para llevar allí una vida contemplativa. Quizás habían determinado esta elección antiguas tradiciones relacionadas con el peñasco: se podía observar desde allí las ruinas informes de una torre rectangular, construida sobre una obra anterior a ella. Una cisterna, dispuesta en la ladera de la montaña, a doscientos metros al oeste de una torre, abastecía de agua a la pequeña comunidad. En 1203, Forneria, hereje declarada, madre de un caballero de Mirepoix, tenía allí una casa. Su hijo Arnaud-Roger le llevaba provisiones de pan, vino y pescado, pues no había ningún pueblo en las inmediaciones. El que actualmente hay se creó mucho más tarde, cuando aquellos parajes ya se habían transformado en una especie de mercado. La montaña debía poseer algún prestigio pues Forneria, que hubiera podido retirarse, con los bienes que poseía, al convento de mujeres de Lavelanet, había preferido ir al encuentro de sus compañeras y de algunos perfectos. Practicaban en común la pobreza evangélica, en medio de árboles de pequeña altura aunque frondosos, y muy cerca del cielo, en casas que en realidad no eran más que celdas de madera y piedra.

Hacia 1209, Auda de Fanjeaux moraba también en una de esas cabañas, donde le visitaba alguna vez su hijo Isarn-Bernard. Esta noble dama había recibido el *consolamentum* en Fanjeaux, de manos de Guilhabert de Castres, al mismo tiempo que Esclarmonde de Foix, Fays de

Durfort y Raymonde de Saint-Michel. Estas perfectas, esposas que se habían separado de sus maridos vistiendo el hábito, y algunas viudas, encontraban en la comunidad cátara la seguridad material y espiritual y podían emplear con utilidad sus últimas fuerzas. Algunas no se quedaban todo el año en Montségur, sino que iban simplemente a visitar a sus amigas. Y así fue como en 1211, Hélis de Mazerolles, su hermana Fays y otras dos damas subieron al castillo, encontraron allí a Guilhabert de Castres y lo “adoraron” en la “Casa de los herejes”. La madre de Sicard de Durfort residió también allí en 1214, junto a su hijo.

La fortaleza: capital religiosa y refugio

En 1204, aquella comunidad que en su origen era sobre todo femenina, creció considerablemente por lo que Raimon de Mirepoix, Raimon Blasquo y el clero cátaro juzgaron necesario pedir a Raimon de Pereille, señor de la Roque d'Olmès y de Pereille, la reconstrucción del castillo de Montségur. Se trataba, en aquel entonces, de proporcionar un refugio más cómodo a la comunidad, asegurándole una protección mayor contra un posible ataque de los bandoleros o de los salteadores. Raimon de Pereille vaciló pero acabó aceptando. En el sitio de la torre en ruinas, hubo un castillo nuevo y seguro, sin que éste le costara demasiado, pues la Iglesia cátara tomó a su cargo la totalidad o parte de las obras de reconstrucción.

Las obras duraron de 1204-1205 hasta 1209-1211, sin que la montaña viera desaparecer a aquellos cenobitas. Se restauró la gran torre rectangular, que se transformó en torre del homenaje; la pequeña cisterna —o pozo— situada en la ladera oeste resultó insuficiente, insalubre y expuesta a la destrucción en caso de asedio, razón por la que se construyó una nueva cisterna que ocupó, insólitamente, casi la mitad de la gran sala primitiva. Se edificó luego un recinto amurallado, en forma de pentágono irregular, sin torres, sin ornamentos, sin barbaccanas, sin más cornisas que las que hicieron falta, en los puntos amenazados, para sostener los matacanes. El castillo tenía dos puertas; una, al norte, daba acceso al pequeño pueblo de las perfectas, y la otra, al sur, era la puerta de entrada al castillo. El pueblo cátaro, instalado en la terraza, entre el muro del recinto y el abismo, protegido por empalizadas, estaba, por decirlo así, aferrado al castillo, de manera que la

puerta del sur era como una puerta interior. Un fortín, situado a dos o trescientos metros hacia el este, completaba la defensa del conjunto constituido por el pueblo cátaro y el castillo, añadiéndole prestancia.

En el interior, el patio del castillo estaba en parte ocupado por los locales pertenecientes a la secta, o utilizados como almacén, dejando libre en el centro un pequeño patio y una especie de pasillo o de calle que iba de una puerta a otra. Antes del asedio de 1244, este patio formaba parte del pueblo, ya que había que cruzarlo para salir de él. La puerta grande, por donde se entra aún hoy en el recinto, se abría a un camino de montaña, en aquel entonces mejor conservado. Era una puerta elevada y protegida por una muralla almenada cuyas cornisas son aún visibles. Los viejos campesinos de Montségur recuerdan haber visto, ante esta puerta, una concavidad del terreno y vestigios de una escarpa, y pretenden que allí había una *cava*, un foso, ancho y profundo, protegiendo tan sólo la entrada al castillo. La existencia de este foso — que había que cruzar sobre un puente móvil — no es descartable.

Una barbacana de piedra y madera protegía el camino. Sin duda, los enfermos y las provisiones de todo tipo podían ser transportados con la ayuda de mulos hasta la puerta de aquella barbacana, quizás hasta la del castillo. Cierto es que algunos perfectos llegaban a caballo, pero ignoramos dónde dejaban sus monturas.

En 1232, Guilhabert de Castres pidió entrevistarse con Raimon de Pereille. La entrevista tuvo lugar en Pas-de-la-Porte (entre Saverdun y Auterive). Raimon de Pereille iba acompañado de numerosos caballeros y sargentos armados; Guilhabert de Castres había reunido a unos treinta perfectos, entre los que figuraban Bernard de la Mothe, Jean Cambiator, Hugues de la Bacone, Trento. Una escolta de caballeros fieles, entre los cuales estaba Pierre de Mazerolles, aseguraba la protección de los perfectos. Se dirigieron todos al castillo de Massabrac, donde pasaron la noche. Guilhabert de Castres tenía frío: le encendieron fuego. Al alba, Raimon de Pereille y sus caballeros condujeron a los buenos hombres a Montségur, donde es probable que Raimon de Pereille no tuviera todavía su residencia habitual, aunque su mujer permaneciera ya en la montaña. Guilhabert de Castres suplicó entonces a Raimon de Pereille que recibiera a los cátaros en el castillo, para que su Iglesia tuviera así una sede central, una especie de capital, desde donde podría mandar a sus misioneros, propagar su apostolado y asegurar la defensa de los perseguidos. Raimon de Pereille se mostró reticente durante largo tiempo: pidió consejo a sus caballeros, a los señores de Châteauverdun, de Lavelanet, de Mayreville, muy conscientes de los peligros que aquel

asunto podía acarrearles, pero estimando también que el poder de la secta contribuiría, llegado el momento, a protegerles y finalmente accedió. De hecho, poco tiempo después fueron excomulgados: Raimon de Pereille, su mujer Corba, su hermano Arnaud-Roger y su yerno Pierre-Rogier de Mirepoix, quien asumiría pronto el mando militar del castillo.

A partir de ese momento, Montségur cambia totalmente de carácter. Ya no es sólo el asilo de un puñado de perfectos y de perfectas, sino la capital religiosa del catarismo, la casa madre, desde donde el apostolado, misión esencial de la secta, iba a resplandecer por toda la región del Languedoc; el “lugar seguro”, por fin, donde los creyentes podrían encontrar en todo momento a los perfectos, para aconsejarles, reconfortarles, darles el *consolamentum*. Los establecimientos religiosos se agrandaron: hubo un *hostal de los buenos hombres*, que los inquisidores llamaban la “Casa de los herejes”, donde los perfectos vivían en comunidad y, al lado, un convento de mujeres, donde éstas tomaban juntas la comida. Estos conventos existían ya sin duda en 1204 o 1205: era un conjunto de cabañas yuxtapuestas. Pero moradas más amplias fueron instaladas en 1231. Se puede ver aún hoy, bajo la torre del homenaje, los vestigios de una gran habitación, con escaleras labradas en la roca que sirvió quizá de refectorio o de sala de reunión. Parece ser que la morada de Guilhabert de Castres era contigua a la “casa de los perfectos”.

Un mundo misterioso

Es imposible hacer coincidir de manera satisfactoria para la mente las informaciones que nos brindan los textos con el estado actual de aquellos lugares. Hubo en Montségur, hasta doscientos o trescientos perfectos (en 1244, doscientos como mínimo fueron quemados). La guarnición, caballeros y mercenarios, no debía ser inferior a ciento cincuenta hombres, a los que había que añadir las familias y el personal, aunque reducido, de los señores. La imaginación no logra situar a toda esta gente, sin admitir la hipótesis de que en el siglo XIII, existían en la montaña y valles cercanos, ya sea en el lugar llamado *Camp de la Gleisa* o en el emplazamiento del pueblo actual, numerosas casas firmemente construidas, que la Inquisición habría destruido en 1244.

La torre del homenaje, relativamente exigua, no podía albergar más que a Raimon de Pereille, Pierre-Rogier de Mirepoix y su familia,

además de algunas damas y caballeros de su entorno. Corba, mujer de Raimon de Pereille, vivía probablemente con Marquesia de Lantar, su madre, y con Esclarmonde, su hija tullida, en el convento de las perfectas, fuera del castillo. Pero Philippa, esposa de Pierre-Rogier de Mirepoix, que tenía consigo a su hijo de poca edad Esquieu, una nodriza, una doncella y la "sirvienta" de su marido, debía compartir la sala superior de la torre con su hermana Arpaïs de Ravat, la esposa de Arnaud-Roger de Mirepoix, Cecilia, y Azalaïs de Massabrac. Los hombres ocupaban sin duda la planta baja. Roquefère, hijo natural de Pierre-Rogier y un cirujano se alojaban ellos también en un rinconcillo de esta sala. La promiscuidad debía resultar molesta. Si nos imaginamos que para ir a buscar agua a la cisterna había que cruzar la sala; que la torre, sede del comando militar, estaba llena, a ciertas horas, de mensajeros y sargentos de armas, podemos hacernos una idea del barullo reinante.

Algunos caballeros y sargentos habían traído con ellos a sus mujeres legítimas o a sus concubinas. Nunca fueron muy numerosas. Se supone que estaban en los barracones que cercaban el patio del castillo. ¿Quizá todas juntas, en un dormitorio común? ¿O en habitaciones individuales donde sus maridos o amantes se reunían con ellas?

En Montségur, todos vivían con pocas comodidades. La sala inferior de la torre, fría en invierno por la cercanía de la cisterna, era bastante insalubre. La de arriba, donde se amontonaban las damas, era más ventilada y disponía de una gran chimenea. Por la noche, no había más luz que la que daban la velas: los perfectos traían a Pierre-Rogier la cera para fabricarlas.

Las cabañas donde residían los perfectos, en gran parte horadadas en la roca, estaban cubiertas por un techo de vertiente única que se apoyaba en muros de piedra o de madera. Eran además muy estrechas y sin ventana alguna, y el aire y la luz no entraban más que por la puerta (se ha encontrado frecuentemente, en las ruinas, los goznes y los herrajes). En invierno, se calentaban las cabañas con sencillas hogueras encendidas entre dos piedras, como en el neolítico, o bien con braseros, como en la época romana. El humo salía por un agujero en el techo o por la puerta. El mobiliario se componía de un lecho, un baúl, donde los perfectos guardaban sus libros y sus vestidos, y de un taburete. Un estante labrado en la roca contenía una escudilla, una olla, una lámpara de aceite, de arcilla.

¿Dónde pues estaban los conventos, el hospicio, las escuelas de que hablan algunos textos? Estos locales no han dejado huella alguna:

quizá fueran de dimensiones muy modestas. Si en Montségur la vida de cada perfecto, o mejor dicho de cada dos perfectos en su celda, es fácilmente imaginable, es difícil en cambio situar, según los vestigios arqueológicos, las salas donde tenían lugar las comidas en común, las ceremonias, las conferencias. Llegamos incluso a creer que dadas las circunstancias y la naturaleza de aquel lugar, se veían obligados a vivir cada cual con lo suyo, cada uno preparándose su propia comida, y que en realidad la comunidad no era más que ideológica y de vecindario. Los conventos eran las cabañas que se comunicaban entre sí; el hospicio, el conjunto de cabañas donde cada grupo de perfectos se ocupaba de sus enfermos. En cuanto a la escuela, podía estar en cualquier parte. No parece, además, que hubiera habido muchos jóvenes en Montsegur, y las chicas, poco numerosas, vivían con sus madres.

En el verano, es cierto, las ceremonias podían tener lugar al aire libre, en algún lugar descubierto, ante los magníficos horizontes.

Se habla muy poco de niños en Montségur. No encontramos más que el hijo de Pierre-Rogier, Esquieu, y el de Bérenger de Lavelanet, que tenía diez años cuando fue interrogado, después de la capitulación. Todo hace pensar que las mujeres encintas eran inmediatamente evacuadas, mandadas a sus castillos o a lugares seguros en granjas cercanas. El pueblo de los perfectos estaba mayoritariamente compuesto por ancianos y mujeres de edad.

En cuanto a los hombres de armas, es probable que habitaran los almacenes del castillo o en barracas de madera. Cuando les tocaba guardia, dormían allí mismo, en los lienzos de muralla, envueltos en sus mantos.

El patio del castillo debía tener un aspecto animado y pintoresco. Las mujeres guisaban al aire libre, cerca de la tienda de víveres que se puede ver todavía apoyada en la parte interior de la muralla del este. El olor de la carne asada que el viento llevaba, no debía ser del agrado de los perfectos, así como el vecindario que formaban esos caballeros, groseros y carnales, a quienes las mujeres o amantes no habían querido renunciar. Preferían sin duda sus celdas de piedra, escondidas en la silenciosa vegetación, a aquella muestra del mundo satánico que era el castillo, con sus griteríos, sus cóleras, sus pasiones.

Sin embargo, Montségur no fue siempre un pueblo tan repleto: su población debió ser flotante y enormemente variable. En ciertas épocas, no quedaban en el castillo sino los perfectos y perfectas más ancianos, y un pequeño cuerpo de caballeros de guardia. El resto — perfectos y caballeros — estaban en misión. Los obispos habían querido que así fuera. Bertran Marti, residente en Montségur desde 1238, anda siempre por montes y valles. En 1240, se le encuentra con los caballeros de Gaja y de Laurac, a quienes insufla ánimo. Más tarde, se encierra en el Montréal asediado de donde puede luego escapar. Hasta su muerte — ocurrida en la hoguera en 1244 — continúa haciendo lo mismo que en 1233, cuando recorría pueblos y castillos del Lauragais, de Mas-Saintes-Puelles hasta Fanjeaux. Guilhabert de Castres, siendo él también en principio residente de Montségur, donde posee una casa, muestra el mismo ardor apostólico. Va a adquirir nuevas fuerzas a la montaña santa para partir inmediatamente hacia nuevas misiones. En 1233, *consuela* a un caballero de Hautpoul, yendo luego a Montréal y a Dourne, en la región de Sault, donde por un tiempo es huésped de los señores de Niort; en 1237, visita Saint-Félix-de-Caraman. Recorre en todas direcciones su diócesis ideal que vuelve a ser, merced a su inagotable actividad y al fervor de sus fieles, una verdadera diócesis. No cesa en sus peregrinaciones hasta 1237. Es ya muy viejo y no se aleja de la fortaleza donde, en 1241, da aún el *consolamentum* a Arnaud Dejean. Murió sin duda poco tiempo antes del asedio de 1244, ya que no figura, al menos con el nombre de Bertran Marti, entre las víctimas de la hoguera de Montségur.

Entre dos giras episcopales, los perfectos se dedicaban a reorganizar la secta. Poco después de haber logrado de Raimon de Pereille la cesión de Montségur, Guilhabert ordena a Trento como obispo del Agenais, con Vigoros de la Bacone como hijo mayor. Instituye a Jean Cambiator como hijo mayor de Tolosa, con Bernard Bonafous como diácono. Las reuniones que se celebraban en Montségur, dado el número y la calidad de los perfectos que asistían a ellas, parecían sínodos. No se puede hablar con exactitud sobre la envergadura de la organización que allí fue creada, pero, como controlaba puntos muy alejados del castillo, podemos creer que abarcaba la administración general de todo el catarismo occitano.

La actividad diplomática de Montségur fue muy considerable des-

de 1230 hasta 1244. Se conocía, a través de emisarios numerosos y fieles, todo lo que acontecía en el Languedoc. El levantamiento de Trencavel, en 1240, no cogió de improviso a los caballeros cátaros: esperaban que el vizconde llegara hasta Montségur y que, desde allí, pudiera asegurar su unión con el conde de Foix. Las relaciones con el conde de Tolosa no fueron jamás interrumpidas, incluso cuando la actitud de éste, dictaminada por las circunstancias, podía parecer ambigua u hostil. En 1241, Raimundo VII dio orden a sus tropas de avanzar hacia Montségur y sitiarla. Pero todos sabían en la fortaleza que al mismo tiempo se estaba preparando para enfrentarse con el rey de Francia, encabezando una temible coalición que, de haber sido mejor llevada, hubiera podido significar el fin de la dominación francesa en Languedoc. En apariencia, resultaba más incomprensible su actitud de 1233 cuando, por orden suya, Mancipe de Gaillac, uno de sus bailes del castillo de Fanjeaux, quien también era sospechoso de herejía, había llegado a Montségur —donde fue muy bien acogido— acompañado de algunos sargentos, y se apoderó, sin dificultad alguna, de Jean Cambiator y de tres perfectos. Éstos, conducidos a Tolosa, habían sido quemados vivos. ¡Qué importa! Los obispos y los caballeros lo comprendían todo y lo perdonaban todo. Su única preocupación era la de saber, en todo momento, “por dónde andaban los asuntos del conde de Tolosa y si seguían bien”. Sin duda por instigación del conde fueron organizadas, desde la fortaleza, la expedición contra los inquisidores d’Avignonet y muchas otras más de las que no tenemos conocimiento preciso. Esto supone unas relaciones permanentes entre la corte condal y el castillo, ya sea con los perfectos directamente o por lo menos con sus jefes militares.

Montségur mandaba emisarios por doquier y, a su vez, los recibía de todas partes. Numerosos caballeros catalanes permanecieron allí en varias ocasiones. Algunos perfectos, que vivían en Castelbon el año 1244, estaban en constante unión con Montségur. Se recibía también allí a los cátaros que regresaban de Lombardía, portadores de noticias de los medios cátaros emigrados, así como de las Iglesias heréticas de Italia. Cierta día, un perfecto remitió a Bertran Marti una carta del obispo cátaro de Cremona. En ella, el obispo alababa la profunda paz en la que se encontraba su Iglesia, pareciendo querer invitarle a refugiarse allí en caso de que los asuntos de la secta llegaran a estropearse. De hecho, uno de los sucesores de Bertran Marti siguió este sabio consejo y gobernó lo mejor que pudo la Iglesia de Tolosa desde Cremona y Piacenza, donde se refugió desde 1244 hasta 1272 poco más o

menos. No sabemos en qué medida los *ductores* encargados de hacer pasar a los cátaros a Lombardía, estaban ya bajo el control de Montségur. El primer intento de red, se sitúa probablemente antes de 1244. La secta y el tesoro cátaro debieron, desde aquella época, ayudar a los ministros importantes y particularmente amenazados a salir hacia Italia.

Las noticias circulaban de prisa, precisamente porque muchos creyentes iban a Lombardía y regresaban espontáneamente o bien por orden. Se leían las poesías antirromanas de los trovadores refugiados en la corte de Federico II (hacia 1241-1242 se creía inminente una intervención del emperador germánico en favor de Raimundo VII, su aliado en aquel momento). Un *sirventés* francófilo de Uc de Saint-Circ les indignaba; en cambio, se aplaudía la virulenta sátira de Guilhem Figueira, contra Roma. Las buenas noticias alternaban, es cierto, con las malas, sumiéndoles tan pronto en la esperanza como en el desaliento. Raimundo VII intentó alentar a los caballeros propagando, durante el asedio de 1244, “buenas nuevas falsas”...

Hasta el momento en que fueron sitiados, los habitantes de Montségur no se sintieron jamás aislados. Potentes fortalezas subsistían todavía, los castillos de los señores de Niort, la plaza de Quéribus. Se creía al conde de Foix preparado para reemprender la lucha. El poderoso Bernard de Alion no dudaba en brindarles su ayuda. Se salía libremente de Montségur; los perfectos asistían a comidas donde se daban la bendición del pan, en Camon y otros lugares, y visitaban las comunidades de la región. Cada pueblo vecino significaba un refugio. Incluso durante el asedio, mientras el pequeño fuerte del este estuvo en manos de los cátaros, fue posible entrar y salir del recinto, de noche, con relativa facilidad: Montségur permanecía ampliamente abierto al espacio y al futuro...

Los problemas de subsistencia

Sin embargo, los obispos y los perfectos debían preocuparse del abastecimiento de la plaza, que no siempre encontraba su alimento por las cercanías. En 1235, el invierno fue muy rudo y los trigos habían sufrido heladas en toda la región, por lo que los perfectos conocieron días difíciles. Dos caballeros creyentes trajeron la noticia a Bernard Oth de Niort, de que “habían visto a varios perfectos, en Montségur, murien-

do casi de hambre". Se hizo inmediatamente una colecta en las diócesis de Carcasona y de Tolosa, y se obtuvo sesenta barricas de trigo. El grupo de caballeros de Laurac ofreció diez barricas. Bernard Oth de Niort donó él solo otras tantas.

Con la vigilancia de Guilhabert de Castres y de Bertran Marti, aquella carestía no se repitió. Llegaban víveres de los pueblos amigos: Villeneuve d'Olmès, Massabrac, Montferrier. La presencia de tantos consumidores en la montaña atraía entonces a los mercaderes, que llegaban a veces de muy lejos. Al no tener en principio derecho de vender a los herejes, el trato se hacía al pie de la montaña y los mercaderes fingían ignorar la categoría a la que pertenecían sus compradores. Otros, más fervientes, subían hasta el castillo donde *adoraban* a los perfectos, esos clientes que pagaban tan bien. Las donaciones llegaban de todas partes: agentes especiales iban a buscarlas directamente cuando los donantes no podían llevarlas por sí mismos. En general, se trataba de trigo, que los perfectos trituraban en sus cabañas con la ayuda de pequeñas muelas, así como legumbres de todo tipo, habas, garbanzos, coles, lentejas, champiñones, y frutas, higos, peras, uvas, nueces, avellanas, y también aceite, miel, tortas, pescado fresco o en salmuera, pasteles de pescado y vino. La llegada de los mercaderes, el retorno de los agentes colectores producía en las cuestas de la montaña un movimiento continuo, teñido de cierto optimismo.

Había que pensar también en almacenar los víveres para la guarnición y la comunidad, en previsión de un asedio que parecía inminente. Para los perfectos, se hacía sobre todo provisión de trigo y legumbres, pescado y aceite. Cada uno de ellos recibía cierta cantidad de grano que guardaba en un silo excavado bajo su cabaña (se encuentra aún, alguna vez, en las terrazas de Montségur, escondites con trigo carbonizado). Existían también, en el castillo, almacenes donde el trigo y las legumbres eran conservados para las necesidades de la comunidad; y, en el osario que ocupaba el fondo del patio, se amontonaban provisiones de carne salada destinada a los caballeros y soldados.

A partir de 1242, todos en Montségur trabajaron sin tregua para aumentar las reservas de víveres. Los asnos cargaban los sacos de trigo, los toneles de vino, hasta la barbacana; caballeros y perfectos ayudaban a descargar las bestias, cargando en sus espaldas los sacos y fardos. Tradiciones aún vivas, y más antiguas que aquellas que inventó Napoleón Peyrat, relatan estos fabulosos acarreos: en muchos pueblos de la región se muestra aún el "camino que lleva a Montségur".

El tesoro de Montségur

Los cátaros estaban a menudo forzados a comprar a través de intermediarios y a pagar los favores. Era pues necesario que el tesoro de la secta estuviera bien provisto. Éste era alimentado por las donaciones, por legados, por entregas. Muchos creyentes daban a los perfectos sumas de dinero, jarros de gran valor, objetos de plata. Otros, que habían ya perdido sus casas y sus tierras, y que la idea de perder también los pequeños bienes que les quedaban atormentaba, los confiaban a los *questores* de Montségur. Estos depósitos se hacían siempre a largo plazo, pero los cátaros los devolvían con exactitud, en el momento de ser reclamados, y sin interés alguno. La secta se reservaba únicamente el derecho de hacerlos rendir según su criterio, en beneficio del Bien. Si los herederos de un creyente no entregaban la herencia que éste había legado a los perfectos antes de morir, eran separados de la Iglesia, a menos que hubieran empobrecido realmente. Un hereje de la familia de Niort había legado cincuenta sueldos de Melgueil a los perfectos, después de haber recibido el *consolamentum*, por parte de ellos. Su hermano, Oth de Niort, que había sin embargo hecho señalados favores al catarismo, no pudo o no quiso entregárselos. Poco tiempo después, habiendo sido herido, pidió recibir el *consolamentum*. Guilhabert de Castres exigió primero que le entregara la suma que la Iglesia le había prestado así como la donación de su hermano. La suma total era de mil doscientos sueldos de Melgueil. Ocurría esto en 1232, en la época en que Guilhabert era diácono en Fanjeaux. Algunos creyentes, arruinados por las incautaciones, hacían legados condicionales, exigibles únicamente en el caso en que sus herederos recuperaran su fortuna. Y así fue como Raimon de Congost, después de haber recibido el *consolamentum* en Montségur, legó al diácono Tavernier cien sueldos de Melgueil, a reserva de que sus herederos recuperaran los bienes embargados a su familia.

A los perfectos no les gustaba viajar con dinero, ni tampoco recibirlo. Los fondos eran recogidos por los *questores* o *depositarii* que los guardaban con ellos hasta que los pudiesen remitir al tesoro.

No se conocen bien los detalles sobre la manera en que los cátaros hacían fructificar los depósitos. En diferentes épocas, colocaron sumas importantes en casas de banqueros tolosanos o italianos y, según parece, prestaban también dinero, alguna vez con intereses, a los caballeros. Pero, la mayoría de las veces, renunciaban a este interés a cambio de la

ayuda armada que esperaban de ellos. Grandes damas, como por ejemplo Hélis de Mazerolles, que a menudo pedían préstamos a la caja de los conventos de mujeres que ellas dirigían, no dejaban nunca de devolverlos. En los años 1240, al amenazar la guerra, cuando la secta debía enfrentarse con enormes gastos inmediatos y los tiempos no eran favorables a las inversiones comerciales, los perfectos realizaron, montando la defensa del castillo de Montségur, su más rentable “inversión”.

Los gastos de la secta eran realmente grandes. A veces, había que pagar por la liberación de un perfecto. Cuando no era más que diácono, Bertran Marti fue un día detenido, en Fanjeaux, junto a tres de sus perfectos. La mujer de un tal Fournier, en casa de quien les habían encerrado, corrió a ver a un mercader amigo de los cátaros, que le entregó en seguida siete escudillas de plata. Continuando su cuestación, acabó reuniendo cien sueldos tolosanos que sirvieron para pagar el rescate de los perfectos. Pero no siempre la generosidad de los creyentes se manifestaba de manera tan espontánea y, a veces, era la secta quien debía costear los gastos, retribuyendo a todo un personal: *nuncii*, pasadores, *questores*, espías, emisarios encargados de peligrosas misiones. Estos agentes eran sin duda desinteresados, pero los perfectos creían justo indemnizar a aquellos que corrían graves peligros, especialmente cuando les albergaban.

Al no ser país muy seguro, los perfectos se hacían a veces escoltar por los caballeros de Montségur, a quienes alquilaban los caballos o las mulas. Por cada una de estas misiones les entregaban una indemnización, pues nunca requerían un favor sin antes recompensarlo. Pierre-Rogier de Mirepoix recibía cien sueldos cada vez que escoltaba a un perfecto; el barbero-cirujano de Montségur recibía cinco cada vez que sangraba a Guilhabert de Castres.

Los perfectos no llevaban nunca armas, no combatían, no derramaban sangre. A su servicio, aparte de los caballeros voluntarios, tenían a mercenarios y a camineros. En pleno sitio de 1244, se supo con alegría en el castillo que Bernard d'Alion y Arnaud de Son habían podido reclutar a veinticinco mercenarios por quinientos sueldos de Melgueil. (En realidad, estos soldados de élite, al mando de Corbairo, un jefe de grupo catalán, no pudieron jamás entrar en la plaza.) Los caballeros, la mayoría de ellos sin recursos, eran prácticamente mantenidos también por la secta. A principios de Cuaresma del año 1243, poco tiempo antes de la capitulación, Bertran Marti distribuyó a todos los hombres de la guarnición, aceite, pimienta y sal. Los sastres confeccionaron jubones para vestirlos. Un caballero necesitado recibió unos guantes, un sombre-

ro; otro, una túnica, un *gardacor*. Normalmente, los mercenarios cobraban un sueldo en efectivo: cuatrocientos sueldos tolosanos fueron repartidos entre Raimon de Saint-Martin, jefe de una tropa de mercenarios, y Pierre-Rogier de Mirepoix. Cada sargento de armas recibió cinco sueldos tolosanos (eran los atrasos de su sueldo). Pierre-Rogier de Mirepoix era también asalariado por su función de condotiero. Bertran Marti le daba aceite y sal, le invitaba a su mesa, pagaba sus vestidos; le ofreció, poco tiempo antes de la caída de la fortaleza, una manta verde de Persia; le traía incluso la cera necesaria para hacer las velas. La Iglesia cátara le encargaba la distribución necesaria para alimentar a sus caballeros (cuando llegó la rendición, Pierre-Rogier se llevó el peculio considerable que había reunido al servicio de la herejía, junto con el botín resultante de sus expediciones). La Iglesia pagaba también los gastos necesarios para el armamento. Alrededor de 1240, cuando se esperaba la victoria de Trencavel, se fabricaron armas en Montségur: lanzas, arcos; otras llegaron del exterior. El ingeniero Arnaud de Vilar se alojó cuatro días en el castillo para preparar las balistas, cuando el sitio del conde de Tolosa. Durante el sitio de 1244, otro ingeniero se introdujo en la plaza para construir una máquina de guerra capaz de destruir la que el obispo de Albi había logrado instalar a doscientos metros del castillo.

Las relaciones entre perfectos y caballeros o sargentos de armas eran correctas, pero distantes. Los perfectos hubieran preferido vivir en paz, y a menudo se mostraban impacientes ante las riñas que surgían entre estos guerreros. Pierre-Rogier de Mirepoix, a despecho del respeto que manifestaba exteriormente a los perfectos, guardaba en el fondo del alma su orgullo de aristócrata. La Iglesia apreciaba sus favores, que se le pagaban, pero cuando los obispos querían hablar con él, lo convocaban en su casa. La comunidad cátara mantenía con la soldadesca las relaciones más inevitables. Caballeros y mercenarios escuchaban los sermones de los obispos en el patio del castillo; en cuanto a lo demás, vivían como les placía; sólo se les consideraba verdaderos "creyentes", o sea, para los perfectos, almas para salvar, cuando recibían de ellos, estando heridos o moribundos, el *consolamentum*, en cumplimiento de la *convenensa*.

A pesar de la agitación incesante que reinaba en la montaña, los perfectos continuaban llevando, entre el castillo y el abismo, su vida de meditación y de plegarias. Las comidas que tomaban, algunas veces en común, pan, vino, nueces y fruta, eran precedidas, por la *bendición del pan*, más solemne en Montségur que en ninguna otra parte. Cada domingo, los sermones de Bertran Marti o de Guilhabert de Castres tenían gran éxito, atraían a los creyentes de la región, los visitantes de paso e incluso los mercaderes. En vísperas de una expedición peligrosa, el obispo se dirigía sobre todo a los caballeros, estimulando su fe, exhortando su valor. Cada mes tenía lugar el *appareilhementum* o *servicium*. El diácono o bien el obispo reunía a perfectos y perfectas, recibía su confesión en público, luego su confesión particular si era necesario, y les administraba penitencias. Los caballeros, los sargentos de armas, sus mujeres o sus amantes podían también confesarse, o por lo menos asistir a la ceremonia, y al "beso de la paz" que la clausuraba. Algunos de estos *appareillements* tomaban, en Montségur, una particular importancia, por ejemplo el que precedía la noche de Navidad. Para los perfectos que no habitaban en "el monte", era esta una ocasión de asistir en gran número a la ceremonia. En 1242, llegaron cátaros catalanes desde Tallemproaria alojándose en el castillo durante unos quince días. Las comidas, tomadas en común, resultaban entonces muy animadas, porque cada uno contaba los acontecimientos de su lejano país; se hablaba de los vivos y también de los muertos, de los que estaban en el exilio en Cataluña o en Lombardía, pero también de esperanzas temporales y sobrenaturales.

Las perfectas recibían a menudo, en sus cabañas, cuando la tenían en propiedad, o bien en la casa de la secta, a sus hijos, o a sus amigas creyentes. Todos y todas hacían en primer lugar, y ante ellas, las tres genuflexiones del *melhorier*; a continuación, el hijo daba libre curso a su emoción por encontrarse de nuevo ante su madre; la dama anciana, al placer de ver de nuevo a su amiga de la infancia y al de evocar con ella los recuerdos que precedieron su toma de hábito.

Había en Montségur algunas muchachas que no habían querido separarse de sus madres. Eran perfectas o aspirantes. Ocurría también que una de ellas, poco entusiasmada por la vida mística, se enamorara de un caballero, conocido durante el sermón. Se casó con él, sin dejar, naturalmente, de ser creyente.

Los perfectos no olvidaban nunca que, por muy importante que fuera la vida mística y contemplativa, tenían también el deber de actuar, y que su misión consistía esencialmente en predicar y en “consolar” a las almas. En Montségur, según la regla, eran sin duda los obispos o los diáconos quienes conferían el *consolamentum d'ordination*, pero también, a veces, conferían el de los difuntos. Se puede incluso pensar que el inmenso prestigio de que gozaba el castillo para los creyentes, era debido en gran parte al hecho de que la regla, los ritos y las ceremonias eran allí mantenidas en toda su exactitud y su rigor.

Los creyentes sabían que en Montségur encontrarían a ministros fervientes y puros (el *consolamentum* dado por un perfecto en estado de pecado no era efectivo) que les consolarían en el momento oportuno y después de haberles impuesto la larga preparación espiritual exigida por el *ritual*. Los perfectos eran bastante numerosos, y disponían del tiempo necesario para dedicarse a esta tarea, sin tener que temer la irrupción súbita de los esbirros de la Inquisición. Se entiende que tantos buenos cristianos hayan querido, por esta razón, morir en Montségur. Si el estado físico del enfermo lo permitía (cuidaban tanto de su cuerpo como de su alma), los perfectos, durante largo tiempo, le enseñaban la doctrina cátara y sobre todo la abstinencia. Y no lo *consolaban* más que en el último momento, de manera que no pudiera recaer en el pecado. Si es cierto que los lugares guardan algo de las energías sutiles que en sus rincones se manifestaron, Montségur debe irradiar luz espiritual, pues lo que es cierto, se crea o no en el valor del catarismo, es que muchos hombres y mujeres murieron allí realmente *consolados*; es decir, con la certidumbre de haber vencido a las tinieblas.

Nada había más emocionante que la llegada al castillo, al alba, de aquellos enfermos que habían viajado durante toda la noche, llevados en literas, o a lomos de mulas o de caballos; habían temido, más que a la propia muerte, no ver aparecer el sol sobre la montaña. Muchos, efectivamente, morían en camino. Peire Guilhem de Fogars, de la Roque d'Olmès, que no podía ya ni hablar, tuvo que pararse en Montferrier, muy cerca de Montségur. Murió allí, en los brazos de los dos buenos hombres que le acompañaban, con los ojos clavados en el castillo de la Consolación.

En Montsegur se confería también la ordenación, es decir el *consolamentum* de los perfectos, a los hombres y mujeres dignos de ella. Pero habían tenido que ser anteriormente preparados: Marquesia de Lantar, emparentada con barones que siempre habían servido fielmente al catarismo, se había retirado muy joven a Montségur; era sin duda, junto a

Forneria, la más veterana de la comunidad; sin embargo no recibió los hábitos más que en 1234, cuando ya era muy anciana, en casa de Bertran Marti, en presencia de su hija, Corba de Pereille, de Arpaïs, esposa del caballero Guiraud de Ravat, y de su nieta.

Los perfectos y las perfectas estaban obligados, según la regla, a dedicar parte de su tiempo a un trabajo material para ganarse el sustento; les era fácil llenar el poco ocio que sus ocupaciones religiosas les dejaba. En Montségur, casi todas las profesiones, todos los oficios estaban presentes. Algunos buenos hombres cultivaban los campos áridos en las cuestas soleadas de la montaña. Algunas perfectas iban, a veces, a pescar truchas al torrente que baja de Saint-Barthélemy. Otras cocían el pan (Guillelma d'En Marti había sido panadera), otras guisaban; unas iban a buscar agua a la cisterna, lavaban las prendas de la comunidad, otras hilaban la lana, cosían sus propios vestidos, los de los perfectos y los de la guarnición. Compraban la lana a los mercaderes, cuando las donaciones en materia prima no eran suficientes.

Habían en Montségur albañiles, carpinteros, armeros, fundidores e incluso un molinero. No sabemos, por falta de información, cómo estaban organizadas las oficinas y los servicios de contabilidad. Pero lo que sí es seguro es que se podía fácilmente encontrar gente instruida entre los perfectos y las perfectas, algunas de las cuales eran mujeres de experiencia y de gran cultura. Varias de ellas habían dirigido conventos: Esclarmonde, madre del caballero Hugues de Festa, establecida en la montaña desde 1229, había sido mucho tiempo superiora de una comunidad de mujeres en Fanjeaux.

Caballeros y mercenarios

Comparándolos con los perfectos, los caballeros y mercenarios constituían un mundo muy distinto. Despreocupados y optimistas, la inactividad les hubiera resultado aburrida. La mayoría habían perdido todos sus bienes, y no tenían otro asilo que la fortaleza. Algunos, poco numerosos, habían conservado sus mansiones en Sault, e iban a Montségur tan sólo a cumplir un tiempo de servicio, por lealtad, por devoción al conde de Tolosa o bien porque habían contraído obligaciones con la secta. Eran alojados y alimentados, pudiendo además conservar el botín de la guerra. La cuestión de Avignonet no representó para ellos

más que una buena ocasión para apropiarse del botín. Sin poner en entredicho la sinceridad de su adhesión al catarismo, a menudo admirable, se puede sin embargo creer que Montségur representaba para ellos la independencia política y una materialización de sus deseos de venganza.

Al igual que los perfectos, andaban siempre por los caminos. Montségur parecía el castillo legendario del rey Arturo, donde no se encontraban más que dos o tres caballeros ociosos, esperando perezosamente la aventura, habiendo los demás partido ya hacia la salvación de una viuda o de un huérfano. Unas veces, había que escoltar a un obispo o a un grupo de perfectos, protegiéndoles, defendiéndoles de los bandoleros. Otras, oponerse por la fuerza al arresto de un creyente fiel a la secta. A veces eran enviados para reforzar clandestinamente a los pueblos donde el inquisidor había proclamado un "tiempo de gracia": los cátaros temían el efecto de estas medidas porque los traidores, que se beneficiaban de ellas, delataban a mucha gente. En el territorio del condado de Tolosa, los bailes, patriotas y creyentes, se cuidaban enérgicamente de desanimar a los eventuales delatores. Durante la Cuaresma de 1240, la Inquisición había proclamado, en Conques, una "semana de gracia", durante la cual los herejes, que se *presentaran espontáneamente y denunciaran a otro, serían absueltos a cambio de penitencias canónicas leves*. El baile de Montauriol agrupó inmediatamente a la población: "¡Cuidado que nadie se atreva a delatar a uno solo de nuestros amigos a la Inquisición: detendré al instante al traidor, incautará sus bienes y lo condenaré a muerte!" Pero, a veces, no estaba de más que un pequeño contingente de caballeros de Montségur viniera a apoyar el fervor de los creyentes y, en algunos casos, presionar incluso al baile.

Las expediciones punitivas y el asunto de Avignonet

Montségur organizó acciones defensivas y punitivas contra los traidores y contra la Inquisición, devolviendo golpe por golpe, contestando al terror con el terrorismo. En 1241, Pierre-Rogier de Mirepoix fue a encerrarse al castillo de Roquefeuil, que Trencavel había momentáneamente liberado, y que estaba entonces sitiado por el alcaide de Carcasoña. La cabeza de Pierre-Rogier fue puesta a precio, pero consiguió escapar y llegar hasta Montségur. Otras expediciones, menos importan-

tes, fueron sin duda organizadas, aunque la historia no ha guardado memoria de ellas. La más célebre es el asunto de Avignonet, que acabó con la matanza del inquisidor Guillaume Arnaud y de todo su tribunal. Guillaume Arnaud se había ganado muchas enemistades, en particular la de Raimundo VII, a quien que antaño había humillado en Tolosa, y la de Pierre-Rogier de Mirepoix, al que había excomulgado. La matanza fue decidida por Raimundo VII y su amigo Raimon d'Alfar, baile de Avignonet: los caballeros de Montségur fueron encargados de ejecutarlo, función que aceptaron de buen grado. Contando con la complicidad de los burgueses de Avignonet, que abrieron las puertas de la ciudad, Raimon d'Alfar hizo caer a los inquisidores en una trampa bien preparada: los caballeros de Montségur, que habían viajado toda la noche, sorprendieron a los inquisidores en la casa donde Raimon d'Alfar los había alojado, y allí los mataron. El botín fue muy pobre. Uno cogió una caja de jengibre, otro un caballo; éste un candelabro perteneciente a Raimon l'Escrivan, antiguo trovador y archidiácono del legado; aquél un libro que vendió pronto por cuarenta sueldos tolosanos; el último se apoderó de una túnica... Pierre-Rogier había sido guiado únicamente por el odio que desde hacía tiempo sentía por Guillaume Arnaud. Cuando se reunió con los conjurados después del asunto, preguntó de inmediato a uno de ellos: "Arnaud, ¿dónde está la copa? —Se rompió—. ¿Por qué no recogiste los trozos? Los habría juntado en un círculo de oro, y en esta copa habría bebido el vino durante toda mi vida." Esa copa era el cráneo de fray Guillaume Arnaud.

No parece que el clero cátaro participara directamente en esta matanza, que su moral reprobaba seguramente, pero tampoco la impidió. De hecho, ¿hubiera acaso podido? Estos eran asuntos del conde de Tolosa; y, si bien los perfectos hubieran condenado sin duda las circunstancias particularmente crueles en las que el asesinato fue perpetrado, no podían sentir mucha lástima por la suerte de los inquisidores, ellos mismos homicidas, quienes, *habiendo golpeado con la espada, debían morir por la espada.*

Bertran Marti había seguramente asistido a la charla que el enviado de Raimon d'Alfar mantuvo con Pierre-Rogier de Mirepoix, en Montségur, poco tiempo después de la terrible expedición. El obispo se encontraba entre dos aguas: por un lado, su conciencia de perfecto, por otro, la razón de Estado; la matanza de los inquisidores sería la señal de la insurrección de Raimundo VII contra el rey de Francia. La liberación parecía muy cercana, pero sabía también que si los asuntos del conde fracasaban, significaría, esta vez, el fin de Montségur. Y parece

ser que por estas razones exigió que Pierre-Rogier no participara personalmente en la matanza. Efectivamente, sorprende en gran manera que el jefe de la expedición se mantuviera a distancia, que no hubiera matado él mismo a Guillaume Arnaud, por quien sentía un odio inmenso, y que no hubiera recogido su parte del botín... En 1244, momento de la capitulación, la Iglesia romana dejará marchar a Pierre-Rogier sin molestarlo. Sabía bien que en esta coyuntura, los caballeros *faidits* no habían hecho más que ejecutar las órdenes del conde de Tolosa.

El mundo en miniatura

Desde 1230 hasta 1244, sólo en Montségur formó el catarismo, según sus propias leyes, una sociedad, pequeña, pero parecida a todas luces a la verdadera, a la de la "Mezcla", donde el Bien se encuentra yuxtapuesto al Mal. Si Bertran Marti subía a veces a la terraza de la torre del homenaje, podía desde allí contemplar a sus pies, el pequeño pueblo de los perfectos, silenciosos e inmersos en plegarias, y, en el patio del castillo, los campamentos de los soldados, las barracas de las mujeres, retumbantes de gritos, de canciones y de todos los ecos de las pasiones humanas.

Los caballeros, los que eran creyentes y sobre todo los que no lo eran, llevaban la misma vida que los caballeros católicos contra quienes combatían. Comían carne, cuando la tenían; caza, cuando la cacería había sido buena; la mayor parte del tiempo comían queso con pan; y, expuestos enteramente a una vida brutal, cuya contrapartida era el heroísmo guerrero, no cerraban su corazón ni al furor, ni al orgullo, ni a la lujuria. Reconocían todos la autoridad del clero cátaro, inclinándose profundamente al paso de un obispo o de un perfecto, pero, sintiéndose incapaces de imitar su pureza, se dejaban llevar por las pasiones y emociones del momento. Las riñas que surgían a menudo entre los dos jefes militares, el viejo Raimon de Pereille y Pierre-Rogier, su yerno, habían causado gran preocupación a Guilhabert de Castres: continuaban causándola a Bertran Marti. Se desconocen las causas de esta desavenencia. Quizá se tratara de cuestiones de intereses, de herencias, de reparto; o más bien, era el orgullo innato de estos señores feudales: cada cual quería ser el único en gobernar. La ley cátera imponía, en estos casos, el recurso al arbitraje, y las circunstancias exigían

más que nunca la concordia: los obispos llegaron fácilmente a restablecer la paz entre el yerno y el suegro; mas por los textos hemos sabido que su reconciliación no fue sino provisional y de fachada.

Únicamente las mujeres de Raimon de Pereille, de Pierre-Rogier de Mirepoix y de algunos caballeros de su parentesco o de su entorno, eran esposas legítimas, habiéndose efectuado la unión, parece ser, por un cura católico. (Corba, la mujer de Raimon de Pereille, que había vestido los hábitos, no vivía con su marido.) Pero en Montségur el matrimonio romano no tenía ya ninguna significación ni legalidad. Algunos caballeros y sargentos de armas habían traído consigo a sus concubinas, que los escribanos de la Inquisición llaman *amasiae* (amantes). Los perfectos de Montségur no hacían, naturalmente, ninguna diferencia entre concubinas y mujeres casadas bajo el régimen romano. Sin embargo, es posible que procedieran a matrimonios “registrados” según su rito, es decir, bajo simple consentimiento mutuo y promesa de fidelidad recíproca. Son quizás estas “esposas” a las que los inquisidores llaman *amasiae-uxores* (amantes-esposas). Es curioso, sin embargo, que los términos que utilizan para designarlas acentúen el amor-pasión. Entendemos que esto significaba, que las *uxores* eran como las *amasiae*, o bien que las *amasiae* eran como las *uxores*; o bien mujeres *amadas de corazón*, como las damas de los trovadores, y a la vez *damas de corazón* y esposas. Estas *amasiae* no habían renunciado al placer de la carne, pero podemos creer que tenían una idea enaltecida del amor, ya que no habían dudado en seguir a sus “maridos-amantes” en los peligros y las adversidades. Es pues quizás en Montségur donde, por primera y última vez, se realizó socialmente, y se exaltó, la pasión amorosa que únicamente los trovadores habían adorado en la imagen ideal que llamaban *fin’amors*. Como a menudo ocurre, quizá sea la vida peligrosa lo que encendió en el corazón de muchas de ellas un acrecentamiento de ardor y de pasión carnal. O quizá la mayoría se dejaron llevar, por el contrario, por el contagio místico y la locura de heroicidad y de sacrificio que embargó a hombres y mujeres, sobre todo durante los últimos días del asedio, queriendo, como sus amantes, morir con una “buena muerte”... Bruna de la Roque d’Olmès siguió la suerte de su amante Arnaud Domerc, sargento de armas, y fue quemada, así como Guilhelma, mujer de Arnaud Aicart.

Montségur durante el sitio

El sitio del cual no haremos aquí el relato empezó en la primavera de 1243. La vida cotidiana transcurrió en Montségur más o menos como la hemos descrito, hasta el día en que unos montañeses, al servicio del ejército católico, lograron apoderarse de la pequeña construcción del este que defendía el pueblo cátaro y el castillo, lo cual tuvo lugar, según F. Niel, en enero de 1244. Las comunicaciones con el exterior proseguían, los víveres continuaban llegando, así como las armas, los refuerzos. No solamente estaban abiertos los caminos del abismo, sino que los hombres de Camon (uno de los pueblos vecinos), que se hallaban entre los sitiadores, dejaban entrar y salir a los emisarios de Montségur. Un día, el diácono Matheus trajo incluso consigo a dos sargentos de armas portadores de ballestas y de "sombrosos" de hierro. Fogatas encendidas en las montañas informaban a Montségur sobre las intenciones, más ambiguas que nunca, del conde de Tolosa, y sobre el éxito o el fracaso de alguna empresa secreta. El conde hacía llegar a Pierre-Rogier la orden de resistir hasta Pascua... Mientras tanto, se intentaría formar un pequeño contingente de mercenarios. El ingeniero Bertran de la Baccalaria fue sin duda mandado por Raimundo VII, no para construir una ballesta, sino para exhortar a la guarnición a resistir todavía más. Al mismo tiempo, los emisarios del conde hacían correr la noticia de que el emperador Federico II iba a llegar a la cabeza de su ejército para liberar Montségur...

La toma de la torre del este y la invasión del pueblo cátaro provocaron la retirada de más de doscientas personas hacia el patio del castillo. Entonces, la vida cotidiana no fue más que una sucesión de jornadas infernales. La máquina de guerra del obispo de Albi, instalada entonces cerca de la torre del este, lanzaba sobre el castillo enormes bolas de piedra que destruían los ligeros tejados de los barracones, hundían la terraza de la torre, arrancaban las almenas, destrozaban los lienzos de muralla. Cayendo en el estrecho patio donde se amontonaban los refugiados, los proyectiles hacían víctimas cada vez, interrumpiendo los *consolamenta*, rematando a los heridos a quienes se estaba curando, matando a las mujeres que los rodeaban, todo ello en medio de alaridos de dolor y el estruendo de los techos que se desplomaban.

Las mujeres, olvidando las diferencias de rango y de clase, no eran más que "cristianas". La perfecta, la mujer del señor, la amante del sargento de armas, mezcladas unas con otras, los vestidos desgarrados,

ensangrentadas, se entregaban como santas al cuidado de los heridos, o como diablas, a servir a las máquinas de guerra, entre la polvareda que surgía de los derrumbamientos... Al barracón semidestruido de Azalaïs de Massabrac es llevado el sargento de armas Arnaud de Vensa, horrorosamente desfigurado. Aquí, la hija de Béranger de Lavelanet intenta reanimar a Raimon de Saint-Martin que se ha desmayado. Corba, la perfecta, junto a sus hijas Philippa y Arpaïs, sostienen a Guilhem de Lisle, a quien Bertran Marti va a dar el *consolamentum*, bajo un alero que todavía permanece en pie. ¡Gritos de rabia, alaridos de moribundos, y órdenes que se rugen! Y los chirridos de la pobre ballesta, sobre la plataforma de almenas desgarradas, que intenta todavía responder, arrojando piedras, a los enormes proyectiles que lanza sin tregua la máquina gigante del obispo de Albi.

En cualquier rincón del patio, los perfectos y perfectas administraban el *consolamentum* a caballeros horriblemente mutilados, a mujeres medio aplastadas. Casi todos habían hecho anteriormente el pacto de *convenensa*, y no se trataba ya de consolar según el *ritual*. Las almas se elevaban bajo las imposiciones de manos, y la puerta del castillo no era sino la de la eternidad. Las mujeres pedían rápidamente la *convenensa*, corriendo luego a servir las ballestas de asedio, o extraer a un herido de los escombros, exponiéndose en cada momento a ser alcanzadas por un proyectil.

La rendición y el holocausto de los cátaros

Según Fernand Niel, el día 1 o 2 de marzo del año 1244 hubo negociaciones para la rendición. Se asistió entonces a una especie de Juicio final. De un lado, se agruparon aquellos que habían decidido morir: todos los perfectos y perfectas, en número de doscientos, a los que debieron añadirse los conversos de última hora. Del otro lado, los que no querían morir, ya fuera por miedo, o por no sentirse con ánimos de enfrentarse con la Eternidad. Del bando de los condenados a muerte, estalló una verdadera explosión de generosidad; distribuyeron todo cuanto poseían: el trigo, los vestidos, el dinero a los que iban a sobrevivir. Marquesia de Lantar donó sus vestidos a su nieta Philippa de Mirepoix. Bertran Marti dio veinte sueldos de Melgueil a Imbert de Salas y, además, sal, aceite, pimienta. Otro entregó a un amigo lo que le

quedaba: unas calzas, unos zapatos... Raimonde de Cuq, que era rica, ofreció un cofre lleno de trigo a Guilhem Adhémar.

Poco antes de la rendición, cuatro herejes con hábito vinieron a entregar a Pierre-Rogier de Mirepoix una manta llena de dineros. Hasta el final, la Iglesia cátara será puntual en cumplir sus compromisos, y juzgó que Pierre-Rogier la había servido bien. Antes de caminar hacia la muerte, el obispo Bertran Marti dejó a Imbert Salas un recado para su hermano, Raimon Marti: se trataba de una suma de cuarenta sueldos tolosanos que Montségur debía a la comunidad de Fanjeaux, y de la cual recibiría, le dijo, las instrucciones precisas.

El mismo día en que los perfectos iban a ser quemados, Pierre-Rogier de Mirepoix hizo llamar a Amiel Aicart, Hugo, y otros dos herejes (según varias testificaciones), escondiéndolos en un subterráneo, al parecer, una galería de unos diez metros, contemporánea del torreón primitivo, cuya entrada estaba disimulada bajo la cisterna. Los cuatro hombres fueron a dar a la pared de la roca donde se dejaron deslizar a través de las cuerdas. Llevaban consigo lo que quedaba del tesoro de Montségur; pero su principal misión era encontrar el lugar donde Pierre Bonnet y Matheus habían escondido la parte más importante de este tesoro, que meses antes habían evacuado y escondido en un bosque, dicen algunos, o en una cueva de Sabarthés, dicen otros, y llevarla a lugar seguro.

Pierre-Rogier de Mirepoix, después de haber puesto a salvo el tesoro, dejó la fortaleza junto con su mujer Philippa, su hijo Esquieu, la nodriza de éste, su cirujano, Arnaud Roquier, sus parientes y amigos: Arnaud-Roger de Mirepoix, Raimonde Ravat y sus esposas. Raimon de Pereille partió también libremente con ellos; Philippa y su hermana Arpaïs de Ravat, abrazaron por última vez a su madre Corba, que quiso morir con las perfectas, y a Raimonde de Cuq, con quien había largo tiempo compartido la cabaña.

Después, los doscientos perfectos y perfectas se dirigieron a las hogueras. Entre ellos, figuraban Marquesia de Lantar, su hija Corba de Pereille y su nieta, Esclarmonde de Pereille...

CAPÍTULO IV

REACCIONES CONSULARES Y BURGUESAS

La politización del conflicto religioso

Después de la caída de Montségur, el catarismo se transformó, en las ciudades, en una especie de partido político que incluía a burgueses, hombres de leyes, curas católicos, nobles y, a menudo, la mayoría de los cónsules. El anticlericalismo de la burguesía se remontaba a principios del siglo XIII aunque, en los años 1280-1300, se reafirmó con más fuerza al tener que encubrirse. Procedía sin duda de una oposición sorda a las teorías de la Iglesia romana en materia financiera, pero también de cierto patriotismo local que confundía entonces en un mismo odio a la Inquisición y a los franceses; es evidente que ante los progresos del espíritu crítico, la Inquisición aparecía injustificable no sólo en sus excesos, sino en sus propios principios. Mucha gente honesta —entre los que figuraban algunos miembros del clero romano— se negaban a admitir que Marquesia de Lantar o Corba de Pereille, cuyas vidas habían siempre sido puras y valerosas, fueran condenadas a la maldición eterna, mientras algunos católicos, infieles a la verdadera enseñanza cristiana, habrían ganado el Cielo por el solo hecho de someterse a la voluntad del papa. La fe en las virtudes salvadoras del *consolamentum* continuaba siendo extremadamente viva en todas las capas sociales: para muchos era más eficaz que los sacramentos romanos.

Carcasona, ciudad misteriosa, lo era todavía más en la época del catarismo burgués. Sus caserones sombríos que abrigaron en sus sótanos en vísperas de la Revolución de 1789, el secreto de las iniciaciones masónicas, servían ya, en 1280-1290, de lugares de reuniones a los perfectos y a los creyentes: allí se consolaba a los moribundos. El

perfecto Pagès y su *socius* Coste, ejercían su ministerio en el Cabardès; a menudo, cuando caía la noche, se les requería en Carcasona. Entonces, en la calle estrecha y oscura, la puerta del notable se abría para dejarlos entrar, cerrándose en seguida.

Bajaban alguna vez hasta la casa del escribano Agasse o bien hasta la de maese Pelet, que era una especie de encuadernador de arte. Sintiendo enfermo, maese Pelet había pedido recibir el *consolamentum*: el *nunci* debía de advertirle de la fecha señalada para la ceremonia; dadas las circunstancias y los peligros a que todo el mundo se exponía, ésta no se señalaba hasta el último momento. Un buen día, encontrándose en la oficina del señor Agasse para recoger un manuscrito que éste le había encargado encuadernar, maese Pelet vio penetrar a dos perfectos que le dijeron: "Ya han llegado aquellos que esperabais." Pelet les siguió hasta el piso superior, donde fue *consolidado* en presencia de Agasse.

Las conversiones entre el clero romano y entre los franceses

Jean Guiraud, en su *Historia de la Inquisición*, donde supo evocar todo lo pintoresco de esta última fase del catarismo clandestino en Carcasona, señala que aquellos que tomaban parte en ella eran casi todos importantes burgueses: *Blazy, el clérigo, Paul Floris, el notario, Pierre Gary, el carnicero...* En 1724, se ruega al perfecto Pagès que vaya a Carcasona tan pronto como pueda. Llega allí "circa noctem" (siempre a la caída de la noche), a casa del burgués Bernard-Raimon Sabatier. Le introducen en la habitación del moribundo; las ventanas permanecen cerradas; bajo la luz de los cirios, distingue a los parientes de Sabatier, un clérigo de Bagnoles, un zapatero, algunas mujeres. Todos se inclinan tres veces ante él y la ceremonia empieza, tan emotiva como siempre: "Bernard-Raimon, ¿tenéis la voluntad de recibir el santo bautismo de Jesucristo?"

Un cura, perteneciente a una familia burguesa de Carcasona, Raimon Gayraud, párroco de Roquefère, cayó enfermo en casa de su hermano en la ciudad, Pierre Gayraud, vecino del notario maese Amat; desea hablar con cierto Bernart Fabre, de la Tourette, que era un "nunci^{us} hereticorum". Éste subió inmediatamente a su habitación. Cuando los allegados del cura volvieron a su cabecera, después de haber cenado en

la ciudad en casa de un tal Escot, encontraron todavía allí a Fabre; apenas hubieron empezado a conversar, cuando el criado del cura hizo entrar a los dos perfectos, a quienes el enfermo dio la bienvenida: "¡Bene veneritis vos!" El "consolamentum" tuvo lugar a continuación, en presencia de Bernart Fabre, del hermano del "consolado" y de su "nuncius", Chatbert; de un mercader, Raimon Amat, del notario Pons Amat y de su pasante, B. de Pomas....

Estos burgueses —juristas, comerciantes, notarios— se reunían frecuentemente en ocasión de estos *consolamenta*, a los que sentían el deber de asistir. En el del notario Pierre Marsendi, asistían su colega maese Amat, un clérigo de Trèbes, Pierre Hugues, un fabricante de tela, Raymond de Cazilhac, un mercader de Carcasona, Pierre de Pieuse. Se exhortaban unos a otros a defender su fe; conspiraban. El catarismo ejercía aún en el corazón y el espíritu, de aquellos burgueses a menudo muy cultivados, un extraordinario ascendente. El perfecto Pagès extendía su doctrina a través del Cabardès, vicaría vecina de Carcasona, con tanto éxito como en la misma ciudad. En los años 1269-1284, condujo a la fe cátara no solamente a los nobles, sino también a la dama de Sallèles-Cabardès (en 1281), la castellana de Quier-tinhos (una de las "torres" de Cabaret), la dama de Villegly, la viuda de un señor de Sallèles, Dama Jordana, hija de Jourdain de Saissac y esposa de Girard de Capendu; y también, cosa más sorprendente, a los castellanos reales, sin duda "franceses", del castillo de Cabaret: Egidius de Buire, Pierre de Breuil. No eran únicamente los abogados, doctores en leyes, notarios, oficiales reales de Carcasona y del Cabardès quienes asistían a sus predicaciones y pedían el *consolamentum*, sino que había también numerosos sacerdotes católicos: el párroco de Villegly, Pierre Albert, sacerdote de Carcasona; el párroco de Ilhes, un diácono, el vicario de Caunes, un arcipreste, los párrocos de Pennautier, de Villardonnell, de Villemoustaussou, el abat de Montolieu y un monje de su abadía, Sans Morlane, archidiácono de Carcasona... El catarismo parecía renacer con más fuerza que nunca en los medios burgueses.

La conjura de Carcasona

Los inquisidores se habían asimismo propuesto fichar a toda la burguesía de Carcasona. Los registros, guardados en sobres de cuero en

una torre de la *Cité* que comunicaba con la “Casa de la Inquisición” eran, como bien dice Jean Guiraud, *un espantajo para todos aquellos que pactaban con la herejía: les quitaba el sueño.*

Cierto día del año 1285, los cónsules Guillaume Serra, Bernard Lucii y Arnaud Isarn convocan en casa del oficial diocesano Guillaume Brunet, a un creyente que conocían bien: Arnaud Matha. Una numerosa asistencia se había allí reunido: Guillaume Garric, abogado y consejero secreto de los cátaros, juristas, un banquero, Raimon Estève, y Arnaud Morlane, antiguo baile del conde de Foix: el partido hereje en pleno. El oficial toma la palabra: “Este es, señores, el motivo de nuestra reunión. Sabéis que la Inquisición conserva las declaraciones de los testigos en los procesos de herejía entablados contra nuestros creyentes. Casi todos nosotros figuramos en sus listas. Debemos encontrar la manera de apoderarnos de estos registros. He creído que Arnaud Matha podría facilitarnos el medio.” En efecto, un tal Lagarrigue, hereje, relapso, antiguo perfecto, había abandonado la secta, *a causa de uno de estos cambios repentinos*, según Jean Guiraud, *tan frecuentes en la Edad Media, tanto en los herejes como en los católicos*, y se había convertido en el hombre de confianza del inquisidor de Carcasona. Arnaud Matha era su pariente y amigo: la asamblea le confió la misión de corromper a Lagarrigue y llevarlo de nuevo a su antigua fe. Pero Lagarrigue se negó. Durante las semanas siguientes, no había día en que no se le llamara a acudir a casa de los cónsules, o que Matha le soltara un sermón; pero fue en vano. “¿Por qué tanto empeño en apoderaros de los registros?”, les preguntó Lagarrigue. “¡Para destruirlos!” le contestaron los cónsules. Por fin, en una última reunión, en presencia de los principales burgueses y de Sans Morlane, archidiácono de Carcasona, Lagarrigue acabó dejándose convencer y, a cambio de cien libras, prometió ocuparse del asunto. “Nunca podré obtener estos registros, alegó, sin que el notario de la Inquisición —del cual no quiso dar el nombre— entre él también en la conjura. Necesito, pues, otras cien libras que le daré cuando él me los entregue.” No hubo otro remedio que comprometerse a entregar las doscientas libras a maese Alègre, quien las haría llegar en su momento a Lagarrigue.

Lograda esta promesa, el oficial y Bernard Lucii introdujeron en la sala a dos perfectos: “Señores, he aquí a los dos buenos hombres por quienes trabajamos todos.” *Acto seguido se arrodillaron todos diciendo: “Benedicite”, e hicieron su “melioramentum”.* Después, Matha y los demás conjurados se retiraron, salvo el oficial, maese Arnaud y Sans Morlane.

No se trataba únicamente de quemar los archivos de la Inquisición, sino de poner en marcha un plan de defensa mucho más amplio, que los juristas del partido cátaro Pierre Aragon, Guillaume Roger, Guillaume Brunet, notario de la corte del oficial, y Raymond Sans, notario de la corte real de la ciudad, habían preparado minuciosamente con la colaboración del perfecto Pagès y de Sans Morlane: *De ahora en adelante se iba a resistir a los inquisidores llevando contra ellos toda una serie de apelaciones en las cortes de Roma, una para cada hecho conocido, y otra grande y general para todos. Se iría al encuentro de todos aquellos que habían formulado confidencias a los inquisidores y se les induciría a revocarlas según el Derecho y las formas requeridas. Para esto se nombró a dos juristas: Pierre d'Aragon y Guillaume Roger.* (Declaración de Lagarrigue, citada por Jean Guiraud.)

El asunto de los registros seguía su curso. Desgraciadamente, el notario que debía de entregarlos a los conjurados había salido de viaje con el inquisidor Pierre Galand. Se tuvo que recurrir a un agente subalterno que no sabía leer, siendo ayudado por Bernard Agasse, para guiarlo. En ocasión de una reunión en casa de maese Arnaud Matha, a la cual asistían el perfecto Guillaume Pagès, Guillaume Brunet, oficial de Carcasona, Jourdain Ferrol, oficial del Razès, Sans Morlane y su hermano Arnaud, Sans Morlane dijo a Agasse: "Maese Bernard, una persona nos entregará los registros de la Inquisición de este país; pero no sabe leer, y hará falta que los escojáis vos mismo y nos los traigáis." "Lo haré gustoso", contestó Agasse. El fiel Agasse no tuvo tiempo de intervenir. La conjura fracasó. Se supone que Lagarrigue, que como relapso temía ser condenado a muerte, denunció la conspiración a los inquisidores Jean Galand y Vigorous. Sin embargo, este fracaso no desalentó a los cónsules. La represión no alcanzó a los verdaderos jefes de la oposición anticlerical, y los burgueses continuaron la lucha en el terreno jurídico evitando más que nunca relacionar sus reivindicaciones con la defensa de la herejía.

La influencia del catarismo en los sacerdotes católicos

Los conjurados eran todos creyentes, pero un hecho muy característico del nuevo catarismo burgués de 1280, es que esta conjura fuera urdida por un perfecto, Guillaume Pagès, asistido de un gran archidiá-

cono católico, Sans Morlane. En realidad, fueron los dos Morlane quienes dirigieron todo el asunto. Pertenecían a una familia rica y muy considerada, que había vivido largo tiempo en torno a los Trencavel y los condes de Foix, a quienes tenían en gran consideración. Arnaud Morlane era cónsul de Carcasona y párroco de Pennautier. Tenía un caserón en Carcasona y otro en Pennautier, donde hospedaba a dos curas que le asistían: Bertran de Camon y Guilhem. Representaba, quizás aún más que su hermano, a esos católicos partidarios del libre examen que a finales de siglo XIII creían en Dios, pero no en las doctrinas de Roma. Cierta Nochebuena, hablando de la Eucaristía con su capellán Camon, éste hacía hipótesis sobre la manera en que transcurrir, en la Consagración, la transformación de la hostia en cuerpo del Señor, cuando Morlane le declaró misteriosamente: "Existen libros que de leerlos harían perder la fe a los laicos. Y si los entendieran como lo hacemos algunos miembros del clero y yo mismo, no creerían, al igual que los judíos y los sarracenos, algunas cosas que pasan por ser verdad." Arnaud Morlane era ya una especie de calvinista, que se reservaba el derecho de rehusar del catolicismo, como también del catarismo, aquello que le parecía contrario a la razón o a su sistema metafísico. Sólo le quedaba la fe en el *consolamentum*: creyéndose mortalmente enfermo, se lo hizo administrar en su presbiterio.

Sans Morlane, por su parte, era canónigo de la catedral de San Nazario y, desde la muerte del obispo Gauthier, administrador de la diócesis, con el otro archidiacono, Guillaume de Castillon. Era un gran personaje a quien el doble juego le salía a la perfección, en razón de la situación que ocupaba en la jerarquía. El inquisidor Jean Galand le había denunciado al papa Honorio IV (1285-1287) en términos sumamente violentos, acusándole de haber inducido a la herejía no solamente a su padre, sino a muchos otros; de haber favorecido a los herejes y de haber hecho lo imposible para ganarse la confianza de un familiar de la Inquisición y obtener de él, a cambio de dinero, que le entregara los atestados del Santo Oficio. *Si sus fines no se realizaron*, añadía el inquisidor, *sus intenciones pudieron ser probadas por numerosas y regulares declaraciones...*

Pero Jean Galand no consiguió que Sans Morlane fuera desprestigiado a los ojos del papa, que contestó al inquisidor que las diligencias judiciales eran irregulares y que había pues que empezar de nuevo todo el proceso, añadiendo al informe una verdadera información crítica sobre la veracidad de los testigos. Honorio IV murió el 3 de abril de 1287. El nuevo papa Nicolás IV (1288-1292), no solamente no emprendió

ningún juicio en contra de Sans Morlane sino que lo colmó de favores, aun siendo hijo y nieto de herejes y fautor de herejía: le dio permiso para compaginar, junto al curato de Puichéric, los de —*sine cura*— Belvianes y de Cavirac. Sans Morlane se mostraba, además, de una ortodoxia irreprochable. En 1297 ayuda a los carmelitas a construir su iglesia (que aún existe) y en 1305 hace la donación de trescientas libras para la restauración de la de los agustinos. Murió el 23 de agosto de 1311. Se puede ver en la capilla de Santa Ana de la iglesia de San Nazario en Carcasona, la lápida sepulcral de este singular personaje, que fue uno de los últimos cátaros y el primer católico “protestador” sino “protestante”.

Los “amurallados” de Carcasona y la “Apelación” de los cónsules

En aquellos tiempos, los cónsules de Carcasona habían pasado a la ofensiva, cuyo principio había sido dispuesto en la reunión habida en casa de Arnaud Matha. El notario Barthélemy Vézian, que había tomado parte en la conjura contra la Inquisición, fue encargado de redactar una *Apelación al papa*. La ciudad estaba ya a punto de rebelarse. Los cónsules, anticipándose hábilmente a nuestras costumbres políticas, pasaron de casa en casa para recoger firmas y dar así a este llamamiento un carácter de plebiscito. Es probable que reunieran un gran número de votos, quizá la “mayoría”. Entonces se invitó al pueblo a reunirse en el claustro del convento de los predicadores donde residía la Inquisición y, *en presencia de Jean Galand, fue leído por Vézian la apelación, lo que añadió gran efervescencia a la animosidad existente contra el inquisidor y los dominicos* (Según Mahul y Jean Guiraud).

El texto de la *Apelación*, de una osadía extrema, es también de un elevado nivel de pensamiento. Hace honor a los cónsules de Carcasona, a quienes el apoyo de toda la población enardecía sin duda alguna su firmeza revolucionaria. Permitásenos citar largos pasajes provenientes de monseñor Vidal y Jean Guiraud. Además de un violento requisitorio contra Jean Galand, el texto ofrece una perspectiva, quizás algo oscura, pero sin duda alguna exacta en su conjunto, de la vida cotidiana de los carcasonenses “enmurados”.

Ha sido suprimida toda citación. Ciudadanos de noble y católico origen, sobre quienes no pesa ninguna sospecha de herejía, son brusca-

mente encarcelados, y en las celdas "terribles y muy graves" de la Inquisición se les dice, poco antes de incitarles a la confesión, lo que el juez quiere hacerles declarar. Si se les libra de la tortura, es que se les ha convencido prometiéndoles suavizar su "penitencia" en el momento de su condena. Lo esencial es que hablen; ¡que se acusen ellos mismos! ¡Que acusen a otros, aquellos a quienes se sospecha o a cualquiera! El falso testimonio es un mal menor y la mayoría prefiere condenar a su prójimo, quizá "condenándose" ellos mismos, que a continuar en manos de "seres perversos" que les atormentan...

Hay una clase de gradación en las torturas infligidas... Unos se consumen en reductos donde la luz del día no entra ni puede el aire del exterior penetrar. Otros, cargados de cadenas, y sujetos por grilletes al suelo helado de tugurios tan estrechos que no se cabe más que agachado, y en donde su humillación se acrecienta ante las innumerables inmundicias. El sustento, distribuido con parsimonia, el "pan del sufrimiento y disgusto" que se les da, en muy raros intervalos, impide tan sólo que estos desdichados mueran de hambre.

A los más obstinados se les aplica el suplicio del potro y aquellos que no pierden la vida soportando tal tormento, a menudo no pueden evitar la mutilación. En esta cárcel, no hay más que gemidos continuos, gritos de dolor, desesperadas quejas y rechinar de dientes. Hace falta un valor sobrehumano para resistir largo tiempo este régimen bárbaro y se prefiere liberarse confesando, ocurra lo que ocurra...

Los parientes de algún desdichado a quien se cree muerto por causa de herejía se ven frustrados del derecho y del consuelo de vengar su memoria. Los de Guillaume Marti, engañados por convocatorias oficiales del inquisidor, se presentaron, en la hora convenida, a defender al difunto. Jean Galand les acogió con una expresión terrible de bestia feroz (cum mala et leonina facie), les atemorizó con amenazas y les despidió tomando buena nota de sus nombres. Nadie osó hacer comentarios sobre el difunto y su causa...

Asustados legítimamente ante el peligro real de oponerse a un hombre de esta calaña, jurisconsultos y hombres de ley niegan su cooperación en los juicios, aun en los más justos.

La iniquidad triunfa, y la ley y la ortodoxia son perseguidas. La ciudad de Carcasona gana con esto una triste reputación. Es una verdadera difamación de la que los cónsules se muestran afectados, y el deplorable resultado de este régimen de opresión, es el desánimo que embarga a los mejores ciudadanos; es la duda que les nace acerca de la religión; es la emigración en masa fuera de los dominios del rey de

Francia; es, a corto plazo, si el Señor no lo remedia, la despoblación y la ruina.

Fue ciertamente muy hábil, por parte de los cónsules, recordar los principios de la moral humana y cristiana, protestar de su ortodoxia y de la población; más hábil aún fue subrayar, respecto del rey, los daños que causaba al país la emigración de los hombres y, habrían podido añadir, la de los capitales. Pero es evidente también que su *Apelación* se inspiraba en un nuevo ánimo que sería difícil no relacionar con cierto progreso de las ideas morales, o de la ética individual. Sin duda alguna, la rebelión consular estaba inspirada por el catarismo, pero no únicamente por él. Los verdaderos cristianos, la buena gente estaban todos de acuerdo en condenar a la Inquisición, y el sincretismo religioso, o filosófico, del que más arriba hablamos, jugaba a favor de las ideas de tolerancia y de libertad. Nacían nuevos movimientos “espirituales”, y es interesante constatar que los alborotos que estallaron poco después en Carcasona y en las ciudades vecinas, y que desembocaron en Carcasona en la liberación de los prisioneros del *Muro*, fueron suscitados por un franciscano: Bernard Délicieux.

La *Apelación* fue dirigida al prior de los predicadores (dominicos) de París, quien designaba en aquel entonces a los inquisidores de Francia: en ella se pedía la revocación de Jean Galand. Una copia fue remitida a la Curia romana, en nombre de la comunidad de Carcasona. Los cónsules formulaban en ella el deseo de que la Inquisición fuera confiada a los obispos o mejor a los administradores de la Iglesia de Carcasona, *por la gloria de Dios, la exaltación de la fe católica, la conservación de la jurisdicción habitual y la salvaguarda de la dignidad episcopal. Les suplicaban asimismo que procedieran ellos mismos a la Inquisición, rodeándose de juristas, de religiosos y otras personas temerosas de Dios, y ayudándose del consejo experto (consilium prudentum) y de todos aquellos quienes, en el pasado, habían trabajado con ahínco en la extirpación de la herejía* (Citado por monseñor Vidal).

Uno de los vicarios capitulares, que los cónsules requerían como inquisidor y defensor de la ley, no era otro que Sans Morlane, principal instigador del complot de 1284-1285. Lo que no significa necesariamente que quisieran sabotear las funciones inquisitoriales, sino que consideraban a este hombre —que no parecía ser ni cátaro ni católico, en el sentido que dan a estos términos los fanáticos— como el único capaz de restablecer la concordia, dentro de la justicia y caridad cristianas.

El papado se alarmó sin duda por esta resistencia burguesa y consular y del espíritu de independencia que manifestaban. No tuvo en

absoluto en cuenta las justas reivindicaciones de los cónsules y del pueblo. Y las cosas continuaron como en el pasado. Honorio IV ordenó incluso *perseguir a las personas cuya temerosa audacia intentara con todas sus fuerzas entorpecer el ejercicio de la Inquisición confiada a Jean Galand* (5 de noviembre de 1285). Varios herejes fueron condenados. Sans Morlane no fue molestado en absoluto.

La vitalidad del catarismo burgués en el conjunto del Languedoc

Hemos hablado mucho de Carcasona y de su partido cátaro y burgués, porque gracias a Jean Guiraud, la historia de los acontecimientos que tuvieron lugar en esta ciudad es más conocida quizá que los que acontecieron en ciudades vecinas, sobre todo en cuanto a su incidencia en la vida cotidiana: conspiraciones en los caserones burgueses, *consolamenta* secretas, conjuras consulares, llamadas al pueblo y alborotos. No existe tampoco ningún documento más preciso en lo referente a la suerte corrida por los "enmurados" que la *Apelación* de los cónsules de Carcasona. Mas los mismos fenómenos sociales, las mismas reacciones consulares y burguesas se produjeron, entre 1285 y 1287, en Castres, Cordes, Limoux, Albi y otras partes. En esas ciudades tuvo lugar en aquella época la formación de un verdadero partido político, e incluso de una especie de federación de partidos, ya que los consulados se concertaban y prestaban un apoyo mutuo.

Y es que los burgueses de las ciudades "cátaras" no estaban unidos en absoluto, aunque se haya dicho a menudo lo contrario, con el poder real. En 1305 lo demostraron claramente en Carcasona y en Limoux. No es que fueran hostiles por principio a la dominación francesa: la habrían sin duda aceptado sin reservas si el rey les hubiera librado de la Inquisición dominicana, y hubieran conseguido, como antaño, que ésta fuera confiada a los obispos. Después de todo, la burguesía, al preocuparse únicamente por dedicarse a sus fructuosas operaciones comerciales, enteramente absorta en defender sus franquicias contra los derechos feudales de señores y del clero, debió de ver en el rey de Francia el protector natural de su independencia; los intereses del rey y los de la Iglesia no siempre andaban unidos. Desde 1280, los cónsules de Carcasona se habían quejado a Felipe el Atrevido de los abusos cometidos por la Inquisición; aunque, según parece, sin gran-

des resultados. Hemos visto cómo una copia de la *Apelación* de 1285 fue enviada a Felipe el Hermoso. Es probable que el rey tomara en cuenta estas protestas repetidas de los cónsules: mandó investigadores casi cada año al Languedoc, donde estaban encargados de vigilar de cerca la conducta de la Inquisición. En 1291, el alcaide de Carcasona recibió la orden de no encarcelar a nadie más por orden de los inquisidores, a menos que no se tratara de herejes notorios. Poco después, el rey se reservó incluso el derecho de hacer juzgar por “hombres capaces” a las personas que eran perseguidas a petición de los inquisidores, y a quienes se acusaba por simples apariencias de herejía. Como bien lo subraya Jean Guiraud, el rey no suprimía la Inquisición, sino que tan sólo pretendía someter la ejecución de las sentencias a un examen previo realizado por sus legistas. En el fondo, era cuanto pedían los burgueses del partido cátaro que se amoldaban a todos los aspectos de la ortodoxia —sobre todo, claro está, a los de los miembros del clero católico— y que sabían a ciencia cierta que podrían escapar a toda investigación que atañera a los hechos más que a las “intenciones”.

Pero el poder de la Inquisición no menguó un ápice y sus métodos no cambiaron. El desarrollo del partido hereje, contribuyendo a revitalizar el catarismo doctrinal, dotaba a los inquisidores de un nuevo pretexto para intervenir con más rigor que nunca. Puesto que, sin duda alguna, la herejía abarcaba ya a toda la burguesía. En 1283, Raimon Boffinhac encontró en Albi a su amigo maese Pelet de Carcasona. Por la noche cenaron en casa de maese Isarn Ratier con Bernard Fenasse, financiero de envergadura. Hablarían más que nada de negocios. Pero cuando aparecieron los dos perfectos, que se hospedaban en casa de otro burgués de Albi, Aimeric de Foissens, se levantaron con gran respeto e hicieron el *melioramentum* ante ellos. Aimeric de Foissens era realmente un creyente, y no solamente un enemigo de la Inquisición: veneraba a los perfectos. Cuando sabía que estaban en casa de maese Bernard Not, en Carcasona, les hacía mandar frutas y vino. Aquel mismo día, después de la cena en casa de Isarn Ratier, los condujo a su casa donde tuvo lugar otra reunión de amigos, con *melioramentum* y prédicas.

En Albi, así como en las demás ciudades del Languedoc, son los burgueses, los juristas, los banqueros, los mercaderes quienes se muestran más unidos a la herejía y con mayor fidelidad hacia los buenos hombres.

La visita del rey y la afrenta de Carcasona

Quizá sea en el momento en que el rey, alarmado por la huida de tantos súbditos y la fuga de capitales languedocianos hacia Lombardía, estaba a punto de imponer a la Inquisición medidas pacificadoras, un mal asunto lo estropeó todo. La población de Carcasona, sublevada por las prédicas encendidas de Bernard Délicieux, fraile menor (franciscano), invadió los calabozos de la Inquisición bajo el clamor de “¡Mueran los traidores!”, liberando a los detenidos. Durante algún tiempo, la ciudad estuvo en manos de los insurrectos. El representante del rey, Pecquigny, para apaciguar los ánimos, hizo conducir a los prisioneros del *Muro* a los calabozos del rey, en la *cité*, arrebatándolos así a la Inquisición, pero preservando los derechos de su rey. Fue inmediatamente excomulgado. La misma sublevación tuvo lugar en Albi, en Cordes, en Castres.

Felipe el Hermoso marchó de Tolosa, donde se encontraba, desde los primeros días de febrero, para ir hasta Carcasona. Sin duda le animaban las mejores intenciones. Los cónsules recibieron al rey en una ciudad en fiestas, adornada con guirnaldas y banderolas, bajo las aclamaciones de los burgueses y del pueblo entero. La actitud quizá demasiado altiva del cónsul Elie Patris no le agradó. “Rey de Francia —habría dicho— marchaos; mirad esta desdichada ciudad que pertenece a vuestro reino y que tan duramente es tratada”, y le mostraría, desde lo alto de la *Cité*, la ciudad que se extendía a sus pies, el convento de los frailes predicadores y el *Muro*. El rey ordenó brutalmente que el cónsul se apartara. “Descolgad las banderas y gallardetes —gritó Elie Patris al pueblo—; quitad a la ciudad su vestido de fiesta, pues hoy es un día de luto.”

¿Sabía Felipe el Hermoso que Bernard Délicieux y los cónsules de Carcasona y de Limoux habían tenido una entrevista con el infante de Mallorca, Fernando, y le habían ofrecido la soberanía del antiguo vizcondado de los Trencavel? “Lo que Felipe no ha querido hacer —habría dicho el joven príncipe—, lo hará Fernando”. La corte dejó rápidamente Carcasona y se dirigió a Béziers. Los cónsules se dieron prisa en alcanzar al rey y la reina para regalarles dos copas de plata. La reina aceptó graciosamente la ofrenda, pero el rey la rehusó y no quiso ni siquiera ver a los cónsules; llegado a Montpellier, les hizo devolver la copa ofrecida a la reina.

El rey de Mallorca condenó la actitud imprudente de su hijo. En

público, le había desaprobado y abofeteado, apresurándose a revelarlo todo al rey de Francia. En cuanto a los cónsules de Carcasona, intentaron fomentar, en el curso de una solemnidad religiosa, una nueva insurrección, mas no pudieron ocupar la *cité* ni doblegar al alcaide. Fueron detenidos y condenados. Elie Patris, Eimeric Castel, Barthélemy Clavaire, Pierre-Arnaud de Guihermi, Bernard de Marselhe, Guilhem Delpech, Guilhem de Saint-Martin, Pons de Montolieu y otros seis notables de Carcasona fueron atados cada uno a la cola de un caballo, arrastrados aún con vida por las calles de la ciudad hasta el patíbulo, y allí, colgados con sus atavíos consulares.

Los cuatro cónsules de Limoux y treinta y seis notables o burgueses de esta ciudad fueron juzgados en Carcasona y ejecutados la mayoría de ellos (finales de noviembre de 1305). A Carcasona se le impuso una multa de treinta mil libras. Albi, que no se había levantado, fue condenada a pagar mil libras al alcaide de Carcasona. Felipe el Hermoso perdonó después esta multa y conmutó algunas penas de muerte por prisión perpetua.

CAPÍTULO V

LOS ÚLTIMOS CÁTAROS

La emigración

Los cónsules de Carcasona habían hecho hincapié, en su *Apelación* al papa, en una de las consecuencias más desastrosas del terror inquisitorial: la despoblación de algunas regiones occitanas. Sin duda habían exagerado su importancia. Pero es cierto que después de la caída de Montségur (1244) y en los últimos años del siglo XIII, mucha gente que no se encontraba segura en su patria se refugió en Cataluña, Sicilia, Ragusa, Dalmacia, Córcega y, sobre todo, en Lombardía. Los perfectos y los obispos habían abandonado sus diócesis para mantener en el extranjero, a trancas y barrancas, la unidad moral de la secta, y una organización administrativa totalmente teórica por no tener el contacto directo con sus fieles. Su marcha tuvo graves consecuencias en la vida religiosa de los que se quedaron. Mientras que para lo burgueses cultivados, los juristas y muchos clérigos católicos, el catarismo se transformaba en una especie de masonería de tendencia "sibilina", para el pueblo se reducía a algunas teorías, más o menos deformadas, y a la búsqueda supersticiosa de la salvación a través del *consolamentum*. Los perfectos que permanecían en Occitania no tenían ya, salvo alguna excepción, la gran sabiduría y cultura de sus predecesores de principios de siglo, o incluso de los años 1230-1240. No recibían ya las enseñanzas de obispos tan inspirados como lo fueron, en Montségur, los Guilhabert de Castres y los Bertran Marti. Y quienes, como el perfecto Pagès en 1285, habrían podido rivalizar con ellos con su ciencia y su abnegación, no eran ya suficientemente numerosos como para instruir a su vez a los creyentes: apenas eran suficientes para cumplir convenientemente el

oficio de “consolación”. De Lombardía llegaba —o volvía— la luz. En el siglo XIV, el perfecto Authier, hombre notable en muchos sentidos, se propuso reanimar el catarismo en el condado de Foix tras una larga estancia en Italia, donde su iniciación a la verdadera doctrina dualista fue llevada a cabo por los obispos emigrados.

El catarismo en Italia

Las ciudades italianas, orgullosas de sus libertades, no se habían dado mucha prisa en aplicar los edictos de papas y emperadores contra la herejía. En el año 1256, la República de Génova fue incluso condenada por haberse negado a introducirlos en sus leyes constitucionales. Fueron sobre todo las ciudades de Génova, Pavía, Milán, Mantua y Cremona las que atrajeron y alojaron a los cátaros meridionales. No fue así en Florencia y Roma. Pero hubo refugiados aislados, o pequeños grupos de refugiados, en casi todas las comarcas de Italia, donde, salvo pequeñas excepciones, no tenía lugar la “caza de los cátaros”, y donde la delación era mucho menos considerada que en el Languedoc. Es difícil calcular el número de emigrados occitanos, sin duda bastante elevado, y determinar su origen social. Entre ellos figuraban gentes de diversas condiciones, pero sin duda había una mayoría de comerciantes y de artesanos. Los nobles no emigraban, salvo si su cabeza había sido puesta a precio. Preferían echarse al monte, animados con la esperanza de que acabarían recuperando sus castillos. Sin embargo, en 1244, muchos defensores de Montségur marcharon a Lombardía: el catalán Arnaud de Bretos, Aimeric y Pierre Girberge, Arnaud Mestre y numerosos sargentos de armas. Los que habían tomado una parte activa en la matanza de Avignonet se dieron prisa también en dejar el Languedoc. Así, Pierre de Bauville, después de haber hecho de mercader en las ferias de Lagny en la Champaña, donde entró en contacto con comerciantes italianos, se decidió a pasar a Italia. El conde de Tolosa y Raimundo de Alfar tenían, al parecer, tanto interés en alejarlo como en procurarle cobijo. Se detuvo en Coni, que era, según expresión de la Inquisición, “un nido de herejes”; encontró a Bertran de Quiders, que había participado también en la muerte de los inquisidores y se había exiliado “por orden”. Éste confió a Bauville que Raimundo VII le había dado dinero para su viaje y que seguía cubriendo sus necesidades.

“¡Téngo ganas de vivir a tus expensas!, le dijo Bauville riendo, ya que tú mismo vives a expensas del conde.”

No tenía necesidad de su ayuda: era un mercader y un hombre de negocios experimentado. Abrió un almacén en Pavía y practicó el comercio por toda Lombardía, prestando a veces dinero a compatriotas en apuros. Dirigía incluso un “hospicium”. Sus viajes le ponían en contacto con los otros cátaros emigrados que vivían, como él, del comercio y de la pequeña industria. En 1240, visitó en Coni a una comunidad de herejes tolosanos que trabajaban el cuero en una tienda que habían alquilado Guillaume Perrier, del burgo nuevo de Tolosa, y su mujer Béatrice de Montetotino. Allí había un antiguo marcader en telas, un cuchillero, dos campesinos de la región de Carcasona y dos perfectos que ejercían entre ellos su ministerio, con toda libertad. Los emigrantes tenían los oficios más diversos: eran panaderos, pasteleros, hogaceros, sastres, cedaceros, o bien tenderos, mercaderes, banqueros. Unos aisladamente, cada cual por su cuenta; otros agrupados en pequeñas “colonias”, formando comunidades religiosas donde tenían ocasión de practicar su culto. Vivían en casas que alquilaban o compraban: las colonias poseían a veces una o varias casas, adquiridas en comunidad. Los perfectos también ejercían un trabajo; por otra parte, recibían a sus creyentes, que les daban subsidios, donaciones y legados. Muchos de ellos tenían los medios para mantenerse dignamente e incluso para tener un criado. Las opiniones sobre Lombardía y los lombardos cambiaron, naturalmente, mucho. Algunos languedocianos volvían a sus casas amargados y desengañados, al no poder aclimatarse en Italia, ni hacer fortuna; pero la mayoría, al parecer, apreciaban el clima de libertad que reinaba allí y casi todos reconocían que “mientras trabajaran, nunca se les molestaba por las opiniones religiosas que podían profesar”.

La fidelidad de los creyentes

A partir de los años 1260-1280, la necesidad de reemprender el contacto con los perfectos, y con la vida espiritual del catarismo, fue casi irresistible para una gran cantidad de creyentes que deseaban recibir el *consolamentum* de manos de sus ministros exilados.

Bonet de Sanche, de los alrededores de Castelnaudary, quería ir a Lombardía para ser consolado allí, y buscaba un compañero de viaje.

Guillaume Raffard le dijo: "Os acompañaré con gusto. Pero no tengo suficiente dinero para hacer tan largo viaje, y aún no he vendido mis vacas." Este Raffard tenía sin duda las ideas muy claras, ya que veinte años después, estaba tan deseoso de recibir el "consolamentum" como Bonet de Sanche, en Italia. Y siempre tenía vacas por vender. Un día, sin embargo, no aguantó más: partió hacia Montpellier llevando su rebaño de vacas, y acabó por encontrar a un comprador. Helo, pues, en Lombardía. En Pavía, se alojó con su guía Pierre Maurel, en casa de un tal Pierre de Montagut que se hacía llamar Béranger. Se quedaron durante tres meses. Al fin, llegó a Sirmione, que era uno de los centros más importantes de la herejía, y allí pudo realizar su sueño: recibió el consolamentum, al que aspiraba desde hacía más de veinte años, de Bernard de Olive, obispo de Tolosa, de Henri, obispo de la iglesia de Francia, y de Guillaume Pierre de Veronda, obispo de Lombardía. Fueron consolados al mismo tiempo que él: Pons Olive, hermano del consagrador y Guillaume Bonet, de la región de Mirepoix, antiguo señor de Scaupont. Olive, el obispo de Tolosa, recibió de Raffart todo el dinero que llevaba, salvo treinta tornesas blancas que le fueron entregadas para su viaje de vuelta. Esto sucedía en 1272". (Doat, citado por Jean Guiraud.)

Muchos languedocianos vendían también cuanto poseían y partían a la aventura, sin preocuparse mucho de sus seres queridos que quedaban desamparados sin su ayuda. Guilhem no pensó ni siquiera en sus hijos. El "pasador" —hombre sin duda caritativo y sabio— se negó a aceptarlo: "Tus hijos tienen necesidad de ti", le dijo. Los maridos dejaban a sus mujeres, las mujeres a sus maridos; unos y otras, a veces con alivio, pero prometiendo volver a encontrarse allá. Las mujeres no eran las menos prontas en entusiasmarse por Lombardía. Stéphanie de Châteauverdun, abandonó todos sus bienes y siguió a Italia al perfecto Prades-Tavernier. A menudo se agrupaban, colocaban sus recursos en comunidad, para pagar el transporte y partían bajo la guía del perfecto o de un creyente muy probado. Habríase dicho que se dirigían a la tierra prometida.

Es cierto que algunas veces estas partidas coincidían con algunas fugas amorosas o iban acompañadas de tentaciones que no tenían nada de místicas: *Béatrice de Planissoles, un día se encontraba sola, en su castillo, cuando su intendente Raimon Roussel, que desde hacía tiempo le hacía la corte, le pidió que lo acompañara a Lombardía. Ella estaba seducida por la aventura, pero un poco dudosa: "El Señor —le dijo Roussel—, ¿no dijo que el hombre debía dejar padre, madre e hijos, para seguirles? "¿Cómo podré dejar a mi marido y a mis hijos?" Le respon-*

dió Béatrice—. “Es mejor — le respondió gravemente Raimon Roussel—, dejar a un marido y a unos hijos que sólo viven un tiempo que abandonar a Aquel que vive eternamente y nos da el Reino de los Cielos.” “Pero, ¿cómo llegaremos junto a los buenos cristianos? Cuando mi marido lo advierta, nos perseguirá y nos matará.” “Esperaremos a que haya dejado el castillo por cualquier asunto.” “¿Y de qué viviremos?” “Cuando estemos allí los buenos hombres se ocuparán de todo.” “Pero, estoy encinta. ¿Qué haré del hijo si parto con vos hacia los buenos cristianos?” “Si nace en medio de ellos, este niño será un ángel. Harán de él, en nombre de Cristo, un santo o un rey, ya que, no habiendo frecuentado a la gente del mundo, estará sin pecado; y podrán instruirlo perfectamente en su religión, ya que no habrá conocido otra.”

Las circunstancias quisieron que Béatrice se apercibiera rápidamente que su intendente no deseaba otra cosa que pasar unos días con ella. Se enfadó. El seductor abandonó el castillo y Béatrice no fue a Lombardía, como tampoco Raimon Roussel, por otra parte.

Los movimientos de fondos

Siempre hubo una red de pasadores encargados de guiar a los emigrantes a Lombardía. Quizá los perfectos de Montségur habían confiado la organización de un primer sistema de comunicaciones, de refugios y de albergues a creyentes absolutamente seguros, retribuidos por ellos. Hacia finales del siglo XIII unos *ductores hereticorum*, actuando por su propia cuenta, parece ser, pero en contacto directo con la secta, se hacían pagar para agrupar y acompañar a los emigrantes que iban a Lombardía o que regresaban. Se encargaban igualmente de hacer pasar cartas y dinero de un país a otro. *Cierto Peytavi, de Serèze, hizo remitir de esta forma al perfecto Pierre Delmas, que le había pedido este servicio, diez marcos esterlinos, producidos por el cambio de sueldos tolosanos. Este dinero estaba destinado a los cátaros de Lombardía. En otra ocasión, el mismo Peytavi, que gozaba evidentemente de la confianza de los herejes, dijo a Arnaud Terrier, de Serèze, que si quería hacer un envío a Lombardía sería fácil. Fue a hablar con dos perfectos, llegados hacía poco de aquella región, y que además, el mismo Arnaud y su cuñado, Jean Brun de Durfort, habían visto quince días antes. La entrevista tuvo lugar en Font-Audier “sobre el molino de*

Arnaud” —eran unos días antes de la vendimia de 1276— y los perfectos aceptaron encargarse de la comisión. (Doat, citado por Jean Guiraud).

Las operaciones financieras eran relativamente sencillas. Los *ductores* o *nuncii* remitían a los perfectos italianos las cantidades que guardaban en depósito hasta la llegada de los emigrantes que se lo reclamaban: *Adelais envió de esta forma a Cremona cien monedas tolosanas, que debía recibir a su llegada. Luego, habiendo renunciado a su viaje, dio la orden de entregar dicha suma a su madre Aycelina que vivía en Lombardía.* (Doat, citado por Jean Guiraud). En determinados casos, los cátaros se dirigían a los cambistas o a los banqueros de la secta; y en ese caso los fondos se transferían con verdaderas letras de cambio.

Aventuras y peligros de los viajes clandestinos

Los viajeros seguían naturalmente el itinerario menos frecuentado: el camino lombardo. Según Dupré-Theseider, pasaba por el Var y los Alpes marítimos, luego por Niza y el puerto de Tende, para descender por Roccavione, al llano de Cuneo-Coni. Otro camino, más cómodo, atravesaba el puerto de montaña de Larche y acababa, también, en Coni. Los herejes podían mezclarse con los peregrinos y los mercaderes, y así pasar desapercibidos.

Había *ductores* franceses y *ductores* italianos. Procedían casi siempre a una verdadera “recogida”. Por ejemplo, un grupo dirigido por Pierre Maurel, tuvo una vez, como punto de partida, Saint-Martin-la-Lande. Los viajeros fueron alojados en casa de una mujer afiliada a la secta, en una casa retirada en uno de los extremos de la ciudad, mientras que Pierre Maurel iba a buscar a los otros herejes: tres mujeres y un niño (las mujeres iban a reunirse con sus maridos ya que, de ordinario, los matrimonios no viajaban juntos). Se pusieron en ruta por Béziers, donde cuatro personas más se unieron a la caravana. *Por Beaucaire, fueron a Lombardía, deteniéndose primero en Achonia donde se alojaron en casa de una mujer de su país. A menudo eran las mujeres las que regentaban los “refugios”: al mismo tiempo eran posaderas y alojaban a otros viajeros, de forma que los herejes no pudieran ser advertidos. Pierre Maurel, entretanto, había cambiado de nombre, y se hacía llamar Pierre Gailhard. De ahí se fueron a Asti, donde encontra-*

ron a un hermano de Pierre Maurel, llamado Bernard, luego a Pavía, donde fueron a la casa de un lombardo llamado Raymond Catiero. Ahí se quedó un tejedor de su compañía. Prosiguiendo su viaje, fueron a Mantua donde encontraron a dos hombres de Limoux, de los que uno era tejedor, luego a Cremona, a Milán y llegaron a Coni, desde donde pasaron a Francia y Castelnaudary. Era en 1271-1272. (Doat, 25, pp. 17-20).

Estos viajes no estaban exentos de peligro. Los agentes de la Inquisición vigilaban las idas y venidas de los comerciantes, de los peregrinos. Un mercader de ganado llevando a su rebaño, un recadero con sus paquetes de mercancías, un burgués con rico equipaje, era un hereje disfrazado, del que poseían la ficha. Y no les faltaba olfato ni perspicacia. ¡Cuántas aventuras y desventuras! ¡Cuántos viajes dramáticamente interrumpidos! Una sirvienta de Graulhet, denunciada a la Inquisición por haber llevado a casa de su señora a un perfecto para que la consolara, quiso huir a Lombardía con el hijo de esta dama, Pierre de Palajac; fue arrestada en Arles, y llevada a Tolosa, donde fue quemada.

Cuando se había escapado a todos los peligros de la Inquisición, se corría aún el riesgo de ser asaltado por los ladrones. En 1273, un joven de Tolosa, Aymeric, llega a casa del guía Etienne Hugue, en Roquevidal, acompañado por una joven inglesa y una dama hereje que le había pedido permiso para viajar con ellos. Hugue les señala a los tres el camino de Lombardía. Pero al poco tiempo Aymeric regresa desnudo: en el primer albergue, le han robado todo su dinero y sus vestidos; le han robado incluso a la joven inglesa y a la dama... ¡Gracias a Dios que él ha podido escapar!

Sin embargo, los *ductores* y *nuncii* se mostraban muy hábiles, cambiaban de nombre y de vestimenta, no se alojaban en sus casas sino en casa de amigos seguros, dando cita a sus clientes en lugares desiertos o en cabañas solitarias, haciéndoles avisar por los emisarios; en suma rodeándose de todas las precauciones posibles.

Era necesario que la ausencia de los perfectos fuera entendida como capaz de comprometer la salud del alma, para que los creyentes se avinieran a correr tales riesgos y hacer tales sacrificios para encontrarlos. A veces, como lo dice muy exactamente, E. Dupré-Theseider, si el obispo o el diácono o los perfectos no iban al Languedoc se les iba a buscar a Lombardía. Los perfectos nunca olvidaban esta obligación: *Un negociante de Albi, Bertran de Montégut, se había metido en la cabeza abastecer de perfectos la región de Albi. Dio a un pasador, denominado Marescot — o Mascoti—, treinta y cinco tornesas blancas para que*

fuera a Lombardía a buscar al perfecto Raimon Andrieu y lo condujera a Albi. Si no le encontraba, debía, a cualquier precio, procurarle otro. Después de un viaje bastante movido, Marescot volvió a Occitania. Llevaba a Bertran de Montégut, no a Raimon Andrieu, al que no había podido descubrir por ningún lado, sino un perfecto italiano, Guillaume Pagano. Bertran de Montégut se alegró y lo recibió en su casa.

En la misma época otros dos ricos señores de Albir, Bertrand y Guiraud Golfier, habían tenido la misma idea que Bertran de Montégut, y habían encargado a Bernat Fabre, sastre albigense emigrado a Génova, que les enviara perfectos. Fabre los encontró en Visone, no lejos de Acqui. Pero no sabemos si pudieron llegar a Albi. (Declaración de Marescot, 1297).

El apostolado de Pierre Authier y la práctica de la "endura"

Hay que relacionar con la emigración cátara a Lombardía, ya que es una consecuencia, lo que Maselli ha llamado "el enorme incendio provocado por un solo hombre". Este hombre se llamaba Pierre Authier. Marchó a Lombardía en 1296, con su hermano, abandonando su villa de Ax (Ariège), donde era un notario de fama. Después de haber pasado más de cuatro años en Italia volvió en 1300 al condado de Foix, con la firme voluntad de combatir a Roma y de resucitar la iglesia cátara. Este antiguo jurista del conde de Foix Roger-Bernard III era muy instruido y, en Lombardía, en contacto con los buenos hombres, había perfeccionado sus conocimientos. Se puso a recorrer el país, de noche y de día, predicando en todos los lugares, visitando los castillos y las chozas, abierta o clandestinamente, reorganizando la iglesia cátara, atreviéndose incluso a mostrarse en Tolosa y teniendo siempre en jaque a la policía de la Inquisición. Acabó, sin embargo, por ser capturado, y subió a la hoguera el 9 de abril de 1311. Su hermano Guillaume, su hijo Jacques y muchos de sus discípulos fueron quemados, igualmente, poco tiempo después. Su desaparición marca verdaderamente el fin del catarismo occitano.

La acción de Pierre Authier no modificó las costumbres de los cátaros del Ariège ni su vida cotidiana, a lo sumo se impregnaron de misticismo: hubo mayor número de *consolamenta* clandestinas, prédicas en casas amigas, en medio de redobladas precauciones, y quizás, un

reforzamiento de la fraternidad herética, traduciéndose por un aflujo mayor de contribuciones voluntarias y, sobre todo, por la reorganización de un contraterrorismo destinado a neutralizar en parte a delatores y traidores. La desgracia de los tiempos suscitaba, además, un ascetismo heroico; y se admite comúnmente que bajo la influencia de Pierre Authier y de sus fieles se difundió, en el condado de Foix, la práctica de la *endura*.

La *endura*, o renuncia a la vida, está totalmente dentro del espíritu cátaro, e incluso en todas las religiones que enseñan que “el querer vivir” encadena al alma a la carne satánica, en el ciclo de las reencarnaciones y, en consecuencia, le impide liberarse. No sabemos por qué se les reprocha a los cátaros. El “suicidio” por amor al Ser, por amor a la *verdadera vida* (¿hay que recordarlo?, es el de Werther y numerosos sabios indios) nunca fue considerado por los “espirituales” como un crimen contra el individuo, ni como una ofensa a Dios, ya que era para fundirse en El por lo que se renunciaba a la vida...

Es posible que Pierre Authier conociera ejemplos de *endura* en Italia y que le hubieran impresionado. Se sabe que en 1275, cuando Bauville estaba en Pavía, se le explicó que un hereje occitano, que se había evadido de las prisiones de la Inquisición, acababa de ponerse en *endura*. De todas formas, esta costumbre no hizo su aparición en el Languedoc hasta una época bastante tardía, en que se podía estar tentado de dejarse morir para escapar a las torturas y a la hoguera.

En tiempos de Pierre Authier, los perfectos no la imponían a sus creyentes. Cuando se insinúa que llevaban a los *consolados* a sus hospitales, para vigilarlos y dejarlos morir, contra su voluntad, de inanición, se les calumnia sin pruebas. La verdad es que los creyentes que habían recibido el *consolamentum* escogían *libremente* dejarse morir. No se ve por qué, al estar viejos, enfermos, y llegados sin duda a un alto grado de desapego, no habrían preferido, en lugar de una dolorosa y corta supervivencia, el fin de todos sus males en esta tierra y en la Eternidad. *Enfermos* — dice Rainier Saconi —, *que no podían decir el Pater, preferían morir antes de inanición que pecar, y pedían a quienes les servían que no les alimentaran más.* (Se pecaba mortalmente si, una vez consolados, no se decía el *Pater*, antes de comer.) Pero tenían sobre todo miedo a recaer en *los otros pecados* y afrontar de nuevo la vida sin estar preparados, como los perfectos, a despegarse de ella por ascetismo. El *consolamentum de los moribundos* no resumía, como el de *ordenación*, los resultados de una larga iniciación ascética. Por ello sólo era válido para los que iban a morir. Y el propio hecho de que no pudieran ingerir

alimentos era la señal, a ojos de los perfectos, de que no vivirían mucho tiempo.

Con todo, *la endura* siempre fue excepcional e incluso mal vista por numerosos creyentes. Si los perfectos nunca impidieron a los enfermos recaer en el pecado comiendo y bebiendo vino — sólo les permitían agua fría — es evidente que sólo podían exhortarles a deshacerse de la vida lo antes posible. Hubiese sido raro que les aconsejaran seguir bajo el poder de Satán, cuando ya estaban fuera de su alcance.

Solamente una *endura* larga, la que el enfermo empezaba muy pronto, cuando sus fuerzas aún no estaban desvanecidas, pasaba por poder aniquilar el “querer vivir” y exaltar el “querer ser”. Era, de todas formas, más meritoria que la del moribundo, que sólo debía a su debilidad y a las circunstancias el no volver a caer en pecado. Se conoce el caso de un enfermo, llamado Sabatier, que estuvo siete semanas enteras en la *endura*; y el de una mujer de Coustaussa quien, después de haber dejado a su marido, recibió el *consolamentum* en el Sabarthés, se puso en *endura*, y no murió hasta doce semanas después. Los cátaros no se equivocaban al considerar ese desprecio estoico de la vida como una prueba de que el creyente se había liberado completamente de ella. Existía, además, como lo ha visto muy bien Jean Guiraud, otra especie de *endura*, consistente en abstraerse de la vida por una pérdida casi completa de sensibilidad, e incluso de la conciencia, y en reducir de esta forma la existencia “personal” al mínimo. La mujer de un señor de Puylaurens, Berbeguera, fue a ver por curiosidad a un perfecto que se hallaba en ese estado y que le pareció la más extraña maravilla: desde hacía mucho tiempo estaba sentado en una silla, inmóvil como un tronco, insensible a cuanto lo rodeaba.

A finales del siglo XIII y principios del XIV, ya no era así: los perfectos sólo daban el *consolamentum de los moribundos* a los que realmente estaban moribundos. Desde que los creyentes lo recibieron como una gracia, bastante inmerecida, tuvieron todo el interés en prolongar su vida, sin perder el beneficio, durante algunos días o algunas horas. De ahí que los perfectos declaren, muy lógicamente, que cuando un cristiano ha sido recibido en estas condiciones en su orden, no debe ni comer ni beber — salvo agua fresca — *y que los que se dejan morir así, rechazando la comida, son santos de Dios.*

Algunas veces, es cierto, los perfectos se equivocaban sobre el grado de resistencia del enfermo, que provocaba entonces, a pesar suyo y a pesar de ellos, una *endura* prolongada. Cierta Guillaume, muy enfermo, se sometió a la *endura* y, contra toda expectativa, vivió aún

quince días; lo mismo que una mujer de Montailou, a quien se la creía condenada, y que resistió más de dos semanas. Naturalmente, los enfermos no siempre estaban tan impacientes por salvar su alma. Bernad Arquí, quien tenía que tener un sólido apetito, declaró a los perfectos que le aconsejaban la *endura*: “¡Quiero vivir hasta el final!” “Que se haga según vuestra voluntad”, le respondieron los perfectos.

La *endura* planteaba numerosos casos de conciencia a las familias. Una buena mujer se sometió a *endura*, después de haber sido consolada. Pero al cabo de cinco o seis días, se sintió mejor y reclamó alimento. Su hija, creyente sincera, no quiso darle más que agua, tal como estaba prescrito por los perfectos. La madre se puso a gritar, a insultarla: “¡Me río de lo que dicen ellos; yo quiero comer!” Y su hija, muy preocupada, le dio al final algo de comer.

Por otro lado, Arnaud, hermano de una consolada, vela para que no coma o no beba sino agua. Pasa un día, dos. Al tercero, la pobre mujer pide a Arnaud que le dé alimento: “Tengo mucha hambre.” Arnaud, más bien le hace mala cara. “Si no tenéis siquiera fuerzas para tragar”, le dice. “Tengo hambre —repíte ella—, ¿no puedo resistir!” Entonces, Arnaud se deja enternecer: dice a Blanche, su hermana, que le dé de comer, y ella le trae rápidamente, pan, carne, vino, que la moribunda come y bebe con buen apetito, perdiendo alegremente el beneficio del *consolamentum*.

En otros casos, sucede lo contrario: todos, en una familia campesina, son de la opinión que hay que alimentar a los vivos y a los moribundos. No se acogió sinceramente el consejo de los buenos hombres, ni la voluntad expresamente formulada por la consolada. Las mujeres que rodean y cuidan a la moribunda quisieran que hablara, que comiera. Intentan hacerle tragar una taza de caldo de cerdo salado, pero no consiguen ni siquiera hacerle beber agua; la enferma cierra con fuerza sus mandíbulas. Permaneció de esta forma dos días; a la tercera noche, al filo del amanecer, falleció.

Evidentemente, no se puede impedir a las malas lenguas que vayan diciendo por todas partes que el hijo o la hija han puesto en *endura* a su anciana madre, contra su voluntad, para desembarazarse de ella. “Si la pobre Bernarde estaba tan enferma, ¿cómo nunca se ha visto ni oído llorar a su hija? No es sorprendente: el yerno se las ha arreglado para obtener todos sus bienes.” Ciertamente, en este mundo de “Mezcla” y de lo “Terrible”, donde el Diabolo sobresale en malear las mejores cosas, no juzgaremos que no se cometan crímenes semejantes; pero los perfectos son los primeros en saberlo. Una mujer infiel aconseja a su marido

que se ponga en la *endura* para la salud de su alma. “¡Que, no! —dice el pobre hombre—, Dios es quien tiene que matarme, si quiere. Por mí, me dejo vivir.”

Degeneración del catarismo

Se asiste en estos primeros años del siglo XIV a graves desviaciones de la moral y sobre todo del dogma cátar. La regla, era, suponiendo que se quisiera renunciar al *consolamentum de los moribundos*, no el no comer nada, sino comer sólo pescado y verduras, después de haber dicho el *Pater*. La madre de Arnaud podía hablar y decir el *Pater*. No era indispensable darle carne. Se ve, ahora, a campesinos seguir, aquí o allá, groseras aberraciones: una vecina aconseja vivamente a una joven madre, cuyo hijo, de dos o tres meses, está muy enfermo, que lo meta a *endura*, es decir, no darle más el pecho. La madre lo rechaza: “Si muere —dice—, Dios le acogerá...” “Si es acogido por los buenos hombres —dice la Vecina—, será mejor aún: será un ángel de Dios...” La madre no hizo consolar al niño, y obro bien, según el catarismo verdadero.

Aquí es el marido que desearía que su hija de corta edad, Jacoba, recibiera el *consolamentum de los moribundos* y fuera enviada a Dios. Pero la madre se indigna y, a pesar de la prohibición de su marido, se obstina en darle el pecho a la niña, que vive aún un año y muere. Los perfectos fueron a ver a la mujer y le dijeron: “Sois una mala madre: habéis dado a vuestra hija una inútil prórroga de un año, y habéis comprometido, por un instante de vida corporal, sus posibilidades de salvación eterna.” ¿Dónde está la verdad? ¿Qué es la verdad? Aun así esos perfectos habían tenido que ir a instruirse a Italia: el catarismo prohibía dar el *consolamentum* a los niños, y sobre todo imponerles la *endura*.

A despecho de los esfuerzos meritorios de Pierre Authier y de sus discípulos, el catarismo continuaba debilitándose y corrompiéndose. Nadie podía retrasar su final. Los últimos perfectos, mucho menos instruidos que Pierre Authier, mezclaban sus conceptos personales, a menudo confusos o contradictorios, con supersticiones groseras y con un poco de lo que habían retenido de la auténtica tradición: Bélibaste era un soñador independiente.

La misma doctrina de los dos principios, reducida ahora al antagonismo "visible" del Bien y del Mal, ya no es comprendida por nadie, y privada de su segundo plano esotérico, ya no puede serlo. Se empieza a afirmar que es el Dios bueno, y no el Diablo, el que hace "florecer y ganar la naturaleza": desviación doctrinal de graves consecuencias, ya que si el mundo no es del todo malo, no es el Diablo quien lo ha hecho. El propio Pierre Authier no es capaz de explicar de otro modo que por la presencia de los buenos hombres sobre la tierra la existencia del bien que en ella se encuentra, olvidando que el dualismo clásico explicaba de una forma más clara la mezcla de las dos naturalezas. En realidad, el dualismo mitigado y el monismo católico eliminan ahora el dualismo absoluto, sin descartar completamente la idea de que este mundo, absurdo, caótico, injusto, está sometido al Príncipe de las Tinieblas.

El *consolamentum*, es cierto, conserva aún todo su prestigio ya que corresponde a un simbolismo maravillosamente dispuesto en el que los efectos se hacen sentir, inmediata y poderosamente, sobre la imaginación y el espíritu. Los sacramentos de la Iglesia romana tardarán mucho tiempo, en Languedoc, en librarse de la desafección en que habían incurrido, y acaso merecido, en tiempos en que el catarismo proponía a los religiosos una vía de salvación más pura y eficaz. Además, las bases sobre las cuales se establece la problemática cátara: negación del libre albedrío, disminución del papel de Cristo "humanizado" y, por vía de consecuencia, rechazo del dogma de la presencia real en la hostia, necesidad de la gracia para obtener la salvación, van a marcar en el futuro la evolución del pensamiento religioso. Doscientos años más tarde reaparecerán en el calvinismo.

El catarismo fue degradándose lentamente: fue absorbido por cada uno de sus componentes, a medida que los liberaba. Ha pasado a doctrinas muy diversas que lo han utilizado y asimilado, y cuyo largo camino no nos incumbe seguir. "El Espíritu entra y sale", dicen los buenos hombres. Si el catarismo medieval no es ahora sino una aventura histórica, sus constantes que, en tanto que esquemas míticos, condicionan más de lo que cree el pensamiento humano, inspiran siempre morales reformadoras y movimientos liberadores. Probablemente será así hasta el fin de los Tiempos.

CONCLUSIÓN

La supervivencia del catarismo

El mito de la "Tradición ininterrumpida", el mito del "Pasado en el presente" se han introducido hoy en el ensueño diario: queríamos "ver" a los cátaros. Cedemos, a pesar de nosotros mismos, al atractivo que ejercen las afiliaciones que no podemos imaginar. Basta con que nos presenten, en Ragusa, a una joven perteneciente a la más vieja familia patarina de la ciudad para que nos sorprendamos a nosotros mismos buscando en su rostro el reflejo de siete siglos de herejía. ¿Y quién no ha soñado, al caer la noche, en penetrar en alguna granja perdida del Ariège en donde todavía se diera el *consolamentum* a los moribundos y donde el anciano leyera todavía en voz alta el Evangelio de San Juan, en un manuscrito del siglo XIII, transmitido de padres a hijos? Ningún fracaso desalienta a los buscadores del tesoro de Montségur, puesto que sólo desean perseguir sin fin un espejismo.

En realidad no subsiste nada del catarismo tal y como se vivió. ¿Dónde lo encontraríamos? ¿Entre los protestantes? A menudo nos han indicado, particularmente en las Cévennes, familias de campesinos que, según nos decían, se acordaban de haber sido cátaros. Y tal vez en el siglo XVI, sus miembros tenían conciencia de continuar efectivamente una religión más antigua; tal vez, incluso, permanecían fieles, plenamente conscientes de ello, a la memoria de sus antepasados quemados por la Inquisición. Realmente es incontestable que muchos de los descendientes de los herejes del siglo XIII abrazaron el calvinismo para vengarse de Roma, pero por mucho que hayan escrito sobre ello los autores protestantes del siglo XVI en su empeño por encontrar antepa-

sados espirituales en el evangelismo cátaro, las dos doctrinas difieren profundamente. Y los traumatismos sociales sufridos por los protestantes, en los siglos XVI y XVII, han sido tan dolorosos en sí mismos que les han hecho olvidar las desgracias de sus padres: el folklore del Desierto ha cubierto el folklore de Montségur.

A veces, las palabras han cambiado de sentido y despistan a los amantes del catarismo. Uno de nuestros amigos, de viaje por Ariège, hizo subir un día en su coche a dos campesinos que se dirigían, según dijeron, a la granja vecina a "llevar la consolación". Iban, en realidad, a "consolar" a la familia y no al enfermo quien, por otra parte, ya estaba muerto. Algunas veces, "consolación", significa quizá, como recuerdo del *consolamentum*, extremaunción. No tiene, evidentemente, nada de cátaro. La acción de la imposición de las manos es todavía sentida como benéfica por muchos de los habitantes de nuestros campos, pero se trata de una acción meramente física. Y cuando algunos médicos afirman haber encontrado en la cabecera de la cama, antes o después de la visita del sacerdote, a dos hombres que le asistían en su agonía, se trata de curanderos o de brujos, y no de perfectos. Si han impuesto las manos sobre el moribundo, ha sido para aligerar sus sufrimientos.

Por otra parte, es muy difícil saber en qué medida una tradición católica reemplazó a una tradición cátera del mismo tipo. Siempre hemos sospechado que el particular respeto que los habitantes del Ariège y muchos otros occitanos sienten por el pan bendito y sobre todo el uso mágico que hacen de éste, proviene de su antigua fidelidad a los ritos cáteros de los años 1300. Pero, ¿quién puede decir si el trozo de pan bendito que hoy se descubre entre dos montones de sábanas, en el armario campesino, es cátero o católico?

Las viejas languedocianas saben de memoria muchas plegarias heterodoxas, entre las cuales hemos buscado a menudo las huellas de aquellas que los buenos hombres habían enseñado a los creyentes para sustituir al *Pater* que seguramente no decían. La mayor parte son de inspiración católica. Sin embargo, el folklorista Urbain Gibert oyó en un pueblecito del Alto Ariège a una mujer anciana recitar el principio de una oración bien conocida: *Paire Sant. Dieu dreyturier dels bons esprits*. Es el único vestigio, auténtico, del catarismo que nosotros conocemos. Dicha mujer, naturalmente, no era en absoluto consciente de estar recitando una oración herética.

El folklore no recuerda los mitos específicamente cáteros, a excepción del cuento de la "cabeza de asno" —del que hemos hablado anteriormente (un lagarto sale de la boca de un durmiente y entra en el

cráneo seco de un asno)— que fue utilizado en el siglo XIV por los perfectos para demostrar que el espíritu podía separarse del cuerpo; el de santa Miércoles, cuento de origen bogomilo, en el que se ve a una “santa” vengarse cruelmente de las amas de casa que hacen la colada ese día. Pero, en Occidente, santa Miércoles ha tomado los rasgos tan temibles de santa Agata, que tiene su mismo papel y representa el mismo día prohibido.

No queda el menor rastro de la creencia cátara de que el alma necesitaba tres días para liberarse del cuerpo y que era preciso asistirle con fervor durante todo este tiempo. Pero, hasta finales del siglo XIX, se ha levantado una teja del techo para que el alma pueda escaparse más fácilmente, tradición que pertenece al catarismo decadente. Uno se extraña al ver que el folklore de Montségur, recogido fielmente por madame Tricoire, no conserva ningún recuerdo directo del catarismo medieval. Por el contrario, el romanticismo francés y el neorromanticismo alemán lo han enriquecido con buen número de leyendas —en relación con Esclarmonde de Foix o el Graal— que no proceden de ningún modo del catarismo histórico.

El lenguaje ha conservado sólo unas pocas palabras referentes a la herejía. Y además son en su mayoría, peyorativas. Un *patarinage*, asamblea de patarinos, es hoy una reunión de gentes groseras y ruidosas. *Patarinejar* significa: vagabundear, mendigar. *Bougre* (búlgaro) se ha convertido en un insulto a partir del siglo XVI (*bougre* es sodomita). En cuanto al juramento *Doble dius* (Doble Dios), al que Mistral otorgaba un origen dualista, no es más cátaro que el *Mila Dius*, pagano. No conocemos ningún proverbio de la Edad Media que refleje una opinión cátara, a excepción de: *Fais du bien á tout le monde — Mais davantage à ceux de ta foi*. Y todavía no es muy seguro que esta “fe” no sea la de los católicos. En cuanto al proverbio que hizo condenar al Muro al pobre Arnaud de Savinhan: *On a toujours vu, on verra toujours — Homme coucher avec la femme d'autrui* (“Siempre se ha visto, siempre se verá — a un hombre acostarse con la mujer de otro”), es evidente que manifiesta la persistencia del libertinaje y no de la eternidad del mundo.

¿Tendremos mejor suerte con los objetos, encontraremos objetos cátares? Se pretende que el gorro (de noche) que llevaban los hombres en el siglo pasado y al que se le llama *boneta de catári*, procede de aquel con el que los perfectos se cubrían la cabeza. Es posible que el *topin*, o marmita, llamado *patarinson* en la región de Moissac, podría ser un recuerdo de aquella que los perfectos llevaban siempre consigo, porque no querían utilizar otras ollas en las cuales se hubiera cocido carne. Es

posible e incluso casi seguro. Pero hay que reconocer que todo esto es bien poca cosa. En cuanto a las investigaciones efectuadas dentro del simbolismo popular, resultan todavía más decepcionantes. El pentágono ha desaparecido por completo de los decorados geométricos, a excepción de estar circunscrito en la estrella de cinco puntas. Pero ésta ha sido tan ampliamente difundida en todo el arte folklórico europeo que es imposible considerarla como un símbolo exclusivamente cátaro. El áncora, la paloma, figuran en todos los monumentos funerarios de los siglos XVII y XVIII, así como todas las variedades de cruces (cruz en T, cruces griegas, cruces de "Tolosa", etc.) Todas ellas pertenecen tanto al cristianismo primitivo como al catarismo. Lo que no excluye en absoluto, en ciertos casos, su origen cátaro. Si fuera seguro que la célebre cruz de los hugonotes, la paloma del Espíritu Santo, hubiera hecho realmente su aparición en el Languedoc y que ésta hubiera sucedido a la paloma cátara, tendríamos que considerarla como la más destacada de las supervivencias "heréticas" en el Mediodía francés.

La no violencia y el fanatismo de Montségur en nuestros días

Muchos hombres, con toda seguridad, han estado de más. Muchas vidas han sido inútiles. Cuando la historia se limita tan sólo a los individuos, no presenta más que la imagen del caos moral, la mezcla del Bien y del Mal. ¿Para qué han servido las vidas de dolor y fervor, cuyo breve paso por este mundo hemos intentado trazar? Tal vez para nada. ¿Y qué juicio podemos hacer sobre ellas? Resulta en verdad demasiado difícil sondear los corazones cuando más de siete siglos nos separan. Tampoco vamos a arriesgarnos a condenar la furia homicida de los inquisidores; no más que la exasperación criminal de los caballeros que los mataron en Avignonet. Unos y otros creían obedecer al Dios del Bien; no vieron con claridad dónde estaba el Mal. Porque si el Mal no fuera incomprensible no sería el Mal... Nuestro libro sólo ha pretendido "darlo a conocer"...

Todo lo que puede llegar a decirse es que si la Historia nunca se repite, los fanáticos se repiten una y otra vez e incluso con una constancia que sorprende: son los mismos actos, las mismas palabras. A las palabras que pronuncia Raimon d'Alfar, después de la matanza del inquisidor Guillaume Arbaud: "*Esta be, esta be*" (Esto marcha, esto

marcha), hacen eco las del duque de Guisa, trescientos años más tarde, después del asesinato de Coligny: "Buen comienzo, buen comienzo". Al "gesto" de Pierre-Rogier de Mirepoix, reclamando el cráneo de Guillaume d'Arnaud para beber en él su vino, responde el de Catalina de Médicis enviando al papa la cabeza embalsamada de Coligny (el papa ordenó inmediatamente celebrar una procesión para festejar este feliz acontecimiento). Los verdaderos hombres de espíritu tampoco han variado mucho en su comportamiento: prefieren dejarse matar que matar.

Si bien es verdad que existen unas "leyes de la evolución" de tipo teológico-providencial —o de tipo marxista—, es evidente también que no pueden tomarse más que como proyectadas sobre los grandes hombres y en amplios espacios de tiempo. Y tal vez se reducen entonces —cualquiera que sea la naturaleza de sus condicionamientos— a un "movimiento" de ideas morales. Apreciamos, de ordinario, este movimiento en referencia al último momento de la "evolución", al momento presente, lo cual no es ilegítimo, a condición, de todas maneras, que se considere este presente como provisional y relativo también, y que no se pretenda erigirlo en absoluto so pretexto de que es nuestro presente. Desde este punto de vista encontraremos bastante natural que se apruebe, por ejemplo, la emancipación de la mujer tal y como se anuncia —tímidamente— en el siglo XIII; más natural todavía que se condene la Inquisición, quiero decir *todas las Inquisiciones...*

La vida cotidiana de un gran número de cátaros no hubiera tenido ningún significado sin la existencia de inquisidores para encender las hogueras, y herejes para ofrecer su sacrificio al Espíritu. Bajo este aspecto solamente unos y otros siguen de actualidad. Las víctimas del presente se reúnen con las del pasado; las resucitan. En cada persecución son los mismos verdugos, los mismos mártires quienes se *reencarnan*. En verdad, las vidas efímeras de los hombres circulan dentro del Hombre.

NOTAS DEL AUTOR

- (1) La mortalidad infantil interviene, es cierto, en el establecimiento de este promedio.
- (2) Diminuto país del antiguo condado de Foix, situado cerca de Savedrún en el Ariège.
- (3) Los cátaros denominaban así las tres reverencias o genuflexiones que hacían los creyentes cuando se hallaban en presencia de un perfecto. Se trataba de una especie de adoración litúrgica, mediante la cual veneraban el Espíritu Santo, del que el perfecto estaba revestido. Pero era también —al significar esta palabra “mejora”— una súplica de gracia santificante, de bendición y de perdón de las faltas.
- (4) El arrepentimiento y el perdón de los pecados están incluidos en la oración dominical.
- (5) El catarismo es, pues, en este aspecto una filosofía, puesto que se inicia en una doctrina secreta.
- (6) Esta absolución dada al margen del *consolamentum* tenía un valor parecido a aquella que sigue al *Confiteor* dentro de la liturgia católica (P. Dondaine).
- (7) *Ganacha, garnacha*: especie de abrigo.
- (8) *Gonela, gonelle*: especie de túnica externa.
- (9) *Cendal*: lienzo de seda.
- (10) *Parage*: nobleza, prestigio señorial.
- (11) *Ricor*: Riqueza, poder.
- (12) “Si Dios quiere que los monjes negros (benedictinos de Cluny) sean salvados por comer demasiado y mantener mujeres..., las *canónigas*, por prestarse a la usura, etc.” (*Mon chantar vueil retraire al cuminal*, 25-32).

- (13) Peire Cardenal considera excesivo el interés del 33 por ciento exigido por algunos prestamistas “que quieren cobrar, dice, cuatro por tres”. (*A totas parts vei mescl'ab avaresa*, 4, 32).
- (14) Monedas acuñadas en el condado de Melgueil gobernado por el obispo de Maguelonne: circulaban por Provenza y el Languedoc.
- (15) Por ejemplo: la de los Moulins del castillo de Tolosa (Bazacle), cuyo montaje había sido financiado mediante las “partes” negociables. Las acciones se llamaban “*uchau*”. Los beneficios eran distribuidos entre los accionistas en forma de semillas.
- (16) Haz el bien a todo el mundo pero principalmente a los que tienen fe.
- (17) Derecho que poseía el señor de alojarse en la casa de su vasallo, él y su séquito, caballería incluida, durante algunos días.
- (18) Y tanta bella hereje precipitada a la hoguera.
- (19) Llamado igualmente Tratado de París.
- (20) Se ha llamado nicolaides a los clérigos que, a pesar de estar revestidos de las órdenes sagradas, rechazaban la práctica de la continencia y vivían con concubinas a las cuales se les reconocía una especie de estatuto legal y casi matrimonial.
- (21) Siempre se ha visto y siempre se verá a los hombres acostarse con la mujer de otro.
- (22) *Melioramentum* o adoración litúrgica del perfecto por el creyente.
- (23) Que están afiliados a la secta, que tienen conocimiento del verdadero Bien.

ÍNDICE DE LOS PRINCIPALES PERSONAJES

BÉATRICE DE LA GLEISE: Hija de Philippe de Planissoles, señor de Causou (Ariège), Béatrice se casó con Béranger de Roquefort, y más tarde con Othon de la Gleise, señor de Dalou, enviudando por segunda vez. Tuvo una vida aventurera. Después de haber sido violada en su castillo, se convirtió en la amante de un cura maldito; conoció a brujas, a rufianes ávidos de metafísica. Como creía sólo en el amor, ninguno de sus amantes consiguió hacerle perder la fe romana, que sin embargo se reducía probablemente para ella a unas fórmulas vacías. Para acabar, se convirtió en su vejez en la amante "legal" de un sacerdote español, Barthélemy. Condenada el 8 de marzo de 1321 al *Muro*, fue puesta en libertad el 4 de julio de 1322, junto con Barthélemy, pero tuvo que llevar las dobles cruces.

BÉLIBASTE: Guillaume Bélibaste, el último perfecto, nació en Cubières (Aude). Mató a un pastor, sin duda en una riña y, sintiendo remordimiento, se hizo iniciar al catarismo por Philippe d'Alairac. Detenido una primera vez, se evadió del *Muro* de Carcasona refugiándose en Cataluña, en Lérida, donde vivió de la fabricación de peines para tejedores; más tarde vivió en Morella, donde le encontramos a la cabeza de una pequeña comunidad de emigrados occitanos.

Arnaud Sicre, traidor al servicio de la Inquisición, logra captar su confianza, atrayéndolo hasta Tirvia donde le hizo detener. Llevado de nuevo a Carcasona en agosto de 1321, Bélibaste fue juzgado y quemado en Villerouge-Termenès (Aude), cuyo castillo pertenecía al arzobispo de Narbona, su señor temporal.

BERNARD DÉLICIEUX: Nacido en Montpellier el año 1260, entra en la Orden de San Francisco en 1284, y es influido por las ideas

de Joàchim y de Pierre-Jean Olive. Tuvo el valor de enfrentarse con los abusos de la Inquisición y fomentó en Carcasona rebeliones populares que desembocaron en la liberación de los herejes prisioneros en el *Muro*. Había seguramente participado en la conjura urdida por los cónsules de Carcasona y de Limoux para expulsar a los franceses y devolver el gobierno del vizcondado a Fernando, infante de Mallorca (1304).

Bernard Délicieux fue encarcelado. Indultado en 1307, fue de nuevo acusado en 1313 de haber entorpecido la acción inquisitorial e incluso de haber intentado envenenar al papa. (Sus jueces, el obispo Jacques Fournier y el obispo de Saint-Papoul [Aude], no tuvieron en cuenta esta segunda acusación.) Sin embargo fue expulsado de su orden en 1318 y condenado a reclusión perpetua (sin grilletes). Murió en 1320.

BERTRAN MARTI: Este perfecto era originario de Tarabel (Haute-Garonne). Se desconocen datos de su familia, sin duda muy humilde. En 1226 asiste al Concilio de Pieusse, y es elegido diácono en 1230; hacia 1239 sucede a Guilhabert de Castres como obispo cátaro de Tolosa y su región.

De 1229 hasta 1237, predica en el Lauragais, sobre todo en Fanjeaux y a Laurac, pero también en Limoux, Dun (Ariège), y en otras muchas ciudades o castillos, encendiendo por doquier la fe cátara, "consolando" a caballeros o a truhanes.

A partir de 1238, se establece en Montségur donde es considerado maestro espiritual y también organizador y jefe político. Su actividad diplomática fue muy intensa de 1240 hasta 1244. Murió en la hoguera el 16 de marzo de 1244.

FOLQUET DE MARSEILLE: Folquet o Foulque de Marseille pertenecía a una familia de comerciantes de Génova trasladados a Marsella. Se dedicó primero al comercio en sus años mozos y también al cultivo de la poesía. Tocado por la gracia, se hizo monje en 1201, se convirtió en abad del Thoronet (entre Brignoles y Draguignan) y más tarde, en 1205, en obispo de Tolosa. *Por la fe que os debo, reza la Canción de la Cruzada, con sus actos, con sus palabras, con toda su actitud, más bien parece el Anticristo que el mensajero de Roma.*

Murió el 25 de diciembre de 1231. Dante, en su *Paraíso*, lo situó en el cielo de Venus (canto IX, 67-142).

GUILHABERT DE CASTRES: El más célebre de los perfectos de Occitania. Quizá fuera noble y, además, "de" Castres. Su hermano Isarn y sus dos hermanas entraron como él en las órdenes cáteras.

En principio residía en Fanjeaux (Aude) donde tenía una casa. En 1204, "consuela" a Pierre-Rogier de Mirepoix, el padre del futuro defensor de Montségur. En el mismo año da los hábitos a Esclarmonde, hermana del conde de Foix, en presencia de numerosa y noble asistencia. En 1207, se enfrenta con Pierre de Castelnau, legado romano, en el coloquio de Montréal. En 1226, está presente en el Concilio cátaro de Pieusse donde Beroit de Termes es nombrado obispo del nuevo obispado del Razès.

Guilhabert de Castres consagró toda su vida a la predicación y al oficio de consolación. De 1211 hasta 1230, anda todos los caminos, recorriendo en todos los sentidos su diócesis ideal. Se le ve en Mirepoix, Castelnaudary, Labécède, Tolosa.

Fue sin duda en 1232 cuando tomó la decisión de hacer de Montségur el centro administrativo y religioso de la secta. Se instaló en el castillo que sólo abandonó para breves salidas. Murió poco antes del asedio de 1243.

GUILHEM MONTANHAGOL (1229-1258): De origen tolosano y habiendo vivido casi siempre en Tolosa, este trovador fue protegido de Raimundo VII y de Jaime V de Aragón. Asistió a la mayoría de acontecimientos que pusieron fin a la independencia meridional. En sus poesías defiende con ardor la causa del conde de Tolosa y combate la opresión religiosa que, condenando el lujo femenino, la prodigalidad caballeresca y el amor, secó la fuente de la poesía occitana. Esta doble protesta contra el dominio francés y el poder eclesiástico se expresa de forma moderada y elegante, dándole una mayor fuerza.

Parece ser que pasó algunos años en la corte de Alfonso X de Castilla.

JACQUES FOURNIER: Nacido en Saverdun (Ariège), Jacques Fournier, primero profesor del Císter en la abadía de Boulbonne, luego doctor en teología de la Universidad de París y abad de Fontfroide, fue elevado en 1317 a la sede episcopal de Pamiers y trasladado a la de Mirepoix en 1326. Nombrado cardenal, fue elegido papa en 1334 con el nombre de Benedicto XII.

Espíritu sobresaliente a todas luces, Jacques Fournier fue en su diócesis un inquisidor competente, concienzudo, incorruptible. Ha sido conservado el Registro donde hacía inscribir las diligencias judiciales y los interrogatorios que dirigía personalmente. Publicado en 1965 por J. Duvernoy, ofrece un sinfín de datos inestimables sobre la vida y las creencias de los últimos cátaros del condado de Foix.

LOBA DE PENNAUTIER: Loba, cuyo verdadero nombre es Orbria, era hija de Raimon, señor de Pennautier (Aude), llamado Lobat. Se había casado con un señor *parier* (coseñor) de Cabaret (Lastours, Aude), sin duda Jourdain de Cabaret, hermano de Pierre-Rogier de Cabaret.

Esta dama fue, en los años que precedieron la Cruzada de 1209, el ídolo de la pequeña corte que reunía en Cabaret al conde de Foix (Raimon Roger, el "conde pelirrojo"), Bertran de Saissac, Pierre-Rogier de Mirepoix, Aimeric de Montréal y los trovadores Peire Vidal y Raimon de Miraval. No es seguro que fuera creyente, pero todos sus amigos fueron cátaros o miembros del partido cátaro.

PEIRE CARDENAL: Este poeta, uno de los más grandes de la Edad Media, nació hacia 1180, en el Puy-en-Velay, en el seno de una familia noble. Abandonó la canonjía de su ciudad natal donde lo había colocado su padre, para seguir su vocación poética. Los detalles de su vida nos son poco conocidos. Se situó pronto entre los occitanos del entorno del conde de Tolosa, quienes no aceptaban ni la dominación francesa, ni la de los clérigos. En sus elocuentes y vigorosas sátiras, fustigó la indignidad del clero y el abandono de las costumbres. Si no fue cátaro, tuvo la reputación de serlo, y fue influido por las teorías heterodoxas. Algunos de sus poemas, difundidos entre el pueblo, alimentaron la propaganda anticlerical.

Realizó una larga actividad y murió casi centenario, hacia 1274.

RAIMUNDO VI, CONDE DE TOLOSA (de 1194 a 1222): Aunque prudentemente sometido a la Iglesia romana, Raimundo VI no pudo evitar enfrentarse con Simón de Montfort, que codiciaba sus dominios. Vencido en la batalla de Muret (12 de setiembre de 1213), donde su aliado Pedro de Aragón encontró la muerte, perdió su condado cuya investidura pasó entonces a Simón de Montfort.

Mientras, su hijo, "el joven conde" (futuro Raimundo VII), lleva la guerra a Provenza, asedia y toma Beaucaire. En 1217, Raimundo VI entra triunfante en Tolosa, sublevada contra los cruzados. Simón de Montfort intenta vanamente apoderarse de la ciudad donde también ha entrado el joven conde. El 25 de junio de 1218, Simón de Montfort encuentra la muerte.

En junio de 1219, el príncipe Luis, hijo de Felipe Augusto, invade el Languedoc. Toma Marmande pero fracasa ante Tolosa y se marcha (1219): "doloroso fracaso", dirá el papa Honorio III.

Cuando Raimundo VI murió, en 1222, había reconquistado, ayuda-

do magistralmente por su hijo, todos sus dominios.

RAIMUNDO VII, CONDE DE TOLOSA (de 1222 a 1249): Raimundo VII tuvo que enfrentarse a la nueva cruzada real. Luis VIII toma Aviñón (1226) y establece dos senescales en Beaucaire y en Carcasona. Pero muere en Montpensier sin haber podido conquistar Tolosa.

Raimundo VII no creyó sin embargo poder continuar la lucha contra la monarquía francesa: firmó la paz de París con Luis IX, o *tratado de Meaux-París*, el 12 de agosto de 1229. Raimundo se queda con Tolosa pero pierde el Languedoc oriental y el Languedoc septentrional. Y se estipula que a su muerte sus bienes pasarán a su hija Juana que se casará con Alfonso de Poitiers, hermano del rey.

Raimundo VII intentó durante toda su vida eludir por la astucia o por la fuerza las desastrosas cláusulas del tratado de Meaux. No logró apoderarse de Provenza, que será tomada por Carlos de Anjou, hermano de Luis IX. En 1240, el hijo de Trencavel intenta tomar Carcasona: es vencido y se rinde. En 1241, Raimundo VII, ayudado por todo el Mediodía y por los ingleses, se rebela: los ingleses son vencidos en Taillebourg (1243). Raimundo VII, el conde de Foix y el vizconde de Narbona firman la paz. Montségur, uno de los primeros refugios de los cátaros, es asaltado y destruido (1244). Quéribus, otra ciudadela cátara, cae en 1255. Por fin, en 1258-1259, Aragón y más tarde Inglaterra renuncian a sus pretensiones sobre las provincias meridionales.

Raimundo VII muere en 1249.

En 1271, el 21 de agosto y el 24 de agosto, la condesa Juana y el conde Alfonso de Poitiers mueren *sin dejar hijos*. El rey de Francia se convierte en conde de Tolosa. Gobierna el país con cuatro senescales.

RAIMON-ROGER TRENCAVEL: Vizconde de Béziers, Carcasona, Albi y Nêmes, sólo tenía veinte años cuando Simón de Montfort, después de haber tomado y saqueado Béziers (22 de julio de 1209), fue a sitiarse en Carcasona. Los cruzados le apresaron en una cobarde emboscada y ocuparon la ciudad cuyos habitantes aterrorizados habían huido (15 de agosto de 1209). Trencavel murió poco tiempo después, sin duda envenenado, en el fondo de la mazmorra donde Simón de Montfort le había encerrado.

RAIMON-ROGER, CONDE DE FOIX (de 1188 a 1223): Pasó casi toda su vida luchando contra Simón de Montfort y contra Gui de Lévis, su lugarteniente. Fue uno de los más brillantes capitanes de su tiempo. En 1211, vence en Montgey (Tarn), un cuerpo de seis mil cruzados alemanes; el 12 de septiembre de 1213, combate en Muret junto a Pedro

de Aragón y el conde de Tolosa. En junio de 1218 toma parte en la defensa de Tolosa contra Simón de Montfort (que resulta muerto durante el asedio). En 1219 por fin, participa en la batalla de Bazièges donde su intervención asegura la victoria de Raimundo VI. En 1223 había recuperado la totalidad de sus dominios. Murió el mismo año.

RAIMON DE MIRAVAL: Este trovador, nacido hacia 1135, era señor de Miraval (Aude). Fue protegido de Pedro II de Aragón y amigo del conde de Tolosa; gozó de gran popularidad entre las damas y los señores del Cabardès, en los años que precedieron a la cruzada. En 1209, Simón de Montfort le arrebató su pequeño castillo de Miraval.

Murió hacia 1216, probablemente en España donde había seguido al conde Raimundo VI, desposeído de sus Estados. Ha dejado unos cuarenta poemas casi todos dedicados al amor.

ROGER-BERNARD I, CONDE DE FOIX (de 1148 a 1187): Fue un príncipe poco belicoso. En 1175 casó a su hija Esclarmonde con Jourdain de L'Isle, vizconde de Gimoez. Ésta, al enviudar en octubre de 1200, adhirió inmediatamente al catarismo y recibió el *consolamentum* en Fanjeaux de manos de Guilhabert de Castres (1204). Se retiró a Pamiers, donde se convirtió, según Pierre des Vaux-de-Cernay, en una ferviente propagandista de las ideas cátaras.

ROGER-BERNARD II, CONDE DE FOIX (de 1233 a 1241): Este príncipe continuó la lucha contra el hijo de Simón de Montfort, Amaury, expulsándolo de todas las plazas que ocupaba en el condado. Pero cuando Luis VIII, a quien Amaury había cedido sus derechos, encabezó la nueva cruzada, Roger-Bernard comprendió que no podría resistir mucho tiempo. En octubre de 1226, el rey fue a Pamiers donde obispos y señores le juraron fidelidad. El 16 de junio de 1229, en la iglesia de San Juan de Verges, Roger-Bernard juró a su vez su sumisión a Luis VIII y a la Iglesia.

A través de su matrimonio con Ermesinda de Castelbon, había añadido a sus propiedades el vizcondado del mismo nombre situado en Cataluña: allí protegió a los herejes. Excomulgado por el obispo de Urgel, tuvo que comparecer en Pamiers ante el Tribunal de la Inquisición. Fue absuelto y se reconcilió con la Iglesia (1241). Murió en el mismo año en la abadía de Boulbonne, donde estaban enterrados sus antepasados, vestido con el hábito religioso.

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Hemos utilizado, sobre todo, las siguientes obras, que proporcionan gran cantidad de hechos significativos sobre la vida cotidiana de los cátaros:

- BELPERRON, P.: *La Croisade contre les Albigeois*. París, Plon, 1942.
- DELARUELLE, E.: *La Ville de Toulouse vers 1200, d'après quelques travaux récents*. Cahiers de Fanjeaux n° 1: *Saint Dominique en Languedoc*. Toulouse, Privat, 1966.
- DOSSAT, Y.: *La Société méridionale à la veille de la Croisade albigeoise*. Revue du Languedoc, n° 1. Albi, enero de 1944.
- DOSSAT, Y.: *Les Cathares dans les documents de l'Inquisition*. Cahiers de Fanjeaux, n° 3: *Cathares en Languedoc*. Toulouse, Privat, 1968.
- DOSSAT, Y.: *Les Cathares au jour le jour*. Cahiers de Fanjeaux, n° 3.
- DUPRÉ-THESEIDER, E.: *Le Catharisme languedocien en Italie*. Cahiers de Fanjeaux, n° 3: *Cathares en Languedoc*.
- DUVERNOY, J.: *Le Registre d'Inquisition de Jacques Fournier (1318-1323)*. Toulouse, Privat, 1965 (Bibliothèque méridionale, 3 vols.).
- DUVERNOY, J.: *L'Inquisition à Pamiers* (Selección de textos extraídos del *Registre d'Inquisition de Jacques Fournier*). Toulouse, Privat, 1956.
- DUVERNOY, J.: *Les Albigeois dans la vie sociale et économique de leur temps*. Annales de l'Institut d'Études Occitanes, Actes du Colloque de Toulouse, 1962-1963. Toulouse, 1964.
- GUIRAUD, J.: *Histoire de l'Inquisition au Moyen Age*. Tomo I, París, 1933; tomo II, París, 1938.

- HIGOUNET, C.M.: *Le Milieu social et économique languedocien vers 1200*. Cahiers de Fanjeaux, n° 2: *Vaudois languedociens et Pauvres catholiques*. Toulouse, Privat, 1967.
- NIEL, F.: *Montségur, temple et forteresse des Cathares d'Occitanie*. Grenoble, Allier, 1967.
- ROCHE, D.: *L'Eglise romaine et les Cathares albigeois*. Editions des Cahiers d'Études cathares. Arques (Aude), 1937.
- SCHMIDT, C.: *Histoire et doctrine de la secte des Cathares ou Albigeois*. Paris-Ginebra, 1849, 2 vols.
- WOLFF, P.: *Histoire de Toulouse*. Toulouse, Privat, 1958.

FILOSOFÍA Y MORAL DEL CATARISMO

- Liber de duobus principiis* (tratado neomaniqueo del siglo XIII), seguido de un fragmento del *Rituel cathare*, publicado por A. Dondaine O.P. Roma, Istituto Storico Domenicano, 1939.
- Un traité cathare inédit du début du XIII^e siècle*, según el *Liber contra Manicheos* de Durand de Huesca. Publicado por Christine Thouzelier. Lovaina, Spicilegium Sacrum Lovaniense, 1964.
- BORTS, A.: *Die Katharer*. Stuttgart, 1953.
- KOCH, G.: *Frauenfrage und Ketzertum in Mittelalter*. Berlín, 1962.
- NELLI, R.: *Ecritures cathares*. París, Planète, 1968.
- NELLI, R.: *Dictionnaire des hérésies méridionales*. Toulouse, Privat, 1968.
- NELLI, R.: *Le Phénomène cathare*. Toulouse, Privat-P.U.F., 1968.
- NELLI, R.: *Le Musée du Catharisme*. Toulouse. Privat, 1966.
- ROCHE, D.: *Études manichéennes et cathares*. Editions des Cahiers d'Études cathares. Arques (Aude), 1952.
- THOUZELLIER, CH.: *Catharisme et Valdéisme en Languedoc à la fin du XII^e siècle et au début du XIII^e siècle*. París, P.U.F., 1966.

HISTORIA DE LA CRUZADA

- La Chanson de la Croisade albigeoise*, traducida del provenzal por Eugène Martin-Chabot. París, Les Belles Lettres, 1960-1961, 3 volúmenes.
- BELPERRON, P.: *La Croisade contre les Albigeois*. París, Plon, 1942.
- OLDENBOURG, Z.: *Le Bûcher de Montségur*. París, Gallimard, 1959.

ÍNDICE

Introducción 7

PRIMERA PARTE EL CATARISMO TRIUNFANTE

Capítulo primero

Aspecto religioso y social del Languedoc a principios del siglo XIII. 13

El alma, el cuerpo y el espíritu. - La creencia en la reencarnación. - La sociedad del Languedoc en sus relaciones con el catarismo. - Los grandes señores feudales. - Pequeños nobles y burgueses. - Labradores, artesanos, comerciantes y banqueros. - El Honor y el Dinero. - La independencia y la riqueza de las ciudades. - El catarismo frente al feudalismo.

.

Capítulo segundo

Los perfectos 30

La vocación y las ceremonias de iniciación. - La oración dominical. - El *consolamentum* de ordenación. - La indumentaria. - La vida en comunidad. - Confesión y penitencia. - La vida en el mundo. - Los trabajos manuales y el comercio.

.

Capítulo tercero

Los creyentes 45

Matrimonio sin esponsales. - La noción del pecado. - La contracepción. - Creyentes y perfectos en la mesa. - Fe, superstición y anticlericalismo. - Los deberes de un creyente. - El *consolamentum* de los moribundos. - Después de la muerte.

.

Capítulo cuarto

Las mujeres 62

Grandes damas y ricas burguesas. - La vida en el castillo. - Trovadores,

amantes y maridos. - El amor cortés y el catarismo. - La emancipación de la mujer. - Para las mujeres solas, nobles, burguesas o villanas, un solo refugio: el convento. - De la corte de Amor al martirio.

.

Capítulo quinto

Grandes señores y pequeños caballeros 75
Despreocupación, lujo y poesía. - La guerra y el amor. - Los grandes señores y el catarismo. - Los caballeros. - El período de tolerancia: católicos, cátaros y valdenses.

.

Capítulo sexto

Los burgueses 84
Riqueza y poderío de las ciudades. - Los "burgueses gentileshombres". - Prestamistas y usureros. - Armadores y negociantes. - La influencia del catarismo. - Los burgueses capitalistas y los cátaros frente a la Iglesia y la Inquisición. - La libertad del comercio.

.

Capítulo séptimo

Los artesanos 95
Diversidad de industrias del Languedoc a principios del siglo XIII. - El oficio de san Pablo. - Papel social y económico de los artesanos.

.

Capítulo octavo

Los campesinos 101
La vida en el campo. - Superstición y magia. - La penetración del catarismo en el campo. - Los diezmos y el anticlericalismo campesino. - Evolución de la mentalidad de los campesinos. - La repartición del catarismo en la sociedad languedociana.

.

**SEGUNDA PARTE
EL CATARISMO PERSEGUIDO**

Capítulo primero

La Inquisición 113
El inicio de la cruzada contra los "albigenses". - La acción de santo Domingo. - La Inquisición episcopal. - Obispos y dominicos. - El inquisi-

dor y sus poderes. - Un sistema policíaco. - La historia del arresto de Béliaste. - El interrogatorio de los sospechosos. - El encarcelamiento en el *Muro*. - Diálogo de sordos. - El reino del terror. - Los castigos. - La herejía, fuente de beneficios para la Iglesia de Roma. - Las abjuraciones. - Los irreductibles.

.....

Capítulo segundo

Los cátaros en la clandestinidad 136

Las consecuencias del tratado de Meaux. - Una coexistencia pacífica. - El "doble juego". - La vida en Tolosa a mediados del siglo XIII. - Humor y anticlericalismo. - Las leyes suntuarias de la Inquisición. - La agitación popular. - El deseo de una liberación. - La rebelión de los cónsules. - Los juicios póstumos. - Para los vivos, una precaria y secreta existencia. - La delación. - La solidaridad de los cátaros y la organización de la resistencia. - El antagonismo religioso en las familias. - Las "cajas de ayuda".

.....

Capítulo tercero

La vida en Montségur 167

Los orígenes cátaros de Montségur. - La fortaleza: capital religiosa y refugio. - Un mundo misterioso. - Los contactos religiosos, diplomáticos y militares con el mundo exterior. - Los problemas de subsistencia. - El tesoro de Montségur. - La vida religiosa. - Caballeros y mercenarios. - Las expediciones punitivas y el asunto de Avignonet. - El mundo en miniatura. - Montségur durante el sitio. - La rendición y el holocausto de los cátaros.

.....

Capítulo cuarto

Reacciones consulares y burguesas 190

La politización del conflicto religioso. - Las conversiones entre el clero romano y entre los franceses. - La conjura de Carcasona. - La influencia del catarismo en los sacerdotes católicos. - Los "amurallados" de Carcasona y la *Apelación* de los cónsules. - La vitalidad del catarismo burgués en el conjunto del Languedoc. - La visita del rey y la afrenta de Carcasona.

Capítulo quinto
Los últimos cátaros 203
 La emigración. - El catarismo en Italia. - La fidelidad de los creyentes. -
 Los movimientos de fondo. - Aventuras y peligros de los viajes clandestinos. - El apostolado de Pierre Authier y la práctica de la *endura*. -
 Degeneración del catarismo.

.

CONCLUSIÓN

La supervivencia del catarismo. - La no violencia y el fanatismo, de
 Montségur a nuestros días. 217

.

Índice de los principales personajes 225

.

Bibliografía esencial 231

.

CAPÍTULO III

LOS CREYENTES

Matrimonio sin esponsales

Constituían la gran masa de los hombres y mujeres que, sin estar integrados en la orden, se adherían al catarismo, como un elemento laico, aun profano y pecador. *Figuraban*, dice H. C. Puech (*hablando de los "auditores" maniqueos*) *como en una especie de aurea cuyo resplandor frágil y dudoso provenía del núcleo de santos al que estaban subordinados*. Nada permite afirmar si eran menos o más virtuosos que los católicos. Recibiendo las enseñanzas de su Iglesia, teniendo ante sus ojos el ejemplo de los hombres, escuchando sus predicaciones, estaban siempre preocupados por salvar sus almas, por muy lejana que les pareciera la salvación final. Se guardaban de los pecados mortales, del robo, del homicidio, sin duda tanto como los católicos, pero se mostraban menos rigurosos en lo que concierne al pecado de la carne. Sin embargo, es evidente que su vida tenía mucha menos belleza y rigor moral que la de los perfectos: sumidos en el mundo de la mezcla en el que coexisten el Bien y el Mal, se sentían indignos de obtener la liberación al final de esta vida y, condenados a purificarse en el curso de otras reencarnaciones, esperaban que su destino evolucionara por sí mismo. Pero en el momento de su muerte, aún tenían que preservar sus esperanzas de salvación por medio de una contrición sincera y prometerse ellos mismos, comprometiéndose ante los buenos hombres, a alcanzar una buena muerte. Por tanto estaban como en suspenso y libres solamente de arrepentirse.

Los creyentes habían recibido a menudo el bautismo de agua, el bautismo romano. No estaban obligados a renegar de él en el momento

de recibir el *consolamentum* de los moribundos. A menudo también, los había casado un sacerdote católico: el matrimonio no se disolvía por el hecho de hacerse cátaros. Se sabe que para los perfectos todo acto carnal retardaba indefinidamente la salvación; pero no imponían la continencia a los que no se sentían con deseos ni poder de guardarla. Tampoco hacían ninguna diferencia entre el matrimonio legal y el concubinato: uno y otro eran permitidos a los simples creyentes. Acaso, como los antiguos maniqueos, preferían incluso el concubinato al matrimonio, porque no tenía las apariencias engañosas de un sacramento, no subordinada tanto a la mujer al hombre, se basaba en el amor igualitario y compartido, y, en fin, tenía más posibilidades de ser estéril. Los perfectos aceptaban de buen grado la hospitalidad de las “falsas parejas” y no les testimoniaban menos simpatía que a las parejas legítimas.

Hasta los alrededores de 1250-1260, los perfectos evitaban los matrimonios, es decir: el regulariar, según su ley, los concubinatos de hecho. Pero cuando la persecución hubo desorganizado su Iglesia, exhortaron a los creyentes deseosos de contraer matrimonio a tomar como mujeres a buenas cristianas, con el fin de evitar los desacuerdos y las indiscreciones que hubieran sido entonces muy peligrosos. Por las mismas razones, aconsejaban a los padres que les consultaban en todo, que no entregaran sus hijas sino a los creyentes declarados. El matrimonio, tal como los cátaros y la mayoría de los heréticos meridionales lo concibieron, no era sacramental y sólo debía basarse en el amor, el consentimiento y la fidelidad recíproca. Para Pierre Clergue, de Montaillou, el matrimonio queda perfectamente cumplido desde el momento en que cada uno de los contrayentes ha prometido su fe al otro: *La bendición dada por la Iglesia romana, añade, no es más que una ceremonia sin valor, inventada por ella para encubrir el pecado, ya que los maridos y las mujeres fornicaban sin vergüenza y sin confesarse.* La forma en que Bélibaste casaba a los creyentes, nos da una idea de lo que hubiera podido ser el matrimonio, registrado, si el catarismo hubiera tenido tiempo de organizar la sociedad civil: *Representantes de la comunidad cristiana van a encontrar al perfecto y le dicen: “Monseñor: uno de nuestros creyentes, Pedro, quiere casarse con Guillemette, una de nuestras creyentes.” “¿Les complace?” “Seguro sería bueno que fuera así”, dice entonces el perfecto con las reticencias de usanza, “si complace también a Dios.” Entonces Pierre y Guillemette se presentan ante él. “¿Queréis ser ambos unidos en el amor?” — les dice —. “Sí”, responden ellos. “¿Os prometéis fidelidad uno al otro, os comprometéis a*

cuidaros uno al otro, tanto en la salud como en la enfermedad?” “Sí”. “Besaros. Estáis casados.”

No sabemos lo que ha hecho decir a Jean Guiraud que *la fidelidad recíproca entre los esposos no existe ya en el cristiano (católico) que se transforma en creyente*. Al contrario, era exigida estrictamente, y nos parece que tenía más posibilidades de ser observada dentro de un matrimonio consentido libremente y donde no se expresaba más que un amor sin presiones, que en el matrimonio romano, a menudo demasiado interesado y venal, y además, en provecho exclusivamente masculino. Es exacto, sin embargo, que los perfectos podían disolver los matrimonios cuando juzgaban que era necesario el divorcio. Y, naturalmente, si uno de los cónyuges llegaba a perfecto, debía separarse inmediatamente del otro, desligándole de su promesa de fidelidad. Es posible que determinados creyentes hayan abusado de la facilidad que les daba el catarismo para romper sus vínculos matrimoniales por razones religiosas, al igual que los grandes señores católicos, que repudiaban a sus mujeres sin razón válida y sin estar autorizados por su religión.

La noción del pecado

Los cátaros enseñaban que los pecados carnales eran todos iguales y que, en consecuencia, no era mucho más grave, en buena lógica, tener relaciones sexuales con su madre o con su hermana, o con cualquier otra mujer. Esto era una consecuencia de la doctrina de las reencarnaciones que suprimía todo grado de parentesco entre las almas. Pero esta teoría —que a menudo se toma como un contrasentido— no autorizaba al creyente a cometer el incesto al igual que en la teoría estoica —según la cual es tan criminal matar a un gallo como a su padre—, no se autorizaba al filósofo a matar a su padre. Se ha dicho que los cátaros permitían a los creyentes acostarse con sus madres por dieciocho dineros (seis porque les había concebido, seis porque les había parido, seis porque les había nutrido), y con sus hermanas por seis denarios. Es una calumnia abominable, y doblemente absurda: si el incesto no es un pecado, no tiene necesidad de ser perdonado con dinero; y los cátaros nunca admitieron que el perdón pudiera tener precio. De hecho se les ve siempre mostrar más horror por el incesto que por cualquier otro pecado. Según una costumbre usual de pensar muy meridional, llevaban la

teoría al extremo para reducirla inmediatamente a sus justas proporciones en la realidad: un herético que acaba de declarar, según el dogma, que todos los pecados carnales son iguales, añade que es más “vergonzoso” hacer el acto con su madre o su hermana que con cualquier otra mujer. Y dice limitarse a las costumbres del Sabarthés, su país, que ordena respetar incluso a su prima hermana; para la prima segunda, como dice el proverbio, “adelante” (*A cosina segonda tot lo li afonsa!*) En cuanto a la actitud de los creyentes —y sobre todo de las creyentes— en la cuestión de la procreación, resulta difícil definirla. El propio dogma es ambiguo en este punto. Es evidente que los nacimientos encadenan nuevas almas a la tierra y perpetúan el reino del demonio. Un perfecto exclama: “Plazca a Dios que no haya más infantes y que todas las almas sean al fin salvadas, y abolido el reino del mal.” Pero esto no es más que un deseo —muy comprensible— de metafísico. Por otra parte, los perfectos enseñaban que, hasta que el apetito carnal fuera apagado, las reencarnaciones serían necesarias para purificar a las almas caídas. Por lo tanto hay que considerar como muy excepcional la amonestación que un perfecto dirige un día a una mujer encinta (la mujer de un tal Guillaume Viguiet): “¡Desdichada! Lleváis un diablo en vuestro seno.” Estas palabras, tan desafortunadas, fueron la causa de que madame Viguiet rechazara convertirse al catarismo...

De todas formas, no se ve que el Languedoc se haya despoblado en los siglos XII y XIII sino, en cierta medida, por efecto de las guerras y de la persecución. Los poetas de la Edad Media, es cierto, ignoran absolutamente a los niños: el autor de la novela *Flamenca* tiene el cuidado de precisar que su heroína no tiene ninguno; las damas de los trovadores nunca hablan de los suyos. Esto no significa que hayan sido sistemáticamente rechazados, sino que no se daba mucha importancia a su vida frágil: muchos morían pequeños, y no interesaban a los perfectos en tanto que almas por salvar. Hacia 1300, algunos creyentes aconsejaban a los padres que habían tenido hijos inválidos o muy enfermos de darles el *consolamentum* y dejarlos morir lo más pronto posible, en una especie de *endura*, para que llegaran a Dios. Pero las madres no consentían nunca —era además contrario al espíritu del verdadero catarismo el ofrecer el *consolamentum* a los niños— y continuaban dándoles el pecho incluso cuando sabían que aquella vida no se prolongaría por muchos días.

La contracepción

Las prácticas anticonceptivas siempre fueron muy extendidas en la Edad Media bajo diferentes formas: mecánicas, químicas y mágicas. Se utilizaba la artemisa (cornezuelo de centeno) y gran número de hierbas que proporcionaba el brujo. El movimiento general de emancipación de las mujeres, que se vislumbra en el siglo XIII en relación indirecta con el catarismo, seguramente acrecentó, en muchas de ellas, la tentación de librarse también de tener hijos cuando no los querían.

El cura de Montailou, a la vez cátaro y católico, disponía de un anticonceptivo mágico, cuya eficacia no garantizamos, pero que le valió mucho éxito con respecto a sus parroquianas. Béatrice de Planissoles, que lo utilizó varias veces, lo describe así: *El cura llevaba algo enrollado y atado dentro de un paño de lino, del grosor y largo de una onza o de la falange de mi dedo pequeño, al que había atado un cordón que me pasaba alrededor del cuello. Era, al parecer, una planta. Lo hacía descender por mis senos hasta mi bajo vientre. Todas las veces que quería tenerme, lo colocaba en este sitio y lo dejaba hasta que hubiera terminado. Cuando se levantaba, me lo quitaba del cuello. Si en la misma noche quería poseerme varias veces, me decía: "¿Dónde está la planta?" Yo la encontraba tirando del hilo que pendía de mi cuello. La cogía y volvía a ponérmela en el bajo vientre, pasando siempre el hilo por mis senos... Un día le dije que me entregara la planta. Me respondió que se guardaría muy bien, ya que me apresuraría, al no temer quedar encinta, a darme a otros hombres.*

Sin duda alguna Béatrice, casada y madre de muchos hijos, estaba contenta de que sus amores ilícitos no produjeran más frutos.

Creyentes y perfectos en la mesa

Los creyentes podían comer y beber lo que quisieran. Los perfectos les llevaban a veces carne y caza que les habían ofrecido y que ellos no podían utilizar. En 1231, unos creyentes de Avignonet van a "adorar" a perfectos de paso y reciben de ellos una liebre, que cuecen y comen con buen apetito. En aquellos tiempos, los campesinos consumían muy poca carne, a menudo salada o en conserva, y no debía ser un gran con-

tratiempo para ellos tener que privarse de ella el día en que invitaban a perfectos a su mesa. A menudo, por respeto a ellos, la comida era vegetariana o compuesta casi únicamente de pescado y fruta. Pero también en su honor se cuidaba la comida. Ya que algunos perfectos eran tan sibaritas como los sacerdotes de la Iglesia romana y como dice la *Nouvelle de l'Hérétique*, "pescado vale tanto como carne; buen vino perfumado de clavo, como vinucho de barril; pan cernido vale tanto como hogaza de convento". Los *empastatz* —o pasteles de pescado— eran muy apreciados. Se mencionan en la *Nouvelle de l'Hérétique* y en los *Registros de la Inquisición*: eran truchas u otros pescados, conservados hervidos; o bien fritos y envueltos —empanados— en una especie de pasta de buñuelos. Las salsas eran salsas magras. El agua en la que el pescado había hervido se servía como sopa. Antes de la Cruzada, los perfectos, hospedados en casa de campesinos o artesanos pobres, se sentían en el deber, como hemos dicho, de llevar las vituallas. A veces incluso tenían que pagar su comida. Pero cuando llegó la persecución, los creyentes tuvieron que mantener a los perfectos, darles alguna limosna, ya que no podían trabajar a pleno día. Ciertamente la vida cotidiana de los creyentes estuvo más impregnada de caridad y de celo religioso a principios del siglo XIV que a principios del XIII, por la misma razón de los peligros que les hacía correr el deber de hospitalidad, y de los sacrificios que les imponía, cuando eran pobres.

Fe, superstición y anticlericalismo

Los creyentes pertenecían a todas las clases de la sociedad, ejercían todos los trabajos, incluso los que parecían por naturaleza incompatibles con la moral cátara. En 1282, Pierre Maurel era carnicero de Salsigne —pese a que el catarismo prohibía matar animales. Hizo un pacto de *convenensa*, sin por ello abandonar su profesión. Era suficiente, después de haber recibido el *consolamentum* de los moribundos, que se comprometiera a no matar más animales. Cierta Raimon de Lara, de Saint-Martin-la-Lande, continuó siendo carnicero. Esto no le impidió ser fiel a los perfectos y ofrecerles jarras de buen vino. Había creyentes entre los nobles, los burgueses y los campesinos, los artesanos e incluso entre los sacerdotes católicos. Los veremos vivir más adelante en sus ambientes respectivos. Nos limitamos, por el momento, a describir los